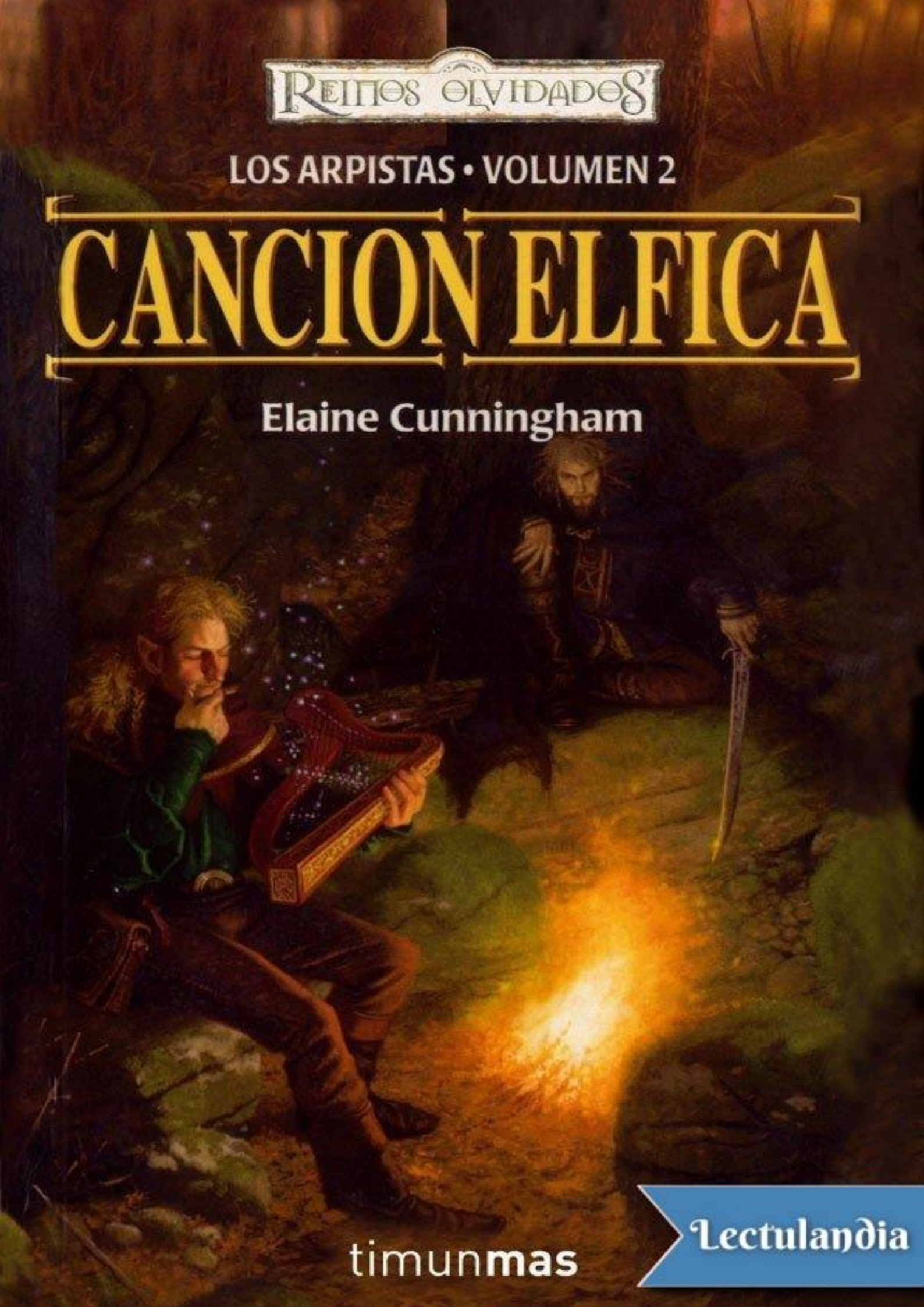


REINOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 2

CANCION ELFICA

Elaine Cunningham



timunmas

Lectulandia

Los bardos de Aguas Profundas recuerdan el pasado... o eso creen. Porque cuando cantan sus baladas, un misterioso sortilegio cambia sus recuerdos. Danilo Thann, Arpista y candidato a bardo, tiene que resolver ese enigma. En su misión, su principal aliado es su peor enemigo, el elfo canalla Elaith Craulnober. Lo que está en juego no es sólo el futuro de Faerûn, sino su pasado.

Lectulandia

Elaine Cunningham

Canción Élfica

Los Arpistas II

ePUB v1.1

Garland 05.08.11

más libros en lectulandia.com

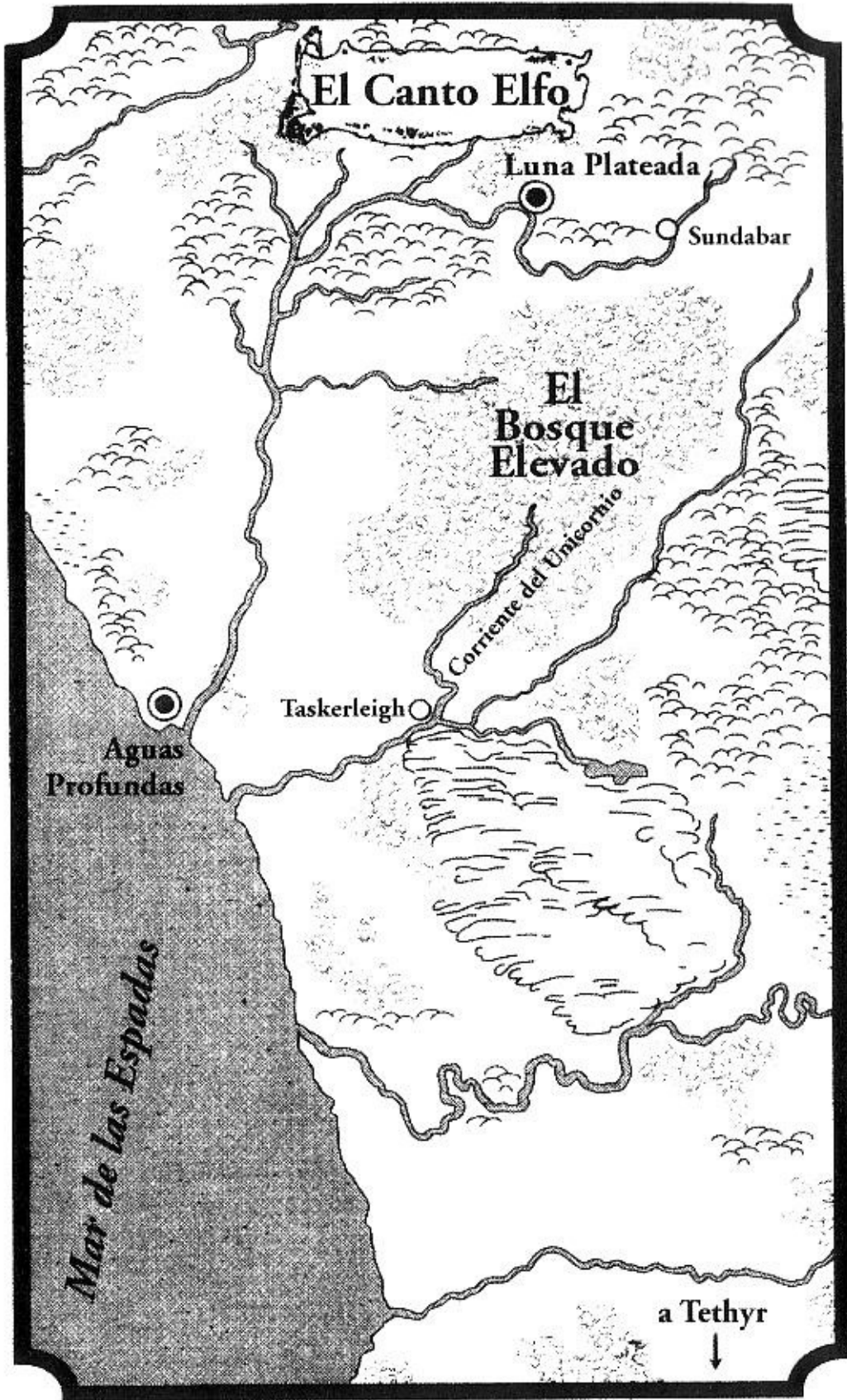
Titulo original: *Elfsong*

Traducción: Elena Moreno Gutiérrez, 2002

Ilustración de cubierta: Daniel R. Horne

Elaine Cunningham, 1994

Para Volo, que fue mi guía
en Aguas Profundas.
La próxima vez que nos veamos,
¡la cerveza corrá de mi cuenta!



Preludio

En el corazón del Norland, a pocos días de camino desde la gran ciudad de Aguas Profundas, se extiende una vasta y antigua espesura conocida con el nombre de Bosque Elevado. Los pocos aventureros que habían osado adentrarse en él volvían contando historias de visiones extrañas y portentosos animales, y eran muchas las leyendas y canciones que describían la belleza y los peligros de aquella región. Sin embargo, uno de aquellos cuentos no llegó a ocupar su lugar entre las historias relatadas junto al fuego ni entre el saber popular de los bardos.

El malvado de aquel cuento no narrado era un dragón verde llamado Grimnoshtadrano —Grimnosh, para sus amigos y víctimas—, y esa falta de notoriedad impedía que el dragón pudiese dedicarse a su pasatiempo favorito. Grimnosh coleccionaba acertijos con la misma avidez con la que atesoraba sus riquezas. Detenía a todo aquel que pasaba cerca de su boscosa guarida para desafiarlo a salvar su vida a cambio de un acertijo que él no pudiera resolver. Los viajeros escaseaban por aquellos dominios y ninguno de ellos había podido ofrecer a Grimnosh una adivinanza que él no fuese capaz de responder. A pesar de todo, el dragón había dejado en libertad a dos o tres con la esperanza de que el relato de su experiencia atrajera al bosque a otros maestros de acertijos y bardos en busca de fama y aventuras. Por supuesto, conforme a su naturaleza, el dragón pretendía zamparse a todos aquellos hombres y mujeres sabios en cuanto hubiese resuelto el dilema que le planteasen.

Por desgracia para el dragón, los viajeros que había dejado en libertad habían huido a toda prisa y se habían ocultado tras un conveniente anonimato, con lo cual había pasado más de un siglo desde que se había enfrentado a la última adivinanza. Por eso se quedó muy sorprendido cuando un viajero solitario se acercó al bosque con un reto de su invención y realizó una invocación mágica con poder suficiente para alcanzarle en su laberinto de cavernas e interrumpir su sueño invernal.

Grimnosh se encontró con un mundo de puro contraste y gélida brillantez. Era la mañana del solsticio de invierno y el bosque estaba cubierto con un immaculado manto de nieve. Salvo en el pequeño claro que se abría justo por delante de la boca de la cueva y en un estrecho sendero que desembocaba allí, los árboles de la espesura crecían tan pegados los unos a los otros que ni siquiera en invierno dejaban ver el cielo. Sus ramas entrelazadas y oscuras estaban cubiertas de una pátina de hielo y colgaban de ellas tantos carámbanos que el bosque parecía una cueva excavada entre diamantes y obsidiana.

Los ojos hundidos del dragón se entrecerraron hasta formar dos hendiduras doradas mientras examinaba a la mujer que había osado entrar en su territorio prohibido. Envuelta en una capa de color gris y encorvada por la edad, avanzaba

sobre una yegua de pequeñas proporciones y porte esbelto. Poco quedaba al descubierto de su persona, ya que una gran capucha le cubría la cabeza y le ocultaba el rostro, pero el aguzado olfato del dragón captó el tentador aroma de la sangre elfa. Su primer impulso fue devorar a aquella elfa imprudente que había osado invocarlo en aquel paraje de nieve y frío, pero recordó la fuerza del hechizo que lo había despertado y, tras tanto tiempo sin diversión, pensó que al menos aquella hechicera elfa parecía prometedora.

El dragón se dispuso a escucharla mientras caminaba en círculos alrededor de ella, meciendo con gesto acompasado su sinuosa cola verde; su tono amenazador imitaba los gestos arcanos de un brujo..., sopesándola. Cuando la semielfa acabó de formular su atroz petición, Grimnosh se apoyó sobre los flancos traseros y soltó una carcajada burlona. El rugido atronador provocó un temblor en un grupo de robles centenarios y, como si se tratara de la reverberación de una cuerda de arpa al ser pulsada, el bosque viviente devolvió el eco del sonido profundo y ensordecedor del rugido del dragón. Las ramas desnudas de los árboles también se agitaron y alrededor de la elfa empezaron a caer carámbanos como colmillos.

—El gran Grimnoshtadrano no negocia con elfos —respondió el wyrm, con un brillo de humor maléfico en sus ojos dorados—. Se los come.

—¿Creéis que lo mejor que puedo ofreceros es un almuerzo ligero? —inquirió la semielfa en un tono de voz que el paso de los años había ido desgastando—. En mis tiempos fui bardo y maestra de acertijos, y todavía soy hechicera. —Una sonrisa fina e irónica remarcó las arrugas que le surcaban el rostro cuando añadió en tono irónico—: Y, antes de que se os estropee la digestión, deberíais saber que soy semielfa.

—¿Es eso cierto? —rugió el dragón mientras daba un paso adelante, intrigado y a la vez molesto con aquella mujer que no mostraba temor—. ¿Qué parte de vos debo comerme? —El extremo de la cola salió disparado hacia adelante y, de un empujón, echó hacia atrás la capucha para observar a la mujer con más detenimiento.

Como aperitivo, la mujer no parecía apetitosa. Los elfos eran, como mucho, sabrosos pero con poca carne, y los siglos de vida habían dejado los huesos de aquella mujer casi pelados. Era muy vieja, incluso para un dragón, y su rostro anguloso poseía el color y la textura del cuero viejo. De la cabeza le descendían lacios mechones de pelo grisáceo y sus ojos tenían un color tan desvaído que parecían incoloros. Sin embargo, el poder parecía envolverla como envuelve la niebla un pantano boscoso al amanecer.

El dragón dejó de jugar con la hechicera y habló claro.

—Queréis que os dé la Alondra Matutina. ¿Qué me ofrecéis a cambio? —preguntó Grimnosh bruscamente.

—Un acertijo que nadie puede resolver.

—Considerando la cantidad y el calibre de las personas que han pasado por estos

andurriales últimamente, eso no debe de ser muy difícil —respondió el dragón mientras se miraba con indiferencia una garra verde.

—Eso va a cambiar. Una antigua balada que narra las andanzas del gran Grimnoshtadrano provocará que muchos bardos ambiciosos vengan en tu busca.

—Oh, hasta ahora no ha provocado nada.

—Porque todavía no ha sido escrita —replicó con un deje de aspereza—, para eso necesito la Alondra Matutina.

Durante un largo y siniestro momento, el dragón se quedó mirando a aquella presuntuosa semielfa.

—Aunque parezca extraño, no estoy de humor para acertijos. Explicaos, y hacedlo con palabras sencillas.

—Para vos, la Alondra Matutina no es más que otra arpa élfica, una chuchería mágica apilada sobre vuestro tesoro. —La hechicera extendió las manos, cuyos dedos eran largos y esbeltos—. Con estas manos puedo manejar un raro tipo de magia elfa conocida con el nombre de canto hechizador. Si combino mi poder con el de esa arpa, puedo lanzar un hechizo que introduzca esa nueva balada en la memoria de todo trovador que se encuentre dentro de los muros de una ciudad. Todo aquel bardo que reciba el hechizo creará que siempre ha oído hablar de las grandezas del poderoso Grimnoshtadrano. Todo aquel bardo que reciba el hechizo deseará aceptar el desafío de tus acertijos. Esos poetas se encargarán de difundir la balada por todo el territorio. Muchos conocerán entonces tu nombre y los mejores y más valientes querrán venir hasta aquí.

—Mmmm... —El dragón asintió con gesto pensativo—. ¿Y qué dirá esa balada?

—Enviaré un desafío a todos aquellos que son a la vez Arpistas y bardos. Se deberán resolver tres pruebas: contestar un acertijo, leer un pergamino y cantar una canción.

—¿Y qué ofrecerá esa balada a aquellos bardos que tengan éxito? Supongo que la típica fama y fortuna, ¿no?

—Eso no tiene importancia.

Grimnosh soltó un bufido y una ráfaga de vapor hediondo salió disparada hacia la semielfa.

—Muy rápida sois ofreciendo riquezas que no son vuestras.

—Vuestro tesoro estará a salvo —respondió con voz firme—. El acertijo será el que vos elijáis; y, ¿cuánta gente ha sido capaz de responder correctamente a vuestras adivinanzas hasta ahora?

—Modestamente, nadie.

—Todo aquel que pase esa primera prueba, cosa poco probable, tendrá que enfrentarse a la segunda. El pergamino que os daré será un acertijo múltiple y estoy prácticamente segura de que ningún Arpista podrá resolver todas las fases del

enigma; sé a ciencia cierta que ninguno de ellos maneja la magia del canto hechizador, y ese tipo de magia es necesaria para leer de verdad el pergamino y cantar la canción.

Grimnosh se quedó pensativo y su sinuosa cola se acercó a la yegua de la semielfa. El dragón retorció un poco, con expresión ausente, la cola trenzada del caballo como haría un niño con un mechón de cabello. El corcel soltó un relincho nervioso, pero se mantuvo en su sitio.

—Si lo que decís es cierto —dijo el dragón—, decidme, ¿cómo habéis podido reunir todo ese conocimiento?

La mujer abrió los pliegues de su capa para dejar al descubierto un broche de plata que llevaba prendido del pecho: un arpa minúscula acunada en el regazo de una luna creciente.

—He estado con los Arpistas durante más de tres siglos y sé en lo que se han convertido. —Se le endureció el gesto y al respirar hondo su pecho se ensanchó y encogió ostensiblemente—. Los Arpistas de hoy en día querrán combatir con acero, no con canciones. Comeos tantos como os apetezca.

—¡Traición! —exclamó Grimnosh, observando a la antigua Arpista con una mezcla de sorpresa y placer.

La mujer se encogió de hombros y alzó sus gélidos ojos para sostener la mirada del gran wyrm.

—Eso depende del enfoque que le deis.

—Buena respuesta. —El dragón se mantuvo en silencio durante un instante, meditando—. Me da la impresión de que podéis conseguir muchas cosas con ese hechizo. Además de enviarme de vez en cuando un bocado para que me entretenga, ¿qué pretendéis lograr con todo esto?

—¿Cuál es el objetivo de todo Arpista? —Esta vez su tono de voz delataba un punto de amargura—. En todas las cosas debe existir el equilibrio.

El invierno era duro y transcurría con lentitud. En dos ocasiones creció y menguó la luna sobre el Norland pero la nieve caída todavía se amontonaba sobre los muros de Luna Plateada. Aun así, en el interior de aquella maravillosa ciudad florecía la Fiesta de la Primavera.

Desde la ventana de su torre, la hechicera semielfa bajó la vista para contemplar el alegre tapiz de colores y sonidos. A sus pies se extendía el patio del Conservatorio de Música de Utrum y bardos de todos los rincones del territorio se daban cita en el teatro al aire libre para compartir y festejar su arte. Fragmentos de melodía subían flotando hasta ella, mecidos por brisas que poderosos hechizos habían conseguido perfumar con un vivo aroma de flores. Más allá de la escuela de música se desplegaba un abarrotado mercado que ofrecía las mercancías y tesoros típicos de

cualquier feria, así como especialidades propias de Luna Plateada: libros raros y pergaminos, potingues para hechizos y todo tipo de artilugios musicales mágicos. Las gentes de Luna Plateada ofrecían también su imagen más variopinta, vestidos con sus mejores galas para celebrar los ritos ancestrales de la primavera con risas, bailes y promesas susurradas de futuras diversiones.

Se quedó mirando la jubilosa multitud durante un largo rato. La Fiesta de la Primavera era un espectáculo de tanto colorido y festividad, de tanta parafernalia y esperanza, que siempre alegraba los corazones. Incluso el suyo empezaba a latir con más rapidez, a pesar de que contaba ya en sus carnes con más de trescientas primaveras. Una vez más, aquella dolorosa alegría irrumpía en su interior, como había sucedido cada año cuando el invierno languidecía para dar paso a una estación renovada. Lo percibía todo con tanta intensidad como cualquier joven o doncella.

Pronto, todas las gentes de Luna Plateada bailarían una música distinta, y todos los trovadores de la ciudad cantarían únicamente las canciones que ella escribiese. Le complacía que aquellos cantos brotaran de las cuerdas plateadas y silenciosas de una Arpista.

Sus dedos marchitos acariciaron el broche Arpista que llevaba en la solapa de la capa, el distintivo adorado en su día que había llevado a pesar de todo durante tantos años. Lo soltó y lo apretó contra la palma de la mano como si quisiera estampar todas las diminutas curvas y líneas del talismán de arpa y luna en su propia carne.

Suspiró y se volvió hacia el brasero mágico que brillaba en el centro de la habitación de la torre. Procurando no quemarse con el intenso calor, se acercó cuanto pudo para tirar el broche en el plato del brasero y se quedó contemplando en silencio cómo se convertía en una mancha minúscula y reluciente.

Sólo le quedaba una cosa por preparar para lanzar su mayor hechizo: la edad le había robado la música de la voz, pero necesitaba cantar. Había invertido el último resto de la fortuna familiar en comprarse una poción que restituyera la belleza de su voz y de su persona. Sacó un frasco de la manga y se situó delante del espejo antes de cerrar los ojos, musitar las palabras del encantamiento y beberse de un sorbo el líquido. La calidez de la poción se difundió por su cuerpo, quemando a su paso sus muchos años, pero dejándola asimismo jadeando por un dolor inesperado. Agarró el marco del espejo para sostenerse en pie y, cuando se disipó la neblina rojiza, abrió los ojos para contemplar consternada lo que el hechizo había hecho.

El espejo reflejaba la imagen de una mujer de mediana edad. Su figura antaño esbelta caía ahora con pesadez y cierta corpulencia. Sus brillantes cabellos rojizos, que en su juventud habían sido una mezcla de fuego y seda, habían adquirido un tono pardusco salpicado de gris. Al menos sus ojos viejos y desvaídos habían recuperado el color de su juventud y volvían a lucir aquel azul brillante que a menudo sus amantes habían comparado con delicados zafiros. Tras una primera punzada de

desencanto, comprendió que no podía haber elegido mejor disfraz, pues la hermosa mujer cuya belleza era comparable sólo a rubíes y zafiros habría atraído demasiado la atención, y en cambio nadie la recordaría con la apariencia que ahora tenía. La prueba definitiva del hechizo era, sin embargo, su voz, así que tomó aire y empezó a entonar una estrofa de una triste canción elfa. Las notas emergieron de sus labios con toda claridad e intensidad, haciendo honor a la voz de soprano que tanta fama le diera en su juventud. Satisfecha, estudió de nuevo su reflejo en el espejo y una breve sonrisa se dibujó en sus labios. Los Arpistas la conocían con el nombre de Iriador, que en lengua elfa significa «rubí», pero ahora era un simple granate, todavía una piedra preciosa, pero ya no el reflejo apagado del tono lustroso e ígneo que caracterizaba a la piedra preciosa. Se sentía complacida por la imagen que evocaba esa piedra fina más oscura. Granate sería ahora un nombre apropiado para ella.

Se volvió para examinar el arpa que había junto a la ventana de la torre. A simple vista, también parecía vulgar; era pequeña y ligera, para transportarla con facilidad y sólo tenía veinte cuerdas. Había sido elaborada en madera de color oscuro y sus líneas curvas, así como sus sutiles relieves, revelaban su origen elfo. Sin embargo, cuando se tocaba el arpa, una diminuta alondra matutina esculpida en la madera empezaba a moverse como si bailara al compás de la música, aunque no era fácil distinguirlo porque el pájaro que daba nombre al arpa mágica estaba esculpido en la caja de resonancia, en un lugar donde sólo el Arpista podía verlo, y únicamente si sabía dónde mirar.

Granate se sentó delante del arpa Alondra Matutina, flexionó los dedos para habituarse a su renovada agilidad y luego pulsó varias notas de plata. Al poco, empezó a cantar y la voz se fundió con el sonido del arpa para invocar un hechizo de gran poder. La música salió proyectada como si se tratase de manos invisibles que quisieran alcanzar el último componente del hechizo: la plata fundida que burbujeaba en el brasero encantado. A medida que Granate cantaba, los restos del broche Arpista se alzaron en el aire como un diminuto remolino y se transformaron en una cinta larga y delgada que voló directamente hacia el arpa de Granate para enroscarse en una de las cuerdas. Se ciñó con tanta fuerza como si hubiese sido absorbida por el propio metal, y el hechizo quedó completado. La melodía antigua cesó y el último acorde se desvaneció hasta desaparecer.

La hechicera empezó a tocar y a cantar con un tono ahora rebosante de alegría. Sus cánticos flotaron por encima de la ciudad, y el hálito del viento se encargó de transportar su magia corrosiva e insidiosa. Estuvo cantando durante toda la noche hasta que su voz quedó reducida a un susurro y sus dedos empezaron a sangrar. Cuando las primeras luces de la mañana penetraron por la ventana de la torre, Granate cogió el arpa y se asomó para ver lo que había creado.

Un manotazo golpeó a Wyn Bosque Ceniciento en la espalda e hizo que se le cayera la lira mágica del hombro. El primer impulso del juglar elfo fue agacharse para recuperar el instrumento, pero los años que había pasado de aventurero le habían enseñado a actuar de otra forma, así que se volvió para enfrentarse a su atacante, con los dedos aferrando la larga empuñadura de la espada.

Wyn se relajó al alzar la vista y encontrar el rostro sonriente y bigotudo de Kerigan el Osado.

Kerigan, un escaldo y pirata del norte, se había hecho amigo de Wyn unos diez años atrás, tras desvalijar y dejar a la deriva el barco mercante en el que viajaba, al este de las islas Moonshae. Gracias al gran respeto que sentían los hombres del Norland por los bardos, Kerigan había perdonado al elfo e incluso le había ofrecido trasladarlo a un puerto de su elección, pero Wyn le propuso un plan mejor. Siempre deseoso de aprender más sobre los humanos y sobre su música, aunque fuera la música tosca y mundana de los escaldos norteños, el elfo se ofreció como aprendiz de Kerigan.

Los días que pasaron juntos estuvieron repletos de aventuras, líos e historias dignas de contar, y el estudiante elfo llegó a considerar que Kerigan era uno de sus objetos de estudio más interesantes.

—¡Wyn, chiquillo! ¡Aunque llegues tarde, me alegro de verte! —El saludo de Kerigan se sobrepuso al bullicio que reinaba en la calle, y el pirata remató sus palabras con otra palmada.

—Me alegro de verte, Kerigan —respondió Wyn con franqueza mientras se agachaba para recuperar su lira.

—¿Algún mal encuentro en el camino? —Los ojos del poeta relucieron, como si estuviera impaciente por oír un relato de aventuras.

Wyn se encogió de hombros con gesto de disculpa.

—Hielo en el río. Nos quedamos atascados durante unos días.

—Qué lástima... Bueno, al menos estarás aquí para el gran espectáculo. Apresúrate.

Wyn asintió al tiempo que acompasaba el paso con el de su amigo. La Fiesta de la Primavera de Luna Plateada acababa siempre con un concierto al aire libre en los vastos terrenos del Conservatorio de Música de Utrumm. La escuela era de categoría, afamada en justicia y estaba construida sobre los restos de un antiguo colegio de trovadores. Todos los bardos de prestigio habían estudiado en ese conservatorio en algún momento de su carrera y el peregrinaje de la primavera los hacía acudir desde todos los rincones de Faerun e incluso de tierras más lejanas. Algunos venían también a actuar, a recopilar nuevas canciones o a comprar instrumentos. El concierto final de baladas era de una calidad y variedad tan exquisitas que resultaba excepcional incluso en Luna Plateada.

El poeta y el elfo formaban una extraña pareja mientras caminaban codo con codo a través de la apretujada muchedumbre. Kerigan era un hombre corpulento y ancho de pecho que mantenía, incomprensiblemente, un cuerpo de más de dos metros sobre un par de piernas delgadas y estevadas. Llevaba un casco adornado con una amplia cornamenta, lo cual, unido al hecho de que poseía una nariz bulbosa y la papada un poco colgante evocaba en quien lo veía la imagen de un ciervo con dos patas. El poeta iba cantando para sí mientras caminaba, y su voz se asemejaba a un profundo rugido, lo cual armonizaba con su aspecto tosco. Wyn, por su parte, avanzaba con paso sigiloso y ágil, y su aspecto era sumamente elegante aunque parecía no darse cuenta de las miradas que dirigían a su bruto compañero, ni parecía ser consciente de la admiración que su belleza elfa despertaba. Wyn tenía la piel dorada y el pelo oscuro propios de su raza y en sus ojos, grandes y ligeramente almendrados, se distinguía el verde profundo de los bosques ancestrales. Llevaba el pelo rizado, del color del ébano, pulcramente cortado e iba elegantemente vestido con unos pantalones color beige y una blusa de seda del color de las hojas tiernas. Hasta los instrumentos que llevaba parecían especiales. Además de la lira de plata, una flauta diminuta de cristal verde colgaba de su cinto en una bolsa de malla plateada.

Los dos músicos de aspecto tan diferente se introdujeron en el patio en el preciso instante en que el cuerno del heraldo anunciaba el inicio del concierto.

—¿Dónde quieres sentarte? —atronó la voz de Kerigan, superando en volumen el bramido del cuerno.

Una simple ojeada le bastó a Wyn para comprobar que no quedaba ningún asiento libre, y apenas unos cuantos para verlo de pie, pero sabía que eso no iba a detener al impetuoso poeta.

—Alguna silla lateral, unas pocas filas más atrás de la primera... —sugirió, señalando la zona que Kerigan hubiese elegido de todos modos.

El hombre del Norte sonrió y se metió entre la multitud para inclinarse sobre un par de bardos semielfos y musitarles una amenaza. Los bardos se apresuraron a desalojar los asientos, con una expresión de alivio en el rostro por haber podido escapar con tanta facilidad. Con un profundo suspiro, Wyn se abrió paso en dirección al hombre que le hacía señas. Al menos esta vez Kerigan había conseguido los asientos sin tener que desenfundar las armas..., cosa que sin duda sería una novedad para el norteño, se permitió pensar Wyn con cierto regocijo.

El rostro de Wyn se iluminó cuando anunciaron la primera actuación: una balada gitana que contaba una antigua alianza entre los Arpistas y las brujas de Rashemen. El cuento era una mezcla de música y danza y eran pocos los artistas capaces de dominar los pasos y los gestos hasta tal punto que pudiesen ser tan expresivos como las palabras.

Los aplausos resonaron por el patio mientras los músicos subían al escenario...:

morenos, bajos, con violines, con simples instrumentos de percusión y con laúdes triangulares conocidos con el nombre de balalaikas. El narrador era una joven mujer rashemita, delgada y de aspecto sobrenatural, vestida a la usanza tradicional con una amplia falda negra y una blusa blanca de brocado. Iba descalza y llevaba el pelo oscuro recogido en una trenza que le envolvía, a modo de corona, la cabeza. Permaneció inmóvil en el centro de la plataforma mientras empezaba a sonar la música de la balalaika tenor, un sonido intermitente, rítmico y profundo. En un principio, la narradora empezó su actuación con la mirada baja y sin apenas mover las manos, pero a medida que se fueron incorporando los instrumentos, uno a uno, sus movimientos se aceleraron y empezó la danza que narraba el cuento de magia e intriga, batallas y muertes. El arte de contar cuentos mediante la danza era una magia propia de los gitanos rashemitas, y aquella mujer en particular era una de las mejores que Wyn había visto, pero algo en su actuación le producía una sensación de falsedad.

En un principio, el problema parecía sutil: un gesto inadecuado de la mano, una nota siniestra en el quejido del violín. Wyn era incapaz de adivinar cómo había podido ocurrir: los actores de la balada de la feria eran sometidos a estrictas pruebas y sólo los mejores, los narradores de historias más auténticos, eran elegidos.

Al cabo de unos instantes, Wyn se dio cuenta de que el cuento clásico había sido alterado de forma significativa. El tema del Arpista, un arpegio errante que por lo general interpreta la balalaika soprano, había sido eliminado por completo y la tonada de bajo picaresca que representaba a Elminster, el Sabio, se había convertido en una tonada vacilante que evocaba una imagen de persona vieja e incompetente. Mientras el asombrado elfo observaba la escena, la bailarina titubeó, pero enseguida recuperó el hilo de la historia y empezó a girar cada vez más rápido mientras sus pies desnudos seguían centelleantes el nuevo argumento.

Wyn apartó la mirada del escenario para mirar a Kerigan. Si el poeta se había dado cuenta de algo que no fuera el revoloteo de la falda y el movimiento de los pies desnudos, no lo reflejaba su sonrisa maliciosa. El atribulado elfo echó una ojeada a la multitud, esperando encontrar un gesto de disgusto en los bardos más perspicaces, pero comprobó atónito que toda la audiencia observaba la balada con sonrisas que traducían diversión y, lo que era más inquietante, gestos de reconocimiento. Cuando terminó la danza de la gitana, la asamblea estalló en vítores y aplausos entusiastas. Sentado junto a Wyn, Kerigan empezó a emitir silbidos y patear el suelo para mostrar su aprobación.

El elfo se hundió en su asiento, demasiado aturdido para unirse al aplauso general, ni para darse cuenta de cuándo finalizaba. Con un codazo en las costillas, el poeta hizo que Wyn volviera a fijar la atención en el escenario, donde un coro de hermosas sacerdotisas cantaba una balada de exultación a Sune, diosa del amor. Wyn

comprobó enseguida que esa balada también había sido alterada.

Una y otra vez se sucedían las historias, y cada balada era diferente de las que Wyn había aprendido según la tradición de los trovadores y que se habían transmitido invariables de generación en generación. Y, sin embargo, no vio que ningún otro bardo mostrara el menor signo de desasosiego. El resto del concierto transcurrió para él como en un duermevela del que no era capaz de despertar. O se había vuelto loco o el pasado había sido reescrito en la mente y los recuerdos de cientos de los bardos más experimentados e influyentes del Norland.

Wyn Bosque Ceniciento no supo qué posibilidad lo atemorizaba más.

1

En el corazón de Aguas Profundas, en una taberna famosa por su cerveza y sus secretos, seis viejos amigos se habían reunido a cenar en un acogedor salón privado. Gruesos muros de piedra y vigas antiguas amortiguaban los sonidos procedentes de la cocina de la taberna y de la bodega, y en el centro de cada una de las cuatro paredes había una robusta puerta de roble, en cuya superficie colgaba una lámpara que proyectaba una tenue luz azulada. Las lámparas, artilugios mágicos que impedían que ningún sonido saliera de la habitación, también servían para que ningún mago inquisitivo pudiera espiar. En el centro del salón había una mesa pulida y redonda, de madera de teca de Chult, y las mullidas butacas indicaban que allí las visitas se prolongaban debido a la comodidad. Una bóveda azul celeste, pálida e incandescente, envolvía la mesa para garantizar que ninguna palabra pudiese escapar de aquella barrera mágica. En una ciudad cuya vida interior se dividía a partes iguales entre riquezas e intrigas, los hechizos múltiples para poder tratar asuntos privados no eran inusuales. De hecho, la escena era bastante habitual, pero los comensales, no.

—Me enteré de ello la otra noche —comentaba Larissa Neathal, una mujer de llamativos cabellos rojizos que, a pesar de lo temprano de la hora, iba envuelta en seda blanca y collares de perlas. Acariciaba el borde de su copa de vino con uno de sus finos dedos mientras hablaba, y el gesto distraído conseguía que el cristal emitiera una nota nítida, fantasmal—. Acompañaba a Wynead ap Gawyin, un príncipe de uno de esos reinos menores de las Moonshae, y me estuvo hablando un rato sobre cosechas que se habían echado a perder en una de las islas. Los campos y praderas que rodean kilómetros y kilómetros los alrededores de Caer Callidyrr se marchitaron de forma misteriosa, ¡en una noche!

—Eso es una desgracia, no una equivocación, pero mientras no alcance a Aguas Profundas, no debemos malgastar lágrimas —intervino Mirt el Prestamista mientras cruzaba los brazos sobre la túnica manchada de comida en un gesto imperativo.

Kitten, una mercenaria con una desgredada mata de cabello castaño cuya ropa dejaba al descubierto un generoso escote, se inclinó hacia adelante para pinchar en tono de guasa el protuberante estómago de Mirt.

—Hablad por vos, señor Cervezón. Aquellos de nosotros que tenemos gustos más refinados... —Llegada a este punto se detuvo para echar una ojeada tímida alrededor de la mesa— sabemos que esas noticias presagian más penurias para Aguas Profundas que pipas tiene Elminster. —Empezó a enumerar conflictos con sus dedos cuyas uñas estaban pintadas de rojo—. Primero fueron los famosos jardines botánicos del colegio antiguo. De ahí se extrae la asperilla que sirve para elaborar el vino de primavera de las Moonshae que tan bien se vende en la Fiesta del Solsticio de Verano. Sin asperilla, no hay vino, ¿verdad? Las ovejas de más categoría proceden

también de esa zona y, si no hay suficiente pasto para ellas, el esquilado de primavera será escaso. Intente convencer a los tejedores, sastres y fabricantes de capas de Aguas Profundas de que ese tema no es de nuestra incumbencia. ¿Y los gremios de mercaderes? No se puede vaciar un orinal en las Moonshaes sin toparse con un puñado de reyezuelos que se afanan por superarse unos a otros comprándose caprichos en nuestros mercados. Si tienen dinero, no hay problema, pero si fallan las cosechas, no lo tendrán. —Alzó una de sus maquilladas cejas—. Puedo seguir enumerando.

—Como siempre —gruñó por lo bajo Mirt, aunque suavizó sus palabras con un guiño bienintencionado.

—También hay problemas en el Sur —intervino Brian con voz queda, mientras apoyaba las callosas manos sobre la mesa. Brian el Maestro de Esgrima era el único en su género que vivía y trabajaba junto a la gente humilde de Aguas Profundas y su sentido práctico, unido a su aguda percepción, lo convertían en el Señor secreto de Aguas Profundas más mundano.

—Las caravanas están perdiendo mercancías a manos llenas. Fuera de los muros de la ciudad se han encontrado viajeros y familias campesinas enteras asesinadas sin que hayan podido levantar una sola espada en su defensa. Parece obra de monstruos, y monstruos que dominan la magia. Las aves han volado hacia el sur y cada vez hay más pucheros vacíos. Los pescadores también tienen problemas: redes rasgadas, capturas enteras saqueadas, trampas rotas. ¿Qué tienes que decir a todo esto, Báculo Oscuro? ¿Acaso ha empeorado el trabajo de los sureños y están dejando que esos asesinos del mar Sahuagin se aproximen demasiado a la bahía?

Todas las miradas se centraron en Khelben Arunsun, Báculo Oscuro, el más poderoso —y el menos secreto— de los Señores de Aguas Profundas. Era imposible adivinarle la edad, pero tenía vetas grisáceas tanto en los cabellos negros como en la espesa barba oscura, y las entradas de la frente eran cada vez más pronunciadas. En mitad de la barba lucía un distintivo mechón gris que acentuaba su aire erudito y distinguido. Gracias a su altura y su corpulencia, era un hombre imponente, incluso sentado, pero hoy parecía especialmente preocupado. Su copa estaba intacta frente a él y apenas prestaba atención a las preocupaciones de los demás nobles.

—¿Sahuagin? No he sido informado de ello, Brian. No ha sido visto ningún sahuagin —respondió Khelben en tono distraído.

—¿Qué te irrita esta noche, hechicero? —preguntó Mirt—. Tenemos problemas suficientes, pero quizá deberías poner también los tuyos sobre la mesa.

—Tengo una historia muy inquietante —empezó a contar Khelben con lentitud—. Un joven juglar elfo se topó con un misterio durante la Fiesta de la Primavera de Luna Plateada, y ha estado viajando durante estos últimos tres meses intentando encontrar a alguien que escuche su relato. Parece que todas las baladas antiguas

representadas en la Fiesta de la Primavera, sobre todo aquellas escritas por o para Arpistas, han sido modificadas.

Larissa soltó una alegre risotada.

—¡Vaya noticia! Cada cantante en cada callejón o taberna cambia las historias que relata y adapta tanto la melodía como las palabras a su voluntad y el gusto de su audiencia.

—No se trata de eso —replicó el archimago—. Eso es la tradición de la calle, de los cantores de taberna, pero los bardos de verdad son una historia diferente. Gran parte del aprendizaje de un trovador consiste en memorizar las tradiciones y el saber popular, que pasa de boca en boca, preciso e inmutable, durante generaciones. Por ese motivo muchos Arpistas son también bardos, para preservar el conocimiento de nuestro pasado.

—No suelo llevarte la contraria, Báculo Oscuro. —Durnan, un aventurero retirado, propietario de la taberna donde se encontraban, intervino por primera vez—. Pero parece que tenemos bastantes temas de preocupación aquí y ahora para perder el tiempo con el pasado. —Los demás Señores de Aguas Profundas emitieron murmullos de asentimiento.

—Si fuera tan sencillo... —insistió Khelben—. Parece que los propios bardos se encuentran bajo el efecto de un hechizo de gran poder, y una magia con tal alcance sólo puede aportarnos dificultades en el futuro. Hemos de saber quién invocó el encantamiento, cómo y con qué propósito.

—Esa parte te corresponde a ti, mago —señaló Mirt—. El resto de nosotros sabemos poco sobre magia.

—Es posible que la magia no nos dé la respuesta —admitió Khelben—. Tras examinar a varios bardos afectados, puedo asegurar que dicen la verdad tal como la conocen, y las inspecciones mágicas tampoco aportan nada. A juzgar por sus respuestas, las baladas son como siempre han sido.

Kitten soltó un bostezo.

—¿Y entonces? Los trovadores son los únicos que se preocupan por esas cosas, y si así son felices, ¿qué tiene de malo?

—Muchos bardos podrían llegar a morir felices —replicó Khelben—. No sólo se han cambiado baladas antiguas, también parece que se han incorporado otras nuevas en la memoria de los bardos. El juglar elfo me mostró, por ejemplo, una balada que puede ser la perdición de muchos Arpistas porque los impulsa a buscar a Grimnoshtadrano para resolver una especie de desafío de acertijos.

—¿El viejo Grimnosh? ¿El dragón verde? —Mirt esbozó una mueca—. Así pues, es más que una extraña broma, es una trampa. ¿Tenéis alguna idea de quién puede haber detrás?

—Me temo que no —reconoció el archimago—, pero la balada hace mención de

un pergamino. Si un bardo es capaz de arrebatárselo al dragón, quizá pueda seguir la pista hasta el creador del hechizo.

—Bueno, ahí lo tienes —medió Kitten—. Es fácil encontrar bardos.

Khelben sacudió la cabeza.

—Creedme que lo he intentado, pero todos los bardos Arpistas disponibles en el Norland parecen afectados y, por consiguiente, pueden ser un instrumento involuntario en manos de un divulgador de hechizos. Ahí radica el problema. ¿Quién nos asegura que un bardo manipulado no llevaría el pergamino a su desconocido dueño? No, necesitamos un bardo que posea recuerdos y juicios propios.

—¿Y ese elfo, el que os contó la historia? —sugirió Larissa.

—En primer lugar, no es Arpista, pero, además, para tener éxito en esta búsqueda, el bardo debe ser instruido tanto en música como en magia. El pergamino que se menciona en la balada probablemente sea un pergamino hechizado y, si es así, significa que descifrar el acertijo será como lanzar un hechizo. El juglar elfo no posee ningún conocimiento de brujería y, además, sabéis qué ocurrirá si envío a un elfo a enfrentarse con un dragón verde.

—El dragón tendrá un desayuno, una comida o una cena —musitó Kitten lisa y llanamente—, según la hora del día. Así pues, ¿qué vas a hacer?

—He dado algunas voces con la esperanza de encontrar a alguien que no tenga su talento alterado. —La frustración del archimago era casi palpable.

Los amigos se quedaron sentados en silencio durante largo rato. Brian se rascó la barbilla pensativo antes de intervenir.

—Báculo Oscuro, me parece que debes hacer lo mismo que hacemos los demás, es decir, lo que puedas. Es posible que exista un mago entre los Arpistas que pueda pasar como bardo. ¿No conocéis a nadie así?

Khelben se quedó mirando al espadachín durante largo rato y, luego, ocultó el rostro entre las manos mientras sacudía lentamente la cabeza en gesto de negación.

—Que Mystra nos proteja, me temo que sí.

Más hacia el sur de Aguas Profundas, un hombre entró de repente en el vestíbulo de El Minotauro Púrpura, la posada de más categoría de la ciudad real de Tethyr, y, tras hacerle un gesto de asentimiento al sonriente posadero, se abrió paso por la abarrotada planta baja para llegar hasta el lujoso primer piso.

Muchos pares de ojos se desviaron para observar su paso porque Danilo Thann era algo más que una rareza en la ciudad sureña, insular y, en cierta medida, xenófoba. Sus gestos y apariencia transmitían su herencia septentrional; era alto y delgado y el cabello rubio le caía en espesos mechones sobre los hombros. Sus ojos grises denotaban un ánimo travieso, y en el rostro lucía siempre una perpetua sonrisa y una expresión de franca amistad e inocente juventud. A pesar de su imberbe

aspecto, Danilo se había convertido recientemente en un miembro importante y exitoso del gremio de mercaderes de vinos. Su riqueza era también importante, y era generoso a la hora de gastar el dinero. Muchos de los clientes habituales alzaron la vista de la partida de cartas o de los dados para saludarlo con auténtico placer, y unos pocos hasta lo invitaron a unirse a sus mesas. Pero aquella noche Danilo llevaba los brazos cargados de paquetes bien envueltos y parecía impaciente por examinar sus nuevas adquisiciones. Respondió con un ademán a los saludos y las burlas sin detenerse siquiera y subió de tres en tres los peldaños de la escalera curva de mármol que había al final del vestíbulo.

Cuando Danilo llegó a su habitación, soltó las compras que llevaba sobre una pila de almohadones bordados que había en mitad de la alfombra de Calimshan. Eligió un paquete largo y delgado y, al desempaquetarlo, quedó al descubierto una espada reluciente. Tras admirar el lustre y la exquisita factura durante unos instantes, se colocó en posición de defensa y trazó una serie de movimientos vistosos ante un adversario invisible. Una voz nasal y monótona resonó en la habitación cuando la espada mágica empezó a entonar una canción de guerra Turmish. El joven soltó de golpe la espada como si le hubiese quemado los dedos.

—¡Maldición! He pagado doscientas piezas de oro por una espada cantarina y resulta que tiene la voz de un burro de Deneir. ¿O acaso debería decir la voz de la suegra de Milil? —murmuró mientras se frotaba la barbilla para ver si se le ocurría qué dios bardo podía invocarse en esa circunstancia. Tras un momento, se encogió de hombros.

»Bueno, al menos cantas —comentó con humor dirigiéndose a la espada, tirada en el suelo—. Así pues, ¿qué voy a hacer contigo?

La espada no parecía tener opinión sobre el tema. Había sido diseñada para que cantara cuando alguien la empuñase a fin de inspirar en los luchadores más valentía y ferocidad, también era capaz de imitar la magia de aquellas criaturas que causaban daño a través de la música, como las sirenas o las arpías, pero la conversación no se contaba entre sus habilidades.

Danilo cruzó la habitación hasta una mesa en la que se apilaban unos cuantos libros y cogió un delgado volumen encuadernado en piel granate para ojearlo.

—Vale la pena intentarlo —murmuró, mientras trataba de encontrar un hechizo que había visto que servía para añadir melodías adicionales al repertorio de una caja de música encantada. Con un gesto de asentimiento, dejó el libro sobre la mesa y sus brazos empezaron a trazar en el aire los gestos del hechizo. Acto seguido, descolgó el laúd de una clavija que había en la pared y se sentó con las piernas cruzadas junto a la espada para empezar a interpretar una balada obscena. Tras unos minutos de silencio, la espada empezó a tararearla, pero no sólo la melodía y las palabras, sino el tono resonante de tenor experimentado de Danilo.

—Eres un barítono, pero supongo que servirá —comentó el joven mago, encantado del éxito que había tenido su hechizo. Danilo llevaba estudiando magia desde los doce años bajo la severa vigilancia de su tío Khelben Arunsun. En un principio, Dan había estudiado en secreto para evitar las protestas de los vecinos, porque sus primeros intentos por aprender el arte habían dado como resultado desastres de todo tipo, pero pronto demostró tener un talento notable. Khelben insistió enseguida en su deseo de hacer oficial su aprendizaje, pero Danilo puso pegas porque hasta la fecha le había dado la impresión de que podría obtener resultados más espectaculares si el alcance completo de sus habilidades se mantenía en secreto. Su riqueza y su posición social —la familia Thann formaba parte de la nobleza comerciante de Aguas Profundas— le proporcionaban acceso a lugares que la mayoría de Arpistas tenían vedados. Pocos sospechaban que fuese más de lo que aparentaba ser: un diletante y un dandi, un divertido aficionado a la música y a la magia, petimetre y un poco loco.

Sentado en una alfombra de complejo diseño, envuelto en pilas de almohadones brocados, Danilo Thann estaba inmerso en el mundo que había decidido vivir y se sentía a gusto en un entorno de tanto lujo. Incluso iba vestido en concordancia con las ricas tonalidades púrpura que llenaban la estancia. Tanto las polainas como la blusa de seda y la casaca de terciopelo eran de un tono violeta oscuro e incluso se había hecho teñir las botas de ante de caña alta hasta la rodilla con un tono a juego. El atuendo, según sus compañeros Arpistas, lo hacía parecer un grano de uva andante, pero Danilo se sentía satisfecho. Después de haberse unido a la Cofradía de los Mercaderes de Vino, se había confeccionado a medida un vestuario completo en todas las tonalidades de púrpura, porque ése era el color favorito de la tierra. Llevar ropa de color púrpura era señal de buena voluntad, y, además, complacía a muchos sastres, zapateros y joyeros que Danilo representaba. A fin de cuentas, un vestuario nuevo y unas cuantas joyas de amatista eran un precio bajo por la popularidad de que disfrutaba en Tethyr.

Danilo estuvo cantando hasta que la rodaja de luna creciente alcanzó el cenit. Después de que la espada mágica aprendiera la balada a satisfacción de Danilo, el mago devolvió el arma a su funda y se ató ésta en el cinturón. Acto seguido, volvió a coger el laúd y empezó a cantar y tocar. Era famoso entre la nobleza de Aguas Profundas por las divertidas canciones que componía, pero como no tenía a nadie que pudiese escucharlo, se dedicó a tocar la música que más le complacía: arias y baladas que cantaban los trovadores en la antigüedad.

De repente, se disparó una alarma mágica que lanzó una pulsación insistente a través de la estancia y Danilo dejó de cantar para regresar a la realidad. El estridente aviso de peligro parecía extrañamente fuera de lugar, pero Danilo dejó enseguida el laúd y se puso de pie. Una de las barreras mágicas que había colocado alrededor de la

posada había sido atravesada por un intruso. Fue apresuradamente hasta una mesa que había junto a la ventana abierta y cogió una pequeña esfera. Al tocarla, la alarma se desvaneció y de inmediato apareció una figura en el centro del cristal. La escena que vio en la esfera hizo sonreír involuntariamente al joven mago.

Una ágil figura femenina andaba al acecho dos pisos por encima de su habitación con un rollo de cuerda en las manos. No hacía ruido y su silueta apenas destacaba en la oscuridad del cielo; sólo el cristal mágico le permitía ver a su posible atacante. Con la mano que le quedaba libre, Danilo cogió la botella de elverquisst que guardaba para estas ocasiones.

Sirvió dos raciones generosas del licor elfo de color rubiáceo en sendas copas sin apartar la vista del cristal mágico. Mientras observaba, la delgada figura que reflejaba la esfera saltó en la noche. La sog a que llevaba se puso tensa y ella se balanceó como un péndulo hacia su ventana abierta. Danilo apagó la alarma y cogió las copas.

Una mujer semielfa aterrizó agazapada frente a él, queda y ágil como un gato. Sus ojos azules barrieron la estancia y vio que en la esbelta mano centellaba una daga presta. Pareció satisfacerla ver que no había peligro, así que guardó la daga en la bota y se irguió. De pie frente a Danilo apenas medía diez centímetros menos que él, que alcanzaba el metro ochenta.

Arilyn Hojaluna había sido su amiga y compañera durante casi tres años, y aun así Danilo nunca dejaba de maravillarse por su talento..., ni por su belleza. La brisa nocturna le había alborotado los rizos color azabache e iba ataviada con prendas de camuflaje, con el rostro teñido de tinte, polainas y una holgada blusa de un tono oscuro poco definido que parecían absorber las sombras. Sin embargo, a los ojos de Danilo la semielfa habría destacado sobre las damas de la nobleza mejor vestidas de Aguas Profundas, y una vez más tuvo que recordarse a sí mismo la importancia de su trabajo.

—Una noche estupenda para saltar dos pisos —comentó en tono desenfadado mientras le ofrecía una copa—. El descenso fue impresionante, pero, dime, ¿has fallado alguna vez al calcular la longitud de la cuerda?

Arilyn negó con la cabeza antes de beber con expresión ausente el contenido de la copa. Danilo abrió los ojos de par en par. Los espíritus elfos podían tumbarte con más rapidez que la co z de la montura de un paladín, pero, a pesar de su aspecto frágil, su compañera se bebía el licor como si fuera agua.

—Nos vamos de Tethyr —informó mientras devolvía la copa a la mesa.

El Arpista colocó la copa junto a la de ella.

—¿Cómo? —preguntó con cautela.

—Alguien ha puesto precio a tu cabeza —respondió en tono circunspecto mientras le tendía una pesada moneda de oro—. A todo aquel dispuesto a aceptar el trabajo, se le da una de éstas y han prometido un centenar más para aquel que lleve a

cabo la ejecución.

Danilo sopesó la moneda con mano experta y soltó un prolongado silbido, pues la moneda pesaba casi tres veces más de lo que debía. La suma que Arilyn decía era considerable. El hombre observó las marcas que había sobre el dorso de la moneda; estaba estampada en relieve con un diseño poco conocido de runas y símbolos.

—Por lo visto, estos días atraigo a enemigos de más categoría —comentó en tono jocoso.

—¡Escúchame! — Arilyn lo cogió de los antebrazos y lo sacudió. La intensidad de sus ojos azules borró todo rastro de sarcasmo del rostro del joven—. Oí que alguien cantaba tu balada sobre el asesino Arpista.

—Afortunado Milil —juró en voz baja, pues empezaba a comprender la situación. Había escrito la balada, cuatro versos ramplones, sobre su primera aventura juntos. Aunque los hechos estaban disfrazados y en ningún momento se identificaba a Arilyn ni a sí mismo como Arpistas, la simple visión de la sociedad de los «entrometidos bárbaros del Norte» provocaría un alud de resentimiento en la agitada tierra de Tethyr. Durante meses, él y Arilyn habían estado trabajando para desbaratar un plan cuyo objetivo era sustituir al soberano reinante por una alianza entre cofradías; él desde el gremio de mercaderes de vino y ella desde la sombra de la Cofradía de Asesinos. Todo eso lo había resumido él en una balada de poca monta. Maldijo en silencio su propia estupidez, pero como de costumbre ocultó sus emociones con un comentario frívolo.

—Los indígenas expresan sus preferencias musicales con bastante contundencia, ¿no crees? —y frenó la exasperada réplica de Arilyn con un gesto de las manos—. Lo siento, querida, es la costumbre. Tienes razón, por supuesto. Debemos partir hacia el norte de inmediato.

—No. —La mujer alargó una mano para tocar uno de los anillos que él llevaba, un anillo mágico, regalo del tío de Danilo, Khelben Arunsun, y que podía transportar hasta a tres personas de regreso a la seguridad de la torre de Báculo Oscuro, o a cualquier otro lugar que el portador deseara.

Danilo sabía por experiencia cómo odiaba Arilyn el transporte mágico, así que si estaba dispuesta a recurrir a él debía de ser porque la situación era de extrema gravedad. Ciñó en el mismo cinturón donde llevaba la espada la bolsa mágica donde transportaba su vestuario y sus utensilios de viaje y se apresuró a poner también dentro de la bolsa sus tres libros de hechizos. Con gesto descuidado dejó caer también en el interior la moneda del asesino y alargó un brazo para coger la mano de la mujer.

La semielfa dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—No, yo no voy.

—Arilyn, no seas remilgada...

—No, no es eso. —Respiró hondo para intentar calmarse—. Hoy me llegó una

misiva de Aguas Profundas donde me comunican que he sido asignada a otra misión. Partiré por la mañana. —La alarma mágica empezó a zumbar de nuevo y Arilyn se apresuró a acercarse a la esfera mágica para investigar. Tres siluetas envueltas en sombras se hallaban en el borde del tejado, a dos plantas de distancia de ellos. Arilyn apartó la bola y miró a la ventana abierta.

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Vete!

—¿Y dejarte aquí sola con éstos? No sería capaz.

La sonrisa de la semielfa no alcanzó a sus ojos. Arilyn acarició el fajín de seda gris que le envolvía la cintura y que indicaba su rango en la cofradía de asesinos de Tethyr.

—Soy uno de ellos, ¿recuerdas? Diré que te habías ido y nadie se atreverá a desafiarme.

—Por supuesto que sí —replicó Danilo. En Tethyr, los asesinos subían de categoría enfrentándose a muerte con otro que tuviera un rango superior y en varias ocasiones Arilyn había tenido que defender el fajín que con tanta reticencia portaba.

La sogla que había dejado colgada por el exterior de la ventana empezó a oscilar cuando en el otro extremo alguien asió el cabo para descender.

—¡Vete! —suplicó Arilyn.

—Ven conmigo. —La mujer sacudió la cabeza, inflexible. Danilo cogió a la tozuda semielfa en brazos—. Si crees que te voy a dejar, estás más loca que yo —musitó con palabras que parecían atropellarse ante el inminente peligro—; sé que no es el mejor momento para decirlo pero, maldita sea, te amo.

—Lo sé —respondió ella con voz suave, abrazándose también a él y buscando su rostro por un instante, como si quisiera grabar sus rasgos en la memoria.

Arilyn se desprendió del abrazo y alzó una mano para acariciarle la mejilla. Luego, con la otra, le propinó un puñetazo en el estómago y Danilo cayó al suelo como un árbol talado.

Mientras intentaba coger aire, Danilo sintió que los dedos de ella manipulaban el anillo de teletransporte que iba a llevarlo de regreso a Aguas Profundas. Alargó los brazos para cogerla de la cintura, intentando llevarla consigo a un lugar seguro, pero el hechizo de teletransporte lo engulló y sus dedos se cerraron sobre un torbellino de blanco vacío.

Cuando Danilo se encontró en la seguridad del vestíbulo de la torre de Báculo Oscuro, su primer impulso fue regresar de inmediato a Tethyr, pero sabía que el anillo mágico no iba a funcionar con total garantía hasta el amanecer del día siguiente. Enseguida se dio cuenta de que quien sí podía enviarlo de regreso era Khelben, así que en cuanto pudo reunir aliento suficiente para moverse, subió a saltos por la escalinata curva de piedra que desembocaba en los aposentos privados del archimago, pero descubrió que Khelben no estaba en casa, ni tampoco su dama, la maga Laeral.

Danilo inspeccionó la torre, pero con idéntico resultado. Se encontraba solo, y encerrado, en Aguas Profundas.

El Arpista regresó al vestíbulo y se dejó caer en una silla junto a una pequeña mesa para garabatearle cuatro líneas a su tío relatándole lo ocurrido en Tethyr. Luego, invocó un hechizo que hizo flotar la nota escrita a la altura de la vista en la entrada de la estancia, y, como remate, le incluyó un ribete de titilantes luces rosadas al papel para asegurarse de que Khelben lo viese en cuanto regresara. Mientras, Arilyn seguía sola en Tethyr, y nada podía hacer Danilo para ayudarla.

La impotencia suele desembocar en frustración y, de repente, el Arpista se dio cuenta de que no podía soportar más el color púrpura simbólico que llevaba. Se arrancó los anillos de amatista de los dedos y los lanzó al interior de la bolsa mágica que colgaba de su cinturón, pero no consiguió cambiar el hecho de que iba vestido como un «grano de uva andante». Danilo salió a grandes zancadas de la torre y atravesó la segunda puerta invisible que permitía franquear el muro de piedra negra pulida que lo rodeaba, para acercarse a paso rápido a la casa que recientemente había comprado en la ciudad. Allí podría despojarse de los restos púrpuras de su misión en Tethyr y esperar las órdenes de su tío Báculo Oscuro. Durante los últimos dos años, tanto Danilo como Arilyn habían recibido órdenes directas de Khelben Arunsun, así que probablemente el archimago podría decir a Danilo cuál era la misión que habían asignado a Arilyn.

Mientras caminaba, se maldijo por haberse dejado la esfera mágica en Tethyr. Era un pequeño cristal de espionaje que había adaptado para convertirlo también en alarma, pero con él podría saber cómo se las estaba apañando Arilyn. En el preciso instante en que el anillo de teletransporte lo había alejado de Tethyr, Danilo había podido atisbar una última imagen de ella, con la espada desenfundada, de cara a la ventana y en actitud de combate, envuelta en la luz mágica que le proporcionaba su espada, esperando a sus enemigos. Danilo no podía apartar aquella imagen de su mente, ni dejar de pensar en cómo habría acabado el combate que, sin lugar a dudas, se había entablado a continuación.

Danilo estaba tan absorto en sus pensamientos que apenas prestaba atención al resto de personas que abarrotaban las calles, pero al doblar una esquina se topó de frente con un cuerpo sólido y sintió que dos manos fuertes lo sujetaban por los hombros y lo apartaban un poco para observarlo. Al centrar la vista se encontró con el rostro sonriente de su noble amigo Caladorn Cassalanter. El hombre era unos años mayor que Danilo, que tenía veintiocho, y también más alto y corpulento. Llevaba el pelo rojizo oscuro muy corto y tenía las manos callosas propias de un guerrero. Durante años, Caladorn había ganado todos los concursos de artes marciales y de equitación de la ciudad, pero últimamente se había lanzado a aventuras en el mar e incluso había renegado de su apellido hasta que «hubiese hecho algo que demostrase

que realmente merecía llevarlo». No sin dificultad, Danilo esbozó la sonrisa fatua y superficial que su amigo esperaba de él.

—Me alegro de verte, Caladorn. Esto sí que es toparse con alguien.

El noble chasqueó la lengua y lo soltó.

—Vigila al andar, Dan. Las tabernas han abierto hace poco y caminas ya como si necesitaras un soplo de aire fresco. —Caladorn entrecerró los ojos—. ¿Estás enfermo? No pareces tú.

—Lamento decir que todo lo que me sucede es que me duele la cabeza —mintió Dan mientras se masajeaba un poco las sienes—. Se da uno cuenta de que envejece cuando se siente así la mañana siguiente de una noche de juerga en la que no se ha divertido —se interrumpió, un poco aturdido por su propio comentario—. O algo así.

Caladorn soltó una carcajada y palmeó a Danilo en el hombro.

—Éste es el chico que yo recordaba. Te presento a lady Thione, ¿la conoces? Lucía, cariño, soy muy despistado. Permíteme que te presente a mi viejo amigo Danilo Thann. A pesar de las apariencias, ¡es totalmente inofensivo! —dijo Caladorn.

Danilo volvió la vista hacia la mujer que había junto a Caladorn. Menuda y delgada, iba vestida con una túnica elegante de color púrpura y coronaba su cabeza una reluciente mata de pelo castaño cuyos rizos espesos enmarcaban su bien proporcionado rostro. Los ojos oscuros observaban a Dan con un deje de ironía y sus facciones, suavemente aguileñas, lucían el sello inconfundible de las gentes del sur. Dan ahogó un suspiro: no iba a poder librarse de sus recuerdos de Tethyr aquella noche porque Lucía Thione era un miembro destacado de la sociedad de Aguas Profundas y, como familia lejana de la expulsada familia real de Tethyr, a menudo lucía el tono tradicional púrpura para exaltar su exotismo y su parentesco real. A Danilo no le agradaba aquel tipo de comportamiento, pero conocía las reglas de conducta de la nobleza y podía seguirlas tan bien como ninguno, así que cogió a Lucía Thione de la mano e hizo una profunda reverencia.

—Caladorn está loco, querida dama. Ante una mujer hermosa, ningún hombre debería considerarse inofensivo. —Dedicó una sonrisa a su amigo para quitarle todo el tono de amenaza que pudiese haber en su comentario, dejando así sólo el cumplido.

—En ese caso, me consideraré avisado y nos marcharemos de aquí —replicó Caladorn en tono alegre, antes de rodear los hombros de Lucía Thione con uno de sus corpulentos brazos.

Dan los vio marcharse, captando la actitud solícita del noble Caladorn al inclinarse sobre la mujer menuda. Así que por eso Caladorn se demoraba en Aguas Profundas en vez de ir en busca de aventuras. Aunque Danilo no sentía envidia por él, no estaba de humor para enfrentarse a la felicidad de los demás; de pronto se sintió muy solo y con deseos de echar un trago, así que se fue hacia la taberna más cercana.

Lamentó de inmediato su elección porque al entrar lo asaltó un olor a humedad y vio que el techo de la estancia había sido elevado al menos cinco pisos para poder disponer los árboles vivos que crecían por doquier en la sala. Suaves motas de luz azul flotaban entre la clientela, compuesta casi en exclusiva por elfos. La razón era bastante obvia: un par de centinelas elfos dorados bien armados custodiaban la puerta como si fueran un par de relucientes sujetalibros. Se quedaron observándolo.

—Te conozco —dijo finalmente uno de ellos—, tú eres ese... mago que provocó un destrozo en la última reunión de la Cofradía de Posaderos.

Dan les dedicó su sonrisa más seductora.

—Seguramente te debes de referir a aquel desafortunado incidente que ocurrió en La Jarra Ardiente, pero te puedo asegurar que pagué todos los gastos, salvo la barba del enano, por supuesto..., era difícil cuantificar su valor, ya sabes; además, podía volver a crecerle en, digamos, un par de décadas. No creas que ese hechizo pueda afectar a ninguno de tus clientes, por supuesto. Nadie aquí parece llevar barba, así que si de repente la cerveza se volviese fuego no provocaría ningún incendio. Eso en el improbable caso de que lanzara ese hechizo, cosa que te prometo que no voy a hacer.

Los guardias elfos alzaron a Danilo por los codos y sin contemplaciones lo arrastraron hacia la puerta. Por el rabillo del ojo, el Arpista alcanzó a ver que un elfo de edad alzada un dedo en gesto perentorio y, de inmediato, los guardias se detuvieron. El elfo, cuya elegante túnica blanca y toca de platino lo identificaban como personaje de cierta importancia, murmuró unas palabras a su anfitriona, Yaereene Ilbaereth. El delicado rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa de genuino placer mientras salía a recibir a Danilo Thann con los brazos extendidos. Los centinelas elfos de la puerta se desvanecieron ante su presencia mientras Dan asistía a la escena con gran estupor. Esperaba ser expulsado sin contemplaciones de la taberna, y, además, tampoco sentía ningún deseo de quedarse, pero no podía dejar de prestar atención a la regia dama que se aproximaba a saludarlo.

Yaereene era alta y esbelta, con el cabello y los ojos plateados propios de los elfos de la luna. Llevaba una túnica centelleante que alternaba los tonos azules y verdes para combinarlos con el color del caprichoso y diminuto dragón de ensueño que llevaba colgado del hombro. La criatura sonrió y agitó sus alas de gasa mientras se aproximaba, y sus escamas de joyas resonaron en eco en el fino topacio azul que la elfa llevaba entretejido en la intrincada malla de plata del collar.

—Bienvenido a la taberna de la Piedra Elfa —lo saludó Yaereene, alargando las dos manos para recibir a Danilo al modo de las damas de la corte de Aguas Profundas. El querer recibir al hombre según sus propias costumbres era un gesto amable. Danilo le cogió las manos y le besó los dedos, antes de responder al saludo a su manera. Volvió ambas manos de la dama para dejar las palmas hacia arriba, ante

sí, e hizo una profunda reverencia en un gesto propiamente elfo de respeto. La sonrisa de Yaereene Ilbaereth se ensanchó todavía más y se convirtió en una ligera carcajada cuando Danilo se dirigió al dragón encantado en su propia lengua. Como respuesta, la diminuta criatura desvió la enjorada cabeza hacia un lado para permitir que le rascara el cuello como hubiese hecho con cualquier gato doméstico.

Yaereene se colgó del brazo de Danilo y lo introdujo en la bodega.

—Esta noche sois el invitado de Evindal Duirsar, sacerdote patriarca de Corellion Lathanian —anunció, indicando con un gesto al elfo de más edad que había intercedido por Dan—. ¿Podemos hacerle una visita más tarde, una vez haya cenado y tomado algo?

—Por supuesto —respondió Danilo con amabilidad, aunque no tenía la más remota idea de por qué quería verlo.

El sacerdote elfo se puso de pie cuando el Arpista se aproximó, y tras el intercambio de saludos rituales, los dos se sentaron ante un escanciador de cristal.

—¿Bebe elverquisst? —preguntó el sacerdote.

—Sólo cuando va barato —respondió Danilo en tono jocoso.

Evindal Duirsar sonrió mientras le señalaba con un gesto otra copa que acababa de traer un sirviente elfo, pero su buen humor se desvaneció de repente cuando se inclinó hacia adelante para hablar con voz queda.

—Mi hijo es Erlan Duirsar, Señor de Evereska, y me ha contado tu contribución al servicio de la gente elfa.

—Ya veo. —Dan se reclinó en su asiento, sin saber muy bien cómo proceder. Dos años atrás había ayudado a salvaguardar Siempre Unidos, la isla natal y último refugio de todos los elfos, trasladando un portal mágico desde una ubicación elfa conocida como Evereska a un lugar más seguro y secreto. No tenía ni la más remota idea de cómo se había divulgado aquello pero, a juzgar por la recepción de Yaereene y la cantidad de gestos de asentimiento que le habían dedicado los demás clientes del local, era un secreto a voces—. Supongo que eso explica el recibimiento que he tenido —concluyó Danilo.

—En absoluto. —Evindal Duirsar sacudió la cabeza con gesto firme—. Pocos saben lo que ocurrió realmente en Evereska. Habéis sido bien recibido aquí por motivos más evidentes.

—Defina «evidentes» —pidió Dan.

El sacerdote elfo chasqueó la lengua e hizo un gesto en dirección al centro de la bodega, donde una doncella elfa de cabellos rubios cantaba y tocaba un arpa dorada. Danilo reconoció la tonada como *La doncella de la niebla gris*, un aria que él mismo había escrito. La canción hablaba de una niebla mágica que rodeaba y protegía Evereska de un amante esquivo, y aunque era popular entre la nobleza de Aguas Profundas, para Dan aquellas palabras eran vulgares y excesivamente sentimentales,

aunque la había hecho así a propósito. ¿Por qué entonces se dedicaban a cantar una cosa así los elfos, tan amantes de la buena música, e incluso la traducían a su idioma?

—Es una canción muy bonita —murmuró Evindal en tono de admiración.

—Debe de haber ganado algo con la traducción —murmuró Dan.

Evindal sonrió.

—Tanta modestia en boca de un bardo es reconfortante. —Se levantó—. Me temo que mis deberes me reclaman en el templo, pero, por favor, quedaos tanto tiempo como os plazca. Llamadme en alguna otra ocasión, porque nuestra gente tiene una gran deuda con vos.

Danilo alzó la copa.

—Al precio que va el elverquisst, lo haré antes de que finalice la noche.

El sacerdote chasqueó la lengua mientras salía de la taberna. Danilo lo vio salir con una expresión de confusión en el rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí, aparte de macerar en caldos élficos?

Danilo dio un brinco y, al alzar la vista, se topó con el severo rostro de Khelben Arunsun. Como de costumbre, el archimago iba vestido con ropa sencilla, oscura, y se resguardaba, con un abrigo forrado de piel, de las gélidas brisas que asolaban las noches de Aguas Profundas incluso en verano. El cabello salpicado de canas de Khelben estaba inusualmente alborotado y su barbudo rostro lucía una expresión más ceñuda de lo habitual. Danilo era una de las pocas personas en Aguas Profundas que no se acobardaban en presencia del poderoso mago, y le dio la bienvenida con la copa llena.

—Siéntate, tío. Te invitaría a compartir mi vaso...

—Pero dudas que cupiésemos los dos en un solo vaso —completó la broma el archimago en tono sombrío—. Ahórrate las tonterías, Dan. Tengo asuntos importantes que tratar contigo.

—Por supuesto. —El Arpista respondió con voz suave, sin apartar la vista de los ojos de Báculo Oscuro—. Podríamos empezar por el más importante, ¿no crees?: ¿dónde está Arilyn?

El archimago se quedó en silencio un instante, y luego hizo un gesto de asentimiento en dirección al escanciador de elverquisst.

—Un mago de tu potencial no puede beber algo tan fuerte. La magia exige el ingenio despierto y la mente clara. ¿O acaso has olvidado lo que sucedió la última vez que bebiste con ligereza? Tengo entendido que el mayordomo del club de los Valientes se asemeja todavía a una criatura del Abismo.

Danilo entrecerró los ojos.

—Estoy en plena posesión de mis sentidos, y también lo estaba esa noche en Cormyr. Lamento haber cambiado la apariencia de aquel mayordomo de forma tan drástica, pero ¿acaso tengo que recordarte que eso sucedió durante la Época de

Tumultos? El mío no fue el único hechizo que salió mal en aquellos días.

—Así que defiendes tu arte. —Khelben se echó hacia atrás en la silla e hizo un gesto de aprobación—. Eso es buena señal. ¿Puedo deducir que te tomarás tus estudios de magia más en serio, o eso es mucho pedir?

La mandíbula del joven mago se puso tensa mientras se mesaba la espesa mata de cabellos rubios.

—Mientras estaba en Tethyr, memoricé los hechizos del libro que me prestaste, así como varios más de un volumen de magia del sur que compré allí. Además de cumplir con mis deberes de Arpista, he asimilado veinte nuevos hechizos e investigado otros de cosecha propia. Que estudie en secreto no significa que me falte voluntad —concluyó en un tono de voz conciso y tranquilo—. Así que, aunque me haga el loco, no voy tan distraído como crees. Dejé a mi compañera sola y en peligro, y exijo saber dónde está y cómo se encuentra.

—Es justo —admitió Khelben, con un matiz de disculpa en la voz—. Arilyn está a salvo y va de camino a cumplir su nueva misión.

—¿Dónde está? ¿Y por qué va sola?

—La misión requiere una persona que pueda hacerse pasar por elfo. Al lugar adonde Arilyn se dirige, tu presencia destacaría demasiado. No puedo contarte más —le contestó su tío.

Danilo escuchó en silencio. Aunque se sentía aliviado al saber que Arilyn estaba a salvo, temía que su misteriosa tarea la situara fuera de su alcance. Como siempre se había sentido más elfa que humana, Arilyn no estaría tan dispuesta a considerar un amante humano cuando regresara de su estancia entre elfos.

—Y yo soy humano —concluyó Danilo en voz alta.

—No te adules a ti mismo —respondió su tío ásperamente—. Por fortuna, el dragón en cuestión no te conoce tanto como yo.

De improviso, las palabras de Khelben hicieron que Danilo recuperara toda su atención.

—¿Un dragón, has dicho?

Una vez más el archimago hizo una pausa mientras examinaba el muro que tenía enfrente.

—Estudiaste música, si no me equivoco, y a fondo.

—Hace muchos años —contestó Dan con aire distraído, un poco confuso por el cariz que había tomado la conversación—. ¿Por qué?

—Los Arpistas requieren los servicios de un bardo. De momento, no parece haber ninguno disponible.

—No me gusta a donde quieres ir a parar. Se supone que tengo que hacerme pasar por un bardo, ¿no? ¿Hasta qué punto?

Khelben asintió dirigiéndose a la cantante elfa.

—Como ella, por ejemplo.

Danilo intentó despejar sus embotados sentidos para concentrarse en la balada. Era una melodía encantadora, vagamente familiar, y conocía lo suficiente el idioma elfo para saber que hablaba de la dama de Khelben, la maga Laeral, y el poder curativo del amor.

—Muy bonito, ¿de quién es?

El archimago lo miró con ojos penetrantes.

—¿Estás seguro de que no la reconoces? —Al ver que Danilo sacudía la cabeza, Khelben esbozó una mueca—. He ahí el problema. La balada es tuya y lamento decir que es muy popular estos días.

—Pero...

—Sí, lo sé. Tú no la escribiste así. Ese es el quid de todo el asunto.

Danilo escuchó a la cantante durante un rato.

—¡Por Oghma..., qué bueno soy!

El rostro de Khelben se ensombreció al oír el irrespetuoso juramento del joven al dios de las letras.

—Esto va en serio, chiquillo. Tus canciones no son las únicas que han sido modificadas.

El Arpista apoyó una solícita mano sobre el brazo de Khelben.

—Tú quizá no te hayas dado cuenta nunca, tío, pero por lo general las cosas siempre son mejorables. ¿Qué deseas que haga, que las recupere?

—Exactamente —convino el archimago mientras lanzaba sobre la mesa un puñado de monedas y se ponía de pie—. Empezarás mañana al amanecer y todavía hay mucho que hacer. Necesitarás provisiones para el viaje y uno o dos instrumentos... ¿Cuál tocas...? ¿La cítara?

—El laúd —respondió Danilo con voz distraída, consciente de que no le quedaba más remedio que salir de la taberna detrás de su tío. Al final adivinó qué le había pedido Yaereene que hiciera, pues era una práctica habitual que un bardo cantara en las tabernas o posadas en las que se detenía. Al salir, Danilo hizo una ligera reverencia a la propietaria, al tiempo que alzaba las manos en gesto de impotencia, indicando con un gesto al ceñudo archimago. Yaereene aceptó sus disculpas con un gracioso ademán y Danilo echó a correr para alcanzar a Khelben, que caminaba a grandes zancadas.

—El primer paso es conocer a tu compañero... —Khelben se detuvo un instante y alzó una de sus cejas salpicadas de canas—, y a tu aprendiz.

—¿Acaso tengo aprendiz? —preguntó, incrédulo.

—Eso piensa ella, y no me gustaría que intentaras convencerla de otra cosa. Te irá bien tener una luchadora experimentada a tu lado y, por limitadas que sean sus posibilidades como bardo, sus credenciales como guerrera son impresionantes.

Danilo se pasó los dedos por el cabello para frotarse bruscamente la cabeza, con la confusa esperanza de que el gesto pudiese deshacer las telarañas mentales que le impedían comprender lo que en apariencia era nítido como el cristal para el archimago.

—A ver si lo entiendo: una vez sea bardo, con aprendiz, cítara y todo eso..., ¿a quién se supone que tengo que entretener?

—A Grimnoshtadrano —replicó Khelben mientras seguía avanzando en dirección a la torre de Báculo Oscuro.

—Pero, eso es...

—¿Un dragón verde? Sí, me temo que sí.

Danilo se dio cuenta de que balbuceaba como una carpa de playa. Cerró la boca y sacudió la cabeza.

—Dijiste algo de un dragón hace un rato, pero pensé que estabas de guasa. —Danilo observó por el rabillo del ojo la severa expresión de Khelben Arunsun y luego soltó un sonoro suspiro—. Bueno, supongo que me equivoqué.

—Esta misión requiere una persona que tenga conocimientos de ambas cosas, de magia y de música —prosiguió Khelben—. Lo primero que haréis mañana por la mañana será partir hacia el Bosque Elevado, desafiar al dragón, convencerlo de que eres el bardo que ha estado esperando y conseguir de él como sea un pergamino que obra ahora en su poder.

El Arpista esbozó una triste sonrisa mientras observaba al archimago.

—Si tú lo dices, tío Khelben..., pero, por favor, ¿te importaría decirme todo lo que quieres que haga después de desayunar?

2

Cuando Khelben hizo entrar a su sobrino en el vestíbulo de la torre de Báculo Oscuro, un joven elfo se levantó para saludarlos.

—Éste es Wyn Bosque Ceniciente. Viajará contigo —comentó el archimago a modo de presentación.

Danilo intentó que su rostro no reflejara la consternación que sentía mientras observaba a su nuevo compañero. El elfo, casi quince centímetros más bajo que el Arpista y esbelto como un álamo, tenía el porte serio de un escolar. También poseía en gran medida la belleza propia de los elfos dorados, una elegancia de formas y rasgos que no superaba ninguna otra raza. Llevaba colgada a la espalda una delicada lira de plata y la flauta de cristal que le pendía del cinto estaba más próxima a su mano que la empuñadura de su larga espada. En su conjunto, a los ojos de Danilo el elfo parecía una criatura pensada para entretener a las damas con poemas y canciones y no un compañero para soportar los rigores del viaje.

Wyn saludó a Danilo con cortesía y luego, por indicación de Khelben, se sentó a cantar una balada del dragón Grimnoshtadrano. Danilo permaneció de pie, con los brazos cruzados, mientras escuchaba la música con ensayada imparcialidad. Se fijó en que la canción estaba bien escrita, pero con un estilo propio de una época de varios siglos atrás. Las palabras de la balada eran persuasivas, una ineludible llamada a la acción, y Danilo se sintió inmerso en la historia a su pesar. Empezaba a comprender las razones de la inquietud de su tío.

En cuanto finalizó la balada, Danilo se puso en acción.

—¿Cuántos bardos han respondido a este desafío?

—Por lo que yo sé, ninguno —respondió Khelben.

—¿De veras? Parece extraño.

—En apariencia, esta balada no se ha extendido lo suficiente. Wyn, que lleva años estudiando baladas que tratan sobre los Arpistas, me ha dicho que, aunque la mayoría de los bardos la conocen, se muestran reticentes a cantarla.

Danilo asintió.

—Una actitud muy responsable. Y, si esta balada no representa una amenaza para los Arpistas, ¿por qué crees que debo responder a su cita?

—Dispones de algo de lo que los demás bardos carecen. Tu memoria —apuntó el archimago mientras le indicaba con un ademán que se sentara—. Es hora de que conozcas el resto de la historia de Wyn Bosque Ceniciente.

El Arpista se sentó a escuchar cómo Wyn relataba los sucesos de la Fiesta de la Primavera de Luna Plateada y el extraño hechizo que había caído sobre los bardos allí reunidos.

Cuando hubo acabado, Danilo se masajeó las doloridas sienas mientras intentaba

extraer conclusiones del relato.

—Lo que dices es que esa balada se acaba de componer pero que los bardos de más categoría del reino creen que es tan antigua como el mismo dragón.

—Exacto.

—No veo el problema.

El elfo lo miró con extrañeza.

—Un poderoso mago ha diseñado un plan que atrae a los Arpistas a su propia muerte.

—Con poco éxito —señaló Dan.

—Cierto. El hechizo trabaja en contra de los Arpistas de un modo diferente, mucho más sutil. Por lo que yo sé de la filosofía de los Arpistas, vuestro objetivo es, en parte, ayudar a preservar el conocimiento del pasado. Al cambiar las baladas de los Arpistas, el hechizo está mermando el trabajo de toda una sociedad.

Danilo meditó unos instantes. En apariencia, el examen que hacía el elfo del problema parecía bastante preciso, pero ¿por qué se cantaba tan poco la balada del dragón? Parecía que había otro motivo en todo aquel engranaje, uno que Danilo no captaba. Era evidente que Khelben también lo pensaba porque, por lo general, el archimago no solía preocuparse de temas musicales. Danilo apartó de momento ese pensamiento de su mente para considerarlo en el futuro y concentró su atención en temas más inmediatos.

—¿Cómo vamos a conseguir el pergamino?

—Según la balada —explicó Wyn en tono didáctico, como si estuvieran hablando de una aburrida teoría—, debes resolver un acertijo, leer un pergamino y cantar una canción. Eso está bastante claro. En cuanto hayas cumplido esas tres tareas, podrás exigir del dragón cualquier tesoro que desees, y obviamente podrás pedir el pergamino. Como se menciona en la balada, y como ésta apareció por primera vez cuando se lanzó el hechizo sobre los bardos, es razonable suponer que el pergamino fue diseñado por el propio hechicero que estamos buscando. Si es así, el archimago podría utilizarlo para averiguar su identidad.

Dan alzó la vista al techo, pero su respuesta sonó paciente.

—Digamos que, por ejemplo, después de responder al acertijo el dragón cumple su palabra y nos entrega el pergamino. Sin contar con que esa posibilidad parece inverosímil, ¿qué ocurrirá si nos equivocamos?

—Supongo que la bestia nos atacará —replicó Wyn en un tono de voz que no traducía inquietud.

—Sí, yo también lo supongo —repitió Dan con exagerada calma, antes de volverse hacia Khelben y añadir por lo bajo—. Antes de que salga corriendo y gritando de esta torre, quizá debería conocer a ese otro aventurero del que me hablabas antes, la guerrera...

—La dejé en la cocina —respondió Khelben, y suspiró—. Si hace honor a su raza, sin duda habrá vaciado ya los tarros de la despensa y habrá empezado con los ingredientes de los hechizos.

Danilo parpadeó.

—No me digas que nuestra incomparable guerrera es una halfling...

—No, una enana.

Para Danilo, aquella noticia era una sorpresa tan grande como todas las demás que le había deparado la tarde. Era raro encontrar enanas fuera de su clan y lejos de su tierra, y aquellas que viajaban a menudo se dejaban crecer tanto la barba que podían confundirse con los varones.

—Una bardo enana —musitó, sacudiendo incrédulo la cabeza—. ¿Qué nos ha traído este personaje tan inusual?

Khelben se puso de pie y se sacó del cinto un rollo de pergamino que tendió a Danilo.

—Esto es todo lo que sé. Ven, te presentaré.

El archimago pidió a Wyn que los esperara allí y luego abrió la puerta que conducía a una estancia que cumplía una doble función como comedor y sala para recibir visitas. Danilo se puso también de pie y siguió al archimago sin dejar de ojear el pergamino que le había dado. Era una carta del hechicero Vangerdahast, consejero real del rey Azoun de Cormyr.

—Vangerdahast dice que ha encontrado un bardo cuyas dotes permanecieron intactas ante ese misterioso hechizo —suspiró Danilo—. Este es el encargo más extraordinario que he tenido nunca.

Volvió a concentrarse en el pergamino y leyó en voz alta: «Una actriz enana, conocida con el nombre de Morgalla la Alegre; es veterana de la Guerra de la Alianza y nativa de las montañas Tierra Rápida, donde conoció y trabó amistad con la princesa Alusair. La enana ha estado dedicándose al comercio en Cormyr durante casi tres años. En nombre del rey Azoun, le pido que dispense a la amiga de su hija la mayor cortesía y la añada al grupo para su oportuna búsqueda. Morgalla es, en mi opinión, justo lo que los Arpistas precisan».

Danilo alzó la vista para observar a su tío con expresión escéptica.

—¡Qué bonito que Vangerdahast sea tan considerado! Aun a riesgo de parecer frívolo, debo admitir que los motivos del buen mago me resultan como mínimo sospechosos.

—Por una vez estamos de acuerdo. —Khelben se interrumpió, con una mano en el pomo de la puerta de la cocina—. No he tenido demasiado tiempo para hablar con la enana. Veamos lo que nos ha enviado mi colega.

Khelben empujó la puerta para abrirla. La cocina era una pieza tan singular como el resto de la torre de Báculo Oscuro. En un lado había estantes con hileras de tarros

repletos de raras hierbas aromáticas, iluminados por una débil luz verdosa que no se sabía de dónde procedían, e impregnaban la estancia de un aroma intenso a madera. Asimismo, había varios armarios que contenían las pilas habituales de platos y fuentes, pero otras puertas eran en realidad portales a lugares lejanos. De pequeño, a Danilo le encantaba el armario que desembocaba en un granado siempre con frutos maduros, pero tenía que admitir que el portal que conducía a una diminuta caverna de hielo era un artilugio más práctico. Sin embargo, en ese momento concentró toda su atención en la enana que estaba sentada a la mesa de la cocina.

Morgalla la Alegre estaba sentada en un taburete y balanceaba los pies enfundados en botas mientras intentaba rebañar con un cuchillo de caza los restos de un guisado de pollo. Los relucientes huesos que se apilaban en una fuente delante de ella daban buena cuenta del tradicional apetito enano, así como el pedazo de queso que faltaba de la quesera y las migas que quedaban de una hogaza de pan de cebada.

Entonces Danilo se dio cuenta de que había cortado la carne y el queso en lonchas para disponerlo sobre rebanadas de pan y preparar un succulento aperitivo en una fuente, junto con unos platos de encurtidos y condimentos. En apariencia, parecía que iba a compartir su comida porque la mesa se veía pulcramente dispuesta con platos y cubiertos para cuatro comensales y en el centro se veía una jarra de cerveza a punto. Cuando los dos hombres entraron en la cocina, Morgalla dejó el cuchillo y dedicó a Danilo una mirada solemne, antes de descender del taburete y alargar una mano rolliza para estrechar la suya.

—Bienvenido, bardo. Soy Morgalla, del clan Chistlesmith, hogar de Olam Chistlesmith y Thendara Lanza Cantarina, de los enanos de Tierra Rápida. Me enorgullece entrar a tu servicio.

Danilo estaba suficientemente familiarizado con las costumbres enanas para sentirse honrado por ser objeto de una presentación tan detallada. Aun en situaciones de cordialidad, los enanos, de naturaleza prudente, solían dar sólo sus nombres y, a veces, el nombre de sus clanes. Si hubiese deseado insultarlo, se habría presentado como «Morgalla, de los enanos», como si, entre líneas, le hubiese preguntado: «¿Tienes algo que objetar?».

Agarró las muñecas de la enana como breve gesto de saludo mientras lanzaba una mirada cargada de veneno a Khelben. El joven Arpista no había rechazado nunca una misión que le hubiesen asignado, pero estaba enfadado con su tío por no haberle dejado elección. Esa noche se sentía igual que si estuviera siendo arrastrado río abajo por una riada blanca, y, lo que era peor, el archimago había hecho creer a Morgalla que él, Danilo, era un bardo a quien valía la pena seguir.

—Cuando pienso en cómo describirte —apuntó Khelben, adivinando el origen de la furia de su sobrino—, «bardo» no es la primera palabra que me viene en mente. Ese título ha sido elección de Morgalla.

—Ajá. —La enana sacudió la cabeza en señal de asentimiento—. Te lo mereces más que otros que tienen la fama. —Al ver que Dan la observaba con expresión dubitativa, añadió—: Un bardo estuvo cantando canciones tuyas en la corte de Azoun y eran una maravilla. Mi favorita es el relato de la espada mágica.

—¿Y no la Balada de un asesino de Arpistas? —Dan se recostó contra la pared de la cocina. Primero la maldita balada que había aparecido en Tethyr, y ahora mucho más hacia el este, en las cortes de Cormyr.

—Ésa es. Bonita historia, aunque un poco breve.

—¿Breve? —La expresión de incredulidad de Danilo era cada vez más patente—. ¡Pero si tiene veinte estrofas!

—Por eso.

Danilo decidió abandonar aquel tema y se dedicó a observar con más atención a la enana. Morgalla parecía bastante joven pues aún era imberbe. Los ojos grandes, de un tono pardo, recordaban a Dan a sus sabuesos favoritos de caza porque la expresión inquieta y triste que en ellos veía era prácticamente idéntica. Tenía el rostro ancho, los pómulos prominentes, los labios carnosos y una nariz diminuta ligeramente respingona. Su cabello era espeso, de color bermejo, recogido en dos tupidas trenzas y en su cuerpo de metro veinte de estatura se concentraban muchos músculos y curvas. Morgalla iba vestida con atuendo de viaje, con una simple falda marrón que le cubría hasta las rodillas, polainas también marrones atadas con correas de cuero y botas asimismo de cuero con la puntera de metal. En el cinturón llevaba una pequeña hacha y había dejado apoyada en la mesa de la cocina una robusta vara de roble llena de muescas de batalla, en cuyo extremo pendía la cabeza sonriente de un bufón adornada con un variopinto y holgado gorro tradicional amarillo y verde. Danilo no era capaz de juzgar la belleza enana, pero Morgalla le pareció una mujer astuta más que belicosa a pesar de sus armas. O, quizá, corrigió mientras miraba de reojo al bufón, debido a ellas. Le pareció extraño que no llevase ningún instrumento.

—Nunca había conocido a un bardo enano —comentó en tono despreocupado para hacerla hablar.

El comentario pareció poner el dedo en la llaga porque el rostro de Morgalla se ensombreció.

—Ni tampoco ahora.

Khelben y Danilo intercambiaron una mirada.

—Si no eres bardo, ¿por qué te han enviado aquí? —preguntó el archimago.

Como respuesta, la enana le tendió un pedazo grande de papel plegado. Khelben lo desplegó sobre la mesa de la cocina y lo inspeccionó durante largo rato. Una mueca le torció el bigote y no pudo evitar soltar una exclamación. Danilo se inclinó para observar el papel por encima del hombro de su tío y soltó un prolongado silbido de admiración. Alzó la vista para mirar a Morgalla con una mezcla de diversión y

respeto en los ojos grises.

—¿Tú dibujaste esto?

—Estoy aquí, ¿no? —replicó ella con brusquedad, cruzando los brazos sobre el pecho.

Danilo hizo un gesto de asentimiento al comprenderlo todo. En el papel había un diestro dibujo de un brujo vestido con una túnica salpicada de estrellas y lunas. Un alto sombrero de cono reposaba sobre un espeso lecho de cejas blanquecinas y los rasgos, aunque exagerados como una caricatura, recordaban sin lugar a dudas los de Vangerdahast. El hechicero sostenía la batuta ante una orquesta de instrumentos resplandecientes que levitaban. En la parte de atrás se sentaba el rey Azoun, que parecía estar disfrutando del concierto a juzgar por la tenue sonrisa que se dibujaba en las comisuras de su bigote. El título de la ilustración era sencillo: «Cofradía de músicos», Danilo sabía que la caricatura se mofaba del brujo en dos puntos vulnerables. Años atrás, en su más frívola juventud, Vangerdahast había ideado un hechizo que provocó que los instrumentos tocaran solos y Azoun se había divertido tanto con él que, para mortificación del hechicero de la corte, lo pedía a menudo para divertirse. El dibujo de Morgalla incomodaba a Vangerdahast pero también ponía en aprietos al rey. Mucha gente de Cormyr y de los territorios limítrofes observaban suspicaces el deseo de Azoun de unir los reinos de Faerun bajo un solo mandato: el suyo. Dibujar al rey y al brujo de la corte como únicos miembros de una cofradía de músicos era un hábil recordatorio de la intención real de centralizar la autoridad. El trabajo de Morgalla bailaba peligrosamente a caballo entre la sátira y la sedición. Para empeorar las cosas, el dibujo se veía estampado sobre papel, lo cual indicaba que podía haber muchas más copias en circulación.

—Ya veo por qué Vangy la mandó en busca y captura de un dragón —murmuró Danilo a su tío. Desvió la vista hacia Morgalla que, con gran criterio, había dejado a los dos hombres espacio para que discutieran sobre la caricatura y se hallaba sentada de nuevo a la mesa, dibujando con gran afán. Sus rollizos dedos volaban sobre el papel y tenía el ceño fruncido por la concentración.

—Por otro lado, es posible que de repente le desagraden los dragones —comentó Khelben, mientras observaba con el ceño fruncido el trabajo de la enana.

El Arpista se inclinó para ver mejor el dibujo, que empezaba a representar con rapidez al propio Khelben de pie frente a un caballete dibujando figuras sobre un lienzo. Un círculo de Señores de Aguas Profundas, vestidos con túnicas negras y cascos, permanecía obediente a su alrededor sosteniendo las paletas y los pinceles.

Danilo chasqueó la lengua. En la superficie, el dibujo se mofaba de las pretensiones artísticas del archimago, pero además captaba a la perfección la creencia popular de que el archimago era una pieza clave —tal vez el poder— de los Señores de Aguas Profundas. La caricatura proporcionaba a Danilo otra explicación de la

presencia de Morgalla allí.

—Por lo que veo, Vangy tampoco se preocupa mucho por los Arpistas.

—Veo que lo vas pillando, bardo —intervino Morgalla mientras observaba su trabajo—. Vangerdahast me pidió que lo dibujara así, señor Khelben. No quería ofender.

—Espero no estar cerca el día que sí quieras hacerlo —musitó Danilo con expresión burlona.

La enana sonrió, tomándose la pulla de Dan como un cumplido.

—Si te gusta, te lo regalo. —Dobló la hoja de papel y se la dio a Danilo.

El bardo se lo agradeció y se lo metió sin pensar en la bolsa de las monedas.

—¿Y qué ocurrirá con Vangerdahast? Si te encargó que lo dibujaras, supongo que esperará recibirlo.

—No —respondió Morgalla con una grave sonrisa—. Créeme que tiene un montón.

—Veo que os vais a llevar bien —intervino Khelben en tono de guasa.

—Por supuesto —admitió su sobrino—, pero si me permites hablar con franqueza, Morgalla, ¿por qué te consideras mi aprendiz si yo no soy artista?

La enana se encogió de hombros.

—Los bardos cuentan historias y yo llego más o menos al mismo sitio pero a través de un túnel distinto. Tú explicas buenos relatos, y yo estoy aquí para aprender. Y para luchar, si es necesario. Pretendo hacer dos cosas y bien. —Agarró la vara de roble y la agitó en el aire para subrayar en sus palabras, haciendo bailar la cabeza de bufón multicolor, pero no logró que la imagen inspirara demasiado temor.

Danilo respiró hondo. A pesar de sus credenciales como guerrera y su encanto mordaz, Morgalla parecía tan preparada para la misión que les esperaba como el estudiante elfo que aguardaba en el vestíbulo.

—Debo suponer que los Arpistas no contravendrán por una vez sus normas para contratar un pequeño regimiento, ¿verdad? —preguntó Danilo al archimago—. No, ya me lo figuraba. Entonces, será mejor que llevemos un maestro de acertijos. Eso mejorará en gran medida nuestras posibilidades.

Khelben asintió pensativo.

—Bien pensado. Ocupate tú de ello mientras Wyn y yo preparamos los caballos y las provisiones.

Morgalla se bajó del taburete.

—Voy contigo, bardo —anunció, impaciente—. En este lugar hay demasiada magia para mi gusto.

Danilo alzó una ceja.

—¿No te gustan las tiendas de magia?

El brillo de los ojos marrones de la enana se enturbió y se subió de nuevo al

taburete para dedicar a Danilo una prolongada mirada apreciativa.

—Bardo, me parece que me dedicaré a hacerte un retrato. —Cogió otro pedazo de papel y empezó a garabatearlo de inmediato.

—Nunca me han hecho un retrato —murmuró Danilo. El humor negro del arte de Morgalla lo atraía y, como siempre había cultivado una notable tolerancia para la burla, estaba casi impaciente por ver la caricatura que pudiese hacerle—. Seguro que me encantará —concluyó con una sonrisa.

—Quizá, pero serías el primero —respondió Morgalla.

Khelben se encogió de hombros y echó a andar en dirección al vestíbulo.

—¿Conoces a algún maestro de acertijos que pueda sernos útil? —preguntó al Arpista.

—Vartain de Calimport —anunció Danilo con convicción—. Es asombroso. Los aventureros solicitan sus servicios tanto como otros solicitan los servicios de los actores. Estaba en Aguas Profundas cuando salí de allí hace varios meses. Miraré en el registro de Halambar a ver si está disponible.

—Bien pensado —convino Khelben. Kriios Halambar, conocido ampliamente en secreto por el sobrenombre de Viejo Pulmón de Cuero, era el jefe de la Cofradía de Músicos de Aguas Profundas. Actores de todo tipo estaban registrados en su tienda y aquellos que deseaban contratar sus servicios a menudo empezaban su búsqueda allí. Si Vartain estaba disponible, su nombre aparecería y, si ya estaba contratado, el nombre de la persona que lo había contratado también figuraría. En cualquier caso, Danilo podía seguirle la pista.

El archimago salió al patio con Danilo y, tras un momento de silencio, apoyó brevemente una mano sobre el hombro del joven.

—Sé que todo esto te ha caído encima de repente, y sé lo que dejas atrás. Lamento tener que pedírtelo.

Los dos hombres permanecieron en silencio. Aunque le emocionaba la preocupación de su tío, Danilo no se vio capaz de reconocer la referencia implícita que Khelben había hecho de Arilyn, y decidió apartar el dolor atroz que sentía, malinterpretando a propósito al archimago.

—Como de costumbre, tu confianza es mi apoyo y mi inspiración —bromeó.

—¡No es eso lo que quiero decir, y lo sabes! —exclamó Khelben—. Tienes capacidad suficiente para resolver esta misión. Lo que te falte como bardo, lo suples como mago. —Se sacó un libro de reducidas dimensiones de uno de los bolsillos de su túnica—. Es para ti. He copiado una serie de hechizos que pueden serte útiles si el dragón demuestra tener pocas ganas de colaborar.

Danilo cogió agradecido el libro y lo deslizó dentro de la bolsa mágica que llevaba colgada, sin que el peso añadido alterara sus proporciones ni provocara ni siquiera un pliegue más. Prometió regresar antes del amanecer y, acto seguido,

franqueó la puerta invisible del muro exterior de la torre y desapareció en la oscuridad.

Como la mayor parte de Aguas Profundas, el rico barrio conocido con el nombre de distrito del Castillo permanecía en plena actividad durante la mayor parte de la noche. La calle de las Espadas se veía abarrotada de gente pudiente que iba de camino a fiestas privadas o que buscaba tabernas, salas de fiesta o tiendas que habían dado fama a aquella ciudad en todo Faerun.

A menudo se decía que uno podía comprar prácticamente cualquier cosa en Aguas Profundas, y era cierto, aunque la compra se había convertido también en una fuente de entretenimiento. Los músicos interpretaban canciones en las calles y los patios, añadiendo un toque festivo al ambiente, y la suave luz que iluminaba tiendas y bazares ofrecía a la vez seguridad y aliciente. Los sirvientes circulaban con bandejas repletas de exquisiteces y copas de vino, mientras que los tenderos, cargados con muestras de las telas y joyas que vendían, se mezclaban con la clientela ofreciendo consejos y halagos. Eran expertos en el arte de hacer creer al cliente que bellezas como las que les enseñaban podían ser suyas por unas monedas de oro.

En una de aquellas tiendas, la de Tocados Elegantes de Rebeleigh, una mujer alta de cabellos plateados permanecía de pie frente a un espejo y examinaba su reflejo con una mezcla de humor sarcástico y resignación. Como lady Arunsun, Laeral se veía obligada a asistir a numerosas obligaciones sociales. Con los festejos del solsticio de verano en ciernes, éstas se multiplicaban con la persistencia y profusión de las cabezas de una hidra.

—Sería perfecto para el baile de disfraces de lady Raventree —comentaba aduladora la tendera, mientras ajustaba de puntillas el tocado de delicados lazos y abalorios de coral—. Es auténtico, como puede ver. Perteneció a una princesa Moonshae que murió hace doscientos años.

—Comprendo por qué murió —bromeó Laeral—. Si hubiese podido resistir las cotas de malla, probablemente todavía estaría viva.

—Sí, claro —respondió Rebeleigh en tono alegre mientras apartaba el tocado. La tendera era una mujer delgada, de mediana edad, que giraba como una veleta al compás de las modas y se sabía con la precisión de un calendario los acontecimientos sociales del año. Nada sabía de los años de aventuras, intrigas y combates que había vivido Laeral, así que lo único que podía interpretar Rebeleigh del comentario de su cliente era que no le complacía el tocado, y con eso tenía bastante. Cogió un caprichoso tocado de terciopelo azul y cinta plateada—. Esto también os sentaría bien, señora. Inclínad un poco la cabeza, por favor.

Laeral hizo lo que le ordenaban y, cuando vio su reflejo en el espejo, soltó una carcajada.

—Parecís tener mala suerte con los tocados —comentó una voz venenosa y dulce a su lado.

Al volverse, Laeral se encontró con la sonrisa encantadora e hipócrita de Lucía Thione. Vástago de la realeza tethyriana, lady Thione era una figura poderosa en la sociedad de Aguas Profundas. Era una anfitriona popular y de codiciada belleza, y era muy reconocida su perspicacia para los negocios y por su encanto. Para regocijo de Laeral, nunca solía malgastar su encanto con ella.

Lucía Thione sintió que se le erizaba el vello al ver la burla en los ojos plateados de Laeral. Despreciaba a la maga, cuyo nacimiento y tierna infancia seguían siendo un pozo de misterio, y envidiaba su papel de lady Arunsun, una posición que ella había intentado alcanzar en vano. La diminuta dama noble también se sentía ridícula junto a la maga, que medía casi un metro ochenta, y se veía totalmente eclipsada por la belleza sobrehumana de Laeral.

—Al menos este sombrero no está encantado —prosiguió lady Thione, ya que Laeral parecía demasiado estúpida para captar un insulto de alta cuna. Volvió a sonreír—. Supongo que os debe desagradar mucho pasar otra vez por todo esto.

La noble se vio finalmente recompensada por algún tipo de reacción: el rostro de Laeral se quedó inmóvil.

—Un músico callejero estaba cantando hace un momento una canción sobre vos. Escuchad vos misma —musitó Lucía—. Estoy segura de que lo encontraréis fascinante.

Sin esperar una respuesta, salió de la tienda y fue a unirse a un pequeño grupo que se apiñaba alrededor de un músico, un hombre de aspecto jovial, de mediana edad, y voz suave y agradable. Sin embargo, la gente se movía con cierta inquietud al oír la canción. Lucía se abrió paso hasta Caladorn y le dio un cariñoso pescozón en el brazo.

—¿Está cantando otra vez esa balada horrible?

—Sí. —Caladorn tenía los dientes firmemente apretados—. Pensé que se había prohibido oficialmente a todos los bardos de la ciudad que la cantaran.

Lucía miró sorprendida a su joven amante. No cabía duda de que era atractivo y simpático, pero nunca lo había visto interesarse por asuntos políticos. Además, aquel aviso había sido difundido por los Señores de Aguas Profundas aquella misma mañana. Lucía conocía la noticia porque tenía que estar al corriente de todo, pero ¿cómo se habría enterado Caladorn? Lo apartó de la muchedumbre para hablar con él en privado.

—¿No hay nada cierto en esa balada?

—Me temo que sí. Lady Laeral viajó una vez con un grupo de aventureros conocidos con el nombre de Los Nueve que descubrieron un poderoso artilugio, un tipo de corona, que la convirtió en una loca y una amenaza.

—Supongo que no se ha difundido —respondió con delicadeza, procurando ocultar a la vez la curiosidad que sentía y el regocijo que le producía oírlo.

—Hasta ahora —admitió él—. Estas cosas no deberían cantarse en todas las esquinas, para deleite de la gente corriente. La caída de Laeral y la intercesión de Khelben Arunsun son asuntos propios de la nobleza y de hechiceros de gran poder.

Los ojos oscuros de Lucía se entrecerraron mientras su mente trabajaba. Era un extraño comentario en boca de Caladorn, un hombre que de joven había cortado los lazos con su noble familia para dedicar su vida a la aventura.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño, pero ¿qué podemos hacer tú y yo para impedirlo?

—Nada. Tienes razón. —Caladorn se esforzó en sonreír pero mantenía la vista fija en la multitud. Se removió inquieto y, sin pensar, jugueteó con el anillo de plata que llevaba en la mano izquierda. Lucía lo observaba, fascinada.

—Mira, no estoy de humor para asistir a una actuación en Las Tres Perlas esta noche —comentó ella en tono amistoso—. Faltan sólo dos días para la fiesta en la villa del distrito del Mar, y todavía me quedan un montón de compras por hacer. ¿Te importa que las termine ahora, cariño?

—En absoluto —respondió Caladorn, tal vez con demasiada rapidez. Dio un beso a su dama y se desvaneció entre la multitud.

Después de comprobar que Laeral no seguía en la tienda de sombreros ni se la veía por ningún sitio, Lucía cruzó la calle para introducirse en una taberna pequeña y elegante. Tomó asiento cerca de una ventana abierta, pidió vino con especias y esperó.

No tuvo que aguardar mucho rato. Una patrulla de vigilancia se apresuró a dispersar a la multitud por orden de los Señores de Aguas Profundas. Lucía se recostó en la silla, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Caladorn, su atractivo y caballeroso amante ¡podía ser la conexión que hacía tanto tiempo que buscaba! Por supuesto, podía ser una coincidencia el tiempo que había tardado en intervenir la patrulla. Echó una ojeada al reloj de agua de Neverwinter de la pared de la taberna. No, la vigilancia no tenía que pasar por esta calle hasta diez minutos más tarde. Lucía había hecho un estudio sobre las rutas de las patrullas y sabía cuánto tiempo tardaba en pasar cada turno en cualquier zona de Aguas Profundas. Por supuesto, era algo de lo que no solía vanagloriarse en la mayoría de sus círculos sociales. Se inclinó hacia adelante y observó con interés la escena. Si era cierto que Caladorn estaba detrás de todo, tendría que aprender muchas cosas sobre las personas sobre quien gobernaba. Era un encanto, pero de corazón demasiado puro y sangre demasiado azul para darse cuenta de cómo interpretaba la mayoría de la gente sus actos. Los habitantes de Aguas Profundas eran muy independientes, y dudaba que vieran con buenos ojos aquel tipo de intervenciones.

El instinto de Lucía resultó infalible. El músico no acató la orden y empezó a discutir el asunto con el capitán de la patrulla. Luego, se volvió hacia la multitud que se dispersaba y les ordenó que protestaran contra semejante tiranía y que exigieran que se pudiera oír la verdad. Lucía percibió con cierto cinismo que el músico estaba actuando ahora con más convicción que cuando interpretaba la melodía, y el hecho de que la multitud se estuviera apiñando con rapidez lo corroboraba.

Contempló divertida cómo el músico se subía a un banco para vilipendiar el presuntuoso comportamiento de la patrulla de guardia y de los Señores de Aguas Profundas. Incluso desenfundó una pequeña espada que blandió en el aire para corroborar sus afirmaciones, pero no estaba demasiado ebrio de poder para desafiar al capitán directamente. Sin embargo, el ridículo gesto consiguió sublevar a la multitud y unos pocos empezaron a azuzar a la patrulla, primero con insultos y luego con mercancía de las tiendas cercanas. Otros corrieron a resguardarse, lanzando por los suelos los puestos de venta y pisoteando la mercancía.

La milicia mejor armada de Aguas Profundas, la guardia, llegó enseguida en ayuda de la patrulla de vigilancia y en pocos instantes disolvieron a las personas que habían provocado disturbios y restablecieron el orden. Lady Thione chasqueó la lengua al ver que una pareja de guardias se llevaba a rastras al juglar, que no cejaba de hacer oír a gritos su protesta. Los tenderos y vendedores empezaron a escudriñar entre los desechos en busca de lo que pudiesen recuperar o que hubiera sido robado por los ladrones y pillos que medraban incluso en las ciudades mejor vigiladas.

Lady Thione era única en aprovechar las oportunidades. Salió de la taberna y se aproximó con lentitud a una mujer mayor que estaba barriendo flores chafadas y desperdigadas. Lucía escuchó unos instantes los lamentos de la vendedora de flores y luego le tendió una bolsa diminuta. Acto seguido, se escabulló, no sin antes llevarse un dedo a los labios. Con toda la sutileza que fue capaz de reunir, se abrió camino por las calles, consciente de que había malgastado el puñado de monedas de plata en una sutil mezcla de compasión y sedición.

Danilo se apresuraba en dirección a la tienda de laúdes de Halambar, sin apenas darse cuenta de que el distrito comercial de la calle de las Espadas se veía inusualmente tranquilo a aquella hora. Tal vez fuera cosa del tiempo. La noche era fría y soplaba una fuerte brisa marina que hacía balancear y tintinear las farolas de las calles. El atuendo púrpura de Danilo, aunque adecuado para el clima cálido y seco de Tethyr, lo dejaba temblando de frío en aquel ambiente gélido y húmedo. Entró en una tienda que vendía ropa y se compró una capa de color verde oscuro, un recambio completo de atuendo y un par de prácticos pares de botas de cuero. Con unas monedas más, consiguió que el tendero se deshiciera de su atuendo de color púrpura.

En cuestión de minutos, Danilo encontró la casa elegante que buscaba. Al igual

que muchos otros edificios de la misma calle, era un inmueble de tres pisos de reluciente yeso blanco y travesaños oscuros. Los amplios ventanales que había a ambos lados de la puerta estaban formados por multitud de diminutos cristales tallados en forma de rombo, y la propia puerta estaba formada por gruesos paneles de roble. Las bisagras de latón y los pestillos de las puertas y contraventanas tenían un diseño en forma de diminutas arpas..., un pequeño capricho que obedecía a un solo propósito: cualquier intento de forzar los pestillos disparaba una alarma mágica de gran poder. La naturaleza de aquel tipo de alarma apenas sí era conocida porque ninguno de los ladrones que había intentado franquearla vivía para contar los detalles.

Cuando Danilo entró, su llegada fue anunciada por el suave tañido del arpa de la puerta. Franqueó el umbral y dejó que el sirviente que había salido a recibirlo le sostuviera la capa.

La tienda era una única estancia que ocupaba todo un piso. A mano derecha, según se entraba, había una hilera de instrumentos dispuestos para la venta, desde laúdes de renombrada fama diseñados por el propietario a diminutos silbatos procedentes de las Moonshaes occidentales. A mano izquierda estaba el taller donde los fabricantes de instrumentos y los aprendices diseñaban y reparaban los mejores instrumentos de Aguas Profundas. El propio Kriios Halambar estaba allí aquella noche, inclinado sobre un enorme laúd de latón conocido con el nombre de tiorba y ajustando con paciencia las clavijas recién afinadas. Halambar alzó los ojos hundidos al oír la puerta y su rostro pareció iluminarse con una sonrisa al ver a Dan. El artesano apartó con suavidad el laúd y se puso de pie.

—¡Bienvenido, señor Thann! Por fin habéis regresado a Aguas Profundas. Supongo que habréis venido a inscribiros en el registro, pero ¿podemos ayudaros en algo más?

Danilo parpadeó. Había visitado la tienda de Kriios Halambar un par de decenas de veces pero en ninguna ocasión se le había pedido que añadiera su nombre al registro de bardos, ni nunca había sido él recibido, o ningún otro, con tanta efusividad por parte del artesano, de naturaleza altanera.

—Necesito un laúd —explicó Dan—. En uno de mis últimos viajes he tenido que abandonar el mío.

El artesano sacudió la cabeza como gesto de conmiseración tácita por semejante pérdida.

—Si no recuerdo mal, tocáis un laúd de siete cuerdas. Tengo uno que creo que os irá bien. —Se acercó a un extremo de la estancia y descolgó de un gancho de la pared un instrumento de excepcional belleza.

El laúd estaba fabricado en madera de arce de color crema y el agujero central estaba rodeado de un rosetón de madera de teca y de ébano. Danilo lo cogió, se quitó los guantes y se sentó en un taburete para tocar una serie de notas. El instrumento

resonaba bien, y las cuerdas parecían afinadas.

Alzó la vista, sonriente.

—Por el tono y el diseño supongo que es uno de los suyos, maestro Halambar. Me lo quedo, pero dígame antes el precio.

Halambar hizo una reverencia.

—Para vos, veinte monedas de cien.

El laúd valía eso y más, pero Danilo sacudió la cabeza y tendió vacilante el laúd al artesano.

—Me temo que no tengo tanto dinero encima, y necesito comprar un laúd esta noche. ¿No tiene un instrumento de menos valor?

—Por favor, ni se los mire. Puedo aceptar dinero a crédito.

Ya era algo, pero Dan no estaba dispuesto a discutir su buena suerte. Compró también un recambio de cuerdas, una funda de cuero a prueba de lluvia para el laúd y un fajo de papel pautado para garabatear nuevas canciones. Si los Arpistas lo requerían para que actuara como bardo, Danilo suponía que debía llevar a cabo unos cuantos trabajos originales.

Mientras el cajero de Halambar hacía la cuenta, Danilo se acercó al registro y empezó a ojear las páginas, con un solícito Halambar a la espalda.

—¿Conoce el paradero de un maestro de acertijos llamado Vartain? Estaba en Aguas Profundas cuando salí de aquí hace varios meses.

Halambar titubeó.

—Vartain ha entrado y salido más veces que cuerdas tiene una lira. Sus servicios son de gran valor, pero aquellos que lo contratan se cansan de él pronto.

—¿Yeso?

—Vartain tiene una costumbre muy enojosa —explicó el artesano—. Siempre cree tener razón.

—Comprendo que eso pueda resultar exasperante, pero es precisamente lo que busco. Si no está disponible, ¿podría recomendarme a alguien que fuese igual de bueno?

—Ya quisiera —se lamentó Halambar, ojeando el registro—. Los maestros de acertijos no abundan estos días, y pocos pueden igualar la habilidad o los conocimientos de Vartain. La verdad es que no hay ninguno disponible en Aguas Profundas en este momento. Quizá podríais hablar con el contratante de Vartain y pedirle los servicios del maestro. Es muy probable que esa persona se haya arrepentido ya del contrato y reciba con buenos ojos la ocasión de librarse de Vartain. Ajá, aquí está el registro.

Una severa sonrisa curvó los labios de Halambar mientras tamborileaba la página con un dedo.

—Quizá después de todo exista justicia en el mundo. Si hay alguien que se

merezca a Vartain, ¡es este canalla!

Danilo observó por encima del hombro del artesano y soltó un gruñido. En una letra que parecía un montón de patas de mosca se leía:

Vartain de Calimport, maestro de acertijos.

Alquilado este veintiocho día de Mirtul

Contratante: Elaith Craulnober.

3

La capa negra de Elaith Craulnober flotaba a su espalda como una enojada sombra mientras caminaba por una aldea conocida con el nombre de Taskerleigh, un diminuto conjunto de casas en mitad de los campos y el bosque. La aldea estaba totalmente desierta, salvo por un puñado de cadáveres que se pudrían en alguna casa. Por extraño que pareciese, sólo una de las moradas, una pequeña vivienda situada en un extremo del bosque, mostraba síntomas de deterioro. No había rastro de lucha, de plaga ninguna y, en apariencia, ningún botín.

Elaith se acercó a toda prisa a la vivienda en ruinas y empezó a dar puntapiés a los despojos. Detrás de él caminaba un hombre de mediana edad, bronceado y completamente calvo, cuyos ojos ligeramente protuberantes observaban la escena con una expresión de imparcialidad. Los hombres contratados por el elfo, una docena de mercenarios duros y experimentados, refunfuñaban y se santiguaban sin cesar mientras avanzaban por la aldea fantasma. Procuraban ocultar el desagrado que les producía el elfo que los había contratado, que tenía poca paciencia con las supersticiones y menos aún con la cobardía.

Por el rabillo del ojo captó Elaith un destello plateado y arrojó a un lado un madero caído para llegar al objeto. Se inclinó y extrajo un alambre plateado y retorcido. Cerró el puño alrededor del objeto en señal de frustración.

—Estaba aquí —murmuró el elfo. Durante casi un año, había estado buscando un tesoro extraño de incalculable valor, y había gastado una pequeña fortuna para seguirle la pista hasta aquella remota aldea. Se irguió despacio y se volvió a hablar con Vartain de Calimport.

—Demasiado tarde —concluyó, enseñando a Vartain lo que había encontrado.

El maestro de acertijos asintió con calma, como si ya hubiera previsto aquel súbito giro en los acontecimientos.

—Esperemos que no nos vuelva a ocurrir hoy. —Se volvió y echó a andar hacia el huerto recubierto de vegetación de una granja cercana.

Elaith apretó los dientes y lo siguió. Reconocía la valía de Vartain, el maestro de acertijos era un hombre brillante y lleno de recursos, una baza útil en cualquier búsqueda porque Vartain siempre reflexionaba, lo observaba todo, sopesaba todos los hechos, consideraba y evaluaba todos los factores. Cuando se le preguntaba, compartía sus observaciones sin problema ninguno y expresaba con toda honradez sus opiniones, y nunca parecía equivocarse en nada. En resumen, era peor que un dolor de muelas.

La ira del elfo cambió bruscamente de objetivo cuando llegó al huerto y sus ojos ambarinos se entrecerraron al contemplar la escena. Dos de sus hombres mejor pagados estaban rascando la corteza de un pimentero con sus dagas. Aquel árbol se

solía cultivar en el Norland por la sombra que proporcionaba en verano y el vivo follaje que lucía en otoño, y cada primavera soltaba una savia espesa que sabía ligeramente a menta. Uno de los que estaban rascando era un oso de barba negra llamado Balindar que ya había trabajado para Elaith y que debía haber sabido el precio que costaba despertar su enojo. Era costumbre del elfo recompensar generosamente los esfuerzos de sus mercenarios con oro, pero también solía asegurarse su lealtad con frío acero.

Elaith se sacó un cuchillo de la manga y lo lanzó contra el árbol. La daga se incrustó en la suave corteza, a pocos centímetros de distancia de la cabeza de Balindar. El mercenario dio un brinco, con una mano en su espada y un sofocado juramento en los labios, pero abrió los ojos de par en par al toparse con el frío rostro de su señor. Apartó la mano de la espada y la alzó despacio en gesto conciliador. Aunque le sacaba un palmo de altura al elfo y casi veinte kilos de peso, Balindar no estaba dispuesto a enfrentarse a su empresario.

—¿Es éste tu concepto de tesoro? —preguntó Elaith en tono suavemente amenazador mientras saltaba la cerca del jardín—. ¿Esto? ¿Un juego de niños?

—No fue idea mía —gruñó Balindar—. El maestro de acertijos nos dijo a Sarna y a mí que recogiéramos savia de menta. —El otro mercenario, un arquero delgado cuya calva desnuda con un mechón cortado a cepillo daba lugar a su acertado apodo, sacudió nervioso la cabeza, y asintió.

A punto de estallar, Elaith dio la vuelta para observar a Vartain, que acababa de cruzar a duras penas la verja del huerto. El hombre estaba de pie observando las lejanas colinas, con las manos en la panza, en gesto meditabundo. Algo en sus ojos saltones y oscuros, su nariz aguileña y su calva mollera recordaban a Elaith un ave rapaz. Vartain desvió la vista, como atraído por el calor que desprendía la mirada del elfo.

—El terreno, en una legua hacia el noroeste, sugiere la presencia de cuevas —comentó Vartain mientras señalaba hacia las colinas salpicadas de rocas que se veían más allá de la aldea—. Por si hay madrigueras, la prudencia exige que consigamos tapones para los oídos.

Elaith se quedó mirando al maestro de acertijos durante largo rato, esperando a que el hombre aclarase el sentido de sus palabras, pero Vartain por regla general pocas veces explicaba lo que para él parecía obvio a menos que se le hicieran preguntas directas. Además, solía exponer un par de hechos y detenerse para permitir que los demás tuvieran la oportunidad de extraer su conclusión. Pero el elfo no estaba de humor para apreciar semejante generosidad, y, tras acercarse, agarró al maestro por el cuello.

—Será mejor que te guardes los trucos para las fiestas de lady Raventree —silabeó Elaith con los dientes apretados mientras daba una fuerte sacudida al hombre

—. Quiero una respuesta directa, ¡ahora!

Vartain gorgoteó mientras señalaba con el dedo las colinas que destacaban en el noroeste. Elaith echó una ojeada y soltó de inmediato el cuello del maestro.

En el horizonte asomaban unas grises criaturas aladas detrás de un promontorio rocoso. Las bestias plumíferas planeaban por el cielo con el vuelo característico de los buitres, pero la aguzada vista del elfo alcanzó a distinguir los torsos humanos y los mechones de pelo que flotaban detrás de las cabezas. Eran arpías, monstruos cuyo canto constituía un arma mágica que podía dejar petrificado a aquel que lo escuchase para permitir que las bestias se dedicaran a torturarlo y descuartizarlo.

—¡Nos atacan arpías por el norte! —gritó el elfo—. ¡Hombres, a mí!

Los hombres se precipitaron hacia el huerto, donde Vartain se había apropiado ya de la pasta que Balindar había recogido y estaba formando con ella diminutos cilindros. Elaith le quitó la daga a Sarna, arrancó un poco de blanda corteza y se introdujo la pasta en los oídos. Luego, le pasó la daga a Balindar, pues era el mejor guerrero de que disponía y no iba a haber bastante pasta para todos.

Como era de esperar, se acabó el tiempo y también la pasta. Cuando la primera nota del canto de las arpías alcanzó al grupo, cuatro de los hombres se quedaron petrificados. Cuatro estatuas vivientes se quedaron mirando a Vartain con los brazos extendidos, los gritos ahogados en la garganta y los ojos traspasados por el terror. A pesar de la protección que llevaba, Elaith alcanzó a oír el sonido sobrenatural, pero enseguida apartó de su mente la suerte de aquellos hombres.

El muro de piedra rota era tan buena línea de defensa como cualquier otra. Elaith se descolgó el arco del hombro, indicó a sus hombres que hicieran lo mismo con un gesto, y sacó seis flechas de la aljaba —afortunado sería si podía dispararlas todas—, antes de situarse con una rodilla en tierra. El elfo apuntó la primera flecha y esperó a que las criaturas se pusieran a su alcance.

A pesar de sus muchas aventuras y su reputación de temible guerrero, Elaith se sintió incómodo al contemplar cómo las horribles aves se acercaban. En la boca sentía un sabor amargo, casi metálico, y comprendió, sorprendido, que era el sabor del miedo. El resultado de aquel combate no estaba claro y al elfo le asaltó una oleada de pánico momentánea al pensar que podía morir antes de haber conseguido el tesoro que llevaba buscando tanto tiempo. Dio unas palmadas a la antigua espada que llevaba pendida del cinto, como para recordarse a sí mismo lo que estaba en juego.

Las arpías se acercaban con rapidez y la visión de sus cuerpos provocó un estremecimiento en la hilera de arqueros que esperaba. Elaith contó una docena de arpías, contra los diez hombres que habían quedado a salvo de su hechizo. Los números no les favorecían y los hombres contemplaban a sus enemigos con franco terror.

Por las alas y la parte inferior del cuerpo, los monstruos se asemejaban a buitres

gigantes y tenían las garras a punto para abalanzarse sobre sus presas. De cintura para arriba, las criaturas parecían mujeres de piel gris con cuerpos esbeltos y rostros de brujas espantosas. A ambos lados de sus rostros de arpías les crecían mechones de pelo espeso y grisáceo, y sus fauces repletas de colmillos se tensaban y contorsionaban a medida que entonaban su seductor cántico.

En cuanto la arpía que iba en cabeza se puso a tiro, Elaith lanzó la flecha y una saeta coronada de plata se precipitó sobre el monstruo para atravesarle el hombro e incrustarse en las alas. Flotó un amasijo de plumas y la criatura profirió un chillido mientras caía en espiral al suelo. La arpía herida se precipitó al suelo pero de inmediato se puso de pie; por uno de sus brazos fibrosos le goteaba sangre y blandía con el otro una maza de hueso. Un hedor pestilente emanaba de la criatura, que se abalanzó hacia Elaith como si fuera un pájaro, a saltos. El elfo disparó de nuevo, y esta vez la flecha se incrustó en el pecho de la arpía. La bestia se desplomó con un silbido pero se agitó unos instantes antes de abandonarse a la muerte.

La visión de la arpía muerta provocó una suerte de frenesí en los demás monstruos porque se dieron cuenta de que la mayoría de sus presas eran inmunes al embrujo de su música. Agitaban los puños apretados e intentaban arrancarse los cabellos, mientras se incrementaba el ritmo de su cántico mortal. Se abalanzaron a una sobre los hombres, sin dejar de cantar y con las garras extendidas hacia adelante. Los hombres soltaron una andanada de flechas antes de que las arpías aterrizaran sobre los que seguían luchando, sin prestar atención a aquellos guerreros que habían sucumbido a sus cantos.

Como si fuera una lechuza al acecho de un conejo, uno de los monstruos se abalanzó sobre un mercenario semiorco. Éste intentó esquivarla, pero no consiguió evitar que las afiladas garras de la arpía se incrustaran en su espalda, desgarrándole los hombros. Casi de inmediato, una segunda arpía atacó al mercenario herido y el impacto del golpe los hizo rodar a ambos por el suelo. Las rollizas manos del semiorco se cerraron instintivamente sobre su asaltante, un momento antes de que surtiera efecto el veneno liberado por las garras de la primera arpía. El monstruo forcejeó y se debatió para liberarse, pero estaba firmemente sujeto debajo del mercenario. Atrapada y llena de frustración, la arpía abrió la boca y segó en dos la garganta del semiorco con los colmillos.

Soltando un juramento al dios de la venganza, un hombre del Norland lanzó la hoja de su espada a modo de cuchillo y vio cómo el filo atravesaba el cuerpo muerto de su compañero y se incrustaba en el pecho de la arpía. Los forcejeos de la criatura se hicieron más lentos y por las comisuras de su pestilente boca surgieron sendos hilos de sangre negra. Satisfecho por haber acabado con la arpía, el hombretón del norte se inclinó para recuperar su espada, pero la arpía moribunda le escupió en la cara.

El hombre se tambaleó hacia atrás, aullando de dolor, mientras se apretaba los ojos ciegos con ambas manos. En cuestión de segundos, él también quedó inmobilizado.

Mientras tanto, otra arpía se abalanzó sobre el maestro de acertijos. Vartain se tumbó en el suelo y rodó hacia un lado con sorprendente agilidad. La arpía erró su objetivo y aterrizó a varios metros de distancia, pero embistió a Vartain con las alas desplegadas y las manos extendidas, a punto para asir la presa.

El maestro se llevó una pipa de madera hueca a los labios y sopló y lanzó un dardo sobre el rostro de la arpía. La bestia dejó escapar un estridente alarido, y al llevarse las manos a la cara, dejó desprotegida la tripa. Elaith intervino y embistió con un mortífero revés de su espada. La arpía se precipitó al suelo envuelta en un amasijo de sangre y plumas.

Dos de las criaturas revolotearon en círculo por encima del elfo, cada una de ellas armada con una maza procedente del fémur de un ogro, pero Elaith las mantuvo apartadas con ayuda de la espada y el puñal. El vuelo en círculo de las arpías las mantenía suficientemente lejos para que Elaith no alcanzara a darles una estocada mortal, pero una y otra vez llegaba a rozarlas y pronto empezaron a sangrar por multitud de heridas.

Otro miembro de la banda no tuvo tanta fortuna. Por la parte más alejada del campo de combate, tres criaturas estaban encorvadas sobre un cuerpo despedazado, cacareando y disputándose las entrañas. Las manos extendidas se movían de forma espasmódica, indicando que, al menos durante un rato, el infeliz seguía con vida. Cerca de allí, Balindar seguía librando una horrible batalla con una arpía de gran tamaño que había sido alcanzada por varias saetas pero que seguía pletórica de ganas de luchar y de furia y que blandía una maza de hueso con la misma agilidad con que un espadachín usaría un estoque.

Cuando consiguió matar a sus dos oponentes, Elaith tensó el arco y apuntó hacia una de las tres arpías que todavía sobrevolaba el campo de combate. La primera flecha se incrustó en la boca abierta del monstruo, hizo enmudecer la canción y precipitó a la criatura al suelo. El siguiente disparo no fue tan limpio; consiguió tumbar al objetivo, pero la arpía pudo aterrizar cerca del borde del bosque, donde, aunque herida, siguió cantando. Elaith sacó una flecha de la aljaba de uno de los hombres embrujados y preparó un disparo para acabar con la arpía. Tensó la saeta y apuntó, pero la escena que se representaba en el extremo del bosque era tan extraña que por un instante bajó el arco y se quedó observando.

Otro luchador se había unido a la batalla. Un desastrado ermitaño se había abalanzado sobre la arpía herida y le estaba pegando con una vara de madera como si estuviera jugando con un cachorro encadenado que le gruñera. Daba la impresión de que el eremita disfrutaba de la pelea; sacudía los hombros y su chillido histérico

superaba el estridente canto de la arpía e incluso la protección que ofrecía la resina de pimentero para Elaith. Los harapos del asceta flotaban alrededor de sus escuálidos miembros mientras él ejecutaba su danza, y una mata de pelo de color sucio le caía en mitad de la espalda. Agradecido por recibir ayuda, fuera de quien fuese, Elaith se concentró de nuevo en el problema que lo acuciaba y con la última flecha que le quedaba atravesó el corazón de la última arpía que todavía volaba.

Ahora sólo había una arpía que aún cantase, la que se enfrentaba a Balindar. Ansioso por acabar de una vez por todas con aquel canto sobrehumano, Elaith apuntó y lanzó el puñal, que dio de pleno en el blanco, alcanzando a la arpía por la espalda, justo entre las alas. El impacto le hizo abrir los brazos y el cántico de la criatura se convirtió en un último estertor. Balindar sonrió y liquidó a la bestia con una rápida estocada, antes de unirse a Elaith para acosar a las tres arpías que se estaban dando el festín.

Las criaturas se encorvaron todavía más sobre el cuerpo despedazado, reacias a abandonar el ágape, y sisearon al ver que los dos espadachines se acercaban. Mientras las bestias observaban al mortífero elfo y al enorme guerrero de barba negra, dos de los hombres de Elaith aparecieron por detrás y atacaron a los monstruos por la espalda. Antes de que nadie pudiese lanzar de nuevo un sablazo, la tercera arpía salió volando hacia el oscurecido cielo y se perdió en dirección al norte, con un pedazo de entrañas sanguinolentas colgando de las garras.

El silencio que se cernió sobre el campo de batalla parecía tan espeso y pesado como una densa niebla. Tras un prolongado y tenso instante, los supervivientes se sacaron de las orejas la resina protectora y se enfrentaron a sus pérdidas. Tres hombres habían muerto y cinco más habían quedado congelados por el cántico embrujador de las arpías o por su veneno. Habían conseguido matar a once monstruos, pero Elaith no consideraba que el combate hubiera sido un éxito porque se había quedado con cuatro hombres útiles, sin contarse a sí mismo ni al maestro de acertijos, y no le parecía una proporción adecuada a juzgar por los peligros que les deparaba la ruta.

El elfo soltó un puntapié sobre uno de los monstruos muertos y se inclinó para recuperar la daga, aguantando la respiración para no inhalar el olor nauseabundo. Una carcajada histérica resonó a su lado y, al volverse, se topó de frente con el ermitaño, que había acabado por despachar a la arpía que Elaith había herido.

En medio de la maraña de cabello había un rostro sucio e imberbe y unos ojos enloquecidos que lucían una forma almendrada característica y un color violeta. ¡Ojos violeta! Elaith reculó lleno de terror y de asco. ¡El loco era un elfo! Como para confirmar el descubrimiento, el eremita sostuvo en alto los mechones de pelo que le cubrían las orejas. Una de las orejas había sido arrancada de cuajo pero la otra tenía la característica forma puntiaguda.

El ermitaño desvió la vista hacia la arpía muerta y sacudió la cabeza con expresión triste.

—¡Seres malolientes son las arpías pero bailan al compás de las arpas!

Contemplar a un elfo lamentándose de la suerte de una arpía era demasiado para Elaith.

—¡Apartad a esta criatura de mi vista! —le gritó a Balindar.

—Tal vez deberías pensártelo dos veces —intervino Vartain—. Este desgraciado parece ser el único superviviente de Taskerleigh. Deberíamos interrogarlo, aunque no cabe duda de que está chiflado. Tal vez pueda contarnos lo que sucedió aquí y así podamos planear la siguiente etapa de nuestro viaje.

Elaith asintió, porque algo de lo que había dicho el ermitaño le hacía pensar que quizá valía la pena intentarlo. Lo agarró por uno de sus huesudos brazos y lo acercó al cuerpo de la arpía.

—Has dicho no sé qué de las arpas. ¿Qué era?

El maltrecho elfo extendió los dedos frente a sí y empezó a examinarlos con veneración, como si acabara de darse cuenta de que la poseía.

—Yo la tocaba —susurró—. Yo sabía tocar el arpa, y hasta los korreds salían del bosque para bailar al compás de sus plateadas notas. —Las palabras del asceta sonaban tranquilas y pausadas, y Elaith empezó a pensar que quizá podrían obtener información válida de él.

—¿Tenía algo de especial esa arpa? ¿Tenía nombre?

—La llamaban Alondra Matutina y es más especial de lo que podáis imaginar —respondió el harapiento elfo con calma.

—¿Dónde está?

La pena ensombreció el rostro ajado del elfo.

—Se fue —musitó—. Me la robaron.

—¿Quién? —intervino Vartain.

El ermitaño desvió sus ojos violeta hacia el maestro.

—Uno grande y verde. Con el aliento mataba a los labradores allí donde estaban.

Elaith y Vartain intercambiaron miradas de incredulidad. El ermitaño les estaba describiendo el ataque de un dragón.

—¿Cómo sobreviviste?

—Magia. —El asceta trazó un círculo sobre su cabeza con uno de sus huesudos dedos, refiriéndose sin duda a algún tipo de esfera protectora. Luego se tocó la frente con los dedos—. Vivo, pero la mirada del dragón me destrozó el... —se le quebró la voz hasta convertirse en un silencio teñido de desesperación.

Tampoco Elaith se sentía muy contento. Los dragones no eran criaturas habituales, y los verdes eran todavía más raros y solitarios. El que les había descrito el ermitaño debía de ser Grimnoshtadrano, un wyrm venerable que vivía por las

proximidades del Bosque Elevado. El dragón no solía aventurarse más allá del bosque, así que probablemente habría deseado el arpa con locura y no estaría demasiado dispuesto a separarse de ella, eso contando que no sería fácil quitar nada a un dragón hecho y derecho por poco apego que le tuviera.

—Grimnosh —murmuró Balindar, incrédulo, y luego sacudió su enorme cabeza oscura—. Yo regreso a Aguas Profundas. No tengo intención de acabar como esos tipos.

—Eran granjeros —convino Elaith—, y a juzgar por el número de muertos, no le plantaron batalla al dragón.

—Había muchos más de los que encontramos —corrigió Vartain, comentario que le valió una mirada de exasperación de parte de su amo—; sospecho que fueron...

—Devorados —interrumpió el eremita en tono sepulcral. Una vez más prorrumpió en una estridente carcajada, pero esta vez su chillido tenía un tono de histeria y se enfrascó en una danza salvaje que lo hacía girar y saltar por en medio de los cadáveres que cubrían el arruinado huerto.

Elaith desvió la vista, con el rostro impenetrable.

—Recoged a los supervivientes. Nos vamos.

—¿Y esos hombres? —preguntó Vartain señalando a aquellos que habían quedado congelados por el embrujo del canto de las arpías. Tres de ellos estaban ilesos, pero el norteño, si conservaba la vida, quedaría ciego. El quinto hombre sangraba profusamente por unas largas y profundas cicatrices que habían dejado las zarpas de los monstruos en su brazo diestro. A juzgar por sus rasgos inmovilizados, no parecía notar la herida, pero tenía la piel pálida y seguramente moriría si no se le curaba pronto.

—Hemos perdido tres hombres frente a las arpías y no podemos permitirnos el lujo de perder cinco más.

El elfo cerró los ojos y se frotó las doloridas sienes.

—Atadlos a los caballos, si es necesario, ¡pero nos vamos de aquí! —casi gritó para hacerse oír por encima del cacareo chiflado del eremita.

—Hemos pillado a estos tres intentando acercarse cautelosamente por detrás —anunció la voz de Sarna, situado detrás de Elaith—. ¡Traedlos!

—¿Más arpías? —preguntó cansinamente el elfo, sin preocuparse siquiera por darse la vuelta.

—Casi, pero no —anunció una voz familiar, con un irritante tono pausado—. Y ya sabes lo que dicen... Por los Nueve Infiernos, sea quien sea, el casi sólo cuenta cuando se lanzan herraduras o bolas de fuego mágicas.

Una mueca de incrédulo horror se dibujó en el rostro de Elaith.

—No —murmuró el elfo, maldiciendo en silencio a los dioses por recompensarlo de aquella manera. Se dio la vuelta lentamente y, en efecto, allí estaba Danilo Thann,

con una sonrisa indolente en la cara y sin mostrar apenas temor por los cuatro mercenarios que lo habían escoltado hasta su temida presencia. El hombre se abrió la capa y movió el broche del arpa y la luna que llevaba prendido en la camisa.

—No somos arpías —corrigió Danilo Thann despreocupadamente—, sino Arpistas. Una diferencia importante, si te paras a pensar.

—Si tú lo dices. —El elfo entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos hendiduras de color ámbar—. Mi situación, sin embargo, no ha mejorado mucho.

4

Lucía Thione contempló con satisfacción la sala de baile de la villa del distrito del Mar. Todo estaba a punto para la fiesta, una celebración de gran lujo que serviría de apertura a la temporada del solsticio de verano. Nunca le había resultado tan difícil planear una fiesta, y contemplaba complacida el resultado de semanas enteras de trabajo.

En cada hueco y en cada mesita se habían dispuesto jarrones con rosas frescas, lo que en sí mismo era un gran triunfo porque aquel año un infortunio había arruinado las plantas en todos los cultivos y jardines de Aguas Profundas. Tal vez para la gente trabajadora aquello habría sido un gran apuro, pero para Lucía era meramente un inconveniente que podía resolverse siempre y cuando uno dispusiera de suficiente dinero y creatividad. Acostumbrada a comprar en caravanas de mercaderes, Lucía sabía dónde podía encontrarse prácticamente de todo. Las rosas habían sido traídas de Rassalantar, y las tinajas de frambuesas, del archipiélago Korinn, al norte de las Moonshaes. La carne de venado, las codornices y perdices procedían del Bosque Brumoso, a un día de camino a caballo hacia el sur. El mayordomo de Lucía había aportado un suministro de salmón ahumado de Gundarlun y toneles del afamado vino helado de Neverwinter. Un pequeño ejército de sirvientes estaría dispuesto a atender las necesidades de los invitados y al cabo de una hora llegarían los músicos para el ensayo en presencia de Faunadine, maestra de Festividades. Faunadine era una halfling rechoncha y canosa cuya habilidad era muy apreciada. Su atención con los detalles hacía que hasta las fiestas más elaboradas pareciesen sencillas y Lucía consideraba que haber contratado a la halfling sin ayuda de lady Raventree era un triunfo personal y político.

Las plateadas notas de un arpa interrumpieron los complacientes pensamientos de Lucía y la hicieron enfurecer. ¡Estaba convencida de que sus disciplinados sirvientes no habrían admitido a un músico antes de la hora convenida! Siguió el sonido hasta la hornacina de un ventanal, mientras sus zapatillas de terciopelo color púrpura murmuraban en contacto con el pulido mármol del suelo.

En la curva de una galería, a cubierto de un enrejado de parra, se hallaba sentada una mujer semielfa, tocando un arpa de reducido tamaño y diseño antiguo. Para un observador poco atento, el pelo desaliñado y una túnica simple de color gris la habrían hecho asemejarse a una rolliza y madura ama de casa, totalmente fuera de lugar en aquella elegante estancia, pero como formaba parte del trabajo de Lucía fijarse en aquellos detalles que los demás no observaban, percibió el gesto altivo, aristocrático de la cabeza de la semielfa, el poder y la seguridad que transmitían sus manos de largos dedos, así como la inteligencia que despedían sus vivarachos ojos azules. Aunque la prudencia le impelía a llamar a un sirviente para echar a aquella

intrusa, el instinto advirtió a Lucía de que de ese asunto debía ocuparse ella sola y actuar con cautela.

—He visto a todos los que van a actuar esta noche —empezó diciendo Lucía—. A pesar de la habilidad que demostráis con el arpa, no sois vos uno de ellos. ¿Puedo conocer vuestro nombre?

La arpista no alzó la vista de su instrumento.

—Podéis llamarme Granate porque, ya que hemos trabajado juntas con anterioridad, no necesitamos recurrir a formalidades. Por favor, sentaos.

Lucía se sentó en el banco bajo, cubierto de terciopelo, tan lejos de la extraña semielfa como le era posible.

—Mi memoria es excelente y aun así no recuerdo nuestra alianza.

—Hace tres noches, en la calle de las Espadas, en el distrito de los bazares. La balada que oísteis es mía y el bardo que la cantaba está bajo mi influencia. Por sí sola, la canción está creando revuelo, pero vi vuestro trabajo posterior y debo admitir que mejorasteis la situación de forma admirable.

—Me halagáis —respondió la noble mujer con cautela aunque angustiada al saber que sus acciones no habían pasado inadvertidas.

—En absoluto. He hecho algunas averiguaciones y sois una mujer increíblemente versátil. Sois una parte influyente de la red comercial de Aguas Profundas y pagáis tributo a dos cofradías. También os habéis labrado una posición en la corte. — Granate dejó por fin de tocar y alzó la vista para fijar su mirada intensamente azul en los recelosos ojos de la noble—. Y, lo que es más importante, habéis conseguido infiltraros en el círculo de Señores de Aguas Profundas. No me sorprende que los Caballeros del Escudo os tengan en gran estima. Tengo entendido que sois su agente de mayor grado afincado en esta ciudad.

El corazón de Lucía latía desbocado pero se limitó a cruzar las manos encima del regazo de seda.

—Sería una tontería admitir nada de eso —musitó.

—En efecto, lo sería —convino Granate con una fina sonrisa—, pero como estoy tan segura de mis palabras, no preciso verificación de ningún tipo.

La noble mujer repasaba mentalmente sus bazas. Más allá de sus colaboradores de más confianza, nadie en Aguas Profundas sabía que era un miembro de los Caballeros del Escudo, una organización secreta del sur que recopilaba información y manipulaba a los políticos para conseguir los objetivos que perseguían. Era evidente que, siendo poseedora de semejante información, Granate podía amenazarla con arruinar su imagen en Aguas Profundas y exigirle lo que quisiera. Además, existía un peligro aún mayor: a juzgar por lo que había dicho la semielfa, Lucía intuía que había obtenido esa información de oficiales de alto rango entre los Caballeros del Escudo. Lucía había asegurado siempre su posición entre los Caballeros argumentando ser

uno de los Señores secretos de Aguas Profundas. Como la identidad de ese círculo de Señores era uno de los secretos mejor guardados, y como los Caballeros y los Señores eran enemigos acérrimos y nunca se intercambiaban información, hasta ahora le había preocupado poco que ni sus superiores o los verdaderos Señores descubrieran su doble juego. Si esa semielfa —que sin lugar a dudas tenía algún contacto importante con los Caballeros— le pedía algún favor que sólo como Señor de Aguas Profundas podía cumplir, Lucía se enfrentaría a un serio problema.

—Parecís conocer mucho sobre mí, cosa que me deja en desventaja —murmuró Lucía con voz zalamera para intentar conseguir información de Granate.

—¿Qué deseáis saber? —preguntó con brusquedad la semielfa.

—Bueno, decís que aquel bardo estaba bajo vuestra influencia. ¿Cómo es posible?

Granate arrancó una campanilla morada que crecía mezclada con la parra, por encima de su cabeza, y se la tendió a la mujer.

—Os enseñaré cómo lo hice —se limitó a decir, y una vez más pulsó con los dedos las cuerdas del arpa para entonar una ligera tonada y cantar unos versos misteriosos.

La flor que sujetaba Lucía en las manos se marchitó hasta convertirse en una hebra parda. La dama tragó saliva y alzó la vista para contemplar el enrejado, pero la parra se había marchitado también y le cayó una hoja seca sobre la mejilla. Lucía la apartó con la mano y respiró hondo para relajarse.

—Veo que sois también hechicera, aparte de bardo.

—Que esas dos artes sean cosas separadas o componentes de un solo talento es algo que habría que discutir largo y tendido. Bastará con que os diga que, al igual que vos, tengo muchas habilidades. Sin embargo, compartimos un único propósito: trabajar en contra de los Señores de Aguas Profundas. —Granate se apartó el arpa del hombro y se inclinó hacia la dama—. ¿Me permitís hablaros con franqueza?

—Os lo ruego.

—Trabajando desde el interior, podéis hacer mucho contra los Señores de Aguas Profundas, pero ¿podrías alcanzar a Khelben Arunsun?

—Muchos lo han intentado y han fracasado. Es demasiado poderoso —respondió Lucía esquivando la respuesta.

—Ahí es donde intervengo yo —explicó Granate, haciendo un ademán en el aire con sus finos dedos—. Khelben es demasiado poderoso. Muchos lo consideran la columna vertebral del poder de los Señores y de su influencia, cosa que me ofende. No creo que tenga que intervenir en política, y quiero relevarlo de su cargo.

Lucía dudaba que pudiese conseguirlo, pero no estaba en posición de discutir.

—¿Qué queréis que haga?

—Acosad a los demás Señores. Mantenedlos ocupados corriendo por la ciudad

para apagar incendios de menor importancia.

—No necesitáis mi ayuda para conseguir eso. Aguas Profundas tiene muchos problemas estos días.

Granate sonrió e inclinó la cabeza haciendo una ligera reverencia.

—Gracias.

La dama meditó lo que habían hablado mientras sostenía la flor marchita en sus manos. Si el infortunio que azotaba los campos cercanos y arruinaba las cosechas era obra de Granate, debía de ser una mujer muy poderosa.

—¿Cómo desalojaréis a Khelben de su puesto?

—El archimago debe de ser demasiado poderoso para sucumbir a un ataque, pero nadie es demasiado poderoso para resistir el descrédito.

—¡Pero los Caballeros del Escudo hemos estado buscando durante años información que pudiésemos utilizar en su contra!

—No tiene por qué ser cierto para que sea dañino —señaló Granate—. Una acusación no tiene que demostrarse, a veces basta con que las palabras se digan. El poder de las palabras es muy grande. —Alargó una mano para tamborilear sobre la madera oscura de su arpa—. Igual que la música.

»Controlo a mis bardos —añadió la hechicera tras meditar unos instantes—. Se dedicarán a divulgar cuentos sobre Khelben y sobre su amante. La mayoría serán ciertos porque sé muchas cosas de Khelben, cosas que sólo algunos de sus amigos más íntimos sospechan. Y mis bardos se dedicarán a ejercer presión, como visteis hace unos días.

—¿Y?

—Sabéis cómo son los Señores. Si la mayoría se mantiene al margen, incrementaremos la presión sobre Khelben. Es posible que llegue a cometer un error, y entonces os aseguro que la ciudad se enterará.

—¿No os coloca eso en una situación peligrosa? Cuando se divulguen esas historias desconocidas, es posible que se pueda seguir la pista hacia vos.

—Muy aguda —corroboró Granate en tono de aprobación—. Los Caballeros no cometieron errores al evaluar vuestro talento. Pero ya he pensado en ello y he preparado una distracción. Un sobrino de Khelben, Danilo Thann, tiene aspiraciones como bardo. Me he dedicado a mejorar varias de las canciones del joven y las he introducido en la memoria de los bardos que están bajo mi control, de modo que las baladas se cantan a menudo y en todas partes. Como bien sabéis, Aguas Profundas es una ciudad de modas pasajeras, y cada moda se sigue de manera frenética antes de ser abandonada por la siguiente. Las canciones de Danilo Thann son ahora la última moda, y los habitantes de Aguas Profundas las escuchan con gran interés. Pienso utilizar a Danilo Thann para desprestigiar a su tío, el archimago, y a la vez desviar la atención de todos para que no se fijen en mí. Él aceptará la fama, y también la

vergüenza.

Lucía sacudió la cabeza con firmeza.

—Conozco a Danilo. Es un tontorrón, pero no tiene malicia. No permitirá que su tío sea deshonrado. Yo no me lo imagino triunfando como maestro de bardos, y me temo que muchas otras personas carecerán también de imaginación. .

Granate se apartó un mechón de pelo entre gris y pardusco para colocárselo detrás de una de sus orejas.

—En ambas cosas estáis en lo cierto, pero ninguna será un problema. La fama del joven «bardo» ha sido establecida y continuará creciendo... a pesar de todo. Y ahora decidme, ¿llegamos a un acuerdo?

Parecía evidente para Lucía que tenía poco que decir sobre el tema, pero enseguida vio que aquello podía redundar en su propio beneficio. Si conseguía destronar a Khelben Arunsun, obtendría su premio, y los Caballeros estarían encantados de concedérselo. En cuanto a su más profundo secreto, trataría a Granate del mismo modo que había tratado a sus superiores durante años: fingiendo ser un Señor de Aguas Profundas para transmitir como información privilegiada cosas que había podido reunir a través de los tratos de negocios y los chismes, aparte de su propia red de espionaje. Quizá, si sus sospechas resultaban ciertas, su relación con Caladorn resultaría útil, además de entretenida. El joven bebía los vientos por ella y confiaba completamente en su persona. Si escondía algún secreto, pronto lo descubriría.

—Supongo que podemos trabajar juntas —accedió Lucía—. Ahora, contadme un poco más vuestro plan.

—No es necesario. Iremos paso a paso. Cuando requiera vuestros servicios, os explicaré al detalle lo que deseo que hagáis.

Eso era más de lo que una descendiente de la realeza podía permitir. Lucía se puso lentamente en pie y, temblando de rabia, miró de arriba abajo a la semielfa.

—Yo no soy sirviente de nadie. Recordad que necesitáis mi poder político.

—Menos de lo que vos necesitáis la magia que controlo a través de la música —replicó Granate y, durante largo rato, se estuvieron observando con ojos desafiantes. Lucía fue la primera en apartar la vista—. Bueno, arreglado —concluyó Granate con una sonrisa—. El arte de los bardos y la política unirán sus fuerzas de nuevo para demostrar a Khelben Arunsun lo que son capaces de hacer si existe un equilibrio entre los dos.

Ahora que se encontraba frente a frente con Elaith Craulnober, Danilo empezó a dudar de la conveniencia de su decisión de enfrentarse al elfo y solicitar los servicios de Vartain. Cuando se habían encontrado por primera vez, dos años atrás, a Elaith no le había agradado Danilo y, sólo por esa razón, había ordenado su muerte; a juzgar

por la expresión que ahora veía en el atractivo y anguloso rostro del elfo, Danilo supuso que en aquel momento se estaba arrepintiendo de haber anulado aquella orden.

Una carcajada frenética resonó en el tenso silencio y el elfo harapiento salió corriendo por el jardín. El sol que estaba a punto de ponerse proyectaba una sombra larga detrás de él mientras giraba y saltaba. Danilo vio cómo el elfo desaparecía tras una esquina y luego se volvió con una bobalicona sonrisa hacia Elaith.

—¿Es amigo tuyo?

El elfo de la luna no prestó atención a la pulla de Danilo y señaló el broche que llevaba el Arpista.

—¿Cómo has conseguido uno de éstos? Conozco a unos cuantos que pagarían una fortuna por él, si te decidieras a venderlo.

—Un broche de Arpista se gana por méritos —contestó Danilo con voz pausada. El elfo chasqueó la lengua.

—¿Y tú los tienes?

—Digamos que si todavía no los tengo, estoy a punto de conseguirlos.

Elaith cruzó los brazos y alzó una de sus cejas plateadas.

—Te escucho.

—Los Arpistas han solicitado los servicios de un bardo y, como la mayoría ha caído bajo el embrujo de un hechizo que afecta a su música y a su memoria, me he ofrecido para ayudar.

—¡De veras! Gracias por ilustrarme con semejante noticia —respondió el elfo con una cordial sonrisa—. Muchos de mis colaboradores estarán encantados de saber que los Arpistas han caído hasta un nivel tan bajo. Tengo tema de conversación para varios meses.

—Me alegro de serte útil. Ahora, si me lo permites, te presentaré a mis compañeros: Morgalla la Alegre, una bardo de sorprendente talento, y Wyn Bosque Ceniciento, músico de Siempre Unidos. Quizá lo hayas visto en alguna ocasión... — Las palabras de Danilo no estaban del todo exentas de malicia, pues sabía que Elaith se había exiliado de la isla natal de los elfos.

Wyn saludó al elfo de la luna con una ceremoniosa reverencia, a la que Elaith no prestó atención. Sin embargo, sí que observó con incredulidad a la corpulenta y diminuta mujer vestida de marrón que había junto a Danilo.

—¿Una enana, señor Thann? Tu buen gusto a la hora de elegir compañeros de viaje se ha deteriorado. ¿Dónde está Arilyn?

—En algún lugar —lo cortó en seco Danilo—. Ahora, si hemos agotado ya nuestra reserva de pullas verbales, he venido a proponerte un negocio.

Elaith parecía intrigado.

—Un negocio capaz de llevar tan lejos de Aguas Profundas al hijo de un

mercader parece interesante.

—Como mínimo es poco frecuente —admitió el Arpista—. Cántale la balada, Wyn.

El juglar cogió la lira de plata que llevaba colgada al hombro y cantó la *Balada de Grimnoshtadrano*. Elaith parecía irritado por el curso de la conversación y apenas prestaba atención al elfo dorado, pero mientras Wyn cantaba, Vartain se situó al lado del contratista y escuchó con gran interés mientras destellaba en sus prominentes ojos oscuros una mezcla de inteligencia y curiosidad.

—Creo que ya veo adónde conduce eso —comentó Vartain cuando finalizó la canción—. Estos tres desean responder al desafío del dragón, lo que significa que tendrán que resolver un acertijo, leer un pergamino y cantar una canción. Como las palabras «leer un pergamino» probablemente indican el proceso de invocar un hechizo, deduzco que el joven debe de ser mago. Viaja con dos bardos, pero es posible que carezca del talento de un maestro de acertijos y es por eso que ha venido hasta aquí, a contratar mis servicios. Con esas tres habilidades, tendrán posibilidades de triunfar o, al menos, sobrevivir.

—Bueno, tú no irás —replicó Elaith lisa y llanamente—. Te contraté para esta búsqueda y permanecerás a mi servicio.

Vartain asintió, pero apartó a Elaith y, poniéndose de espaldas a los recién llegados, empezó a desgranar su argumentación utilizando el tácito lenguaje de manos propio de la jerga de los ladrones.

—Como maestro de acertijos, recopilo saber popular de muchas formas y recientemente descubrí que las baladas que recitan los Arpistas habían cambiado. Cuando pregunté a los bardos que las cantaban, todos insistieron en que cantaban las baladas como siempre habían sido. Es evidente que lo que este hombre dice es verdad. Los bardos de los Arpistas que no estaban catalogados como tales no se vieron afectados por el hechizo; pero el desafío del dragón especifica que tiene que acudir un Arpista, lo cual explica por qué este joven se vanagloria de su afiliación a una organización que por lo general se mantiene en secreto. Es posible que los Arpistas estén atravesando tiempos difíciles, mas por lo general son bastante efectivos. Si han consentido en que se inicie esta búsqueda, creo que es porque barajan la posibilidad de tener éxito.

—¿Y? —preguntó Elaith en voz alta.

—Que puedes convertir en propio su éxito —concluyó Vartain, gesticulando con gran fluidez y práctica con sus huesudos dedos—. Quizá tú no prestabas atención a la balada, pero en ella se cuenta que aquellos que superen con éxito el desafío de Grimnoshtadrano podrán elegir su recompensa del botín del dragón.

Elaith se quedó mirando al maestro de acertijos unos instantes, y de repente un extraño destello iluminó sus ojos ambarinos y desvió la vista hacia Danilo y sus

compañeros bardos para clavar en ellos una mirada especulativa.

—Por supuesto, te recompensaré por la pérdida de los servicios de Vartain —ofreció enseguida Danilo al ver la expresión del rostro del elfo, impaciente como estaba por aprovechar cualquier ventaja—. Sé que no necesitas dinero, pero corre el rumor de que te gusta coleccionar objetos mágicos.

Danilo dio la vuelta a la manga de su blusa y extrajo una daga de pedrería cubierta por una funda de cuero labrado sujeta a la muñeca. Apartándose para que el hecho de desenfundar una daga no constituyera una amenaza, Danilo lanzó el cuchillo hacia el pimentero. La hoja tembló en la suave corteza el tiempo en que tarda en latir cinco veces el corazón, y, de repente, se esfumó. Danilo levantó la muñeca para que el elfo se la inspeccionara. El cuchillo había regresado a la funda.

—Un juguete muy útil —convino Elaith—. Muy bien, puedes quedarte con Vartain y adiós muy buenas. Me quedaré con el cuchillo, además de cincuenta piezas de platino de peso normal. Lo primero me lo quedo ahora, el resto lo pagarás tú o tus sucesores cuando regrese a Aguas Profundas. Además, hay otra condición: mis hombres y yo uniremos fuerzas con tu formidable ejército. —Hizo una pausa y, tras hacer una reverencia irónica dirigida a Wyn y Morgalla, se volvió de nuevo hacia Dan con una sonrisa forzada—. Desde hoy y hasta que se complete la búsqueda, tú y yo seremos socios.

Danilo se quedó mirando al elfo boquiabierto.

—¿Socios? —balbució cuando por fin consiguió recuperar el habla.

—Exacto.

—¡Por el amor de Beshaba! —maldijo Danilo, evocando la diosa de la mala suerte—. ¡Prometo que no había contado con este giro en los acontecimientos!

—Ni yo —admitió Elaith, guasón—. Veo que estás tan encantado con la propuesta como yo. Aun así, ¿cerramos el trato?

—Supongo que sí —convino Dan con lentitud. Echó una dubitativa mirada al elfo pero acabó por soltarse la daga de la muñeca para tendérsela. Elaith sacó el cuchillo mágico de la funda y, tras examinarlo de cerca, sopesó su peso y equilibrio, y acabó lanzándola al aire. La cogió al vuelo cuando descendía y, en un solo movimiento de gran suavidad, la lanzó contra el pimentero. El cuchillo de pedrería impactó en la misma hendidura donde antes lo había clavado Danilo.

—Tengo una curiosidad —comentó Elaith en tono indiferente—. Imagina que lanzo esta daga contra un enemigo. Cuando se retire el puñal mágico, ¿no sanará la herida? ¿Perdurará el daño?

—Por supuesto.

El elfo sostuvo la mirada de Danilo mientras se ataba la funda al antebrazo, y la sonrisa que esbozó no era agradable.

—Espléndido.

La mañana apenas se había iniciado cuando Larissa Neathal se levantó de la cama. Se sentó en el tocador, delante de un espejo de tres hojas de gran tamaño, y se examinó el rostro en busca de algún rastro de la noche de fiesta. Todavía resonaba en su cabeza el eco de las risas y de la música, y la resaca le provocaba punzadas de dolor en las sienes, pero los ojos grises se veían nítidos y la piel blanca, sin imperfecciones. Oprimió con suavidad las yemas de los dedos en las bolsas diminutas que se le marcaban debajo de los ojos y, tras encogerse de hombros, alargó el brazo para coger un frasco de ungüento. A Larissa no le gustaban los cosméticos y no solía recurrir a ellos, pero tenía una cita al cabo de una hora y en su negocio no podía permitirse no lucir su mejor aspecto.

La noche anterior había sido muy provechosa para la hermosa cortesana. Lady Thione, figura destacada de la sociedad, había abierto la temporada del solsticio de verano con un fastuoso baile de disfraces y durante las largas horas de jolgorio Larissa había llevado hasta el límite su capacidad legendaria para bailar y beber. Desde su punto de vista de cortesana, en especial de una cortesana que también actuaba como Señor de Aguas Profundas, la fiesta no podía haber sido más espléndida. Había conseguido sacar varios secretos comerciales de un afligido comerciante cormyriano, había recogido información interesante de un bardo procedente de tierras lejanas llamada Granate y había conocido a un noble mercader de Tethyr que estaba de visita. Se había comprometido con lord Hhune, un hombre obeso, de cabellos oscuros, con unos ojos pequeños e impenetrables, espesas cejas negras y abundante bigote, para enseñarle la ciudad. A pesar de que no le agradaba el hombre, Tethyr era un pozo sin fondo de chismes políticos y pretendía obtener de él toda la información posible.

A pesar de todos esos éxitos, Larissa se había sentido vagamente indispuesta durante toda la velada y se alegró cuando el festejo llegó a su fin. Pensó que tal vez se había acatarrado mientras echaba una ojeada al vestido que había tirado sobre una butaca de terciopelo, junto a la puerta, antes de dejarse caer en la cama. El atavío, con profusión de bordados, ajustado al cuerpo, al estilo princesa Shou, había despertado mucha admiración, pero la fina tela de satén rojizo ofrecía escasa protección frente a los gélidos vientos nocturnos que azotaban el distrito del Mar. O tal vez era que trabajaba demasiado. Aquellas últimas semanas, los Señores de Aguas Profundas se habían aprovechado hasta el límite de su variedad de habilidades. El talento de Larissa era recabar información, y su campo de actuación era el torbellino de eventos sociales y funciones de la corte. No podía recordar la última vez que había dormido más de dos o tres horas, y empezaba a sentir hasta simpatía por los muertos vivientes.

Sea como fuere, Larissa no estaba de humor para representar su papel de cortesana boba que bailaba al son de cualquier extraño. Por lo general, representaba

su papel con real orgullo y disfrutaba de verdad, pero hoy no era el caso.

Mas no le quedaba más remedio. Disimuló un bostezo y continuó con los preparativos. Primero se soltó el pelo rojizo. Como llevaba unas trenzas demasiado largas para cepillárselas sin ayuda, hizo sonar la campanita de latón para llamar a la doncella, antes de quitarse los anillos y darse un masaje en las manos con unguento perfumado. Luego, se levantó del tocador y se acercó a un enorme ropero de roble. El salto de cama verde pálido, una maravilla de seda traslúcida, se arremolinaba y flotaba alrededor de sus piernas al caminar. Abrió de par en par la puerta del armario y empezó a pensar en qué atuendo se merecía su último cliente.

A su espalda oyó rechinar el gozne de la puerta del dormitorio.

—Pasa, Marta, y deprisa. Tengo que estar vestida dentro de una hora —comentó Larissa sin darse la vuelta.

—No se preocupe, querida dama —respondió una voz profunda con marcado acento—. Esa túnica verde que *casi* lleva me gusta mucho.

Larissa se volvió sorprendida y una nube de seda verde flotó a su alrededor. El señor Hhune de Tethyr estaba sentado en el canapé, manoseando con insolencia el satén rojizo del vestido Shou. En el umbral había dos hombres de cabellos oscuros, armados con sables curvos, que sostenían cautiva a una aterrorizada Marta.

La mano derecha de Larissa se movió de forma instintiva hacia el dedo meñique de su mano izquierda en busca del anillo encantado que poseían todos los Señores de Aguas Profundas. El corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que lo había dejado en el tocador. El anillo no sólo la hacía inmune a los venenos sino que le habría permitido invocar a sus poderosos colaboradores. Su mente sopesó con rapidez todas las posibilidades. Gritar para pedir ayuda sería inútil. Tenía varios luchadores expertos y leales entre sus sirvientes, pero si no se encontraban ya allí defendiéndola es que estaban muertos. Tenía dagas ocultas en todos sus vestidos, pero los saltos de cama casi transparentes no los tenía equipados con esas protecciones. No le quedaba a mano más que un arma: las artes de una cortesana; y la vida de su doncella dependía de su habilidad para manejar la situación.

Soltó una suave carcajada mientras se deslizaba hacia Hhune.

—Me halaga su impaciencia —musitó en tono seductor. Alzó la vista y le dedicó su sonrisa más coqueta mientras empezaba a jugar con los botones de su abrigo—. Sin embargo, mi doncella tiene poca experiencia en este tipo de juegos, no como nosotros. Seguramente, sus hombres estarían mejor servidos en alguna de las salas de fiesta. ¿Por qué no les da un día de descanso para que disfruten de los placeres de la ciudad, y así podríamos pasar una velada más... íntima?

Larissa se aproximó todavía más y los ojos de Hhune se oscurecieron con una expresión que la cortesana conocía bien. Empezó a albergar un deje de esperanza.

—Eres hermosa —murmuró el noble con voz ronca mientras cogía un puñado de

reluciente pelo rojizo entre sus dedos—. Casi lamento lo que tiene que ocurrir.

Hhune estiró brutalmente del cabello de Larissa y le echó la cabeza hacia atrás mientras con la mano libre le propinaba un fuerte golpe en la garganta. Aturdida por el dolor, la cortesana cayó de rodillas. A una orden de Hhune aparecieron tres hombres más que esperaban en el vestíbulo. Dos de los rufianes la sujetaron mientras el tercero cogía sus manos para romperle, uno a uno y de forma sistemática, los dedos. Cuando acabó la faena, Hhune hizo un gesto de asentimiento y sus hombres se apartaron. Todavía de rodillas, Larissa se balanceaba adelante y atrás, cobijando sus destrozadas manos en el pecho mientras sollozaba con voz entumecida.

—Ahora, Larissa, Señor de Aguas Profundas, no vas a poderte comunicar ni de viva voz ni por escrito durante muchos días —informó Hhune con voz gélida—. No temas por tu vida, querida, ni mucho menos. Esta ciudad apesta a magia y muchos serían capaces de conversar con tu espíritu, pero mis hombres son demasiado expertos para dejarte morir, así que vas a vivir durante muchos días como si flotaras en un sueño encantado. Después —se detuvo y se encogió de hombros—, quizá te despiertes, y quizá las pociones y los rezos puedan hacerte recuperar la voz, las manos y la belleza. O tal vez no.

Se volvió hacia los hombres que esperaban.

—Os la dejo —ordenó—. En cuanto a la doncella, matadla y sacadla de aquí. Nuestro agente en Aguas Profundas se encargará de que el cuerpo desaparezca en la bahía.

Hhune giró en redondo y salió apresuradamente de la alcoba, pues le causaba un poco de repugnancia el brillo ansioso que veía en los ojos de sus hombres mientras se aproximaban a la gimoteante cortesana. La tortura no era un arma desconocida para los Caballeros del Escudo, y aquellos hombres habían sido elegidos por su habilidad en semejante arte. Hhune no apreciaba demasiado esas cosas, pero suponía que un hombre debía disfrutar con el trabajo que desempeñaba.

Casi se dio de bruces con Granate, que lo estaba esperando en el vestíbulo. La mirada de descarada desaprobación que le lanzó la mujer hizo que Hhune se pusiese a la defensiva en cuanto a sus métodos.

—Lo de la cortesana está arreglado —comunicó mientras indicaba con un gesto la puerta cerrada—. Como no conseguisteis envenenarla anoche, pensamos que era adecuado intentarlo de otro modo.

Los ojos de la semielfa relampaguearon.

—Lady Thione olvidó decirme que todos los Señores de Aguas Profundas son inmunes al veneno. Si hubiese sabido que el método iba a fracasar, no me habría pasado la noche charlando con ella y fingiendo ser un músico vulgar.

—Thione no os dijo nada de eso, ¿verdad? Muy interesante —musitó Hhune.

Granate percibió que el noble sureño parecía hasta complacido por la omisión de

lady Thione, pero como tenía poco interés por los asuntos de política interna de los Caballeros del Escudo, se limitó a encogerse de hombros y dar media vuelta. Cruzó a toda prisa el vestíbulo y franqueó un portal arqueado que desembocaba en una galería.

Hhune contempló con el entrecejo fruncido cómo se marchaba. ¿Qué pretendía hacer la semielfa, volar? La curiosidad pudo más que él y se deslizó tras ella por el vestíbulo con todo el sigilo que su voluminoso cuerpo podía reunir. Se asomó por el borde de la galería y reuló, sorprendido.

Había un caballo blanco como la leche en la galería, dos pisos por encima de la calle tranquila. Mientras Hhune observaba, Granate se montó en la grupa del animal y cogió las riendas para golpear con ellas el cuello del corcel. El caballo titubeó, y el rostro de Granate se endureció con una máscara que mezclaba concentración y cólera. A modo de respuesta, el caballo inclinó la cabeza con un gesto que traducía a la vez tristeza y resignación, y echó a volar por los aires con la ligereza de un colibrí. Luego, con la rapidez propia de esos pájaros tan delicados, se perdió entre el mar de nubes.

—Un *asperii* —balbució Hhune en tono respetuoso. Había oído hablar de aquellos raros corceles mágicos, pero nunca hasta ahora había visto uno. Como los Pegasos, aquellos caballos podían volar, pero no tenían alas. Conseguían elevarse gracias a un poder de levitación natural y eran sumamente rápidos. Un *asperii* formaba una conexión telepática con un mago o hechicero de gran poder, y permanecía junto a su dueño durante toda la vida.

El descubrimiento dejó intrigado a Hhune. Había llegado a Aguas Profundas la noche anterior con un cargamento de mercancías para la Fiesta del Solsticio de Verano y, una vez acabadas sus obligaciones como mercader, había acudido a ver a lady Thione esperando un informe rutinario y acabó descubriendo que se había aliado con una hechicera muy poderosa que había puesto en marcha un plan de acción que daría frutos en cuestión de días. No le habían contado los detalles del plan, cosa que no había sorprendido a Hhune; él no era un superior de lady Thione, y los Caballeros del Escudo mantenían secretos incluso entre ellos. Y sin embargo le había quedado la impresión de que ni siquiera lady Thione estaba al corriente de todo lo que iba a suceder.

En opinión de Hhune, Granate era quien tenía el control de todo. La hechicera estaba utilizando a los Caballeros del Escudo como un utensilio personal, de eso estaba seguro, y también sospechaba que conocía algo que le otorgaba poder sobre lady Thione. Le habría encantado saber qué era. Quizá si se quedaba más tiempo en Aguas Profundas pudiera averiguarlo.

La luz matutina se colaba por las largas ventanas que rodeaban la alcoba circular.

Lucía Thione se estiró como un gato satisfecho y alargó la mano para acariciar a su amante, pero el lecho estaba vacío y sólo las sábanas de seda arrugadas y un hueco en el mullido colchón indicaba que la noche anterior había sido algo más que un bonito sueño.

—Ah, estás despierta. Ahora sí que puede decirse que se ha levantado la mañana. —Caladorn se introdujo en la habitación, vestido con polainas y botas de montar, y con el cabello castaño todavía húmedo del baño. Lucía se incorporó y alzó la mejilla para recibir un beso. El joven se inclinó para saludarla con cariño.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó haciendo pucheros—. Ayer trabajaste hasta muy tarde y apenas hemos tenido tiempo de estar juntos.

—Tengo negocios —respondió Caladorn con una cariñosa sonrisa mientras trazaba con un dedo enguantado la silueta de su nariz—. Seguro que una mercader de tu perspicacia conocerá su importancia.

—¿Qué tipo de negocios?

—Me han encargado que entrene a aquellos que desean competir en los Juegos del Solsticio de Verano. Estaré en el campo del Triunfo todo el día.

Tras prometerle que se verían de nuevo en su casa de la ciudad aquella misma noche, Caladorn se separó de su amante. Una vez a solas, Lucía sonrió y se arrebujó entre las sábanas esperando hasta oír el golpe amortiguado de la puerta principal al cerrarse. Aunque le habría encantado disfrutar de la compañía de Caladorn aquella mañana, necesitaba tiempo a solas para solucionar su dilema.

Al fingir que era uno de los Señores de Aguas Profundas, se había colocado en una situación favorable entre los Caballeros del Escudo. Su apoyo le había permitido amasar una pequeña fortuna, y todo había ido viento en popa hasta que Granate se había inmiscuido en su vida. Lo que la hechicera sabía había colocado a Lucía en una posición de casi esclavitud. La llegada de lord Hhune de Tethyr había empeorado las cosas considerablemente porque los Caballeros del Escudo no iban a ver con buenos ojos su alianza con Granate. Esa colaboración había adquirido un matiz peligroso: Granate había asumido el control sobre Hhune, sus hombres y los agentes locales de Lucía. Y, lo que era peor, la hechicera había exigido que Lucía revelase los nombres de los Señores de Aguas Profundas.

Lucía no podía admitir que eso era algo que ella desconocía, así que había resumido una pequeña lista para Granate: Khelben Arunsun, Larissa Neathal, el usurero Mirt, Durnan y Texter el Paladín. Esos nombres se susurraban en todas las tabernas de Aguas Profundas y por ahora iban a ser suficientes, pero Lucía era consciente de que tendría que hacerlo mejor, y en breve.

La dama apartó el cubrecama y salió de la alcoba. Si Caladorn tenía conexiones con los Señores de Aguas Profundas, no iba a encontrar pruebas de ello en el dormitorio, así que bajó por la escalera de caracol hasta el piso inferior, que albergaba

la zona de baño y los vestidores. Una de las estancias estaba llena de arcones y armarios y parecía un buen lugar para iniciar la búsqueda.

Moviéndose con total sigilo para no despertar sospechas en el criado de Caladorn, Lucía abrió sistemáticamente todos los arcones y cajones en busca de algo que pudiese relacionar a Caladorn con los Señores de Aguas Profundas. Durante más de una hora estuvo escudriñando la habitación, pero fue en vano.

Frustrada pero dispuesta a seguir, Lucía se dirigió hacia su propio vestidor. Planeaba rebuscar hasta en el último rincón de la casa, pero no podía hacerlo vestida con un diáfano camisón. Caladorn, que era detallista y romántico hasta en los más nimios detalles, había llenado un armario con varias mudas para que Lucía pudiese vestirse las mañanas en que amanecía allí con sus trajes color púrpura. Con un suspiro, Lucía sacó una túnica color lavanda del armario. Quizá después de bañarse y cambiarse...

Sus pensamientos se interrumpieron de pronto porque, sin motivo aparente, el borde de la túnica se había quedado trabado en el fondo de madera del armario. Dio un ligero estirón, pero estaba atrapado. Se puso de rodillas para examinarlo de cerca. La veta de la madera alrededor de la tela atrapada se veía lisa y sin interrupciones y, cuando pasó un dedo por el suave panel, no percibió ninguna protuberancia ni hueco. Era como si la seda color lavanda surgiera directamente de la madera.

Impaciente, Lucía apartó el resto de ropa y empezó a buscar en el interior del armario. Al cabo de varios minutos, sus dedos palparon un diminuto botón oculto. Al presionarlo, se abrió un panel posterior que, tras soltar el pedazo de tela, dejó al descubierto una pequeña puerta que ocultaba un estante. Lucía rebuscó en el interior y extrajo un casco negro cubierto por un espeso velo.

Se deslizó el casco sobre su cabeza y dio media vuelta para observar su reflejo en el espejo. Aunque podía ver con toda claridad, sus rasgos quedaban totalmente ocultos por el velo. Cantó unas notas de una canción popular de Tethyr y no reconoció la voz como suya. De hecho, el casco distorsionaba por completo su timbre de voz que, bajo aquel atuendo, podía ser tanto de un hombre como de una mujer, de un anciano como de un joven. Soltó una carcajada, presa de gran excitación, y también la risa fue distorsionada de forma mágica por el casco de un Señor de Aguas Profundas.

¡Así que era eso! Su joven amante ostentaba en verdad el puesto al que ella tanto había aspirado. Caladorn no podría negarle nada, y con lo que consiguiera sacar de él podría aplacar con facilidad a Granate. Una sonrisa se dibujó en sus labios y el peso que la preocupación había colocado sobre sus hombros se esfumó.

Lucía se quitó el casco y lo devolvió al armario. Antes de cerrar la puerta, tuvo buen cuidado de colocar el dobladillo de la túnica lavanda de modo que quedara pillado por la puerta oculta. Dispuso el resto de vestidos tal como se los había

encontrado para fingir que nadie había tocado el armario y se volvió a vestir con la ropa que llevaba la noche anterior. Cuando la habitación estuvo ordenada, salió de casa de Caladorn en dirección a la Casa de Placer y Salud de la Madre Tathlorn. El descubrimiento bien se merecía un masaje, una manicura y tal vez algo más.

Taskerleigh quedaba a dos días de viaje a sus espaldas, pero Danilo todavía tenía que encontrar una explicación a su actual situación.

En opinión de Dan, Elaith Craulnober desearía antes casarse con un troll que viajar en su compañía y, en cambio, allí estaban. Danilo había bautizado a sus fuerzas combinadas con el cínico nombre de Música y Caos, y parecía que el nombre se mantenía, lo cual no era, según él, un buen presagio.

La suya era sin lugar a dudas la alianza más incómoda que los Arpistas habían trabado nunca. El elfo mantenía todos los prejuicios de su raza y no apreciaba a los enanos pero, para sorpresa de Dan, Elaith parecía tratar a Wyn Bosque Ceniciento casi peor que a Morgalla. El juglar elfo solía librarse de la lengua mordaz de Elaith, pero éste se complacía en desdeñar a Wyn. En más de una ocasión, sin embargo, Elaith se quedaba mirando al elfo dorado y el deje de odio puro que reflejaban en ese instante sus ojos ambarinos atemorizaba a Danilo. Por su parte, Wyn dispensaba a todos el mismo trato cortés y distante y no parecía darse cuenta de los malos modos de su compañero elfo. Si había un hilo que servía de unión a viajeros tan dispares era Vartain. El maestro de acertijos parecía disfrutar de la compañía de todos.

Sin embargo, los mercenarios de Elaith, en especial el enorme barbudo conocido como Balindar, sentían aprecio por la doncella enana. Cuando se enteraron de que Morgalla era una veterana de la Guerra de la Alianza, los hombres la bombardearon a preguntas. Aguas Profundas no había enviado un ejército para ayudar a expulsar a los invasores bárbaros y muchos espadachines del Norland sentían que se habían perdido la aventura más gloriosa e importante de sus vidas. En un principio, la enana se mostró reacia, pero movida por su interés, a media mañana del segundo día empezó a ayudar a pasar el tedio del viaje enlazando una historia con otra. Dan escuchaba fragmentos de sus conversaciones, complacido por la suave voz de la enana y por su experiencia en narrar historias. Recordaba aún cómo había rechazado Morgalla el título de «bardo enana», y sin embargo al escucharla creía que se lo merecía, aunque no tuviera música en su alma. Y, además, dudaba de que careciera de ella. Cada noche desde que habían salido de Aguas Profundas, Morgalla le pedía que tocara el laúd y cantase, y aunque nunca se unía a su canto, escuchaba cada nota y cada balada con una expresión absorta en la que había tanto gozo como cierta melancolía.

Danilo miró de reojo a Elaith, que cabalgaba separado de los demás, tan alerta y cauteloso como lo haría el zorro plateado al cual se asemejaba. No podía imaginar qué tesoro impulsaba al elfo a lanzarse a la aventura. Se rumoreaba en Aguas Profundas que el elfo de la luna poseía unas riquezas incalculables, y si bien era cierto que de vez en cuando contrataba partidas de mercenarios y los enviaba en viajes de exploración y aventura, desde hacía varios años él solía quedarse en Aguas

Profundas para llevar a cabo sus sucios negocios y apoderarse de la recompensa del trabajo y el esfuerzo de los demás. El Arpista no confiaba lo más mínimo en Elaith, y cuanto antes supiera el motivo oculto del elfo, más posibilidades tendría su pequeña banda de sobrevivir. Danilo azuzó a su bayo, un caballo rápido y resistente que solía usar en viajes largos, para ponerlo al paso del esbelto corcel negro del elfo.

—¿Cómo está Cleddish? —preguntó el Arpista, haciendo un gesto en dirección a un mercenario que había quedado herido tras el ataque de las arpías. Cleddish había sido uno de los cinco hombres que se habían transformado en estatuas vivientes debido al embrujo del canto de las arpías y, aunque esa mañana había pasado finalmente el efecto, los horribles alaridos del hombre al despertar iban a resonar durante mucho tiempo en la mente de Danilo. Éste viajaba siempre con una serie de frascos diminutos que contenían pociones que aceleraban el proceso de curación o servían como antídotos a determinados venenos y, gracias a uno de ellos, había podido cicatrizar las heridas que las afiladas garras de la arpía habían dejado en la piel del hombro y evitar así la gangrena, pero el hombre había perdido mucha sangre y Danilo sospechaba que todavía debía de tener alguna herida interna. El mercenario iba sentado en su grupa con una expresión estoica y severa en el rostro. Había hablado muy poco desde que recuperara el habla y su rostro se veía tan gris como el único mechón de pelo que caía trenzado sobre el hombro herido. A pesar de todo, Cleddish podía sentirse más afortunado que su camarada, un hombre del Norland que había quedado ciego por el veneno de la arpía. Siguiendo instrucciones de Elaith, se había puesto fin a la agonía del hombre y su cuerpo se había dejado a un lado del camino.

—Cleddish parece bastante apagado y tiene mal color —señaló Danilo—, pero no lo conozco lo suficiente para saber si su aspecto es normal o no.

Elaith giró la vista y lanzó al humano una mirada de exasperación que indicaba a todas luces que toleraba la interrupción sólo por las muchas indignidades que le tocaba aguantar.

—Cleddish es un mercenario, no mi primo. Lo conoces tanto como yo.

—Ah. Bien, eso agota el tema de conversación —comentó Danilo.

—Eso espero.

Tras unos instantes de silencio, el noble lo intentó de nuevo.

—Si te soy sincero, no alcanzo a ver por qué has unido tus fuerzas con bardos y Arpistas.

El elfo respondió con una enigmática sonrisa.

—Digamos que me he convertido en empresario de las artes.

—Muy loable. La verdad es que me sorprendió saber que te habías lanzado de nuevo a la aventura. ¿Puedo suponer que tu expedición a Taskerleigh fue un éxito?

—Tal vez no deberías suponer tantas cosas. —Aunque la réplica fue ofrecida en

tono amistoso y agradable, no dejaba de ser una advertencia.

Danilo decidió no prestarle atención.

—He puesto el dedo en la llaga, ¿verdad? —prosiguió, animoso—. Bien, si tus hombres esperaban conseguir un tesoro y se sienten decepcionados, una manera de levantarles la moral es ofrecerles el botín de un dragón. —Dejó el tono interrogativo pendiente en el aire.

—Bonita oferta. —Elaith respondió al Arpista con una ligera reverencia burlona—. En nombre de mis hombres, acepto. Ahora, si me disculpas, uno de nosotros debería estar pendiente del camino. —El elfo espoleó al caballo para ponerlo al trote y situarse a varios metros de distancia del Arpista.

Danilo esbozó una mueca y se frotó la nuca con ambas manos. La conversación había ido más o menos como esperaba. Aun así, el elfo tenía razón. El terreno en el que se adentraban era abrupto e inhóspito, y debían avanzar con cautela. La aldea de Taskerleigh estaba situada en las proximidades del río Ganstar, una tierra accidentada y fértil que se extendía al noroeste de las granjas de Campo Dorado, pero los caminos que la atravesaban estaban mal conservados porque los rumores sobre la existencia de monstruos y la desaparición de más de una partida de aventureros había frenado la repoblación. La ruta principal que emergía por la parte oeste de la aldea desierta también estaba poco transitada, porque sólo los viajeros más osados se aventuraban a entrar en el Bosque Elevado, y pocos de ellos salían de allí con vida. El camino que seguía la partida de Música y Caos bordeaba las pedregosas colinas que marcaban el sepulcro del Reino Caído, un antiguo asentamiento de humanos, elfos y enanos. Hacía ya tiempo que el terreno se había asilvestrado: los campos habían sido conquistados por la maleza, los edificios derruidos hasta convertirse en simples montículos de piedra, los túneles fabricados por los enanos se habían ido obstruyendo o servían de guarida a monstruos subterráneos. Para Danilo, el paisaje era un siniestro recordatorio de lo que sucedía a los humanos, elfos y enanos que intentaban unir sus riquezas.

El sol proyectaba largas sombras por delante de ellos cuando llegaron a la cima de una colina alta y pedregosa. Una vez allí, Elaith indicó que se detuviesen y los jinetes contemplaron el terreno que se extendía ante ellos. Al pie de la colina, el camino se bifurcaba; Danilo sabía que hacia el sur desembocaba en Secomber, donde conectaba con una ruta comercial; hacia el norte era una senda estrecha que se perdía en el Bosque Elevado. Más hacia el norte se alcanzaban a ver las aguas rápidas de la corriente del Unicornio, y en la otra orilla, el inicio de la densa espesura verde. Un tramo del camino transcurría en zona pantanosa, por lo que la carretera se había construido apilando tierra y piedras hasta trazar una estrecha calzada. Ese camino había sido construido años atrás por una expedición conocida como Los Nueve y desembocaba en la famosa fortaleza del mismo nombre que marcaba el límite

meridional del Bosque Elevado. Sin embargo, Los Nueve se habían retirado mucho antes de que naciera Danilo —varios rumores hablaban de que nadaban en la abundancia en otra esfera—, y la calzada se hallaba medio derruida.

Danilo examinó el pantanal con expresión dubitativa. Aunque todavía faltaba para el crepúsculo, llegaba hasta ellos el rumor del canto de las ranas y de otras criaturas desconocidas de las marismas. En una ocasión había luchado con hombres lagarto en el pantano de Chelimber y no era una experiencia que quisiera repetir.

—Yo voto por montar el campamento aquí mismo —propuso.

—Aquí no hay agua ni forraje para los caballos —señaló Vartain, como de costumbre. Siempre que se proponía una idea, el maestro de acertijos tenía por lo general otra mejor—. Creo que sería mejor seguir avanzando. Al paso que vamos, habremos dejado atrás la zona pantanosa antes de que anochezca. Sería mucho mejor y más seguro acampar en la orilla del río, fuera de la linde del bosque.

Elaith hizo un ligero gesto de asentimiento y Danilo acabó aceptando, aunque a desgana.

Pusieron las monturas al trote, pero al llegar a la estrecha calzada que cruzaba la marisma frenaron hasta dejarlas al paso. Era necesario avanzar con cautela porque, aunque en algunos tramos el camino tenía espacio suficiente para que pasaran dos o tres caballos de lado, en otros el pantano había invadido gran parte de la calzada. Avanzaron en silencio.

El croar de las ranas se hizo más intenso a medida que cabalgaban y el eco que reverberaba era un sonido sobrenatural que hacía que la marisma se cerniera sobre ellos. Era una sensación que ponía en tensión a Danilo. Cuando llevaban recorrido la mitad del camino, se inclinó sobre Morgalla.

—Me recuerda el efecto que produce cantar una ópera de Tantras en una sala de baño pequeña —murmuró.

—Sí, a mí tampoco me gusta —respondió, seria, la enana.

—Las óperas de Tantras no gustan más que a los entendidos —bromeó el Arpista. Morgalla asintió con expresión ausente.

—También.

Sus ojillos pardos escudriñaban el agua poco profunda en busca de cualquier señal de peligro. Al cabo de un momento, palmeó la rodilla de Danilo para reclamar su atención y señaló un punto a su derecha donde se balanceaba al ritmo de la brisa un puñado espeso de juncos del color de la avena, cuyos extremos habían sido cortados parcialmente, y que emitían un extraño y profundo susurro cuando el viento pasaba entre ellos. A medida que avanzaban los jinetes, la corriente de aire se interrumpía y el sonido melancólico cesaba.

—¿Una alarma? —sugirió la enana.

Danilo estaba a punto de objetar, pero de repente vislumbró una extraña hilera de

cañas que sobresalía unos metros más allá. Un grueso manojo de aquellos juncos habían sido dispuestos en filas, con los más largos y gruesos en la parte de atrás y cada fila sucesiva más corta. Los tallos se hacían cada vez afilados cuanto más baja era la hilera. Algo en la disposición del conjunto evocó un recuerdo en la memoria de Danilo. Se agachó y estiró uno de los juncos que crecían junto al camino, pero estaba firmemente sujeto. Sacó un machete de caza y cortó el extremo de la caña, que era dura y rígida. Una cosa era segura: era imposible que la punta de aquellos juncos se hubiese roto por efecto de la brisa. Danilo se aproximó a Wyn y el juglar elfo tiró de las riendas de su montura para situarse junto al Arpista.

—Mira esos juncos —musitó Danilo con suavidad—. ¿Es mi imaginación o también a ti te recuerdan algo?

El elfo dorado examinó con cuidado las plantas y al instante sus ojos verdes se abrieron de par en par.

—Un órgano de tubos —murmuró—. ¡Algún ser viviente ha diseñado un instrumento de música en esta marisma!

—Maldita sea —respondió Danilo con gran pesar—. Confiaba en que fuera mi imaginación.

La mirada del Arpista se cruzó con la de Morgalla y apoyó una mano en la empuñadura de su espada. La mujer hizo un ligerísimo gesto de asentimiento y urgió a su montura para que se colocara junto a Balindar. Le susurró algo y el corpulento luchador fue pasando el mensaje de boca en boca. Los mercenarios desenfundaron sus armas con tal falta de sutileza que Danilo hizo una mueca. Sin embargo, el elfo dorado se descolgó la lira del hombro y comprobó con rapidez que las cuerdas estuvieran afinadas.

De inmediato, el «órgano» empezó a sonar. En un principio, los tonos sibilantes apenas podían distinguirse de los sonidos descompasados y sordos que producían los juncos debido al azote del aire, pero poco a poco aumentaron su frecuencia y su intensidad, y pareció que se unían para formar una danza melódica que hizo temblar las cañas. Danilo percibió que, extrañamente, la música parecía casi un murmullo y, al cabo de un momento, resonó el eco en el extremo opuesto de la marisma. Le habría encantado saber lo que decía la tonada, y aún más no llegar a saber nunca a quién iba dirigida la música.

En ese instante empezaron a sonar los juncos más altos. Un tono profundo y resonante se extendió por el pantano en macabro contrapunto a la tonada rítmica. Danilo procuraba escuchar la música del pantano con toda la objetividad que le permitía el temor que crecía en su interior. El sonido se asemejaba bastante al producido por un enorme cuerno de caza.

—Una llamada al combate —musitó Wyn suavemente, haciéndose eco del desconcierto que dominaba a Danilo.

Elaith enlazó las riendas en el pomo de su silla y alzó las cejas, en gesto interrogante.

—¿Contra qué luchamos?

—No lo sé —replicó Wyn con voz tensa—; algo nuevo, tal vez.

La música cesó de repente y un silencio tenso se difundió por la marisma, sólo interrumpido por el gorgoteo de las burbujas que emergían de la superficie del agua. Vartain señaló las burbujas que reventaban a ambos lados de la calzada.

—Sea lo que sea, nos tiene rodeados.

El comentario fue demasiado para Cleddish. Su trenza grisácea empezó a moverse a derecha e izquierda mientras el hombre intentaba frenéticamente encontrar en la marisma a aquellos músicos invisibles. Su caballo tordo percibió el creciente pánico del jinete y empezó a corcovear y encabritarse. Cleddish perdió el control y, soltando la espada en el pantano, abrazó con ambas manos el cuello de su montura, cosa que incrementó el pánico del caballo y lo hizo recular. Las herraduras se acercaron demasiado al borde de la calzada, el firme de piedra se derrumbó y montura y jinete cayeron al pantano. El caballo se levantó a toda prisa y subió tambaleante al camino, con una expresión de terror en los ojos. Cleddish se quedó chapoteando en el agua poco profunda, gritando histéricamente.

—¡Sacadlo! —gritó Danilo a aquellos que estaban más cerca del hombre.

Morgalla saltó del caballo, desató la lanza del soporte y tendió hacia el mercenario un extremo mientras ella sujetaba la punta donde colgaba la cabeza de bufón y plantaba con firmeza los pies en el suelo.

—¡Sujétate fuerte! —exclamó, pero Cleddish parecía no atender a razones.

De repente, comprendieron el motivo de su pánico. Unas manos verdosas emergieron entre las hierbas y el agua para cernirse alrededor de la garganta del histérico mercenario. Danilo alcanzó a ver un hatillo de dedos largos acabados en puntas bulbosas antes de que Cleddish fuera arrastrado. El agua burbujeó intensamente unos instantes. Morgalla dio la vuelta a la lanza y empezó a golpear a un lado y a otro, sin saber demasiado bien por dónde atacar.

—Seguid cabalgando —ordenó Elaith con voz pausada—. Manteneos lo más alejados posible del borde. Quizás esas criaturas sean como los lobos, que sólo atacan a aquellos que por debilidad se separan de la manada.

Morgalla giró en redondo.

—¿Lo vas a abandonar?

—Sí —respondió el elfo secamente—. Y rápido, antes de que ese ser que se lo ha comido decida buscarse un segundo bocado.

Como si lo hubiese oído, una enorme cabeza verde emergió de la superficie del agua a varios metros de distancia de donde había desaparecido Cleddish. La criatura tenía unos ojos amarillos muy abultados y una boca ancha, como de rana, pero al

incorporarse vieron que su cuerpo se asemejaba a grandes rasgos al de un hombre. La papada le salió de repente proyectada hacia adelante como si fuera una rana toro gigante, pero con una diferencia: tres grandes apéndices verdes le colgaban por la parte baja del saco de aire gigante. Un sonido estridente y monótono empezó a salir de la criatura, sin lugar a dudas una llamada a la batalla que a Danilo le pareció horriblemente similar a la de una gaita.

Emergieron del pantano más criaturas en respuesta a la llamada, y el grito se convirtió en un canto de batalla. Elaith y sus mercenarios dispararon flechas sin cesar, pero las ágiles ranas se mantenían a cubierto bajo la superficie y pocas flechas alcanzaron el blanco. Las criaturas se acercaron, despacio, por todos lados.

Una de las ranas echó hacia atrás uno de sus verdosos brazos y disparó una caña afilada como si fuera una jabalina, que fue a incrustarse firme en el flanco del caballo de Balindar. El animal soltó un relincho y corcoveó, con lo que tiró al enorme mercenario en la marisma.

Una vez más, los dedos verdosos salieron para coger a su presa, pero esta vez Morgalla estaba lista. Pinchó a la criatura en la muñeca y acto seguido hizo girar bruscamente la lanza de forma que casi tumbó la criatura en mitad de la calzada. Con la mano ilesa, la criatura la sujetó por el tobillo mientras con la quijada probaba otro tipo de ataque: el chillido. Si un huracán se hubiese visto forzado a pasar por una gaita, el sonido apenas habría sido menos estridente. Morgalla se quedó petrificada, con el rostro deformado por una mueca de agonía.

Dos estelas de plata centellearon en dirección a la enana. El primer cuchillo de Elaith se incrustó en la bolsa de aire de la criatura, y el chillido se convirtió en un gorgoteo flatulento. El segundo le atravesó la muñeca y la clavó en mitad de la calzada, liberando a Morgalla. La enana se echó hacia atrás mientras apartaba la lanza de la monstruosa rana y luego se desató el hacha del cinturón y golpeó con ella al monstruo entre sus ojos amarillentos. Acto seguido, Morgalla desclavó el cuchillo de Elaith y de una patada lanzó al monstruo muerto al agua. Éste se zambulló, moviéndose todavía de forma espasmódica, y dejó en el lugar una mancha de pus negruzco cada vez mayor. La enana hizo un gesto de agradecimiento al elfo, pero éste se había dado la vuelta, con la espada a punto para el próximo ataque. Junto a Morgalla, Balindar subió reptando a la calzada con los hombros hundidos mientras se apartaba del agua salobre.

—No están lo bastante cerca —murmuró Wyn mientras agarraba la lira, con una mueca de preocupación en su dorado rostro.

Danilo miró con ojos incrédulos al elfo, pero en ese momento de distracción una de las criaturas se subió a la calzada y lo agarró por el tobillo. En un instante, la enana se situó a su lado y el hacha volvió a relampaguear. La rana gigante soltó un bramido y dio un salto hacia atrás mientras se sujetaba el miembro cortado y

goteante. Danilo desenfundó la espada larga y le rebanó el cuello a la criatura, pero tres ranas más saltaron por encima del cuerpo caído de su hermana para acosar a los intrusos por ambos lados del camino.

—¿Ya te parecen bastante cerca? —gritó Danilo a Wyn mientras se abalanzaba sobre la más cercana.

Pero el elfo dorado no lo escuchaba sino que raspaba las cuerdas de su lira mientras empezaba a entonar una melodía, en voz alta y clara como si fuera una mujer pero en un tono indudablemente masculino. La voz de tenor del elfo se impuso a los sonidos de la batalla y al pesado lamento de las gaitas anfibias. Con la misma calma con la que tocaría para un grupo de amigos en sus aposentos, Wyn interpretó una tonada suave de gran lirismo. Pronunciaba las palabras en lengua elfa, pero a medida que proseguía la batalla Danilo percibió que una sensación de paz le inundaba el corazón. Sólo en una ocasión había oído semejante música, y fue tras la batalla de Evereska, cuando un sacerdote elfo había curado la mano quemada gracias a un canto. Ahora percibía el mismo poder, el mismo respeto y la misma humildad frente a una belleza que no podía ni siquiera imitar o comprender.

La música de Wyn parecía envolver al elfo y a su caballo en una especie de esfera protectora e invisible, y todas las ranas que se acercaban a ellos caían hacia atrás. Poco a poco, el área de calma se fue ampliando y las mortales ranas dejaron caer sus armas de caña; sus estridentes cánticos de guerra se fueron apagando como si fuera mejor escuchar la canción elfa. Los gaiteros se retiraron en las profundidades de la marisma, hundiéndose en el agua hasta que sólo se alcanzaron a ver sus ojos bulbosos. Sin dejar de cantar, Wyn empezó a avanzar al paso por el camino.

Los demás lo siguieron y, mientras progresaban por un ambiente cada vez más oscuro, se dieron cuenta de que los seguían decenas de ojos amarillentos e inmóviles.

A los ojos de un visitante, Aguas Profundas podía parecer amplia y misteriosa. La ciudad, además, poseía años de historia e intriga que iban más allá de la imaginación de la mayoría de los ciudadanos. Más allá de las calles y los edificios había una red de túneles secretos y pasajes, ocultos a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho por descubrirlos y explorarlos. En lo más profundo estaban las minas de una antigua nación enana muerta hacía tiempo y, más allá, se contaba que había madrigueras ocultas en cavernas y botines abandonados de dragones. También corrían rumores de túneles de otras esferas, pero la mayoría consideraba que era mejor no hablar de ellos. Aguas Profundas funcionaba bien a pesar de sus secretos o, tal vez, gracias a ellos.

Uno de los túneles secretos más seguros comunicaba el palacio de Piergeiron con la torre de Báculo Oscuro. Muy preocupado, Khelben Arunsun se abrió paso de regreso a su torre intentando sin éxito recordar el rostro hermoso de Larissa Neethal como había sido.

Mirt había encontrado a la cortesana en su casa, apenas con vida y torturada hasta aparecer casi irreconocible. En muy pocas ocasiones había visto Khelben llorar al antiguo mercenario, pero ahora, después de haber visto él mismo a Larissa, también sentía cercanas las lágrimas. La habían trasladado al palacio en cuanto los médicos dictaminaron que podían moverla, y allí permanecía, con los mejores cuidados y la mejor protección que podía ofrecerle la ciudad. Las pociones ganadoras, así como las oraciones de los clérigos, parecían haber aliviado su sufrimiento, pero nada podía hacerla despertar de un sueño parecido a la muerte. Había sido herida de forma tan cruel y en tantos puntos que ningún método era válido. La vida de su amiga estaba en manos de los dioses, y, a pesar de todo su poder, el archimago se sentía impotente.

Khelben subió los peldaños de su torre y, al llegar arriba, vio que la puerta estaba abierta y que Laeral lo estaba esperando. Iba vestida, como de costumbre, con un vestido ceñido y seductor y llevaba el cabello, color plata, suelto sobre los hombros desnudos. Y, sin embargo, por una vez su rostro carecía de alegría y no se le marcaban los hoyuelos de las mejillas.

—¿Cómo está Larissa? —preguntó. A pesar de su inquietud, su voz era seductora como una suave brisa.

—Duerme —musitó Khelben—. Es lo mejor que puede decirse.

Laeral abrió los brazos para ofrecer todo el consuelo que era capaz de dar y durante unos instantes los dos poderosos hechiceros se fundieron en un abrazo. Khelben fue el primero en separarse, acarició el cabello plateado de su dama y le dedicó una breve sonrisa agradecida.

—Ha llegado un mensaje de lady Berdusk mientras estabas fuera —comentó Laeral mientras extraía una diminuta esfera de vigilancia de los pliegues de su vestido. Aquellos artilugios requerían magia de gran poder y los utilizaba los Arpistas y sus aliados sólo en caso de necesidad—. Asper ha sido capturada por una pandilla de bandidos y no sólo piden un rescate, también dicen que sólo lo aceptarán de manos de su padre.

Khelben inhaló una profunda bocanada de aire. Asper era una guerrera que solía trabajar cerca de Puerta de Baldur como vigilante de caravanas. Era una mujer menuda, de piel tostada y carácter bromista y alegre, pero su naturaleza feliz no la hacía por eso menos mortal. Además, era hija adoptiva y la niña de sus ojos de su amigo Mirt, un mercenario retirado que, aunque todavía era capaz de entablar una batalla respetable, estaba entrado en años. Khelben temía que una noticia como ésa pudiera resultar catastrófica para su amigo, más teniendo en cuenta la reciente tragedia de Larissa. Aun así, debía ser informado.

—Se lo comunicaré a Mirt de inmediato.

—Iré contigo —se ofreció Laeral, pero el archimago sacudió la cabeza.

—No, será mejor que alguien se quede aquí por si hay noticias de Asper. Tenía

planeado ver a Mirt en la taberna de todas formas.

—Ah, había olvidado que ésta es la noche de los Señores de las Almas Gemelas —comentó Laeral con una fugaz sonrisa. Esos seis Señores de Aguas Profundas se reunían regularmente, a veces para planear estrategias y compartir información, pero a menudo sólo para disfrutar de su amistad.

Una vez más el archimago descendió por la escalera hacia el entramado urbano que se desplegaba abajo, pero esta vez eligió el túnel que conducía al Portal del Bostezo, la posada propiedad de su amigo Durnan. Khelben se abrió paso con rapidez por el laberinto de puertas, pasadizos y escaleras que desembocaba en la trastienda secreta de la taberna.

La reunión de Señores era esa noche reducida y sombría. Mirt, Durnan y Kitten esperaban con las respectivas jarras de cerveza intactas. Brian, el Maestro de Esgrima, llegó poco después que Khelben.

El archimago transmitió las noticias. Mirt, que escuchaba en silencio, hizo un gesto de asentimiento y se puso de pie.

—Me voy —se limitó a decir.

Durnan agarró a su amigo de la recia muñeca.

—Dame una hora para que pueda cerrar la taberna. Han pasado muchos años, pero me encantará cabalgar de nuevo contigo.

El mercenario retirado sacudió la cabeza declinando la oferta de su amigo y antiguo compañero.

—Quédate, Durnan, y vigila la ciudad. Quedamos ya muy pocos.

Tras pronunciar esas palabras, Mirt desapareció escalera abajo con una agilidad sorprendente en un hombre de su tamaño y edad.

La voz de Mirt pareció resonar en la estancia.

—Tiene razón, y lo sabéis —señaló Kitten—. Primero, Larissa, y ahora Mirt, fuera de combate. Texter ha salido de nuevo a la aventura y sólo los dioses saben dónde está Sammer. —Bebió un sorbo de cerveza y sonrió—. Aunque en su caso bien pueden mantenerse callados.

Durnan asintió en señal de consentimiento. El viajero mercader Sammereza Salphontis aportaba información valiosa de los reinos vecinos, pero no era muy apreciado entre los demás Señores.

—Tengo más noticias malas —intervino Brian—. Durante la última feria, recibí más de veinte pedidos de cimitarras.

—Eso quiere decir que el negocio va bien —puntualizó Kitten mientras se examinaba la manicura de los dedos. Aunque por lo general aparecía en público tan despeinada y descuidada como si acabara de levantarse de la cama (y, más concretamente, de la cama de otro), esa noche se la veía elegantemente peinada y vestida como cualquier dama de la ciudad—. ¿Qué insinúas?

El Maestro de Esgrima extrajo un diminuto cuchillo curvo de su bolsa de cuero y lo deslizó por encima de la mesa hacia ella.

—¿Has visto alguna vez uno como ése?

Kitten lo levantó para examinarlo y frunció el entrecejo al ver las docenas de diminutas muescas en la hoja.

—Parece que alguien ha estado llevando las cuentas con este artilugio.

—Precisamente —intervino Khelben, cogiéndole el cuchillo de las manos con una expresión tensa y severa en el rostro—. Los asesinos del sur suelen utilizar cuchillos como éstos. Cuantas más muescas, más ilustre la carrera. ¿Cómo lo conseguiste, Brian?

El hombre se encogió de hombros.

—Conseguí un nuevo aprendiz, un chico que necesitaba trabajar. Es incapaz de blandir un martillo pero vacía los bolsillos con la agilidad de un halfling. El hombre al que le quitó esto pidió seis cimitarras.

—Que son las armas preferidas de los hombres del sur —añadió Khelben con voz cansada—. Es posible que tengamos una gran afluencia de asesinos del sur. Alguien debería avisar de inmediato a Piergeiron porque es el objetivo habitual.

Kitten se bebió el resto de su cerveza antes de ponerse de pie con un revuelo de brocados y encajes.

—Iré yo. Primero pasaré por el palacio a visitar a Larissa. —Y desapareció por una de las cuatro puertas de la estancia.

—Entonces, por hoy ya hemos acabado —concluyó el archimago, levantándose de la silla.

—Antes de irte, Khelben, deberías escuchar algo —intervino Durnan. El posadero abrió la puerta que comunicaba con el almacén de la taberna. Khelben y Brian intercambiaron una mirada de incredulidad, pero lo siguieron. Se abrieron camino entre viejos barriles y cajas apiladas hasta el techo, hasta que Durnan abrió una rendija la puerta e hizo un ademán a los hombres para que se acercaran.

—¡Te digo que es cierto! —protestó una voz de borracho al otro lado de la puerta.

—¡Eh, ¿cómo es posible?! Eso haría que el hechicero viviera más que el dragón —comentó un segundo hombre.

—Vale, es cierto —convino una voz jactanciosa de mujer—, y Danilo tiene que enterarse. Es pariente de Khelben y le gusta la tradición familiar. ¿Os acordáis de esa historia obscena tan divertida que suele contar de su tía abuela Clarinda Thann...?

—Cállate, Myrna. —La voz por lo general ronca de Galinda Raventree sonó especialmente chillona mientras silenciaba a su rival—. Khelben siempre está castigando a Dan porque lanza esos hechizos tan monos e inofensivos, y esta canción es justo el modo que tiene Dan de subírsele a la barba al viejo.

—Bien dicho, mujer —corroboró una voz resonante con ligero acento de Cormyr

—. El joven bardo cuenta una historia buena, os lo aseguro, pero la canción no es así.
—¡Oigámosla otra vez! —pidió otro.

El sonido del laúd acalló el debate y, tras una retahíla de notas, empezó a oírse una voz de mujer en un tono profundo y ronco que era a la vez seductor y femenino. Khelben reconoció la voz como del Juglar Enmascarado, una misteriosa mujer que vagabundeaba por el distrito del Castillo y que a menudo ofrecía conciertos al aire libre en las noches de verano en la plaza del Bufón. Su nombre y su origen daban pábulo a muchas especulaciones en la ciudad: unos aseguraban que se trataba de una dama loca; otros, una espía zhentarim; los demás, un agente Arpista. Fuera lo que fuese, la canción que entonó no dejó lugar a dudas a Khelben de que había sucumbido a la maldición extendida sobre los bardos.

*En el año del Sepulcro, un vuelo repentino
condujo al sabio a una tierra donde las sombras se veían nacer
y el Malaugrym, armado con su mutante poderío,
lo siguió de regreso a la luz del amanecer.
Los Arpistas se unieron para repeler de las bestias el acecho,
con magia, y acero, y un báculo fuerte y negro como provecho.*

Durban dio un codazo a Khelben en las costillas.

—Dicen que tu sobrino escribió esa canción, pero no puedo creer que el chiquillo hiciese eso. Si la escuchas entera verás que habla mucho de ti, y también de Elminster, y os sitúa hace doscientos años. ¿Quién podría haber hecho una cosa así?

—Ojalá lo supiera —musitó Khelben, indicándole con un gesto que callara para poder oír las palabras. Los versos siguientes lo dejaron todavía más inquieto. Era evidente que la canción se basaba en una de Danilo, y el incidente al que hacía referencia había sucedido durante las guerras de la Estrella del Arpa. Era un episodio oscuro de hacía más de doscientos años. Khelben sabía que Danilo era versado en historia sobre los Arpistas y en saber popular, pero la canción que Danilo había escrito no era más que una velada alegoría; las palabras de esa balada describían las batallas, nombraban a muchos de los Arpistas que habían caído en la guerra, y advertían sobre la amenaza constante que ofrecían los pocos Malaugrym mutantes que habían sobrevivido. Con una creciente sensación de temor, Khelben se dio cuenta de que fuera quien fuese el autor del cambio en la balada, debía de haber participado en los sucesos.

El archimago rebuscó en su mente en busca de los nombres de los Arpistas que habían sobrevivido a aquellos tiempos para ver quién podía seguir con vida. Tal vez un superviviente de aquella época se había apartado del camino de los Arpistas y se había torcido tanto que había sobrevivido a la muerte como un cadáver. Eso

explicaría muchas cosas, porque un hechicero incorrupto de gran poder podría ser capaz de conjurar un hechizo que pudiese cambiar las mentes y las memorias de los bardos.

La balada abría asimismo otro interrogante. Khelben había hecho todo lo humanamente posible para suprimir la balada sobre el malentendido de Laeral con un artefacto diabólico, pero la canción circulaba por todas partes e iba divulgando las especulaciones y la desconfianza. Había muchas otras cosas en la vida de Khelben que era mejor que permanecieran ocultas, pero alguien parecía determinado a airearlas. Aunque los parentescos de Khelben era algo conocido y su árbol genealógico estaba abierto a todo aquel que quisiera investigar, la historia de su vida era en realidad un préstamo. Pocos conocían su verdadera edad, o los secretos de su pasado, o el alcance de su poder. De hecho, el control que Khelben ejercía sobre los asuntos de Aguas Profundas era mucho menor de lo que él era capaz de hacer, pero pocos iban a creer eso si sus secretos veían la luz.

La estrofa final de la balada del Juglar Enmascarado pareció poner música a los últimos pensamientos inquietos de Khelben.

*Como una vaina de algodón cuyas semillas desperdiga el viento
impulsadas por el aire o por el abrazo del mar,
la magia no puede dominarse cuando la puerta se ha abierto
ni la vaina recomponerse cuando las semillas se van.
Desconfiad, pues, de aquellos que pueden abrir esas salidas.
Y llevad el castillo Puerta del Infierno a nuestra más profunda orilla.*

La taberna entera se sumió en un silencio profundo y siniestro. La historia y las leyendas estaban repletas de narraciones que aconsejaban desconfiar de la magia que se tornara demasiado poderosa, y la línea final de la balada contenía una consigna habitual del desastre. De todos era conocida la historia del castillo Puerta del Infierno y de un mago ambicioso que había abierto una puerta al Abismo. A través de ella habían fluido a la luz demonios, diablillos y otros funestos habitantes que habían destruido un reino entero y habían sobrevivido hasta la fecha atacando a algún viajero e incitando de vez en cuando a la guerra en Luna Plateada. El peligro de que una magia poderosa se convirtiera en fracaso era real, y la posibilidad de que eso sucediera la tenían demasiado cerca.

—Es verdad, creedme —insistió Myrna, y esta vez nadie osó contradecirla.

Durnan apoyó una mano en el hombro de Khelben.

—Yo que tú saldría por la puerta de atrás, amigo.

Wyn Bosque Ceniciento continuó cantando hasta que los aventureros llegaron a un lugar seguro, cuando ya habían dejado atrás la calzada y las primeras estrellas empezaban a titilar. Danilo fue el primero en romper el sepulcral silencio.

—Ha sido increíble, fuese lo que fuera. Pero, ¿qué era?

—Un canto hechizador —musitó Elaith como para sí. Por una vez, la compostura impertérrita del elfo de la luna parecía alterada, y ahora miraba al juglar con respeto—. Un raro tipo de magia elfa que es capaz de hechizar a cualquier criatura viviente. ¡Ahora comprendo por qué te atreves a enfrentarte a dragones con un ejército de tres personas! Pocos entre los elfos poseen ese don, y nunca había visto una proeza semejante.

Danilo acercó su montura a la de Wyn.

—¿Puede enseñarse el arte del canto hechizador?

—Como en cualquier otro tipo de magia, se requiere cierta aptitud, pero, como es habitual en otras disciplinas, el canto hechizador se aprende gracias a la práctica y el estudio.

Danilo asintió con expresión meditabunda.

—¿Estás diciendo que los humanos también pueden aprenderlo?

—¡No, no dice eso! —replicó Elaith, que mantenía la cabeza en postura arrogante. Respiró hondo como si fuera a añadir algo, pero de repente su expresión se petrificó y desapareció tras una máscara inexpresiva. El elfo de la luna ladeó su montura y cabalgó al galope hacia la orilla del río hasta detenerse en un claro y llamar a los demás para montar el campamento.

Aunque parecía mentira, Danilo comprendía la actitud de Elaith. El elfo desconfiaba de los humanos y desde pequeño se le había inculcado el deseo de mantener su cultura intacta y aislada de los demás. Elaith Craulnober era el último miembro de una antigua familia noble, nacido en Siempre Unidos y educado en la corte real. La magia de Wyn recordaba a Elaith su esencia, pero también se burlaba de él por lo que no era. Danilo lo comprendía, pero también creía con firmeza que él podría aprender la magia de la canción elfa sin que ello significara una pérdida para los elfos.

Se volvió hacia Wyn, que había seguido cabalgando en silencio junto a él. El elfo dorado iba desplomado sobre la montura, agotado por el poderoso hechizo que había invocado.

—Me gustaría aprender más sobre ese tipo de música —comentó Danilo, pensativo—. ¿Estarías dispuesto a enseñarme?

El juglar tardó bastante rato en responder, pero Danilo insistió.

—Confío en que no albergues la misma hostilidad ni las mismas creencias que nuestro amigo —añadió, haciendo un gesto hacia Elaith, que ya estaba dirigiendo la partida de mercenarios para que encendieran un círculo de hogueras que les

permitiese cocinar la cena y al mismo tiempo ahuyentar a los depredadores. La escena mostraba una total camaradería entre ellos, pues Morgalla trabajaba al lado de Balindar mientras iba levantando, con su hacha diminuta, astillas de madera.

—Hostilidad, no —respondió Wyn con calma—. Por favor, discúlpame.

Con esas palabras, el juglar elfo desmontó y se encaminó hacia los que estaban trabajando, dirigiéndose a Morgalla en tono amistoso. La enana hizo un alto en su trabajo y alzó la vista, con un gesto de recelo estampado en sus anchas facciones.

Cuando estuvo a solas, Danilo parpadeó varias veces, completamente petrificado. Aunque Wyn había mostrado gran amabilidad desde su primer encuentro, el significado de sus acciones era claro. Puestos a elegir entre enseñar magia elfa a un humano o sufrir —¡e incluso buscar!— la compañía de una enana a la que hasta el momento había evitado, el juglar no tenía dudas.

—Bueno, está bien regresar al terreno conocido —musitó Danilo para sí mientras descendía de la montura—. Toda esa popularidad, respeto y aclamaciones que me dispensaban en Aguas Profundas empezaba a agobiarme un poco.

6

Los peligros de las marismas parecían lejanos cuando empezó a chisporrotear en el fuego la carne para la cena, eclipsados, tal vez, por la enormidad de la tarea que tenían por delante. Por muy terroríficos que pudiesen parecer aquellos tubos anfibios, los dragones eran las criaturas más poderosas de la tierra, las más diabólicas e impredecibles. Quizá como contrapunto del peligro que les esperaba, los miembros de la expedición Música y Caos parecían dispuestos a que la noche antes de la confrontación fuera un festejo.

Unos peces humeaban en el fuego, sazonados con hierbas que Danilo había extraído de su bolsa mágica —«No viajes nunca sin ciertas comodidades», había comentado a Yando, el cocinero del grupo—, y las trufas que Vartain había localizado bajo un grupo de viejos robles habían sido añadidas al arroz que se cocía en un puchero. Mientras los viajeros comían, Wyn estuvo amenizando la velada con canciones que había ido recopilando tras años de viajes entre hombres del Norland, ffolk de las Moonshaes y una docena de reinos de Faerun.

Morgalla estaba sentada sobre un leño, a pocos metros del fuego, comiendo trozos de pan y de pescado mientras escuchaba cantar a Wyn. La verdad es que todos parecían embelesados con las canciones del elfo. Mientras observaba el círculo de mercenarios, una sospecha empezó a formarse en la mente de Danilo. Viendo lo que Wyn era capaz de hacer hechizando a monstruos con forma de rana, ¿qué efecto tendría su música sobre la gente? ¿Sería posible que el poder de la música elfa controlara su voluntad?

Tras limpiarse los dedos con un pañuelo, Danilo se retiró a las sombras que quedaban más allá del círculo de pequeños fuegos que bordeaban el campamento. Aunque no le agradaban los recelos que sentía, tenía que asegurarse de que la habilidad mágica de Wyn no pusiera en peligro su misión. Empezó a invocar un conjuro, un simple hechizo que podía detectar el uso de la magia.

Wyn dejó de cantar y, gracias a su aguzada visión, pudo ver a través de las sombras que ocultaban al mago.

—El instrumento es mágico, pero la canción no —comentó apaciblemente. Se levantó y le tendió la lira plateada—. Ven, pruébalo tú mismo. Esto es una lira mutante y, si lo pides, puede convertirse en cualquier otro instrumento que desees de este tamaño o inferior. Pero, por favor, no pidas una gaita —suplicó con una fugaz sonrisa.

—Eso no hace falta que me lo digas —accedió Danilo mientras se reincorporaba al círculo. Examinó la lira con gran interés, pues nunca había tenido un instrumento como aquél en las manos a pesar de que había oído hablar de ellos.

—Un rabel, por favor —pidió, y la lira se convirtió de inmediato en un

instrumento largo, con forma de pera, que parecía vagamente un laúd pero que se tocaba al igual que el violín con un arco de pelo de caballo. Danilo volvió a hablar y el rabel se convirtió en un tipo de arpa inusual que nunca había visto. El instrumento era de un pálido color madera cuya textura había sido esculpida con diminutas conchas marinas, además de veleros, sirenas y gaviotas. Danilo devolvió el instrumento mágico, impresionado.

—Yo soy muy aficionado a la música de arpa pero no sé tocar —comentó Wyn pensativo mientras volvía a colocar el arpa en manos de Danilo—. ¿Querrás hacer los honores?

—Por supuesto —intervino Elaith con voz suave y los labios curvados en una cortés sonrisa—. Nimia tarea para alguien que se llama a sí mismo Arpista y aspira a enfrentarse con dragones legendarios.

—Hablando de leyendas, elfo, he oído tu nombre en más de una ocasión —observó Morgalla en tono casual mientras pinchaba un pedazo de pescado con un cuchillo de caza de aspecto ajado—, aunque siempre se habla de ti como un reptil en esas historias. ¿Por qué será, lo sabes?

—Una serpiente —corrigió Vartain—. Es por su gracilidad en la batalla y la rapidez de sus ataques.

—Si repta, para mí son todas iguales —replicó la enana con un encogimiento de hombros.

—En respuesta a tu pregunta, Wyn —intervino Danilo con celeridad—, el arpa fue el primer instrumento que probé, aunque hace muchos años que no toco. Mi primer maestro fue un bardo educado según el estilo de la escuela de MacFuirmidh. Estaba empeñado en que las canciones antiguas tenían que tocarse en el instrumento original para el que habían sido compuestas.

Danilo palpó las cuerdas y comprobó que todavía conservaba la música en los dedos. Tras meditar un instante, empezó a tocar la introducción a una balada enana, una vieja canción que le había enseñado un trovador procedente del Conservatorio Utrum de Luna Plateada y que, aunque triste, era una digna exaltación de una gente y un modo de vida que poco a poco desaparecía de la tierra.

Para sorpresa de Danilo, Wyn Bosque Ceniciento empezó a cantar la canción enana con genuina emoción y, al cabo de un instante, también se unió a la melodía Morgalla con su hermosa voz de contralto. Los matices profundos de la voz de la enana acompañaban en un mismo tono el encumbrado timbre de tenor de Wyn y ambas voces se compenetraban como el mejor de los dúos que Danilo nunca hubiese escuchado. Mientras tocaba, el Arpista escuchaba con devoción a los cantantes. En los tonos plateados del elfo se escondía la belleza celeste, mientras que la fuerza rica y femenina de la voz de Morgalla parecía surgir de la terrenal. Tal vez fueran opuestos, pero ambas voces formaban un todo.

Las últimas notas del arpa se acallaron, pero dejaron tras de sí un vínculo entre ambos cantantes que nadie se esperaba. Sus miradas se encontraron durante breves instantes, y luego apartaron la vista, un poco cohibidos. Morgalla respiró hondo y alzó los ojos para observar a Danilo con una expresión desafiante en el rostro, expresión que se tornó de júbilo cuando la audiencia estalló en aplausos.

—¡Hermosa, valiente y con talento! —la vitoreó Balindar, alzando la taza de hojalata como si brindara por la enana.

—Morgalla, tienes una voz entrañable —la alabó Danilo, pero ella se limitó a encogerse de hombros y desviar la vista.

Wyn pidió su instrumento al Arpista y se lo tendió a la enana.

—¿Sabes tocar tan bien como cantas?

Ella soltó un bufido y extendió las manos para que inspeccionaran sus rollizos dedos.

—¿Con esto quieres que toque?

—Estos instrumentos, incluso los de cuerda, se adaptarán a tus dedos —le aseguró Wyn—. ¿Has oído hablar del dulcemele de martillo?

—¿Has dicho martillo? —La enana parecía interesada a pesar del recelo.

El elfo esbozó una fugaz sonrisa.

—Parecen más cucharas que martillos, y las forjan con la máxima delicadeza, pero la idea es la misma. Deja que te lo enseñe.

A una palabra del elfo el arpa se convirtió en una pequeña caja de madera, más ancha por un extremo que por otro y cruzada por varias cuerdas. Wyn cogió un par de baquetas y empezó a tamborilear sobre las cuerdas para mostrar a Morgalla cómo estaban dispuestas las notas, antes de interpretar un fragmento de la melodía que acababan de interpretar.

—Ahora tú —le dijo Wyn mientras le tendía las baquetas.

La enana empezó a tocar, primero con reticencia, pero luego con más deleite, a medida que encadenaba una melodía tras otra. El instrumento era ideal para ella porque combinaba el amor enano por los instrumentos de percusión con la debilidad de Morgalla por la melodía. Las dos batutas se acoplaban a sus manos como si hubiera nacido para dirigir.

Danilo escuchó la canción de Morgalla embelesado a la vez que con sensación de culpa. La enana había acudido a él para aprender más sobre el arte de los bardos, pero él apenas había hecho nada para cumplir sus expectativas o para ganarse su lealtad. La había invitado a cantar en un par de ocasiones, pero aceptó con demasiada rapidez su negativa y no se molestó en averiguar qué se escondía tras su titubeo. Wyn Bosque Ceniciento había demostrado ser más sagaz e inteligente, y Danilo se sentía agradecido con el elfo dorado.

Dan se aproximó más a Wyn.

—Lo has hecho muy bien —murmuró—. Parece que has hecho una conquista. El elfo no prestó atención al tono de burla que transmitía.

—El amor de Morgalla por la música era evidente. Todo lo que necesitaba eran medios y un poco de estímulo. En cuanto a los demás —Wyn hizo un gesto de asentimiento hacia los mercenarios—, esta música mantendrá sus mentes distraídas de los peligros que nos acechan.

Morgalla se interrumpió al final con un profundo suspiro de satisfacción. Había estado tan enfrascada en la música que se había olvidado de los demás, y al ver que la aplaudían, se levantó, ruborizada y aturdida.

—Haz una reverencia —le aconsejó Danilo con una sonrisa—. Seguro que alguien con tu don apreciará lo que vale un público reconocido.

—Ha sido un momento de nada —respondió la enana en tono irónico—. Te toca, bardo.

Viendo que era mejor no forzarla, Danilo cogió su laúd y regaló a los oyentes una narración subida de tono de una sacerdotisa de Sune —la diosa del amor y la belleza— que aspiraba a convertirse en la cabaretera más popular e infame de Faerun. Cuando más satisfecha estaba la sacerdotisa de su éxito, un explorador, poco impresionado por su grupo de salvajes, le aconsejó que buscara sátiros y tomara clases de libertinaje, cosa que hizo la sacerdotisa una noche, en mitad del verano; el resto de la canción relataba la competición entre la sacerdotisa y los sátiros para superarse en excesos. Era, sin lugar a dudas, la canción más obscena que tenía Dan en su considerable repertorio de relatos subidos de tono.

Después de que se sofocaran las risas y los comentarios jocosos, Danilo se dispuso a interpretar una balada muy diferente. Era un relato histórico sobre una batalla acontecida tiempo atrás entre los Arpistas y una princesa de los elfos drow que esclavizaba humanos para que trabajaran en sus minas. Entonó la canción tal y como la tradición barda se la había enseñado a él, y hacerlo de ese modo era un acto de desafío contra el poder que había hechizado a los bardos y había alterado sus recuerdos del pasado. Wyn asintió con lentitud, pues comprendía lo que pretendía el Arpista con aquel gesto y lo aprobaba.

Cuando acabó la historia, Danilo puso el laúd a un lado y se acercó a Vartain, que se había situado más allá del círculo de hogueras y masticaba un pedazo de carne seca.

—Te toca, maestro de acertijos, cuéntenos una historia.

Vartain se secó los dedos en la túnica y se introdujo en el círculo de luz. Su calva reflejaba la luz de las hogueras como si de una pequeña luna de bronce se tratara, y el juego de luces y sombras que le alumbraba el rostro exageraba los rasgos adustos y prominentes de sus facciones. Morgalla le dio un codazo a Danilo y le tendió un pedazo de papel. En algún momento durante el viaje había encontrado tiempo para

hacer un esbozo de Vartain como si fuera un buitre de vientre prominente. Danilo sofocó una carcajada.

—En mi tierra natal se cuenta una antigua historia sobre un hombre adinerado que recibió la bendición de tener dos hijos —empezó Vartain con voz profunda, rica y bien modulada—. Como todos, el hombre se hizo mayor y supo que le quedaba poco tiempo, así que hizo llamar a sus hijos para decirles que no se veía capaz de decidir quién iba a ser el heredero y que había resuelto que participaran en una carrera. Los hijos tenían que partir al día siguiente con destino a Kaddisht, una ciudad situada a treinta y dos kilómetros de distancia. El hijo cuyo camello fuera el último en llegar, sería el heredero.

»Cuando salió el sol, encontró a los dos hombres listos para iniciar la carrera, vestidos con ropa de viaje y montados sobre sus mejores camellos. Su padre les dio la bendición y les deseó lo mejor, antes de que iniciaran la competición. Cada uno de los hijos utilizó todos los métodos que se le ocurrieron para quedarse el último, mientras las bestias se inquietaban cada vez más, hasta que el sol se puso tras el desierto. Al final del día, ¡los dos hombres apenas habían avanzado un centenar de pasos!

»Muy preocupados, los dos hermanos se detuvieron en busca de cobijo en una posada, y compartieron vino y preocupaciones en la barra. Cada uno de ellos disfrutaba de una vida cómoda gracias a su trabajo, y ambos tenían ocupaciones y una familia que atender. La tarea que les había encomendado el padre parecía no tener fin y, deslumbrados por la herencia, corrían el riesgo de perder todo lo que tenían en el desierto que se desplegaba entre la posada y la ciudad de Kaddisht. Al final, contaron al posadero su dilema y, tras meditar un instante, éste les dijo tres palabras a modo de consejo.

»A la mañana siguiente, los hermanos volvieron a poner rumbo a Kaddisht, pero esta vez cabalgaron tan rápido como pudieron. Decidme, pues, ¿qué consejo les había dado el posadero?

Se sucedió un prolongado silencio en el campamento mientras los aventureros meditaban. Uno tras otro, fueron encogiéndose de hombros a modo de rendición.

—Las tres palabras fueron éstas: «cambiad los camellos» —explicó Vartain al fin—. El padre había especificado que el hijo cuyo camello llegara el último se convertiría en el heredero. Así, quien ganara la carrera ganaría también la fortuna.

—Buena historia —admitió Sarna. El mercenario escuálido tomó un sorbo de un frasco de hojalata y luego se secó la boca con el dorso de la mano—. A mí siempre me han gustado los acertijos. ¡Es el segundo mejor modo de pasar el rato en las frías noches de invierno!

—Los rompecabezas sirven para más que eso —replicó Vartain con tono severo—. En la antigüedad, las batallas se libraban en virtud de juegos de acertijos y se

seleccionaba así a los herederos de los reinos. La magia puede invocarse a través del planteamiento o la solución de acertijos. —Se aclaró la garganta y continuó con su tono pedante—: Hay muchos tipos de acertijos, jeroglíficos, rompecabezas y enigmas, y todos ellos son un desafío para la mente, desarrollan el carácter y nos enseñan a observar en profundidad y pensar con claridad y precisión.

—Yo sé uno bueno —prosiguió Sarna como si Vartain no hubiese abierto la boca—. ¿Cuántos halflings puede comerse un troll con el estómago vacío? —enfaticó la pregunta con un sonoro eructo.

Varios intentaron dar una respuesta, pero Sarna fue sacudiendo la cabeza una y otra vez. Al final, se volvió hacia Vartain con una sonrisa presuntuosa.

—¿Quiere intentarlo, maestro?

Vartain alzó su aguileña nariz.

—Las chanzas no tienen nada que ver con el arte de los acertijos.

—¡Uno! —exclamó Sarna regocijado—. Un troll sólo puede comerse un halfling con el estómago vacío. Después del primero, ¡su estómago ya no está vacío!

—Yo también sé uno —intervino Orcoxidado, un delgado arquero apodado así por el tono herrumbroso de sus cabellos entrecanos—. ¿En qué se parece un brujo a una cortesana?

—Ése lo sé yo —replicó Danilo—. En que ambos hacen cábalas.

Todos los que escuchaban soltaron un gruñido y varios lanzaron galletas sobre el maestro de acertijos aficionado, pero Orcoxidado se limitó a esquivar los misiles amistosos con una sonrisa en los labios.

Vartain no parecía tan contento.

—Si me disculpáis, tengo que retirarme —se despidió en un tono pétreo, antes de desplegar su márfega y tumbarse de espaldas a los viajeros.

—Retirarse, ¿eh? No le gusta la competencia —se mofó Morgalla. Los mercenarios soltaron una risotada, lo suficientemente divertidos para prorrumpir en carcajadas a expensas del maestro.

—Es hora de cantar una canción. —Danilo se dirigía a Wyn, pero hizo un ligero ademán en dirección a la rígida espalda de Vartain. Tan inteligente como era el maestro y parecía no tener ni idea de cómo lo veían los demás, «pero ahora no es momento de ilustrarlo», musitó Danilo. Quizás algún día hablaría del tema con Vartain, pero el maestro de acertijos necesitaba concentrarse en el desafío que tenían por delante.

Así que el juglar cogió la lira y empezó a entonar un aria sobre la tierra natal de los elfos, una isla de belleza, magia y paz. Durante la primera parte de la canción, Elaith estuvo recostado contra un árbol en un extremo del campamento, jugueteando con sus ágiles dedos con una diminuta daga enjoyada. Mientras Wyn cantaba, la expresión angulosa del elfo pareció suavizarse y adquirió una expresión casi

pensativa, y cuando acabó, Elaith se situó en mitad del círculo de hogueras.

—Me he dado cuenta de que llevas una flauta de cristal, de las que se forman en las cavernas de los elfos salvajes de Siempre Unidos —comentó con voz pausada señalando la flauta verde traslúcida que colgaba del cinturón del juglar—. ¿Conoces, por casualidad, alguna de las danzas de la espada que tan famosas son en la orilla norte de la isla? ¿Por ejemplo, *El fantasma del olmo*?

A modo de respuesta, Wyn sacó la suntuosa flauta de la funda protectora e interpretó una retahíla de notas.

—Sí, ésa es —corroboró Elaith, encantado, al tiempo que se volvía hacia sus hombres—. Necesito vuestras espadas. Puñales y dagas, también, por favor.

Confusos, los mercenarios le tendieron sus armas.

—Teniendo en cuenta la compañía de la que disfruto estos días, prefiero mantener mis dos espadas a mano —objetó Danilo en tono alegre—, si no te importa.

—Por supuesto que no —replicó Elaith con la misma jovialidad—. Te van a servir de mucho, desde luego. .

El ceño de Morgalla se frunció al oír el insulto a Danilo.

—Este elfo está empezando a molestarme como una torcedura en el pie —musitó mientras observaba cómo Elaith disponía las armas según un intrincado diseño de cruces y círculos.

Cuando hubo acabado, hizo un gesto de asentimiento hacia el juglar elfo y se colocó en el punto preciso en el centro del dibujo. Al empezar a sonar las primeras notas de una tonada lenta y armoniosa, el elfo de la luna se dispuso a bailar taconeando entre las espadas cruzadas, alternando la punta y el talón.

Mientras Danilo admiraba la fluidez de sus movimientos, se dio cuenta de que Elaith no había añadido sus propias armas a la disposición y que el elfo llevaba, al igual que Danilo, una espada en cada cadera. De hecho, algo en una de las dos hojas de Elaith le resultaba familiar.

Los ojos del Arpista se empequeñecieron al darse cuenta de la naturaleza del arma que llevaba el maleante elfo. Era una hoja de luna, una antigua espada elfa que pasaba de generación en generación. Una hoja de luna era capaz de juzgar el carácter de su portador y, antes que confiar su poder mágico a un heredero que no lo mereciera, era capaz de quedarse en estado latente. Danilo sabía que Elaith poseía una de esas espadas y también que el rechazo de la espada hacia el elfo había sido la semilla que había dado fruto a una vida de traiciones y crímenes. ¿Por qué la llevaría ahora puesta el elfo?

Danilo meditaba confuso sobre esa cuestión mientras la música se iba haciendo más y más rápida. La danza, una extraña combinación de elegancia y gestos amenazadores, era digna de verse. El pálido rostro del elfo de la luna se veía absorto y extasiado mientras giraba y saltaba al compás de la melodía de la flauta de cristal.

Sus cabellos plateados producían destellos por la proximidad de la hoguera y él mismo parecía haberse transformado en un arma hermosa y mortal. De repente, el elfo rozó con una de sus botas una daga que subió disparada hacia lo alto y que, al descender, captó la luz de la hoguera. El elfo la cogió sin esfuerzo y la volvió a lanzar en espiral hacia arriba. El ritmo de la música era ahora frenético y, una a una, Elaith fue dando puntapiés a las hojas para que echaran a volar. Él se contorsionaba y se agazapaba para intentar esquivar los cuchillos que caían, mientras cogía algunos y permitía que otros se clavaran en tierra para formar un diseño que era siempre cambiante pues de inmediato volvía a lanzarlas al aire con un giro de muñeca o un puntapié. Era un curioso despliegue de arte y agilidad, y Danilo descubrió que lo observaba aguantando la respiración y con el corazón desbocado. Elaith se mostraba tan sinuoso y grácil como una serpiente, animal con el que era apodado, e igual de sibilante.

La flauta emitió una última y prolongada nota y la danza se interrumpió, dejando a Elaith de pie en el centro de un círculo perfecto de armas, con los brazos alzados al cielo, el cabello plateado reluciente y el rostro anguloso contraído en pleno éxtasis. La magia parecía rodear al elfo y las espadas brillaban con una intensidad que no podía deberse a las ya mortecinas llamas de la hoguera. Con una certidumbre extraña, Danilo supo que la danza del elfo poseía el poder del ritual y que el propio Elaith no era más que el punto de encuentro de una unión mística entre las estrellas y el acero. La verdad parpadeó un instante en su mente, pero se esfumó antes de que pudiera aprisionarla y examinarla, y se dio cuenta de lo poco que comprendía a los elfos, cosa que lo sumió en una especie de tristeza y nostalgia que no podía explicar.

La audiencia soltó al unísono la respiración contenida en señal de respeto y alivio. Se escucharon murmullos entre los diferentes grupos, pero nadie hizo gesto alguno para recuperar su arma. Era evidente que nadie más podría actuar aquella noche.

Elaith salió del círculo, respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Cogió un odre de agua y lo agitó, pero al ver que estaba casi vacío, la derramó toda y luego echó un vistazo alrededor en busca de otro.

Danilo rebuscó en su bolsa y extrajo un frasco de plata diminuto.

—Elverquisst —murmuró con voz pausada mientras se lo ofrecía al elfo. Elaith clavó la mirada en el Arpista, como si no acabara de creer que el humano comprendiera tan bien sus propios gestos. Los caldos elfos formaban parte del rito y la celebración elfa, y el hecho de que se lo ofreciera ahora, después de la danza, era un tributo más que un regalo. Danilo lo había aprendido de Arilyn, con quien había compartido la despedida ritual del verano y quien le había descrito varios de los otros ritos que hacían del elverquisst una celebración, aparte de una libación. Elaith aceptó el frasco que le tendía con un ademán y, tras derramar unas gotas sobre la tierra, empezó a beber con lentitud, saboreando la esencia destilada de frutas veraniegas y

magia elfa.

—Hermosa danza, elfo —lo felicitó Morgalla.

Las palabras de la enana parecieron romper el aura de satisfacción y misterio que rodeaba al elfo de la luna, que se sentó frente a Morgalla y empezó a examinarla como haría uno con un animal extraño que hubiese aparecido de forma misteriosa en el patio trasero.

—¿Por qué te alejas tanto de tu clan y de tu tierra? —preguntó—. Con una población en continua recesión y con tan pocas enanas hembras, deberías estar cumpliendo con tu deber y alimentar a pequeños mineros.

—Ten cuidado con tus palabras —comentó Danilo en voz baja—. La dama enana no es un ama de cría.

Morgalla alzó la vista para poner la mirada a la altura de los ojos de Elaith.

—Tampoco los elfos parece que lo estén haciendo muy bien al respecto. Hay un montón de semielfos por ahí circulando, pero me da la impresión de que la mayoría son mezclas entre hembras elfas y varones humanos. Y que yo sepa, no les sucede nada malo a vuestras mujeres. —Los ojos de Elaith centellearon ante el insulto y la enana, una experta estratega en el combate, lo vio y disparó a fondo—: Tampoco tú estás por la labor. No veo retoños de orejas puntiagudas circulando por aquí.

—De hecho —respondió Elaith en tono apacible—, nuestra gente mantiene a los niños alejados de enanos y goblins hasta que aprenden a mantener las distancias con esas criaturas. Como los elfos somos una raza de inteligencia superior, somos capaces de discernir esas pequeñas diferencias después de, pongamos, veinte o treinta años de práctica.

Morgalla se puso de pie y la luz del fuego se reflejó en el hacha de doble hoja y pulido mango de madera que lucía ostentadamente en su cinto.

—Me estás provocando, elfo, y no tienes derecho a hacerlo. Aquellos que horadamos la tierra tenemos un refrán que dice: «Ten cuidado con lo que crees que es granito».

—O te arrepentirás —murmuró Danilo con la esperanza de romper la tensión entre ambos luchadores, pero ni Morgalla ni Elaith le prestaron atención.

—Muy bonita —respondió Elaith haciendo un gesto hacia el hacha de Morgalla, pero en un tono que despreciaba tanto el arma como a su dueña.

Los ojos de la enana se endurecieron.

—Pues ha sido la primera y la última cosa que han visto montones de orcos. No sé si me explico...

—De hecho, he de admitir que la sutileza de los enanos se me escapa —replicó el elfo con afilado tono sarcástico.

Danilo apoyó una mano en el hombro de la enfadada mujer.

—Cortar al elfo en pedazos pequeños es una tentación, lo admito. Pero te daré

una idea mejor: dibújalo.

Morgalla asintió despacio mientras se quedaba mirando mucho rato a Elaith. Un destello relució en sus ojos marrones y alargó la mano para coger su otra arma: lápices de carboncillo. La enana se sentó en un leño a varios metros de distancia y empezó a dibujar.

—¿Juegas a ser diplomático? —comentó Elaith con frialdad—. Si esperas que te agradezca que hayas evitado una pelea, puedes esperar sentado. No necesito que me protejas de una simple enana.

La sonrisa que esbozó Danilo como respuesta tenía un punto de ironía.

—Morgalla es más que simple, pero por el momento dejaremos esa cuestión de lado. Tu habilidad como luchador es legendaria y te aprecio demasiado para ver cómo desperdicias tu talento con un arma tan poco merecedora de él como es el hacha de Morgalla. —Al cabo de unos instantes, el Arpista se acercó a la enana y alargó la mano para coger el papel que le tendía.

En él había dibujado a grandes rasgos un diseño que evocaba el arte de una antigua gente de las Moonshae, un diseño en el que los círculos se entrelazaban de modo que no se discernía ni un principio ni un final. Sin embargo, el dibujo de Morgalla era diferente a todos los que había visto hasta ahora Danilo porque lo que se mezclaba en círculos de forma intrínseca eran dos cosas: el cuerpo largo y delgado de una serpiente con orejas en punta como los elfos y los rasgos de Elaith y una espada sin vida y flácida con una apagada adularia en la empuñadura.

El Arpista alzó la vista del papel para contemplar a la enana con franco estupor. Una vez más, parecía haber visto más de lo que sus ojos podían haberle transmitido. Danilo tendió el esbozo a Elaith sin comentario alguno.

El elfo lo contempló en silencio, con el rostro pálido como la muerte e inexpresivo.

—Como puedes observar —comentó Dan—, su arte tiene un filo más cortante que su hacha.

—¡Eh! —metió baza Morgalla, ofendida por el comentario, mientras descolgaba de su cinto el arma difamada para blandirla—. ¡Podrías afeitarte con el filo de esta arma, bardo!

En respuesta, Danilo acarició el vello rojizo apenas visible que cubría las mejillas de la enana.

—Igual que tú, querida dama, igual que tú.

—Ja, ja... —ratificó ella, tan complacida como un adolescente humano contemplando su primera barba.

En la algarabía de risas que resonó en el campamento, nadie excepto Danilo se dio cuenta de que Elaith se separaba del grupo. Aunque el Arpista había ganado la primera ronda, sus ojos grises no traducían triunfo sino desconcierto.

Las estrellas titilaban en el cielo sobre la mansión de lady Thione, y en el patio completamente cerrado, flores poco comunes aromatizaban con su fragancia la cálida noche de verano. En el centro borbotaba una silenciosa fuente; el arco apartado de una pérgola cubierta de parra evocaba besos robados, y el porche, adornado con suaves almohadones, invitaba a citas más prolongadas. La música de un arpa impregnaba el aire, pero en el corazón de la mujer inclinada sobre las cuerdas no había sitio para el romanticismo. La única pasión que le quedaba era la justicia.

El dolor le entumecía los dedos y Granate interrumpió la canción con un frustrado juramento. Desde el día que había obtenido del dragón la Alondra Matutina, había estado luchando para intensificar sus poderes. Ella era una maga experimentada y podía manejar la magia tanto con hechizos como con las canciones. Un artefacto como esa arpa elfa atesoraba mucha magia, y ella había lanzado un hechizo que le garantizaba hasta siete poderes, pero por el momento sólo había podido dominar cuatro, y no con demasiada soltura. No le fallaba su capacidad como hechicera, sino su habilidad como músico.

Una vez más maldijo a los Arpistas por aquello en lo que se habían convertido, por lo que habían hecho de ella al tenerla a su servicio, y a Khelben Arunsun por su participación en ambas cosas. Los Heraldos, aquellos guardianes de la historia y la tradición que tan lejos viajaban, ya no formaban parte de la organización Arpista, pues se habían escindido, hacía ya muchos años, por no querer comprometer su neutralidad con unos Arpistas cuyos objetivos políticos eran cada vez más evidentes. Luego fueron los colegios de bardos, antes bastiones por excelencia, los que cayeron en declive y se esfumaron en el recuerdo, mientras los Arpistas hacían poco por evitarlo. Elminster y Khelben los mantenían demasiado ocupados participando en guerras y vigilando las rutas comerciales.

Sí que era cierto que muchos Arpistas eran todavía bardos, pero su ocupación principal era ser guerreros o informadores y no tocar un instrumento o cantar. El antaño honorífico título de «bardo» se concedía ahora a cualquier necio que fuera capaz de entonar una canción de taberna. El prestigio y el poder del arte de los trovadores había disminuido y mucha gente creía que los bardos no eran más que delincuentes que viajaban. Los bardos, que antaño habían sido consejeros de reyes, eran tratados ahora como sirvientes que comían en la cocina entre los criados. Eso Granate no lo olvidaría nunca.

Ni tampoco podía olvidarlo ahora que notaba sus propias manos entumecidas por haberlas utilizado durante años sólo para luchar y para lanzar hechizos en nombre de los Arpistas. La última batalla en que participó a su favor fue en las guerras de la Estrella del Arpa contra criaturas de otra esfera. Quedó gravemente herida y la dieron por muerta en la confusión de la batalla, pero fue encontrada y curada por un druida

de edad avanzada. Cuando Granate se recuperó y empezó de nuevo a cantar y tocar, el druida reconoció su don para el canto hechizador y no dudó en presentarla a un pequeño grupo de elfos de los bosques. Aunque ella era semielfa, los elfos la habían aceptado y con ellos había estado perfeccionando su don durante casi doscientos años. A medida que su poder aumentaba, se incrementaba también su determinación por probar a los Arpistas que la música no era una fuerza que pudiera tomarse a la ligera.

El crujido de la seda interrumpió los sombríos pensamientos de la hechicera y, al alzar la vista, Granate vio que lady Thione estaba apoyada en una celosía. Aquella noche la noble mujer iba ataviada con un ajustado vestido de seda violeta cubierto con una tela de satén. Llevaba el pelo recogido con una redcilla de terciopelo y sus rasgos delicados y aguileños traducían compostura y autocomplacencia.

—¿Cómo está la ciudad? —inquirió Granate mientras se masajeaba los dedos entumecidos.

—Bastante mal, gracias a vos —respondió Lucía Thione en tono alegre—. Vuestros monstruos con inclinaciones musicales se han cebado con granjeros y viajeros. Las Cofradías de Mercaderes han contratado bandas de mercenarios para perseguirlos, al igual que los Señores de Aguas Profundas. A pesar de estas precauciones, se espera una pequeña multitud para la Fiesta del Solsticio de Verano, cosa que está provocando muchos rumores y descontento entre los hombres de negocios y los mercaderes. El fracaso de los cultivos está provocando privaciones, pero aquellos que tienen dinero para pagar grandes sumas se hacen traer los suministros por vía marítima.

—¿Privaciones? —repitió la semielfa—. ¿Qué podría provocar entonces una catástrofe?

Lucía titubeó.

—Una interrupción del comercio.

—Ah... Aguas Profundas —La sonrisa de Granate fue forzada—. Bueno, todo llegará.

—No me importa lo que digáis —replicó la noble mujer con voz tensa—. No acepto órdenes como una vulgar doncella.

—Por supuesto que sí lo hacéis. Servís a los Caballeros del Escudo y ellos me han asegurado que cooperaréis conmigo en todo lo que os pida, para llevar a cabo mi plan de expulsar del poder a Khelben Arunsun.

—Eso lo decís vos. ¿Qué pruebas tengo de que sea cierto?

Granate murmuró un nombre y la mujer palideció pues la hechicera acababa de nombrar a un Caballero de alta posición y oscuro poder, el hombre al que Lucía tenía que enviar sus informes.

—Me envía recuerdos para vos —añadió Granate en tono despreocupado—.

Vamos a incrementar nuestras acciones contra la ciudad —prosiguió—. Tengo cierta influencia sobre la gente del mar..., os sorprendería saber cómo corre la música y el descontento bajo el mar. También quitaremos a más Señores de Aguas Profundas para incrementar la presión sobre Khelben Arunsun y sus poderosos asociados. Dad a lord Hhune los nombres de tres Señores más de menor categoría. Aunque los métodos de Hhune son crueles, posee los recursos suficientes para manejar este asunto con rapidez.

—¿Hhune sigue todavía en la ciudad? —preguntó Lucía, incapaz de ocultar el tono de inquietud que traducía su voz. Hhune no mantenía en secreto sus ambiciones y nada habría agradado tanto al mercader tethyriano como usurpar a Lucía su lugar en Aguas Profundas.

Granate miró de reojo a la mujer.

—¿Y qué? Vuestro superior me dijo que podía utilizar todos los recursos que estaban a su alcance. Hhune es jefe de cofradía en su tierra natal, y es experto en organizar y reclutar gente. Lo tengo intentando establecer cofradías locales de ladrones y asesinos en Aguas Profundas. No creo que lo consiga, pero eso aumenta las preocupaciones de los Señores de Aguas Profundas. Y ahora, decidme, ¿qué nombres vais a dar a Hhune?

Sin titubear, Lucía Thione nombró a tres hombres de negocios rivales, sin importarle un ápice si alguno de ellos se contaba entre los Señores de Aguas Profundas.

—Bien. —Granate asintió con satisfacción mientras se ponía de pie. En respuesta a una llamada que la noble mujer no fue capaz de percibir, el caballo de la semielfa acudió al trote desde un rincón del jardín. La hechicera ató el arpa a la silla y montó.

—Debo viajar al norte unos días. Allí pretendo conseguir un poder adicional para utilizar contra Khelben Arunsun y pensar en el modo en que debo liquidar a otro de los Señores de Aguas Profundas. Dejo la ciudad en vuestras capaces manos, y espero encontrarlo todo en orden a mi regreso.

Lucía contuvo la respiración mientras el corcel blanco emprendía el vuelo hacia el cielo, y vio cómo se dirigía en dirección norte convertido en un diminuto cometa.

—Un *asperii* —musitó, empezando a comprender el alcance del poder de la hechicera. De repente, las últimas palabras de Granate le parecieron más una advertencia que un cumplido.

El fuego crepitaba bajo y uno a uno los miembros de la partida de Música y Caos fueron apartándose de la hoguera central para tumbarse envueltos en sus capas o en mantas de viaje. Al poco, los únicos sonidos que quedaban eran el crepitar de las fogatas, el zumbido distante de los insectos y el crujido de las hojas que pisaba Orcoxidado mientras trepaba a un roble cercano para iniciar la primera guardia.

Morgalla, que también estaba de guardia, desapareció entre las sombras.

Una vez a solas, Danilo echó perezoso un puñado de bellotas al mortecino fuego intentando no recordar otras noches pasadas bajo las estrellas, sin más compañía que una asesina semielfa tozuda, irrazonable y taciturna. Ésos habían sido los mejores tiempos de su vida, pensó con una melancólica sonrisa.

Nunca se había sentido el joven tan solo como en aquellos momentos, rodeado como estaba por mercenarios que roncaban. Por primera vez, comprendía la inquietud de Khelben por el equipo que habían formado Danilo y Arilyn porque, de un modo u otro, los Arpistas solían acabar trabajando solos.

Con un suspiro, Danilo rebuscó en la bolsa que llevaba atada al cinturón en busca del libro de hechizos que le había preparado su tío. Si todo salía como estaba planeado, se encontrarían con el dragón Grimnoshtadrano la tarde del día siguiente y quería estar preparado. Una vaharada de aliento de dragón verde era una nube de gas nocivo y confiaba en que Khelben le hubiese proporcionado un hechizo capaz de crear esferas protectoras.

De hecho, el libro no contenía más que un hechizo, y no se parecía a ninguno de los que había encontrado con anterioridad. Danilo empezó a examinarlo con creciente expectación. En la parte izquierda había una página con una partitura de música escrita: una melodía simple y aguda con las anotaciones básicas para ser interpretada por un laúd. En la parte derecha había unas líneas explicativas y luego la letra de la canción, escrita en misteriosas runas. El hechizo utilizaba la música como componente principal, y el acompañamiento de laúd formaba los gestos de las manos necesarios. El resultado era un hechizo de encantamiento muy parecido al canto hechizador que había utilizado Wyn. Más allá de la utilidad que había tenido en el pantano, aquel tipo de hechizo fascinaba a Danilo porque sugería un modo de unir su aprendizaje en el arte de la magia con su pasión verdadera por la música y el saber popular, además de su trabajo actual como bardo.

Al igual que todos los anteriores encargos que había hecho para los Arpistas, la tarea de recuperar el pergamino del dragón había sido encomendada a Danilo por Khelben Arunsun. Durante más de dos años, el joven mago había trabajado estrechamente con Arilyn, disfrutando de los desafíos que ella le ofrecía y el conocimiento que la combinación de sus dispares habilidades le proporcionaba, pero la mayoría de las veces había seguido el liderazgo de ella y reaccionado a las situaciones tal como ella quería. Siempre guardaría como un tesoro el tiempo que había pasado con la bella semielfa, y una parte de su interior seguiría deseando que no se hubiese acabado, pero por primera vez Danilo empezaba a vislumbrar un camino que podía seguir por sus propios medios, un camino de su propia invención. ¡Si aquel hechizo no era una pieza única, quizá podría aprender la magia de la canción elfa que tan bien dominaba Wyn!

Danilo se levantó, con el libro de hechizos en la mano, y se dirigió a un extremo del campamento donde Wyn Bosque Ceniciento estaba sentado contemplando los árboles, sumido en sus propios pensamientos. A pesar del brusco rechazo que había recibido antes por parte del juglar, Danilo percibía que tenía que insistir en el tema del canto hechizador.

—Elaith comentó que había pocos elfos que poseyeran tus habilidades mágicas. ¿Crees tú que hay carencia de gente con aptitudes o lo que falta son maestros?

Wyn pareció sorprendido por la pregunta, pero meditó unos instantes la respuesta.

—Supongo que debe de haber más elfos con el don pero pocos reciben la instrucción necesaria. Yo procedo de una familia de músicos, desde pequeño se me reconoció el don y tuve a disposición los medios para desarrollarlo. Puede ser que haya otros que sean menos afortunados —contestó Wyn.

—Si esos hechizos pudiesen ponerse por escrito, quizá mucha más gente podría aprender ese arte —argumentó Danilo mientras tamborileaba con los dedos el libro de hechizos. Luego, se lo tendió al elfo para que lo inspeccionara—. En ese sentido, el arte musical y el aprendizaje de los bardos podrían combinarse.

—Esos dos tipos de magia no son compatibles —respondió Wyn con firmeza mientras devolvía el libro al Arpista. Acto seguido, se levantó para indicar a todas luces que la conversación había terminado.

En aquel momento, Morgalla asomó por detrás de un puñado de arbustos sacudiéndose los hombros para quitarse los trozos de hojas, con una expresión de taciturna repugnancia reflejada en el rostro. La enana no parecía preocupada en lo más mínimo por ser descubierta como una espía.

—No me gusta llevarte la contraria, bardo, pero estoy de acuerdo con el elfo. La magia está bien para ser usada como arma y para las oraciones de los clérigos, pero no creo que deba mezclarse con la música.

Danilo era demasiado listo para ponerse a discutir con una enana y, como sus palabras le planteaban una cuestión sin respuesta, se desvió por otros derroteros.

—Hablando de armas mágicas, ¿cómo supiste lo que era la espada de Elaith Craulnober para ponerlo en tu dibujo?

Morgalla se encogió de hombros.

—Oí tu historia de la hoja de luna de la semielfa, ¿recuerdas? Contabas el modo en que la espada se vinculaba con el elfo que la portaba. —Señaló con su bastón de bufón hacia un punto situado más allá de Danilo—. Si eso es cierto, tu elfo tiene un problema: no puede usar la espada, pero tampoco librarse de ella.

Danilo se dio la vuelta y se dio casi de bruces con Elaith. El elfo echó una ojeada al libro de hechizos que llevaba el Arpista en las manos.

—¿Más trucos de salón? —preguntó con tono despreciativo.

—Preparándome para mañana —respondió Danilo, apacible—. Deberíamos tener

un plan alternativo para el caso que nuestro enorme amigo verde decida no cumplir su parte del trato.

—Perfecto —accedió Elaith, cruzando los brazos y reculando un poco como si estuviera reconsiderando al hombre que tenía ante él—. Supongo que sabrás que si nuestro dragón desea que lo encontremos, será él quien se tropiece con nosotros. Los dragones verdes se fusionan con el bosque. Es difícil encontrarlos y casi imposible tenderles una emboscada. No podemos separarnos y dedicarnos a buscarlo porque si el dragón encuentra un grupo que no es capaz de jugar con él a los acertijos, estará menos dispuesto a escuchar una adivinanza de otro grupo.

Danilo asintió.

—¿Qué sugieres?

—Hacer que el dragón venga a ti. Levantar temprano el campamento y viajar en dirección norte, hacia las colinas. La guarida del dragón se encuentra allí, oculta en algún punto de las Cavernas Interminables, y yo conozco un claro en las cercanías. Allí debemos retar a la bestia..., quizá podríamos cantar esa maldita balada. Si el dragón no te oye, el bosque está lleno de criaturas que transmitirán tu mensaje con rapidez. En cuanto aparezca, le pediremos el pergamino, además de algo que a ojos de mis hombres justifique la búsqueda, como por ejemplo un cofre repleto de esmeraldas.

—Me parece bien —musitó Danilo.

—Sería mejor que nos encontrásemos con Grimnoshtadrano un grupo reducido. Es posible que al dragón no le plazca encontrarse con toda nuestra expedición —propuso Elaith.

—Había pensado ir solo, o con Vartain.

—Ahora tienes que considerar también mis opiniones —le recordó Elaith—. Si deseas suicidarte, hazlo en tu tiempo libre. Sí, es posible que Vartain resuelva el acertijo, pero al menos deberías llevarte al juglar. El canto hechizador es un arma muy poderosa.

—No, Wyn no —respondió Danilo con firmeza—. No podemos ir con elfos. Los dragones verdes consideran a los de tu raza una auténtica exquisitez culinaria y, por lo que sabemos, es posible que Grimnoshtadrano tenga ganas de tomarse un bocado.

—Lo entiendo —accedió el elfo de la luna a su pesar—. Mantendremos al rapsoda del hechizo en segundo plano, fuera de la vista. —Desvió la mirada hacia Morgalla, que escuchaba con el semblante de quien está acostumbrado a asistir a consejos de guerra—. Puedes llevar contigo a la enana, en caso de que el dragón exija comida.

—Dudo que pudiese dejarla atrás —respondió Danilo, percibiendo el belicoso brillo en los ojos de la enana—, y no envidio a aquel que intente comérsela.

—Veo que lo entiendes —corroboró Morgalla—, pero ¿qué sucederá si la bestia

no cumple su parte del trato?

—Si nuestro amigo verde nos falla, lo desafiaré a un segundo acertijo, una adivinanza que en realidad es un hechizo y que mantendrá al dragón apartado el tiempo suficiente para que podamos escapar.

Elaith parecía dubitativo.

—Te sería más útil el rapsoda del hechizo.

—Quizá sí. Tengo una curiosidad, Wyn —preguntó Danilo con voz despreocupada—. Esos tubos del pantano eran de reducido tamaño. ¿Has intentado alguna vez hechizar algo mayor que una cortesana de taberna?

—Un dragón, no —admitió Wyn Bosque Ceniciento, en la profundidad de cuyos ojos verdes relució un destello—, pero viví una temporada entre las gentes del Norland y encontré que sus mujeres eran bastante susceptibles al embrujo. ¿Serviría?

—Bastante —reconoció Danilo con una sonrisa de sorpresa. Del tiempo que había pasado con Arilyn había aprendido que el humor elfo tendía a ser seco y sutil. Aunque la observación de Wyn era desacostumbradamente obscena, la afirmación del elfo sobre las mujeres del Norland, cuyos exuberantes encantos eran muy apreciados entre los osados y los atléticos, era sumamente acertada.

—Si el hechizo no funciona, y, francamente, lord Thann, hemos de considerar esa posibilidad, tengo unos polvos que hacen estallar el gas venenoso del dragón —intervino Elaith, que sostenía un reducido cilindro en la mano—. Si la bestia abre la boca preparándose para el ataque, le lanzamos esto dentro y el resultado será como si se incendiase la tienda de un alquimista. La explosión dejará atontada a la criatura y nos proporcionará suficiente tiempo para salir huyendo.

—¿Y quién se acercará lo bastante para echárselo dentro? ¿Tienes fuerza suficiente en el brazo, elfo? —preguntó Morgalla.

—Vartain lo llevará. Es un experto en cerbatanas.

—No sé por qué pero no me sorprende —comentó Danilo en tono jocosos—. Ése tiene más aire que un vendaval del norte.

—Por supuesto —corroboró el elfo criminal, aunque no solía darle la razón.

La enana soltó una carcajada burlona.

—Cuando vosotros dos empecéis a bailar al mismo son, se habrá acabado el tiempo de dormir. Suceda lo que suceda mañana, debéis tener los sentidos aguzados para poder regresar y seguir riñendo.

—Es tarde —convino Wyn, y ambos se dirigieron a una punta del campamento dejando a Dan y a Elaith a solas con su inestable alianza.

—¿Cómo has conseguido ese polvo explosivo? —preguntó con cautela el Arpista. La trayectoria del elfo parecía discurrir demasiado próxima a la suya y lo hacía sentirse incómodo y lo que sabía de Elaith no le inspiraba demasiada tranquilidad—. ¿Acaso planeabas encontrarte con el dragón?

—No, pero mis viajes me acercan a menudo a su guarida. Vartain pensó que tal vez había una posibilidad y sugirió que nos preparásemos —repuso el elfo con aparente franqueza.

—Muy previsor, ¿no? —comentó Danilo en tono de admiración, fingiendo aceptar la respuesta del elfo en su justa medida—. ¿Se merece de verdad la reputación que tiene?

—Es tan bueno como te han dicho, e igual de pesado —gruñó Elaith—. Nunca he visto que se equivoque, y jamás duda en subrayar ese hecho.

—Todo un ejemplo de modestia.

—Ya lo oíste en el campamento. Vartain está firmemente convencido de su superioridad y excesivamente orgulloso de sus tradiciones.

—Sí —replicó Danilo—, no sé por qué, pero a veces me recuerda a los elfos.

Elaith alzó una ceja a modo de sorpresa.

—Sí, se parece —admitió sin rastro de humor.

Al ver que el elfo parecía inusualmente receptivo, Danilo decidió presionarlo para obtener información, sin saber a ciencia cierta si al hacerlo pretendía sacar partido de la inesperada camaradería o destruirla.

—Hablando de elfos y de tradiciones y de todo eso, la danza de la espada ha sido fabulosa. Durante el baile, me di cuenta de que llevabas una espada heredada. Como no es tu costumbre, me preguntaba por qué llevas contigo una hoja de luna.

La tregua de amistad se esfumó de inmediato.

—No es asunto tuyo —replicó Elaith con frialdad antes de dar media vuelta y, con silenciosa agilidad, desaparecer en la oscuridad.

Cuando la noche dio paso a las primeras luces plateadas de la mañana, Texter el Paladín meditó en su solitaria jornada. Aunque Texter adoraba la ciudad de Aguas Profundas y también cumplir con su deber como uno de los Señores secretos, no soportaba estar demasiado tiempo encerrado entre cuatro paredes y a menudo cabalgaba a solas en la espesura para renovar su compromiso con Tyr, la diosa de la justicia a la cual servía. El silencio le aclaraba la mente y le permitía hallar su fuerza interior, aparte de que los austeros desafíos que le deparaba el camino ponían a prueba sus habilidades como caballero. Sus cabalgatas también le permitían servir a su ciudad porque podía comprobar por sus propios ojos cómo iban las cosas en el Norland.

La situación al norte de Aguas Profundas era más amarga de lo que Texter había temido.

Desde la atalaya que le proporcionaba su enorme caballo de guerra, el paladín inspeccionó los campos arruinados que lo rodeaban. En esa época del año, la segunda cosecha de heno debería haber llegado a la altura del corvejón, pero el caballo estaba

de pie rodeado de brotes enanos y zarzas. Aquel campo, por su situación cercana a la linde de la espesura, habría sido plantado como forraje, pero lo mismo podía decirse de los cultivos que había visto plantados cerca de la seguridad de las aldeas campesinas. Durante días y días Texter había cabalgado para contemplar escenas de desolación, y a lo largo del camino había visto que todo seguía un peculiar diseño. Las cosechas habían quedado arruinadas alrededor de la ciudad, pero a medida que cabalgaba hacia el norte, la zona perjudicada se iba haciendo más estrecha. Fuera lo que fuese o quienquiera que hubiera causado el desastre, había dejado un camino nítido y aparentemente de forma deliberada.

Dejando a su espalda los escuálidos campos, Texter se encaminó al norte hacia las primeras congregaciones de árboles que marcaban el inicio del bosque. Mientras avanzaba en dirección al río Dessarin, se dio cuenta de que incluso la arboleda había quedado arruinada en las zonas por donde pasaba ese misterioso trayecto. Helechos ajados, pedazos de musgo negro sobre leños caídos y los árboles de las cercanías envueltos en un extraño silencio por falta de pájaros y animales de reducido tamaño.

Un grito de mujer resonó por detrás de una pequeña colina y Texter azuzó a su montura para acercarse galopando al punto de donde parecía proceder el sonido. Mientras urgía al corcel para que cruzara la cima de la colina, vio a los pies el río y el origen del alarido.

Cerca de la ribera, dos orcos verde grisáceos jugaban con una joven mujer. Habían dejado las armas a un lado y la hacían girar de mano en mano como si jugaran cruelmente a pillarla. El tono rojizo de los primeros rayos de sol se reflejaba en sus ojos y sus colmillos relucían de gozo perverso ante el terror de la mujer.

Texter desenfundó su espada y bajó a la carga por la colina. El estampido de los cascos del enorme caballo hacía tambalearse el suelo y los sorprendidos orcos echaron a la aterrorizada mujer a un lado y se apresuraron a coger sus armas. El primer orco agarró su hacha y se incorporó justo a tiempo para enfrentarse a la primera estocada que le lanzaba Texter. Con el mismo impulso que llevaba, el paladín decapitó al orco y la cabeza salió disparada para acabar zambulléndose en el río y ser arrastrada por la impetuosa corriente.

El segundo orco saltó por encima del cuerpo caído de su hermano sosteniendo en la mano una maza con púas. El corcel de Texter, entrenado para el combate, esquivó ágilmente el encontronazo mientras el paladín arremetía con la derecha con la parte roma de su espada, alcanzando al orco en el morro y haciendo recular a la bestia. La espada de Texter embistió de nuevo y arrancó no sólo un pedazo de pellejo gris del pecho del orco sino también un mechón de pelo basto. Su última acometida encontró el corazón de la criatura, que se desplomó sobre el suelo, ensangrentado.

Texter desmontó para acercarse a la mujer que estaba encogida y sollozaba.

—Tranquilizaos, mujer —murmuró—. Estáis a salvo.

La mujer alzó unos ojos verdes como el mar para observarlo y el paladín vio que unos lagrimones le caían por las mejillas. Era sorprendentemente joven, no contaría más de quince inviernos, y era hermosa a pesar de las lágrimas. Llevaba el pelo castaño recogido en dos trenzas y tenía un rostro de mejillas suaves como manzanas y salpicadas de pecas.

Supuso que sería una campesina, probablemente de la aldea que quedaba cerca de Yartar, pero le sorprendía que estuviese tan lejos de casa. Sin embargo, el motivo de su viaje estaba junto a ella: un cesto medio lleno de los helechos cabeza de violín que crecían en las calmas aguas de la ribera del río. Esas hierbas eran una exquisitez, cocinadas al vapor y servidas con una punta de manteca, y debido a la escasez de las cosechas debían de ir ahora muy buscadas.

—Te llevaré a casa —se ofreció Texter, ofreciendo la mano a la muchacha—. *Galadin* es fuerte y puede cargar con los dos.

La muchacha dejó que el paladín la pusiera de pie.

—Primero, quisiera agradecerle que me salvara la vida —declaró en un tono de voz que era suave y claro y que denotaba tranquilidad—. Lamento no tener como recompensa más que una canción.

La muchacha empezó a cantar con las manos cruzadas recatadamente sobre el regazo. En su voz se mezclaban la música del aire y del agua, y el embrujo de un sueño casi rememorado. Mientras cantaba, su cuerpo se transformó y pasó de ser una muchacha campesina a una criatura rara y mágica. Ante la perpleja mirada de Texter, su rostro adquirió la belleza suficiente para apoderarse del alma de un hombre. Sobre sus hombros colgaba una abundante cabellera color alga marina y sus manos, esbeltas y palmeadas, gesticulaban con gracia al compás de la música. Sólo el color de sus ojos permaneció inalterable: el vivaz verde marino de una dríade.

Mientras Texter escuchaba con arrebatada atención el canto de la dríade, el paisaje que lo rodeaba empezó a tornarse borroso, y las siluetas y los colores empezaron a difuminarse como si formaran parte de una pintura dejada bajo la lluvia. Pronto sólo fue consciente de aquella canción embrujadora y sin palabras, y de la melancolía que se agitaba en su pecho.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Texter volvió a montarse en su caballo y siguió a la dríade, que se había zambullido en el agua del río y nadaba sin esfuerzo contra la impetuosa corriente, rumbo hacia el norte, sin dejar de cantar.

Hipnotizado por el canto de la sirena, Texter cabalgó por el margen del río, sin darse cuenta de que la criatura hacía que se adentrara cada vez más en la espesura.

Los miembros de la expedición Música y Caos se levantaron antes del amanecer y, cuando aparecieron las primeras luces, se encontraban ya en pleno Bosque Elevado. Mientras viajaban rumbo al norte, el sendero se fue haciendo más estrecho hasta que se vio cubierto por completo por una profunda bóveda de hojas. A ambos lados del camino crecían gruesas mantas de helechos y el entresijo de raíces al descubierto alrededor de los árboles centenarios se veía cubierto de musgo aterciopelado. De vez en cuando, el camino discurría cerca de la corriente del Unicornio, cuyas aguas de un variopinto tono azul verdoso pasaban cantarinas por encima de las pulidas rocas. Incluso el aire parecía verde, porque la luz se filtraba a través de capas y capas de verdor, y la brisa llegaba hasta ellos impregnada del aroma de la menta silvestre, que según decían era la comida preferida de los unicornios. Danilo escudriñó las sombras en busca de ellos, pero transcurrió la mañana sin que tuvieran esa suerte y se quedó pensando que tal vez las criaturas mágicas presentían el peligro que portaban aquellos viajeros y se mantenían inteligentemente a distancia.

Danilo no olvidaba en ningún momento que el dragón era tan sólo uno de los riesgos de su misión. Aunque había dormido poco la noche anterior porque la memorización del difícil hechizo lo había mantenido despierto casi hasta el alba, el Arpista se mantenía alerta porque el peligro podía acecharlos en cualquier lugar.

El elfo de la luna era un compañero en el que Danilo no podía confiar, y haber descubierto que llevaba una hoja de luna no hacía más que incrementar su incertidumbre. No alcanzaba a comprender por qué Elaith portaba un recordatorio de su fracaso. De hecho, casi ninguno de los motivos del elfo le quedaban claros. Danilo no podía comprender por qué Elaith exigía sólo un cofre lleno de gemas del dragón. El elfo poseía una afición legendaria por los objetos mágicos, y con toda seguridad el botín de un dragón podía contener cosas mucho más interesantes para él que las joyas. A sus elucubraciones tenía que añadir Danilo la posibilidad real de que Elaith pudiese traicionarlo en cuanto hubiese conseguido lo que andaba buscando.

Los jinetes llegaron a un pequeño claro antes de que el sol llegara a su cenit y se pusieron a trabajar siguiendo las indicaciones de Elaith. Dos mercenarios montaron un campamento, mientras que Orcoxidado, el mejor arquero, se dedicaba a cazar un puñado de ardillas que parloteaba y correteaba por los robles centenarios. Pronto empezó a humear un caldero de cocido cargado de especias, y la leña para el fuego se roció con agua y hierbas para que el humo perfumado confundiera el aguzado sentido del olfato del dragón. Según había explicado Elaith, esa precaución la tomaban para asegurarse de que su presencia o la de Wyn en el claro no fuera descubierta. Como los elfos eran la comida favorita de los dragones verdes, los wyrms tenían gran habilidad en detectarlos por el olor y perseguirlos, y eso podía distraer al dragón del

acertijo que pensaban plantearle. Acto seguido, el elfo envió a los mercenarios por un sendero estrecho bordeado de jóvenes abedules y que, a juicio de Elaith, era demasiado espeso para permitir el paso de un dragón desarrollado. Para sorpresa de Danilo, Elaith pasó las riendas de su corcel negro a Sarna, y ordenó a Orcoxidado que se llevara también los caballos de Wyn y de Balindar.

—Nosotros tres nos quedaremos cerca —anunció Elaith—. Balindar y yo para proteger mis intereses y el juglar para proporcionarnos la magia del canto hechizador si es necesario.

Danilo bajó la vista para observar al elfo, con sus ojos grises teñidos de frialdad.

—Eso no es lo que acordamos. No dejaré que pongas a Wyn en peligro.

—Si permaneces aquí discutiendo menudencias en vez de anunciar tus intenciones al dragón, nos pones a todos en peligro —replicó Elaith señalando el campamento—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará el dragón en darse cuenta de que hay viajeros por el bosque?

—Será mejor que hagas lo que él dice —convino Wyn dirigiéndose a Danilo—. Tiene razón con respecto al dragón. Haremos todo lo que sea necesario para recuperar ese pergamino.

El Arpista accedió con un tenso ademán y Balindar, junto con los dos elfos, se pusieron al amparo del viento en un grupo cercano de jóvenes abedules y helechos gigantescos. Morgalla ató flojo a los tres caballos que quedaban cerca de la vía de escape, y Vartain barrió a toda prisa con una rama de pino los rastros de pisadas del arenoso suelo del calvero.

Luego, se reunieron con Danilo junto al fuego. A todos los efectos, parecían tres viajeros que habían hecho una parada en el claro del bosque. Cuando todo estuvo listo, Danilo se situó sobre una roca cercana cubierta de musgo y empezó a ajustar las clavijas de su laúd.

—¡Empieza ya! —siseó Elaith desde su cercano escondrijo.

—Ese dragón tuyo nos va a traer un bonito cambio de ritmo —murmuró Morgalla a Danilo, mirando de reojo el escondite del elfo de la luna.

Danilo respiró hondo y empezó a entonar las estrofas de la *Balada de Grimnoshtadrano*, pero al final añadió una nueva estrofa que subrayaba sus exigencias.

—¿Y ahora qué? —preguntó la enana cuando hubo finalizado.

—Esperamos. De aquí a unos minutos, la cantaré otra vez.

Esperaron casi una hora y Danilo tuvo que entonar varias veces el reto antes de que su paciencia se viera recompensada.

Una criatura alada de grandes proporciones asomó de repente en el cielo sobre el calvero. Grimnoshtadrano sobrevoló la corriente del Unicornio, con sus enormes alas de murciélago replegadas para pillar la corriente de aire cálida que ascendía desde el

río, y con sorprendente agilidad aterrizó en un montículo cercano para aproximarse al calvero a cuatro patas. Los tres aterrorizados caballos se soltaron de sus ataduras y salieron huyendo por el sendero, pero los jinetes apenas se dieron cuenta.

Danilo vio aproximarse al dragón con asombro y respeto. Nunca había visto uno con anterioridad, y Grimnoshtadrano no era la criatura legendaria que él se había esperado. Danilo siempre se había imaginado un dragón como un monstruo pesado, una presencia impresionante, mortal pero bastante poderoso. Muy parecido a su tío Khelben, ahora que pensaba en ello. Aunque Grimnosh era bastante corpulento, debía de medir casi veinticinco metros desde el hocico hasta la punta del rabo, poseía una gracilidad tan hermosa como increíble y su largo y esbelto rabo se movía en el aire en constante y sinuoso vaivén. El dragón avanzaba por el bosque tan silencioso como cualquier otra criatura, sus escamas no rechinaban como si fueran las versiones anfibias de una armadura antigua, y su superficie reflejaba toda la gama de colores verdosos del bosque. A medida que el dragón se aproximaba, Danilo se dio cuenta de que su colorido variaba en función de su entorno, y pronto descubrió que esos cambios los podía hacer a voluntad porque al entrar en el calvero las escamas se tornaron brillantes como piedras preciosas para imitar tonos de esmeraldas, jades y malaquitas. «Joyas de la corona», pensó Danilo, y supo que la analogía cuadraba con la criatura.

Una vez que Grimnoshtadrano se hubo introducido en el claro, empezó a caminar en círculos alrededor de los tres aventureros como un lobo al acecho, examinándolos. Sus ojos lucían un tono verde dorado, estaban partidos por la mitad por pupilas verticales y brillaban con una inteligencia fría y extraña.

—¿Y bien? —inquirió el dragón. Su voz era profunda, un rugido inhumano que recordó a Danilo la reverberación de un timbal. Tras dejar el laúd a un lado, el Arpista se puso de pie e hizo una profunda reverencia.

—Saludos, noble Grimnoshtadrano. Soy Danilo Thann de Aguas Profundas, Arpista y bardo, y éstos son mis compañeros, trovadores los dos. Sabéis lo que deseamos gracias a las palabras de mi canción.

—Esta pequeña fruslería, según creo. —Grimnosh se puso en cuclillas y con una de las garras delanteras sacó una bolsa grande que le colgaba de un cuerno y, de dentro, extrajo un rollo de pergamino. Lo colocó en el suelo, frente a él y, luego, colocó en un lado un diminuto cofre dorado. Con la punta de la cola abrió el pestillo y, al alzar la tapadera, quedó al descubierto un montón de centelleantes gemas—. ¿Estáis dispuestos a ganaros esto?

—Mi talento no alcanza para acertijos —comentó Danilo—. He traído conmigo un oponente más valioso.

Vartain se puso de pie, con la cabeza calva muy erguida.

—Soy Vartain de Calimport, un maestro de acertijos versado en la tradición

Mulhorand. He viajado desde la sureña ciudad de Shaar hasta Aguas Profundas, desde las occidentales tierras de las Moonshaes hasta las tierras de Rashemen, recopilando acertijos y adivinanzas de un centenar de reinos. Gracias a esos viajes, he conseguido reunir una colección de tres volúmenes de acertijos guardados en la biblioteca del Alcázar de la Candela. He estudiado lenguas tanto modernas como ya olvidadas, estas últimas para poder sumergirme en las riquezas de las épocas antiguas. Como una vida activa ofrece también rompecabezas, he ayudado en las causas de multitud de afamados exploradores y aventureros, pero la modestia me impide nombrarlos a todos.

—Lo comprendo —convino el dragón, con un deje de sarcasmo en su resonante voz—. Bienvenido al bosque, Vartain de Calimport. No me sucede a menudo que me ofrezcan la posibilidad de retar a alguien como vos. Si me dejáis un minuto para pensar, os ofreceré una adivinanza digna de vuestro talento.

—Primero, gran Grimnoshtadrano, permitidme mencionar mi propia recompensa —añadió Vartain, ante las miradas de incredulidad de Danilo y Morgalla—. Deseo recuperar cierto artefacto elfo que fue visto por última vez en Taskerleigh.

El dragón soltó un bufido.

—Demasiado tarde. Lo cambié por una canción, si os interesa saberlo, pero no fue un cambio muy ventajoso, considerando que vosotros tres sois los primeros que respondéis a ella.

—¿A quién, si puede saberse?

—Cada cosa a su tiempo, si no os importa —replicó Grimnosh—. Os daré esa información como recompensa si sois capaces de responder a mi acertijo. ¿De acuerdo?

Vartain inclinó la cabeza con apostura. El dragón tamborileó con las garras sobre su mandíbula cargada de colmillos y el tintineo metálico produjo un sonido mortificante. Al final, Grimnosh se aclaró la garganta, exhalando al hacerlo una nube de gas apestoso que olía a huevos podridos, y pronunció su adivinanza:

El reino del rey Khalzol desapareció hace tiempo.

Cuatro pasos te llevarán hasta su entierro:

El primero antecede a lo que se nombra,

en el segundo no existen sombras,

el tercero es eterno.

Decidme dónde está el sueño.

—Y ahora, dime, ¿por qué los súbditos del rey Khalzol lo enterraron en un ataúd de cobre?

El silencio se impuso en el calvero durante largo rato. Danilo le dio un codazo al

maestro de acertijos y se acercó a su oído.

—Porque estaba muerto... —susurró sotto voce.

Vartain lanzó una mirada asesina al joven.

—Deja estos asuntos en mis manos —siseó en un tono feroz antes de volverse hacia el dragón—. Este jeroglífico es un clásico y se compone de varios acertijos encadenados cuyas respuestas nos dan la solución —anunció en voz alta—. Es un jeroglífico elegante, a buen seguro, y desconocido para mí. De todas formas, he aquí la respuesta:

«¿Qué antecede siempre a lo que se nombra? El artículo, por supuesto. Y el artículo por excelencia debe de ser el masculino el. Decidme un lugar donde no existan sombras..., un lugar sin vegetación, yermo y desprovisto de cualquier tipo de vida: un páramo. Tenemos, pues, dos acertijos solucionados. Nos falta el tercero, pero cierto es que lo eterno se nos antoja siempre interminable. Así, concluimos que la resolución al enigma es: el páramo interminable. Porque junto al Páramo Interminable se alzan las montañas de Cobre. Por supuesto, el material del ataúd es la clave que confirma que la respuesta es correcta. —Vartain se quedó en silencio con la barbilla alzada y pose expectante.

El dragón se examinó las zarpas con aire satisfecho.

—Pensé que ibais a decir eso —rugió.

Vartain alargó el brazo para coger el pergamino pero el dragón ahuyentó la mano del hombre con un meneo de su cola.

—Los humanos tenéis siempre tanta prisa... —se mofó—. La respuesta a la pregunta de por qué sus súbditos enterraron al rey Khalzon en un ataúd de cobre es más simple de lo que crees y lamento decir que la razón no tiene nada que ver con el lugar donde está su tumba. Lo enterraron, querido maestro, «porque estaba muerto».

—Y no era el único —musitó la enana.

—Pero hablando con propiedad, su rompecabezas no era un acertijo —protestó Vartain en tono ofendido—. ¡Era una adivinanza!

Morgalla soltó un bufido, exasperada.

—Era una adivinanza —remedó suavemente—. Quedará muy bonito en tu lápida, si queda alguien para esculpirlo.

Con dos garras el dragón alzó a Vartain por la parte de atrás de la túnica. Se quedó mirando pensativo al maestro que pendía colgado en el aire y luego, con los nudillos de la garra que le quedaba libre le acarició la calva como quien pule la piel de una manzana. El efecto fue escalofriante, la intención obvia.

—¡Espera! —gritó Danilo, antes de plantear con rapidez el segundo reto—. Si no conseguís responder al acertijo que os voy a decir, nos dejaréis marchar a todos, con el pergamino como única recompensa. Pero si lo acertáis, me quedaré aquí como sirviente vuestro hasta el final de mis días.

—Mmmmn, sería bonito tener un músico a mano —musitó Grimnoshtadrano. Sostuvo a Vartain lo más alejado que le permitía la longitud de su pata y lo examinó. El vientre en forma de caldero y las piernas arqueadas y escuálidas del maestro le conferían la dignidad y el atractivo de una rana cautiva—. Y, además, éste parece poco apetecible. —El dragón soltó a Vartain, que desapareció con un gruñido tras un espeso matojo de helechos.

—El acertijo es en forma de canción —empezó Danilo mientras cogía el laúd.

—¿De veras? ¡Qué divertido! —Grimnosh se sentó como si fuera un gatito desvelado, apoyando su enorme cabeza sobre una de sus patas delanteras—. Soltadlo ya.

Danilo empezó a entonar los primeros compases del hechizo musical que Khelben le había dado, con la esperanza de que surtiera efecto antes de que el dragón reconociera el engaño. Y también confiaba en que funcionara. Había practicado el acompañamiento con el laúd, aprendido la melodía y memorizado las palabras antiguas, pero no se había atrevido a combinarlas hasta ese momento.

Cuando tocó la primera nota, una ola de poder pareció recorrer su cuerpo y acabó fluyendo con la melodía. Aunque Danilo no podía decir con exactitud de dónde procedía, el contacto con la magia le resultaba extrañamente familiar. Tuvo la curiosa sensación de que había estado siempre en sus canciones favoritas, como una sombra que se empeñaba en desvanecerse por el rabillo del ojo. Un torrente de hilaridad le acometió mientras cantaba y tocaba y tuvo una sensación de satisfacción más profunda de lo que había sentido en su vida.

El efecto sobre el dragón fue igualmente profundo. Sus enormes ojos dorados adquirieron una expresión soñadora y distraída. La larga cola seguía moviéndose pero el complejo diseño de sus balanceos se fue simplificando hasta convertirse en un sencillo vaivén y acabó moviéndose al compás de la música como si fuera una lánguida cobra que bailara al son de un encantador de serpientes de Calashite.

Cuando Danilo pensó que el dragón estaba debidamente embrujado, hizo un gesto de asentimiento a Morgalla, que avanzó, llena de excitación, para tirar del pergamino que había quedado debajo del codo del dragón.

¡Demasiado pronto! Un profundo rugido emergió del interior de la garganta del dragón mientras forcejeaba internamente para librarse del hechizo. Morgalla reculó con lentitud mientras Danilo seguía cantando. Por un momento, pensó que el dragón volvería a asentarse.

Pero de repente se agitó el matojo de helechos y asomó la cabeza de Vartain. El maestro de acertijos parecía perplejo y se balanceaba como un pimplillo en mitad de un vendaval. Grimnosh empezó a estremecerse y sacudirse como si lo hubiesen despertado de un sueño profundo. Su cola interrumpió el balanceo rítmico y empezó a oscilar de forma agitada.

—Apartaos, locos —espetó Elaith desde su escondite.

Antes de que pudiesen responder, Grimnosh enfocó la vista y sus ojos destilaron malevolencia al tiempo que se hinchó su pecho cubierto de escamas mientras cogía aire. Vartain se colocó la cerbatana en los labios e hinchó los carrillos. Un bote diminuto salió proyectado directo hacia el dragón y desapareció en la terrible mandíbula en el preciso instante en que el dragón abría la boca para atacar.

El resultado fue inmediato y espectacular. Una explosión estalló en el calvero, ahogó el fuego del campamento y arrancó hojas de los árboles cercanos. La fuerza de su impacto arrancó el laúd de manos de Danilo e hizo que diera tumbos por el suelo. El hombre se esforzó para ponerse de pie, incapaz de oír otra cosa que aquel doloroso zumbido en los oídos. Cuando se le aclaró la visión, vio al sorprendido dragón tumbado de espaldas junto a los restos de la hoguera. La lengua le caía por la comisura de su boca abierta y las escamas color dorado que cubrían su abdomen brillaban a través de las volutas de humo que se iban disipando. El Arpista tosió y sacudió las manos para despejar el humo apestoso, antes de echar una ojeada en busca de sus compañeros.

Su primer pensamiento fue para Morgalla pues era ella quien más cerca estaba del dragón, pero no tenía que inquietarse porque la enana estaba ya en pie, con el pergamino sujeto con gesto triunfante y una ancha sonrisa en los labios. Se alejó a toda prisa del calvero con Elaith y Wyn pisándole los talones. Balindar avanzaba con más lentitud, un poco tambaleante y apretándose los oídos con las manos.

Danilo miró a su alrededor en busca de Vartain. El maestro de acertijos había caído de bruces entre los helechos y la cúpula bronceada de su calva era apenas visible entre el pisoteado follaje. El Arpista cogió a Balindar del brazo e hizo un gesto en dirección al maestro inconsciente. El hombre fornido miró a Vartain, frunció los labios y sacudió la cabeza. Danilo se sacó un anillo de ónice del dedo y lo tendió al mercenario, antes de señalar de nuevo. Con una sonrisa, Balindar se apoderó del anillo y, antes de seguir a los demás, se cargó a Vartain al hombro.

Danilo fue el último en abandonar el claro. Alzó el laúd y se pasó la correa por encima del hombro, antes de contemplar al estupefacto dragón. El enorme pecho de Grimnosh se alzaba y caía a un ritmo ligero pero regular. Todo su instinto indicaba a Danilo que tenía que salir huyendo de inmediato, pero el trato que acababa de cerrar con Balindar lo forzaba a considerar ciertas cosas, así que se acercó al dragón, cogió el cofre y lo introdujo en su bolsa mágica. El botín desapareció sin dejar rastro y él echó a correr por el sendero, con el laúd balanceándose a ambos lados al compás de sus zancadas.

La expedición de Música y Caos se reagrupó a casi dos kilómetros de distancia. Los tres caballos desbocados habían sido capturados y tranquilizados cuando Dan llegó, y Vartain se recuperó gracias a repetidas dosis de rivengut que Sarna le daba de

un frasco. El rostro de Morgalla se veía cubierto de polvo y magulladuras, pero no parecía que la enana tuviese ninguna herida de consideración.

Dan sacudió la cabeza, perplejo, y se sentó en una enorme roca a su lado. Luego, le pasó el brazo por los vigorosos hombros y le dio un abrazo.

—Gracias a la Forja Eterna que eres enana —murmuró, cogiendo prestado el término de la mitología de su propia gente.

—Te aseguro que yo también lo digo —respondió Morgalla con un guiño—. En voz alta y a menudo.

El último haz de plata del crepúsculo se esfumó tras el mar de las Espadas, y en el distrito de los Muelles de Aguas Profundas los tratos mercantiles se tornaron tan oscuros y misteriosos como el mar que había detrás. Aquellos que conocían la ciudad y deseaban ver salir el sol a la mañana siguiente sabían qué callejones evitar y qué tabernas servían peligros junto con cerveza aguada. Por eso, la patrulla de vigilancia asignada al extremo más meridional del muelle se sorprendió al encontrar un amplio y ruidoso grupo de mercaderes apiñado en la esquina de la calle del Malecón con la calle del Muelle.

—¿Hay algún problema? —preguntó la dirigente de la patrulla con toda la educación que pudo, teniendo en cuenta que intentaba hacerse oír por encima del estruendo de tres docenas de voces enojadas.

—¡Creo que sí! —El interlocutor era Zelderan Guthel, el cabecilla del Consejo de Granjeros y Tenderos, y sus palabras parecieron calmar un poco los ánimos de la multitud. Entre otras ocupaciones, el gremio alquilaba sus almacenes para mercaderes de todo tipo. La enojada multitud se congregaba ante un gran almacén de piedra y madera construido para abastecer la ciudad de cereales en invierno. Fuera de temporada, se utilizaba para guardar las mercancías exóticas que se fabricaban o importaban para la venta en la Fiesta del Solsticio de Verano.

—¡Esto es una instalación pública, y protegerla es responsabilidad de la ciudad! ¿Qué se supone que intentan hacer? —Un rabioso coro de murmullos acompañó la pregunta del jefe del gremio.

La capitana se rascó la barbilla.

—¿Hacer? Esta zona está bien patrullada. ¡Revisamos este almacén casi cada treinta minutos!

—Pues el que vació el lugar tardó menos que lo que se tarda en servir un cocido —rezongó un enano con el delantal manchado de cerveza—. Mi taberna tenía más de un centenar de barriletes de aguamiel ahí almacenados. La ciudad debería hacer algo al respecto, ¡es todo lo que tengo que decir!

—Siempre lo hacemos. —La capitana cogió un cuaderno pequeño y una pluma de su bolsa—. Haré un informe completo —prometió, y empezó a apuntar el nombre del

enano y las pérdidas.

Aparecieron otros por detrás y empezaron a recitar listas de objetos perdidos al tiempo que exigían que se tomaran medidas. En cuestión de minutos, los cuatro miembros de la patrulla de vigilancia quedaron fuera de la vista, rodeados por una airada multitud de mercaderes que se peleaba por presentar su informe. Según todas las apariencias, la multitud no tenía intención de apaciguarse.

El repiqueteo de los cascos de los caballos resonó por las callejuelas cercanas mientras los refuerzos acudían desde otros puestos. El primer vigilante que llegó al lugar alcanzó a ver el destello verde y dorado de una cota de malla en mitad de la enfurecida multitud, y dedujo lo que parecía una conclusión razonable. Blandiendo una gruesa porra en la mano, cabalgó en mitad de la multitud, golpeando a diestro y siniestro para abrir un camino por el que pudiese escapar la acorralada patrulla.

Los mercaderes recularon y dejaron al descubierto a los cuatro miembros de la patrulla regular. La capitana de la patrulla «rescatada» se quedó mirando al vigilante presa de horror e incredulidad. En sus manos sostenía no un arma, sino un cuaderno y una pluma.

El silencio que se abatió sobre la masa de gente fue profundo e incómodo. El posadero enano de la taberna fue el primero en romperlo.

—La ciudad debería hacer algo, es todo lo que tengo que decir —murmuró, acariciándose un chichón que tenía en la frente producto de la porra del vigilante.

Las olas rompían contra la superficie de madera y rociaban el aire con agua salada. Lucía Thione dio un brinco hacia atrás para que no se le estropeará la falda de seda.

—¿Dónde estará ese Hodatar? —preguntó irritada.

—Es de fiar —le aseguró Zzundar Thul mientras miraba de soslayo los esbeltos tobillos que había dejado al descubierto el rápido movimiento de la mujer. Zzundar, un marino hijo de marino, tenía la tez bronceada y el cuerpo corpulento gracias a su trabajo, pero era rápido como el que más para reconocer y apreciar a una verdadera dama. En opinión de Zzundar, de todos los privilegios de que había disfrutado como cabecilla del gremio de marinos, este encuentro con lady Thione encabezaba la lista. Como próspera mercader y organizadora de caravanas, formaba parte de la cofradía y se acababa de convertir en su contacto con los tritones que ayudaban a mantener limpia la bahía. Con ese propósito había acudido ella a la cofradía y Zzundar se sentía agradecido por disponer de una excusa para acompañarla hasta los muelles, aunque no era el lugar romántico que él habría elegido.

De hecho, el muelle no era más que un enorme aljibe que daba paso a un pasadizo que desembocaba en el mar desde los bajos de la cofradía. Los solitarios tritones preferían tratar con el menor número posible de humanos y ese lugar les resultaba

muy cómodo.

La superficie del agua se rizó y acabó abriéndose para dar paso a una cabeza reluciente y bien afeitada. El tritón salió a medias del agua, apoyó el peso de su cuerpo en los codos y alzó una mirada de insolencia hacia la dama.

—Tengo noticias —espetó con brusquedad—. Esta noche han sido atacados varios barcos con destino a Aguas Profundas. Uno cayó en manos de piratas, dos más fueron atacados por monstruos marinos. En ninguno de ellos hubo supervivientes. — El tritón relacionó con rapidez los nombres, los propietarios y los puertos de origen de cada uno de los barcos, información que su gente había recogido de los restos de los naufragios.

—¿Y los cargamentos? —inquirió lady Thione.

—Perdidos.

Zzundar palideció bajo su rostro bronceado.

—¡Las embarcaciones que has nombrado traían suministros para la Feria de Solsticio de Verano! ¿Dices que no se ha salvado nada?

—Hicimos lo que pudimos —repuso Hodatar con frialdad, aunque la irritación que sentía se tradujo en una ligera agitación de sus fosas nasales.

—Estoy segura de que sí —se apresuró a intervenir Lucía para apaciguarlo. De hecho, se sentía incómoda ante el tritón. Granate lo había descrito como un ser cooperador, o al menos respetuoso, pero a Lucía le desagradaba la expresión altiva y codiciosa de sus diminutos ojos verde mar. Se interrumpió como si algo hubiese atraído su atención—. ¿Qué es ese bullicio en las calles, Zzundar? ¡Ah, qué imprudente he sido por acudir aquí sola y a estas horas! —se lamentó mientras alzaba sus enormes ojos negros para observarlo.

El marino frunció el entrecejo mientras se esforzaba por captar los sonidos que habían inquietado a la dama. Al final alcanzó a oír el lejano rumor de voces y jinetes.

—No se preocupe, iré a echar un vistazo y regresaré enseguida —se ofreció mientras le palmoteaba el brazo para darle confianza. Su protector se apresuró a subir la estrecha escalera de madera en forma de caracol que ascendía hasta la calle y, al cabo de unos minutos, el cierre de la pesada trampa de madera resonó en todo el sótano.

—Por fin —bufó Lucía con aspereza. Cuando se giró para observar al tritón, toda la dulzura había desaparecido de su rostro—. ¿Qué noticias hay de la mercancía?

—Almacenada en Las Barbas de Ballena —respondió Hodatar—. Salvo la parte de los piratas, claro.

—¡Te dije que la llevaras a Orlumbor! —protestó—. Tengo agentes en esa isla que podrían ocuparse de la mercancía. ¡En Las Barbas de Ballena no hay más que colonias de focas y rocas!

El tritón se encogió de hombros, indiferente a su estallido de cólera.

—Lo que no pueda vender a los ruathym, lo enviaré al sur en reducidas expediciones hasta Alarón. Allí tengo contactos con mercaderes de las Moonshaes. Su parte será al menos un tercio del valor de mercado de la mercancía en Aguas Profundas.

—Debería ser un porcentaje más alto —le espetó Lucía—. Sin la información que os di, vuestros piratas no habrían sabido cuál iba a ser la ruta comercial y no habrían podido asaltar los barcos.

—La información es muy valiosa —convino el tritón en tono furtivo—. Me pregunto qué pagaría Zzundar por saber que esos barcos desaparecieron siguiendo vuestras instrucciones.

Los ojos oscuros de Lucía se entrecerraron.

—Eres muy ambicioso, Hodatar —comentó mientras cogía una diminuta bolsa de seda de entre sus ropas y la balanceaba ante los ojos del tritón—. ¿No te parece suficiente recibir pagos tanto de mí como de la ciudad de Aguas Profundas?

Hodatar le arrebató la bolsa y desató ansioso la cinta. Sonrió con satisfacción mientras acariciaba los extraños componentes de hechizos que había solicitado como pago.

—La magia no es barata, y es una rareza bajo el mar. En cuanto aprenda a utilizarla, ¡seré capaz de dominar reinos que sobrepasarán con creces aquellos que los más ambiciosos conquistadores de tu mundo podrían soñar!

Lucía fingió un bostezo y tamborileó con la punta de los dedos sus delicados labios.

—No seas aburrido, Hodatar. Los futuros reyes de los peces no se inclinarán ante el chantaje —lo reprendió, disimulando la burla bajo un tono de elegancia—. Pero Granate me ha dicho que has sido un buen aliado y desea verte triunfar en tus estudios de magia porque, como hechicero, nos serás más útil en nuestra causa. Tengo un talismán que incrementará el poder de tus hechizos. —Se metió la mano en un bolsillo, pero de repente se detuvo y se mordió el labio inferior, fingiendo haber hablado sin pensar y estar ahora reconsiderando su decisión—. De todas formas, sería peligroso en manos de una persona inexperta —añadió precipitadamente.

—Un riesgo que aceptaré gustoso —accedió el tritón antes de zambullirse en el agua, y, con un veloz gesto de su cola, salir a la superficie.

Lucía Thione lo esperaba preparada. Extrajo a toda prisa una daga curva del bolsillo y la hundió en el vientre de la criatura, atravesando escamas y carne como si estuviera destripando una trucha. Hodatar cayó pesadamente sobre la superficie de madera boqueando por la impresión y el dolor mientras intentaba sujetar sus despanzurradas entrañas.

La dama contempló los estertores mortales del tritón con expresión impasible. Cuando el traidor Hodatar se quedó inmóvil, se arrimó al agua y salpicó el vestido

con el líquido salobre. Después, se alborotó el pelo con los dedos hasta convertir los elegantes tirabuzones en un amasijo de rizos castaños. Al final, cogió la bolsa de las monedas y desparramó un puñado por el suelo para aparentar que el tritón había intentado robarle y había muerto en la contienda.

Cuando regresó Zzundar, la dama se tiró en sus brazos y empezó a balbucir que ella no deseaba matar a Hodatar. Se puso a llorar con el rostro oculto en el amplio pecho del marino, permitiendo que él le acariciara el pelo y le murmurara fútiles tópicos sobre los dioses, el destino y el derecho de cualquier mujer a protegerse de ladrones y maleantes. Tras dejar que transcurriera el rato apropiado, alzó la vista hacia Zzundar y, tras esbozar una fugaz sonrisa de agradecimiento, murmuró envuelta en lágrimas que no deseaba estar sola aquella noche.

Como Lucía había supuesto, el marino estaba demasiado complacido por el súbito giro en los acontecimientos para poner en tela de juicio su historia, ni para pensar siquiera en preguntarle cómo sabía ella que una fuerte corriente subterránea provocada por la marea de la mañana arrastraría el cuerpo hasta lo más profundo de la bahía.

El propio Hodatar se lo había contado a Granate, y la misma Lucía había comprobado la teoría con el cuerpo de la doncella de Larissa Neathal. Zzundar no era el único miembro de la cofradía fascinado por la elegante belleza de Lucía y había sido relativamente fácil conseguir acceso al muelle para dos agentes de los Caballeros del Escudo. Por supuesto, había pagado a aquel hombre con una moneda menos personal que la que estaba ahora utilizando para enredar a Zzundar.

Miró de soslayo al marino y contuvo un suspiro. No era reacia a utilizar sus encantos y su belleza para conseguir sus objetivos, pero le producía amargura tener que recurrir a ellos para contribuir a la venganza personal de Granate contra Khelben Arunsun. Mientras salía de la cofradía acompañado de Zzundar, Lucía no pudo evitar preguntarse qué más cosas le exigiría la hechicera semielfa.

8

A horcajadas sobre su *asperii* mágico, Granate cabalgaba a través de las nubes coloreadas del amanecer en veloz viaje hacia el norte. A sus pies alcanzaba a ver las agujas de Luna Plateada relucientes a la suave luz rosada, y la visión la llenó de tenebrosa satisfacción. Habían pasado más de tres lunas desde la última vez que había visitado la ciudad maravillosa y había lanzado el hechizo para modelar a los bardos bajo su voluntad. Habían cumplido con su compromiso de forma admirable, y pronto demostraría el poder de la música.

Desde la atalaya que le proporcionaba su montura, Granate vislumbró una estrecha cinta marrón que constituía la ruta de comercio principal que comunicaba Luna Plateada con Sundabar. Envío una tácita orden a su corcel y el *asperii* obedeció sin rechistar ni quejarse, pero se percató de que los pensamientos telepáticos de la criatura estaban muy próximos a ella y por un instante se sintió irritada. No obstante, tenía demasiadas preocupaciones en la mente para inquietarse demasiado por el humor que pudiese tener su hosca cabalgadura.

Antes de que el sol llegara a su cenit, la rapsoda vio a sus pies los muros grises que rodeaban Sundabar. La ciudad había sido construida tiempo atrás por enanos y todavía conservaba su aspecto de fortaleza bien armada. Antaño había sido la sede del colegio de bardos conocido con el nombre de Anstruth y todavía tenía fama por la calidad de los instrumentos de madera que allí se fabricaban. La ciudad se asentaba en el cruce entre el río Rauvin y la ruta comercial y, más allá, se extendía la espesura que proporcionaba materia prima a los artesanos de la ciudad para hacer sus instrumentos. Las maderas más exóticas llegaban hasta allí a bordo de las barcasas que surcaban el ajetreado río. Desde la altura de Granate, los barcos de carga tenían el tamaño de gusanos de agua.

Siguiendo otra orden de la bardo, el *asperii* empezó a descender en espiral y aterrizó en terreno abierto junto a la ruta comercial. Una vez allí, entró en la ciudad sin problemas, porque los trovadores eran bien recibidos en casi todas partes por su música y por las noticias frescas que portaban.

Mientras caminaba por las estrechas callejuelas de adoquines frente a locales y tiendas de ajetreados comerciantes, descubrió que Sundabar había sufrido un profundo cambio desde la última vez que había paseado por sus calles, casi trescientos años atrás. Por ser hija de nobles, había estudiado de joven en Anstruth para obtener el grado de Alumno Magno, el máximo honor al que podía aspirar un bardo. Sin embargo, los años de estudio no le habían llevado a conseguir su objetivo porque un joven juglar de gran carisma la había convencido para unirse a los Arpistas y mientras ella correteaba por el Norland cumpliendo las órdenes de políticos como Khelben, sus colegas bardos habían iniciado su declive.

Granate no iba a perdonar eso nunca. Los Arpistas habían sido creados originalmente, al menos en parte, para mantener la tradición y preservar la historia, pero sus esfuerzos se encauzaban siempre hacia uno u otro objetivo político. Pensaba pagar a los nobles y a los gobernantes con su propia moneda. ¡Dejaría que Khelben y los de su ralea viesan lo que ocurría cuando la música y la historia ya no estaban a su servicio y fomentaban sus juegos políticos!

Orientarse por Sundabar le resultó a Granate más difícil de lo que había pensado. La ciudad por la que circulaba estaba ahora más preocupada por el comercio que por el arte y, para su pesar, descubrió que sólo seguía en pie uno de los edificios originales de la escuela Anstruth: una sala de conciertos cuyos muros de piedra habían resistido el paso del tiempo. La cólera dominó a la bardo cuando se dio cuenta de que el edificio, antaño de gran belleza, estaba ahora medio en ruinas y se había convertido en un simple almacén.

Aun así, ató la montura en el exterior y se dirigió hacia la puerta trasera del edificio. En el interior, encontró pilas de maderos y, en un extremo, vio un taller equipado con tornos y taladros que servían para transformar la madera en los exquisitos instrumentos musicales por los que recibía fama Sundabar. En varias mesas de trabajo se disponían numerosas flautas, orlos y flautines sin terminar; pero estaba sola en el lugar.

Los trabajadores acababan de salir, probablemente para tomar un almuerzo, pues la aguzada vista de Granate —parte de la herencia que le había traspasado su madre elfa— percibió las sombras borrosas de calidez que su presencia había dejado pero que se evaporaban rápidamente. Tenía poco tiempo para cumplir su cometido. Granate cogió un taburete y se sentó en mitad del taller. Una vez más empezó a interpretar la melodía que entrelazaba la magia y la música mientras cantaba el entresijo de acertijos que conformaban el hechizo.

Cuando hubo completado el encantamiento, Granate cogió el arpa y salió apresuradamente al callejón de atrás. Impaciente por probar su nuevo poder, dejó el arpa sobre los adoquines y con la mano derecha pulsó una única cuerda mientras con la mano libre hacía un gesto hacia arriba. Un relámpago restalló hacia arriba y desapareció en mitad de un banco de nubes.

La lluvia empezó de inmediato. Granate cerró los ojos y alzó la cara para impregnarse de las suaves gotas mientras sonreía al imaginar la reacción que una tormenta de semejantes características causaría en Aguas Profundas. La lluvia en el día de la Fiesta del Solsticio de Verano era un acontecimiento tan inusual que se consideraba como un presagio de infortunio. Utilizaría esa superstición para espolear el creciente descontento que se extendía en Aguas Profundas al tiempo que difundiría rumores de que la inestabilidad del tiempo se debía a la retorcida brujería de Khelben Arunsun. Tal vez era una maniobra de poca importancia, pero Granate era consciente

de que gobernantes más poderosos habían perdido el favor de los suyos por menos que eso.

Un soplo punzante golpeó a Granate en la mejilla, y luego otro. Abrió los ojos de par en par y se quedó petrificada. ¡La lluvia se había convertido en granizo! Se guareció en el portal del almacén para que no la alcanzaran los pedazos de hielo cada vez de mayor tamaño. Mientras la horrorizada semielfa observaba, el cielo se oscureció hasta adquirir el color de la pizarra y en la calzada empezó a acumularse la piedra.

Granate cruzó el interior del almacén hasta la puerta principal, donde había dejado atado al *asperii*. Desató a toda prisa al asustado y magullado animal para dejarlo entrar en el edificio mientras intentaba apaciguarlo con palabras dulces y proyecciones mentales que inspiraban confianza. El *asperii* se calmó y fijó sus aguados ojos castaños en su dueña. Durante un breve instante, el velo que el *asperii* había corrido entre sus dos mentes se abrió y Granate pudo atisbar el miedo y la indecisión que transmitía el caballo.

Por primera vez, Granate comprendió el significado del rechazo del *asperii*; cada caballo mágico era capaz de formar un único lazo telepático para toda la vida con un mago o sacerdote de gran poder, y el *asperii* no sería capaz de servir a nadie cuyos objetivos o motivos fueran malvados. Nunca hasta ahora había dudado Granate que la razón amparaba sus planes, y la tácita acusación que acababa de ver en los ojos del *asperii* le dolió tanto como una bofetada. La punzada de dolor le cruzó el pecho y le bajó por el brazo, y tuvo que sentarse jadeando en un cajón.

—Busco justicia, no venganza —susurró Granate cuando remitió la oleada de dolor. Volvió a observar los ojos del *asperii* y en ellos vio como en un espejo sus propias reflexiones—. En todas las cosas debe existir un equilibrio —concluyó con decisión.

El caballo se limitó a parpadear mientras miraba de reojo la puerta abierta. Al cabo de un momento, Granate también se quedó contemplando el granizo que caía como plomo. El silencio entre los dos fue total mientras esperaban a que la tormenta amainara.

Era extraño, meditó Jannaxil Serpentil, pero tarde o temprano todo pedazo de papel robado en Aguas Profundas acababa por llegar a su mesa. El propietario de Libros e Infolios Serpentil vendía de todo, desde libros de hechizos hasta cartas de amor, pero este último hallazgo era algo nuevo.

Sobre el papel había una caricatura de Khelben Arunsun. El archimago permanecía de pie ante un caballete, garabateaba sobre el lienzo con un pincel de enormes proporciones, mientras a su alrededor se alineaban los Señores de Aguas Profundas, vestidos de negro y sosteniéndole las paletas y los pinceles. ¡Por Deneir,

qué inteligente! El artista había sabido captar a la perfección el humor y los temores de la ciudadanía y había concentrado la mayoría de rumores y especulaciones en una única imagen, singular e inteligente.

Jannaxil se frotó la rala barba blanca con gesto pensativo. El secreto primordial de todo buen traficante —y él era uno de los mejores— era saber encontrar siempre un comprador para cada cosa. Nadie en Aguas Profundas sería tan necio para pretender chantajear al archimago, pero al comerciante se le ocurrieron de inmediato varias personas que podían tener interés en el esbozo.

Fijó en el presunto vendedor, un aprendiz de fabricante de instrumentos cuyas deudas sobrepasaban con creces sus ingresos, su mirada más ceñuda e intimidatoria.

—¿Dónde encontraste esto?

El joven se lamió los labios con nerviosismo.

—Uno de los clientes de Halambar lo dejó en la tienda, y pensé que tal vez...

—¡Dudo que seas capaz de pensar en absoluto! —Jannaxil echó otra ojeada a la caricatura y bufó en tono despectivo. La segunda norma para lograr el éxito era saber el valor de un objeto y luego convencer al vendedor de que debía aceptar mucho menos—. ¿Quién podría usar una cosa así? Te daré tres monedas de cobre, ni una más.

Jannaxil empujó las monedas hacia el joven.

—En el pasado me has proporcionado algunas piezas de valor. Estas monedas de cobre son como una inversión, porque espero que lo hagas mejor en el futuro.

—Sí, señor. —El aprendiz de Halambar parecía decepcionado, pero recogió las monedas y salió de la tienda.

Una vez a solas en su reino de hileras de libros polvorientos, Jannaxil chasqueó la lengua. Sentía tentaciones de guardarse para sí la caricatura, aunque estaba convencido de que la hechicera Maaril estaría encantada por la pulla satírica hacia su colega más poderoso y estaría dispuesta a pagar muchas piezas de plata por poseerla.

El desafío en esta transacción, meditó Jannaxil, era encontrar un mensajero lo suficientemente temerario para llevar el esbozo a la torre del Dragón. La torre de Maaril estaba construida realmente con la forma de un dragón, puesto en cuclillas y con la boca abierta como si estuviera a punto de atacar. Aunque la extraña torre era un punto de referencia en la ciudad y agradaba a niños y visitantes —en especial de noche cuando la luz en el interior iluminaba como fuego carmesí los ojos y la boca del dragón—, sólo los más intrépidos se aventuraban a acercarse lo suficiente para mirarlo más que a hurtadillas. La torre estaba protegida por una magia siniestra e incluso las callejuelas que la rodeaban eran peligrosas.

Jannaxil consideró el asunto durante largo rato y al final sonrió. Cierta ladrón de entre sus conocidos se había casado recientemente con un miembro de un clan de ricos mercaderes del Norland, una familia que, como había adquirido su riqueza hacía

poco, era muy consciente de su posición social. Jannaxil conocía a la dama que encabezaba el matriarcado, una mujer que apreciaba la respetabilidad por encima de todas las cosas y que no estaría dispuesta a aceptar un yerno con un pasado tan variopinto. Jannaxil estaba seguro de que el antiguo ladrón le haría ese pequeño favor, a cambio de seguir manteniendo la discreción.

Como bien sabía Jannaxil, el éxito de una transacción dependía plenamente de saber el precio justo de todas las cosas.

La expedición de Música y Caos siguió avanzando a buen ritmo durante el resto del día, pues deseaban poner el máximo de kilómetros de distancia entre ellos y el bosque Elevado. Pasó la tarde, y al anochecer habían dejado ya a su espalda las marismas.

La luna estaba alta en el cielo cuando por fin encontraron un campamento que reuniese las condiciones de seguridad y defensa que Elaith exigía. Mientras el elfo y Balindar se ocupaban de los caballos y de montar el campamento, Danilo se sentó junto a la hoguera y extrajo de su bolsa mágica el pergamino que tanto sudor les había costado conseguir. Cuando Wyn Bosque Ceniciento vio lo que el Arpista tenía en las manos, se apresuró a acercarse, con Morgalla pisándole los talones.

—¡Ábrelo! —le urgió el elfo, con la impaciencia y la excitación impresas en sus oscuros ojos verdes—. ¡Quizá nos revele quién hechizó a los bardos!

Danilo sacudió la cabeza y señaló el pedazo de lacre rojizo que sellaba el pergamino.

—Muchos pergaminos encantados tienen protecciones y romper este sello podría provocar algo mortal: una bola de fuego, un hechizo del olvido, una pelirroja iracunda... —Danilo ilustró la última posibilidad tirando de una de las trenzas rojizas de la enana, burlándose así de la feroz guerrera como si fuera su hermana pequeña. Morgalla puso cara de disgusto.

—¿Y ahora qué, bardo? —preguntó.

—Hay diminutas runas impresas en la cera —comentó Danilo mientras sostenía el pergamino cerca para examinarlo—. La escritura en sí no es antigua pero eso no significa que no sea algún tipo de hechizo. No reconozco el lenguaje.

—Déjame ver. —Vartain se aproximó y alargó una mano con gesto autoritario—. Los maestros de hechizos son necesariamente buenos estudiantes de lingüística y de tradición popular.

Danilo le tendió el pergamino.

—Léelo, si puedes, pero no toques el sello —ordenó con firmeza—. No me gusta sufrir más de una explosión al día.

El maestro echó un vistazo a las runas.

—Se trata de un dialecto vulgar del sespechiano medio, un lenguaje de la corte

desarrollado hace unos tres siglos pero que cayó en desuso mucho tiempo atrás — afirmó en un tono seco, didáctico—. Tras la muerte del barón de Sespech, la baronesa eligió un consorte joven de Turmish, un hombre con fama de atractivo pero que carecía de fluidez de palabra. Este dialecto vulgar del sespechiano, que todos los miembros de la corte se veían obligados a aprender, fue el intento de la reina por introducir a su nuevo consorte en las inquietudes sociales y diplomáticas de la vida de la corte.

—Lo mejor de los enanos y los elfos —interrumpió Morgalla con tono lastimero— es que por lo general llegamos al tema que nos ocupa al cabo de una hora o dos.

—Las palabras del sello parecen ser un acertijo y su título sugiere que tal vez sea la clave para abrir el pergamino —prosiguió Vartain con suficiencia—. Traducido al lenguaje común y después de hacer las correcciones necesarias de ritmo y métrica, sería algo así:

El principio de la eternidad.

Y también de la edad y el espacio.

El inicio de todas las eras

Y el final de siempre.

Wyn y Danilo intercambiaron miradas de confusión.

—La resolución de adivinanzas puede ser otra forma de magia —les informó Vartain—. Resolved el acertijo y con toda probabilidad abriréis el sello del pergamino.

—Dilo ya —le urgió el Arpista.

—La respuesta —repuso Vartain sin vacilar—, es la letra «E».

A medida que el maestro de acertijos hablaba, la cera se disolvió en una nubecilla rojiza y desapareció. Vartain desplegó el pergamino y, tras estudiarlo un momento, lo puso delante del Arpista.

El pergamino contenía sólo unas líneas, escritas en común. Danilo escudriñó las palabras.

—Parece una estrofa única de un relato sin rima o una balada —sugirió el Arpista—. La métrica tiene un diseño especial, pero no tengo ni idea de lo que significan las palabras.

—El significado ha sido cuidadosamente disimulado —explicó Vartain—. Las frases contienen varios acertijos menores, tejidos y entretejidos como un pedazo de tela. Si no estoy equivocado, este verso forma parte de un rompecabezas mayor.

Leyó en voz alta varios versos.

El primero de siete empieza ahora.

*Reemprende el camino olvidado.
Tejen telarañas de plata silenciosos cabos
Ante la música se inclinarán todos.*

El maestro de acertijos se detuvo y alzó la vista del pergamino.

—El primero de siete sugiere que esta estrofa es parte de un rompecabezas mayor. «Cabos silenciosos» es, según creo, otra forma de referirse a un broche de Arpista, ¿verdad?

—Sí —admitió Danilo con voz pausada—, aunque no es muy conocida.

—Por supuesto. Puedo conjeturar, por consiguiente, que el autor sea o bien un estudiante, como yo mismo, o más probablemente un Arpista. O tal vez ambas cosas, aunque una combinación así sea sumamente rara.

—Sin pretender ofender, por supuesto —intervino Morgalla con afabilidad.

El maestro señaló el tercer verso y prosiguió con la explicación, inmune al sarcasmo.

—A menudo se relaciona la magia con un tejido o una telaraña. Quizás el autor sea también una especie de mago.

Danilo pidió el pergamino y lo enrolló.

—De acuerdo. Voy a llevar esto de inmediato a Khelben Arunsun para que pueda seguirle la pista al lanzador de hechizos. Wyn, Morgalla, vámonos.

—Los caballos necesitan descansar —señaló la enana—, y está un poco lejos para ir andando.

El Arpista acarició un sencillo aro de plata que llevaba en la mano izquierda.

—Esto puede transportar mediante la magia hasta tres personas más sus monturas al patio de la torre de Báculo Oscuro, y os aseguro que el viaje es rápido e indoloro.

Morgalla palideció.

—¿He sido yo quien ha dicho que era lejos para ir andando?

—Tranquilízate, enana, todavía no te vas. —El tono frío de Elaith cortó en seco las protestas de Morgalla.

Danilo se volvió y reculó al ver a los hombres armados y alerta que habían formado un círculo cerrado a su alrededor. La luz de la hoguera se reflejaba en el desnudo filo de sus espadas. El Arpista se puso de pie para encararse al ceñudo elfo de la luna.

—¿De qué va todo esto?

—Tú y yo teníamos un acuerdo y hasta el final de la búsqueda somos socios y trabajaremos juntos.

—Pero mi búsqueda ha llegado a su fin porque tengo el pergamino que buscábamos.

—Tal vez sí, pero nuestro acuerdo original especificaba que yo obtendría una

parte del botín del dragón y, según Vartain, el autor del pergamino posee el tesoro que me falta.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —intervino Wyn.

—Creo que puedo responderte a esto —repuso Dan con calma—. Cuando desafiamos a Grimnosh, Vartain exigió que el dragón le diese un artefacto elfo que había sido robado en Taskerleigh. Grimnosh dijo que ya había cambiado aquel objeto «por una canción» y comentó que nosotros habíamos sido los primeros en responder a ella. Evidentemente, Vartain extrajo la conclusión de que la canción que mencionaba el dragón era la *Balada de Grimnoshtadrano*, la que nos había llevado al Bosque Elevado. Y como esa balada apareció por primera vez durante la Fiesta de la Primavera de Luna Plateada, supongo que fue obra del lanzador de hechizos que buscamos.

—Ésa es mi suposición —convino Vartain.

—Obviamente —prosiguió Danilo señalando con un ademán a Elaith—, nuestro bien armado compañero no desea que llevemos el pergamino a Aguas Profundas. Si Khelben descubre al lanzador de hechizos, es probable que Elaith no recupere ese misterioso tesoro, así que debe querer encontrar al hechicero por sus propios medios. —Danilo se volvió hacia el vigilante elfo de la luna—. Mi pregunta es la siguiente: ¿para qué nos necesitas? Es cierto que necesitabas un Arpista para robarle el pergamino al dragón, pero ¿para qué ahora?

Elaith permaneció en silencio durante largo rato mientras examinaba a Danilo con expresión calculadora.

—¿De veras eres un Arpista? ¿No será uno de esos juegos ridículos a los que tan aficionados sois los nobles de Aguas Profundas?

—¿Un juego? Si alguna vez empiezo a divertirme con esta expedición —aseguró Danilo con toda seriedad al elfo—, te lo haré saber.

—¿Y tus pretensiones como músico? ¿Son también de verdad?

El noble suspiró.

—Aquí me tienes, aunque es difícil decir si sí o no. He hecho cursos, por supuesto, pero no según la usanza tradicional. No he asistido a una escuela de bardos, porque cerraron antes de que yo naciera, ni evidentemente he sido aprendiz de algún bardo ilustre, pero mi madre, lady Cassandra, es un músico bien dotado e insistió en que yo tuviera los mejores maestros. Por supuesto, fueron todos privados. De pequeño, era muy aficionado a las travesuras y varias de las escuelas más reputadas de Aguas Profundas se arrepintieron de haberme aceptado como estudiante. Presa de la desesperación, lady Cassandra se ocupó personalmente de contratar un ejército de tutores, que incluía músicos especializados en los estilos de cada uno de los siete mayores colegios de bardos. Ninguno de ellos duró mucho tiempo, pero conseguí aprender un poco de aquí y de allí.

Danilo sonrió con simpatía.

—Y ahora que conoces la historia de mi vida, quizá me cuentes algo más sobre ese artilugio elfo que buscas. Me encantaría escuchar esa historia.

—¿Después del relato de tu vida? ¡No tendría interés! Dicen que hay personajes que nunca deben ser imitados. Los perros, los niños, los bufones, y cosas así. —Los ojos ambarinos del elfo de la luna no traducían más que un matiz de burlona diversión.

—No vas a admitir nada, ¿verdad? Bien, puedo entenderlo. Tienes que preservar la mística elfa, y todo eso. Lo que me intriga, sin embargo —añadió el joven, pensativo—, es qué lugar ocupa tu hoja de luna en todo esto.

La expresión de cordialidad de Elaith se esfumó.

—Eso no es asunto tuyo.

—Es por si vamos a ser socios.

—Somos socios. Necesito los servicios de un mago y de un bardo y tus credenciales no son malas. —Los labios de Elaith se curvaron para formar una fina sonrisa—. Como bardo, no eres una amenaza para Storm Manodeplata, pero sin embargo eres lo mejor que podemos encontrar dadas las circunstancias.

—La historia de mi vida —murmuró Danilo.

—Has demostrado ser capaz de manejar una magia considerable. Los dragones suelen tener una resistencia poderosa a los hechizos, pero pudiste controlarlo.

—El pergamino es en cierto modo un acertijo. Seguro que Vartain puede descifrarlo, pero tengo razones para pensar que un conocimiento de ambas cosas, de magia y de música, puede resultar útil para mi búsqueda. Voy a dejar bien claros los términos de nuestro acuerdo para que no haya malentendidos. Combinaremos nuestros recursos y talentos hasta que se descifre el pergamino y se encuentre a quien invocó el hechizo. Tú podrás hacer lo que sea necesario para deshacer el hechizo sobre los bardos, pero yo tomaré posesión del artefacto. Cuando todo haya acabado, nos separaremos. Me parece más que razonable.

No lo era, pero Danilo consideró las opciones. No veía otra manera de conseguir su propósito, pero aceptar significaría poner un artefacto muy poderoso en las maléficas manos del elfo. No tenía ni idea de lo que Elaith haría con ello, excepto tal vez...

La hoja de luna. ¡Seguro que el elfo había descubierto un modo para restablecer la magia latente de la espada élfica! Ésa tenía que ser la respuesta. No podía haber otra conexión, aunque la posibilidad era aterradora ya que él era consciente de que cada hoja de luna tenía poderes increíbles y singulares. Si ése era en verdad el motivo de Elaith, sólo quedaría por resolver un misterio: ¿por qué iba a implicarse tanto el elfo para recuperar una espada que nunca podría empuñar? Era el último de su clan y la espada simplemente recuperaría la inactividad en sus manos. ¿Qué beneficio podía

obtener el elfo? Una cosa sabía Danilo con certeza: Elaith tenía ya mucho poder acumulado sin contar con la amenaza añadida de una hoja de luna restaurada o ese misterioso artilugio elfo.

—Por desgracia, tengo un compromiso previo. El archimago de Aguas Profundas me está esperando y no puedo darle largas. Así que, si me disculpas...

—No. Hicimos un pacto. —El ceño del elfo se arrugó—. Quiero que cumplas con tu palabra y con tu honor.

Danilo hizo una pausa, y en su rostro llevaba escrita la divergencia de compromisos que tenía en su interior.

—Te lo haré más fácil —ofreció Elaith antes de volverse hacia Balindar—. Ya que parece disfrutar de la compañía de la enana, la dejaré a tu cargo. Si lord Thann nos traiciona, la matas. —El mercenario de oscura barba titubeó, pero al final hizo un tenso ademán de asentimiento.

—¿Así es como cumples con tus acuerdos? —protestó Danilo.

—Mi pacto fue contigo, no con ella. Si lo prefieres, haré una promesa solemne de que no levantaré una mano o un arma contra ti personalmente.

—Cosa que me llena de tranquilidad.

—Sea lo que fuere lo que cuenten de mí, mi palabra es todavía una cuestión de honor —manifestó el elfo de la luna con queda dignidad.

Danilo desvió la vista hacia Morgalla, que permanecía con los brazos cruzados contemplando al enorme mercenario que la custodiaba. Balindar lucía una expresión bastante acobardada en su barbudo rostro, pero apuntaba con una espada a la enana y probablemente no dudaría en utilizarla. El Arpista tenía pocas opciones.

—¿Y bien? —lo urgió el elfo mientras alzaba una de sus plateadas cejas en un gesto burlón—. ¿Hay trato?

—Qué remedio.

Elaith chasqueó la lengua.

—¡Vaya entusiasmo! ¿Acaso eres de esos que hacen caso de los rumores y temes compartir el mismo destino que se supone que tuvieron mis anteriores socios? —se mofó.

—¿Un bardo escuchando rumores? Vaya novedad... —se maravilló Dan—, pero ahora que lo mencionas, socio, ¿debería preocuparme?

El elfo meditó la respuesta.

—Probablemente —admitió con despreocupación.

Tras dar instrucciones a Danilo de que diera el pergamino a Vartain, Elaith ordenó a Balindar que se relajara y el mercenario enfundó la espada con un profundo suspiro de alivio mientras hacía un gesto de disculpa a Morgalla. Wyn Bosque Ceniciento, que había palidecido por la rabia y aquel atropello, condujo a la enana a salvo lejos de los guerreros, y luego se perdió entre las sombras. Danilo se dispuso a seguirlo,

temeroso de que el rapsoda del hechizo pudiera tener algo en mente y con la esperanza de tranquilizarlo. Mientras, Morgalla se situó en el extremo más alejado del campamento y empezó a dibujar de forma frenética.

Una vez a solas con sus hombres, Elaith les indicó que se acercaran.

—No vamos a correr riesgos —les comentó con voz gélida—. Balindar, la orden sigue en pie. Si lord Thann intenta seguir por su camino, la enana morirá. El Arpista tiene eso muy claro; procura tenerlo tú también. Y tú —añadió dirigiéndose a otro de sus hombres—, a la menor ocasión, roba el anillo mágico de Thann y dámelo. No nos interesa que pueda coger a su querida enana y desaparecer en un parpadeo.

—¿Yo? —balbució el interpelado.

—No seas estúpido —le espetó Elaith—. Todos nosotros sabemos que eres un ladrón experto. Utiliza tus habilidades como te ordeno, y no habrá motivo para que los demás sepan de tus cualidades. No creo que fueras muy bien recibido en los salones de Aguas Profundas, ni alabado en las fiestas de lady Raventree, si se supiera que iniciaste tu carrera como golfillo callejero. ¿Me explico con claridad?

—Bastante —repuso la víctima con inusual laconismo.

—Perfecto. Sarna, tú y Tzadick os encargaréis de hacer la primera guardia. Balindar, ocúpate de vigilar a la enana. Vartain, tú y Thann empezad a trabajar en ese pergamino. Los demás podéis descansar lo que queráis. Me temo que nos espera un arduo camino.

En los aposentos privados de su mansión alquilada, lord Hhune de Tethyr disfrutaba de una cena tardía con unos cuantos agentes de alto nivel de los Caballeros del Escudo. Se sentía casi jovial aquella noche, encantado con el súbito cambio que había sufrido su viaje a Aguas Profundas. Había dejado a un lado su desagrado inicial por Granate porque el papel que le había asignado la hechicera semielfa casaba a las mil maravillas con sus propias ambiciones. Hhune era un jefe de cofradía en su propia localidad, y pensaba que aquella espléndida ciudad del norte tenía muchas posibilidades porque carecía de gremios de ladrones y asesinos, y él estaba trabajando en su creación. Aguas Profundas era una ciudad en cierto modo abandonada a su suerte. No había organizaciones poderosas de criminales que pudieran poner en peligro las actividades de Hhune.

Hasta la perspectiva inmediata de Hhune le resultaba halagüeña, porque disfrutaba de un succulento caldero de ostras mientras escuchaba el informe de sus mejores agentes. El delgado y furtivo amnita conocido sólo con el nombre de Chachim siempre parecía superar todas las expectativas.

—Tal como ordenó, maté con mis propias manos al mercader que lady Thione delató como miembro de los Señores de Aguas Profundas —anunció Chachim, como era de esperar—. Lo seguí al hogar de la bruja Maaril y lo asesiné en las cercanías.

Nadie me vio porque pocos se aventuran a acercarse a la torre del Dragón. Dejé el cuerpo del mercader cerca del callejón Azul. Si alguna vez lo encuentran, creerán que fue víctima de una de las trampas mágicas que rodean la torre. —El agente se interrumpió y cogió un pedazo de papel doblado que llevaba en la manga—. Cogí esto del mercader. Pensé que lo encontrarías interesante.

Hhune desplegó el papel y se echó a reír.

—¡Esto no tiene precio! ¿Quién es el artista? ¡Me encantaría tener un centenar como éste!

Chachim hizo una reverencia.

—Me he anticipado a sus deseos, lord Hhune. Hay un estampador en la zona del mercado que sabe esculpir dibujos en un pedazo de madera por el módico precio de veinte piezas de oro. Una vez está esculpido el taco de madera, se pueden estampar tantas copias como se desee.

—¡Bien, bien! —asintió Hhune al sirviente, que contó la cantidad antes de pasársela a Chachim. Por añadidura, Hhune dio al agente una de sus monedas especiales recién acuñadas, que normalmente se daban como premio a quien había proporcionado un servicio notable. Chachim volvió a hacer una reverencia y salió de la estancia con el dibujo y el oro.

El jefe de cofradía chasqueó la lengua. Aunque la tarea que se le había asignado era hostigar a los Señores de Aguas Profundas incrementando la actividad criminal, vio que podía obtener un beneficio aún mayor contribuyendo al objetivo personal de Granate: deponer al archimago Khelben Arunsun. Hacer circular un dibujo que ridiculizara al archimago y abonara la controversia sólo podía proporcionarle el favor de la poderosa hechicera semielfa.

—Brindemos por Aguas Profundas, amigos míos —animó el jefe a su cohorte mientras alzaba su jarra—, y por el día en que esta ciudad nos pertenezca.

9

Era ya noche cerrada cuando Vartain y Danilo abrieron el pergamino en medio de un círculo de mercenarios dormidos. Wyn estaba sentado en silencio a poca distancia, y escuchaba todo lo que decían con una expresión de creciente preocupación en sus enormes ojos verdes.

—La primera estrofa está solucionada —expuso por fin Vartain—. Según nuestras suposiciones, se refiere al hechizo lanzado sobre los bardos en Luna Plateada.

—¿Por qué sigues refiriéndote a esos versos como la primera estrofa? —preguntó Danilo—. ¡No hay nada más en el pergamino!

—Todavía no. —El maestro de acertijos señaló una débil mancha en el papel que evocaba la silueta de palabras, y ante los incrédulos ojos del Arpista, una segunda estrofa empezó a tomar forma—. No es inusual en un hechizo de tanta complejidad como éste. El primer verso se refiere a una lista de siete y, a medida que se vayan resolviendo, irán apareciendo los siguientes. Es un sistema que impide que el acertijo se resuelva con demasiada facilidad.

—Como utilizar un dialecto remoto de sespechiano para ocultar la clave de la adivinanza —convino Danilo.

—Precisamente. Sin embargo, todos estos detalles oscuros nos revelan cosas sobre la persona que ha invocado el hechizo. Él, o ella, o ello, que también es posible, es alguien versado en el arte de los maestros de acertijos. Es posible que sea un estudioso del sespechiano o que sea su lengua nativa, en cuyo caso eso indica que nuestro enemigo tiene al menos trescientos años de edad.

—Lo que tendría sentido teniendo en cuenta su interés por el artefacto elfo. Trescientos años no es una edad avanzada para un elfo —comentó el Arpista mientras miraba de soslayo el texto que acababa de aparecer en la página—. ¿Qué puedes averiguar sobre esto?

Vartain inclinó el pergamino para buscar la oscilante luz de la hoguera.

—La respuesta a las dos primeras líneas es «madre». Muchos acertijos utilizan las relaciones familiares como base, aunque la mención de la asperilla me desconcierta —admitió.

—Puedo dar una explicación a eso —repuso Danilo con una tensa sonrisa—. Mi familia negocia con vinos y gran parte de nuestra riqueza la debemos a esa hierba. Crece en las islas Moonshae y se utiliza para destilar ese famoso vino de primavera que riega las festividades del verano.

—Fascinante. Entonces hemos de suponer que la madre a que hace referencia aquí es la madre Tierra, la diosa que es sinónimo de las propias islas Moonshaes. ¿Dónde crece esa hierba, en concreto?

—¿Dónde? En la tierra, supongo. Mira, no soy experto...

—No me refiero a eso —lo interrumpió Vartain, impaciente—. ¿Dónde se fabrica el vino aromático? ¿Podría ser importante!

Danilo meditó unos instantes.

—Ahora que lo mencionas, mi profesor de la escuela de MacFuirmidh me habló de las vastas extensiones de jardines y viñedos que rodeaban el colegio. Por supuesto, la escuela ha caído en el olvido, pero los viñedos son un negocio próspero. Al menos, lo eran hasta esta última estación —añadió Danilo—. Hace tres ciclos lunares, se malograron las cosechas y los jardines de hierbas aromáticas y viñedos quedaron prácticamente asolados. Yo estaba en Tethyr en aquel momento, trabajando con los mercaderes de vinos de la región, y, como puedes suponer, los comerciantes de vinos del sur estaban encantados con la situación.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —El tono de Vartain contradecía sus palabras, y esperó a que el joven Arpista reconociera su ignorancia.

—Lamento defraudarte —admitió Danilo sin alterarse—, pero sí que lo sé. —Las cejas del maestro de acertijos se enarcaron, cosa que hizo esbozar una media sonrisa al Arpista—. Cuando el arte de los bardos estaba en su apogeo, había siete colegios de aprendizaje dispuestos según un orden de honor e importancia. Un trovador que aspirara a perfeccionar el oficio debía acudir a todos ellos siguiendo un orden específico para llegar al nivel de maestro de bardos. Nuestro misterioso contrincante parece estar representando una extraña parodia con todo esto. El primero de estos colegios de bardos estaba situado en Foclucan, junto a Luna Plateada. Allí lanzó un hechizo sobre los bardos y sobre las baladas, aunque admito que no tengo ni idea de cómo lo hizo. Tú que estabas allí, Wyn, ¿tienes idea de cómo lo logró?

—Todavía no —respondió el elfo con tono tenso.

—Las cosechas se malograron de forma súbita y misteriosa, poco después de los sucesos de la Fiesta de la Primavera de Luna Plateada. El acontecimiento queda descrito en la segunda estrofa, que hace referencia a MacFuirmidh, el segundo de los colegios de bardos. —Danilo hizo una pausa para respirar hondo—. Dos puede ser coincidencia, tres forma ya un patrón definido. En la tercera estrofa —se detuvo para señalar el punto sobre la página en blanco donde aparecerían las palabras—, si menciona la ciudad de Berdusk y el colegio de bardos conocido con el nombre de Doss, sabremos qué esperar del total de los siete hechizos. También sabremos el rumbo que tomará nuestro oponente.

—Bien hecho —admitió Vartain a regañadientes.

—Y aún hay más —añadió Danilo—. Empecé esta búsqueda con la única intención de anular la maldición sobre los bardos, pero es evidente que eso es sólo parte del problema. Ahora dudo de que esas calamidades hayan sido elegidas al azar, con toda probabilidad contribuyen a un objetivo final. Eso es lo que debemos descubrir, para encontrar y detener al hechicero antes de que cumpla su propósito. Es

imperativo que resuelvas los acertijos lo antes posible para que sepamos qué forma adoptarán los hechizos siguientes.

El maestro de acertijos pareció sorprendido por el tono categórico de Danilo.

—Estoy al servicio de Elaith Craulnober —le recordó al Arpista.

—Parece que Elaith y yo somos socios en este empeño —replicó Danilo—. Trabajas para los dos. Piensa en esto antes de poner límites a tu lealtad: Elaith desea poseer el artefacto, pero yo quiero atrapar a la persona que se oculta detrás de todo esto. ¿Puedes decirme con honestidad que perderías la oportunidad de medirme con el autor de este pergamino hechizado?

El pensamiento hizo parpadear una llama en los grandes ojos negros del maestro de acertijos y, al ver el brillo que asomaba en ellos, Danilo se sintió satisfecho. Se puso de pie y se afanó en despertar al campamento, mientras dejaba tiempo a Vartain para que hiciera suyo el objetivo del Arpista.

La expedición de Música y Caos estaba de nuevo en camino al amanecer. Por insistencia de Danilo —y con ayuda de otra de las gemas del botín del dragón—, Balindar se ocupó de guiar las riendas del caballo de Vartain para dejar que el maestro de acertijos pudiera dedicarse a estudiar el pergamino.

Wyn y Morgalla cabalgaban uno junto al otro, como de costumbre. Era evidente para Danilo que la enana había encontrado en Wyn el mentor musical que buscaba pero, aunque odiaba interrumpir su camaradería, necesitaba tiempo para convencer a Wyn de que compartiera con él el mágico canto elfo. Después de su conversación con Vartain, el hecho de ahondar en el tema hacía sentirse a Danilo como si fuera un malabarista jugando a mantener demasiadas bolas en el aire.

—Ven un rato a mi lado —pidió al elfo. Morgalla captó la indirecta y situó a su robusto poni junto a Balindar. El mercenario puso cara compungida al ver que se aproximaba la enana, pero ella soltó algún comentario jocoso que hizo reír al hombre y pareció aligerar su conciencia.

Danilo rebuscó en la bolsa mágica que pendía de su cinto y extrajo el libro de hechizos que Khelben le había preparado.

—Éste es el encantamiento que utilicé con Grimnosh. Procura no mirar las runas porque puede ser peligroso para alguien no preparado. Es un hechizo de embrujo, muy parecido al que usaste tú en la marisma, y sugiere que la magia hechicera y el canto hechizador elfo pueden ser compatibles.

—Después de lo ocurrido en el Bosque Elevado, no puedo negarlo —admitió el elfo a su pesar—. Morgalla me contó lo sucedido y, cuando me cantó la melodía que usaste, vi que era idéntica al poderoso hechizo de encantamiento elfo. Es eso lo que intentabas decirme la otra noche, un canto hechizador elfo podía escribirse con notaciones arcanas.

—De hecho, no. Yo no tenía ni idea de que era un canto hechizador elfo. Nunca

había visto nada parecido, y no tenía ni idea de lo que era ni, en realidad, de si serviría. Khelben me había dado el libro, pero nunca oí que él lanzara un hechizo de este tipo. —Danilo hizo una pausa y frunció el entrecejo—. Claro que, si pienso en ello, ya sé por qué: la voz de tío Khelben recuerda al maullido de un gato callejero y enamorado.

«Pero desde ese instante le estoy dando vueltas al tema —prosiguió tras sacudir ligeramente la cabeza—. Como el buen archimago suele reprenderme a menudo, no debo dejar que mi mente divague, porque es demasiado pequeña para moverse sola.

—¿Qué decías? —lo instó Wyn en tono cortés.

—Divagaba. Pero el caso es que no soy un elfo pero soy capaz de invocar magia a través de la música. ¡Imagínate todas las posibilidades! —Danilo esperó a que el elfo respondiera, pero Wyn mantuvo los ojos fijos en el camino que se abría ante ellos—. ¿Ves lo que puede significar eso para los Arpistas? Después de que acabara la Época de Tumultos y los dioses regresaran a sus propias esferas, la magia sufrió cambios importantes y la de los bardos fue robada a los humanos. ¡Piensa lo que podría ocurrir si los bardos pudiesen aprender la magia del canto hechizador elfo!

—Ya he considerado esa posibilidad.

—¿Y?

El juglar elfo siguió avanzando en silencio durante unos instantes antes de volverse para observar al Arpista.

—Por favor, escucha mi explicación antes de ponerla en tela de juicio. Ten presente, sobre todo, que no pretendo ofender a nadie y que mi reticencia nada tiene que ver con tu persona.

—Me parece que he oído ese discurso una docena de veces en boca de doncellas de Aguas Profundas —comentó Danilo con sorna.

La sonrisa de Wyn fue breve.

—El canto elfo, que tan acertadamente llamas magia del canto hechizador, es un poder al que es fácil acceder una vez se aprende. Sin embargo, medita sobre esto: el poder se adquiere con más facilidad que la sabiduría. La esperanza de vida elfa comprende muchas vidas humanas, y eso nos proporciona una perspectiva diferente, así como una paciencia de la que los humanos, por lo general, carecen. Nosotros nos guiamos por tradiciones complejas y antiguas, y se nos insta a considerar muchas soluciones antes de recurrir al uso de la magia. Si los humanos pudiesen resolver sus dificultades cantando una canción, la tentación para abusar de ello, seguramente sería imposible de resistir.

—Ese mismo argumento sirve para cualquier tipo de magia —repuso Danilo—, y sin embargo muchos humanos manejan la magia con honra.

—Y hay otros muchos que no. Al menos la magia de un hechicero requiere tiempo de estudio y de memorización del hechizo antes de cada invocación, lo cual

garantiza cierto tiempo para reflexionar e impide que muchos magos actúen con precipitación. Sin embargo, el canto elfo no tiene esa protección: en cuanto se aprende una canción hechizadora, puede invocarse a voluntad. —Wyn sacudió la cabeza—. Lo siento, pero he pasado muchos años entre músicos humanos y no existe ninguno a quien me atreviera a confiar dicho poder. Vuestra forma de ser y la elfa son demasiado distintas.

—¡Tengo las dos estrofas siguientes! —anunció Vartain.

La interrupción del maestro de acertijos ahogó la protesta que Danilo tenía en la punta de los labios.

—¿Podemos seguir discutiendo esto más tarde? —preguntó al elfo.

—No nos hará bien —respondió Wyn, conciso pero tranquilo.

Aunque se sentía profundamente decepcionado, a Danilo no le quedaba otra opción que aceptar la decisión del elfo, así que inclinó la cabeza para hacer una ligera reverencia y luego guió su caballo hasta colocarse al lado de Vartain.

—Tenías razón —comentó el maestro de acertijos con un tono de voz menos petulante de lo normal—. El tercer y el cuarto lugar son también colegios de bardos. El pergamino nombra el de Doss, en Berdusk, y Canaith, situado cerca de Zazasspur, en tierras de Tethyr.

—Yo vine hace poco de Tethyr —comentó Danilo pensativo, recordando la balada que lo había conducido al norte. Había intentado apartar de su mente el recuerdo de aquella noche, pero ahora se dispuso a evocar lo sucedido en busca de algo que pudiese servir como clave. Deseó haber preguntado a Arilyn más detalles sobre el bardo que había difundido aquella balada porque tal vez aquella información les habría sido de utilidad en esos momentos—. ¿Qué poderes adquirió el hechicero? —inquirió para regresar al tema que tenían entre manos.

—En Berdusk, la habilidad para invocar o controlar monstruos que utilicen la música como arma. Eso tal vez serviría de explicación para los tubos anfibios que encontramos en las marismas cerca del Bosque Elevado. Es interesante resaltar que recientemente se han incrementado en gran medida los ataques de monstruos sobre viajeros y granjeros del sur de Aguas Profundas. En muchos casos, las víctimas fueron asesinadas antes de poder desenfundar las armas. Los incidentes parecían suceder en un tramo entre Berdusk y Aguas Profundas. —El maestro se detuvo para meditar—. Al respecto, el fracaso de muchos cultivos alrededor de Aguas Profundas ha sido estrepitoso este año, pero no ha sucedido en ningún otro lugar del Norland, salvo esa zona de las Moonshae.

—Maravilloso —musitó Danilo—. ¿Y qué sucedió en Canaith?

—El hechicero obtuvo el poder de influir en las multitudes a través de la canción. En su día había sido un tipo de magia propia de los bardos, pero que quedó en desuso durante la Época de Tumultos.

Danilo se mantuvo en silencio mientras movía en la mente las piezas de ese extraño rompecabezas para ver dónde encajaban. Tras un instante, abandonó.

—¿Qué va a suceder en Sundabar? El antiguo colegio Anstruth estaba allí.

—No he llegado tan lejos.

El Arpista se rascó la barbilla, pensativo.

—Es posible que el hechicero tampoco haya llegado tan lejos. Es evidente que nuestro oponente viaja muy rápido, pero quizá podamos adelantarlo.

Danilo espoleó a su caballo para situarse a la cabeza de la expedición. El elfo de la luna cabalgaba sin bajar la guardia, como de costumbre, y sus cabellos de plata relucían bajo la brillante luz de la mañana.

—Tendrás que vivir sin mí durante una breve temporada —anunció el Arpista—. Me voy de inmediato a Sundabar, pero prometo por mi honor que regresaré antes del amanecer.

—Por la vida de la enana que te creo —replicó Elaith con intención, y luego esbozó una sonrisa—. Intentaré contener las lágrimas durante tu ausencia. ¿A qué dios benévolo debo agradecer este giro en los acontecimientos?

—A Khelben Arunsun, pero no lo llames así. En lo que a deidades se refiere, no es muy amigo de las ceremonias. Ahora, bromas aparte, el archimago me dio un anillo de teletransporte que puede conducir hasta tres personas al lugar que yo elija. Me voy a Sundabar, porque existe la posibilidad de que allí pueda pillar a nuestro hechicero.

—Entonces, partamos de inmediato.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

—Por supuesto. —El elfo sonrió mientras extraía un aro de plata de una bolsa que llevaba atada en el cinto—. Tu anillo mágico, supongo.

Danilo se quedó mirándolo de hito en hito, y luego se contempló las manos. Era evidente que le faltaba uno de los anillos.

—¿Cómo...?

—Dediquémonos a cosas más importantes —lo interrumpió el elfo mientras devolvía el anillo a su dueño—. Si te hace sentir mejor, podemos llevar a alguien más con nosotros.

El Arpista asintió con desgana mientras volvía a colocarse el anillo en el dedo.

—O Wyn o Morgalla. Los demás están a tu servicio, y no me fío de ninguno de ellos. —Alzó la voz para llamar a la enana—. Morgalla, ¿te gustaría teletransportarte conmigo a Sundabar?

—¿Te gustaría darle un beso a un orco? —respondió la enana con buen humor. La reticencia de los enanos a los viajes mágicos era notoria, y Morgalla no constituía una excepción.

—Wyn nos servirá —repuso Danilo en tono despreocupado—. Sólo hay un

problema: no puedo usar el anillo más que una vez al día, así que no podremos regresar antes del crepúsculo. Además, sólo puedo ir a lugares donde haya estado antes. Como estamos a un día de viaje de Taskerleigh, propongo que nos encontremos con los demás allí mañana por la mañana.

Elaith accedió e hizo detener a toda la expedición para explicar el plan a los demás. Dejó a Balindar al cargo y les dio instrucciones concisas para montar el campamento junto a un riachuelo cercano, lejos tanto de las ruinas de Taskerleigh como de las colinas infestadas de arpías.

Cuando todo estuvo listo, Danilo hizo girar el anillo y cuando el remolino blanco del hechizo de teletransporte empezó a envolverlo cogió a los dos elfos por las muñecas para que viajaran con él. Tras un prolongado instante en que no sintieron otra cosa que viento arremolinado, envueltos en una luz blanca, se encontraron de repente en Sundabar.

Y se encontraron también hasta los tobillos hundidos en hielo. Danilo se quedó mirando boquiabierto el paisaje devastado que los rodeaba. Aunque el aire era cálido, el hielo derretido rezumaba por las calles y el agua formaba riachuelos en las cunetas. Se inclinó para coger un pedazo de hielo del fango que, aunque medio derretido, tenía el tamaño de un huevo de gallina. Debía de haber habido una tormenta de granizo de consideración, pensó mientras contemplaba cómo los ciudadanos empezaban a poner manos a la obra para reparar los daños. Un pequeño ejército de trabajadores se disponía a sustituir los cristales destrozados, médicos y curanderos se apresuraban a repartir pociones de hierbas y amuletos mientras que los trabajadores de la ciudad se afanaban por retirar los animales muertos y moribundos. Sólo los chiquillos parecían complacidos por la novedad, y corrían de aquí para allá jugueteando con las bolas de nieve.

Durante un instante, Danilo se preguntó si no habría fallado el hechizo de teletransporte y les había llevado a una ciudad situada más hacia el norte, quizá Sossal, o alguna otra gélida ciudad.

Elaith aparentemente albergaba el mismo pensamiento.

—Por los Nueve Infiernos, ¿dónde estamos?

El Arpista se volvió al edificio que tenían detrás y echó una ojeada al pesado rótulo de madera: La Pícara Doncella. Sí, era el nombre de la taberna a la que había acudido en más de una ocasión y era el lugar que había elegido como destino del viaje.

—Seguro que estamos en Sundabar.

—En ese caso —repuso Elaith—, será mejor que nos hagamos a la idea de que hemos llegado un poco tarde.

Cuando Granate se levantó aquella mañana, el sol lucía alto en el cielo sobre

Sundabar. Exhausta por el prolongado vuelo y agotada también por la invocación del hechizo, había alquilado una habitación en una posada situada cerca del almacén. Su *asperii* necesitaba también reposo porque el regreso a Aguas Profundas les llevaría al menos dos días enteros de vuelo ininterrumpido.

La hechicera se apoyó en el alféizar de la ventana y echó un vistazo a la calle. Había pasado casi un día desde que cayera la tormenta de granizo, pero las calles seguían cubiertas de hielo. Granate soltó un profundo suspiro mientras observaba el arpa elfa, pues controlarla le estaba resultando más difícil de lo esperado.

Se vistió a toda prisa y bajó al comedor. Mientras desayunaba fruta y tortas de avena, comprobó distraída que los demás clientes no podían hablar de otra cosa que de la tormenta, y que todos la veían como un presagio de grandes desgracias, porque había ocurrido muy cerca del solsticio de verano. Granate lo observaba todo con suma satisfacción. ¡Al menos su hechizo había conseguido el objetivo que pretendía!

Tres de los clientes parecían tener gran curiosidad por la tormenta. Dos de ellos eran elfos, y el tercero, un joven de rubios cabellos y contagiosa sonrisa al que atendía una joven sirvienta, con quien el desconocido coqueteaba descaradamente mientras intentaba sacarle información a la muchacha sobre la tormenta de hielo.

—¡Intenta recordar por qué estamos aquí, lord Thann! —gruñó el elfo de cabellos plateados cuando la mujer se alejó para traer lo que habían pedido. Aunque hablaba en voz muy baja, el fino oído elfo de Granate alcanzó a distinguir las palabras—. Mientras pierdes el tiempo con una doncella, nuestra hechicera se escapa.

¡Thann! ¿Era posible? Granate estudió al joven con creciente inquietud, advirtiéndole el laúd que llevaba al hombro y el estado ajado de su ropa de viaje. Si era el sobrino de Khelben, ¿qué estaba haciendo en Sundabar? A pesar de que Danilo Thann tenía fama de necio, a estas alturas podía haber descubierto la pista que conducía a Grimnoshtadrano, pero la posibilidad de que hubiese sobrevivido al encuentro con el dragón era demasiado ridícula para ser tomada en consideración. Al fin y al cabo, Granate había estudiado y alterado las canciones de Danilo y sabía lo que el joven bardo era capaz de hacer. No tenía el fuste de músico y mago necesario para superar a Grimnosh.

—Los sirvientes de las tabernas oyen muchas cosas —se defendió el joven ante su compañero elfo—. Mucha gente se atreve a hablar con franqueza delante de ellos, como si fueran invisibles o sordos, o como si fueran incapaces de divulgar información. Te quedarías sorprendido, mi querido Elaith, de la cantidad de información que poseen.

—Hablas como un verdadero Arpista —replicó Elaith, y por el tono de su voz quedó claro que para él aquello no era un cumplido—. ¿Qué propones que hagamos ahora, Danilo? —preguntó el elfo dorado.

Granate contuvo el aliento. Era Danilo Thann, y se contaba entre los Arpistas. De

algún modo, el joven que ella había intentado utilizar como instrumento se había convertido en su adversario. Se inclinó hacia adelante para seguir atentamente la conversación.

El joven Arpista hizo una pausa para reflexionar.

—No podemos regresar al río Ganstar hasta después del crepúsculo, y los demás no llegarán allí hasta que sea de noche. Propongo que pasemos en Sundabar el día y parte de la noche, y que regresemos poco antes del amanecer. Eso dará tiempo a Vartain para trabajar en el pergamino de Grimnosh, y a nosotros ocasión para recabar información de las gentes de esta ciudad. Nuestro hechicero ha actuado recientemente y quizá podamos hacernos una idea de su identidad. Es posible que todavía siga en la ciudad.

«No por mucho tiempo», se dijo Granate. Se levantó de la silla y echó un puñado de monedas sobre la mesa. El corazón le latía desbocado en el pecho mientras cruzaba la estancia.

«Vartain», había dicho el joven Arpista. Sólo podía referirse a Vartain de Calimport, un maestro de acertijos de reconocida fama. ¡Y estaba en posesión del pergamino! Su situación no podía haber sido peor que si uno de los compañeros elfos de Danilo hubiese sido un rapsoda del hechizo.

La hechicera subió a la carrera hasta su habitación y, tras agarrar el arpa Alondra Matutina, bajó por la escalera trasera de la posada para dirigirse corriendo hacia el establo. El *asperii* la observó con un gesto interrogativo en sus soñolientos ojos mientras Granate lo ensillaba con manos temblorosas.

—Nos vamos de inmediato. Volaremos hasta el río Ganstar a toda prisa, toda la noche, si es necesario. ¡Es imprescindible que lleguemos allí antes de que amanezca!

En la sala de teatro Las Tres Perlas se levantó el telón de la primera sesión del espectáculo ante una enorme multitud. En el exterior del edificio de piedra y ladrillo, una cola de gente desfilaba por la calle de la Perla y algunos miembros de la compañía de teatro estaban desperdigados por la estrecha callejuela y entretenían a los que esperaban. Vendedores ambulantes ofrecían naranjas y caramelos, y por todos lados resonaba un murmullo de curiosa expectación.

—Lucía, de verdad que no tengo tiempo para esto —confesó Caladorn a su dama, con un inusual deje de impaciencia en la voz mientras se aproximaban a la entrada—. La Fiesta del Solsticio de Verano está a punto de empezar y en las sesiones de entrenamiento ha habido muchos contratiempos y heridos. Debería estar en la arena.

—No te haría dejar el trabajo si no fuera importante —murmuró lady Thione en tono suave—. Sabes que las cofradías y otros grupos a veces alquilan el teatro para hacer representaciones privadas. En esta ocasión, un grupo privado paga por el espectáculo, aunque puede venir a verlo todo aquel que esté interesado.

—¿Y bien?

—La persona que hay detrás de esta representación es lord Hhune, un mercader que está aquí de visita procedente de Tethyr. Los bardos de la ciudad están descontentos con los intentos que ha habido de censurar sus canciones, y Hhune les paga para que aireen ese sentimiento en un concierto para satirizar a los Señores de Aguas Profundas, en especial al archimago.

Caladorn se quedó mirando a Lucía.

—¿Cómo te has enterado de esto?

La noble se encogió de hombros.

—Varios de mis sirvientes entienden la lengua de Tethyr. He hecho algún negocio con Hhune en el pasado y, como no confío en él, ordené que lo siguieran y lo vigilaran. Mi sirviente oyó que Hhune conversaba con uno de sus hombres, aunque no alcanzo a imaginar lo que Hhune espera ganar con todo esto. —Alzó hechizadores ojazos negros para mirar a su amante a la cara, y susurró—: Ya sabes lo que sucedió con la familia real cuando hombres como Hhune tomaron el poder en Tethyr. Hay mucha gente en el sur que desearía verme muerta, a pesar de que mi relación con la familia real es francamente distante. Ahora que Hhune planea influir en los asuntos de Aguas Profundas, sólo puedo estar atemorizada.

La expresión seria de Caladorn se suavizó mientras apartaba a la delgada dama de la multitud.

—Lucía, estás a salvo en Aguas Profundas, y conmigo.

—Tienes razón, por supuesto —repuso ella mientras le dedicaba una sonrisa de arrepentimiento—. Supongo que es una tontería.

—Tu inquietud es comprensible —admitió el joven mientras se inclinaba para besarla en la frente—. Ahora dejemos que los Señores de la ciudad se ocupen de Hhune. Puedes estar segura de que están al corriente de sus actividades.

«A partir de ahora, seguro», pensó Lucía con una satisfacción oculta.

En cuanto Caladorn hubo dejado a su dama a salvo en su mansión, se apresuró a acercarse al palacio de Piergeiron, el único Señor reconocido abiertamente de Aguas Profundas. Al joven no le sorprendió encontrar allí a Khelben Arunsun enfrascado en una conversación con Piergeiron. Los Señores de Aguas Profundas se reunían a menudo esos días, en sesión plenaria o en grupos más pequeños, para tratar los problemas de la ciudad, que parecían interminables.

—¿Te ha gustado la actuación en Las Tres Perlas? —preguntó el archimago con un deje burlón en la voz.

—No me quedé —repuso el joven noble. Hacía tiempo que no se sorprendía ya del alcance de los conocimientos de Khelben. Entre los Señores de Aguas Profundas se comentaba a menudo que nadie podía estornudar en su alcoba sin que al día siguiente el archimago le preguntara por su salud—. Obtuve cierta información de un

mercader de Tethyr —prosiguió.

—Sería lord Hhune —intervino Piergeiron, mirando de soslayo a Khelben.

—¿Lo conocéis los dos?

—¡Oh, sí! —exclamó el archimago con sorna mientras tendía a Caladorn un pedazo de papel—. Un ejemplo de la marca diplomática de Hhune. Ha empapelado la ciudad con esto.

Caladorn echó un vistazo a un esbozo satírico de Khelben Arunsun pintando figuras de madera ante la atenta mirada de los Señores de Aguas Profundas disfrazados. Sacudió la cabeza, perplejo, y se lo devolvió.

—¿Qué persigue ese Hhune?

—Eso no está muy claro. Es un jefe de cofradía en su Tethyr natal, el cabecilla de un gremio de mercaderes de barcos. Aparentemente, acudió a Aguas Profundas cargado de mercancías para la Fiesta del Solsticio de Verano, pero su tripulación parece tener talentos inusuales. Varios de ellos han estado ocupados en los muelles reclutando ladrones y asesinos en un intento de organizar cofradías secretas en Aguas Profundas —explicó Piergeiron, y se frotó los ojos enrojecidos. El agotamiento de las últimas semanas era patente en su rostro.

—Creemos que Hhune puede ser miembro de los Caballeros del Escudo —prosiguió Khelben mientras tendía al joven lord una moneda de oro de gran tamaño—. Esto es la recompensa habitual de los Caballeros cuando alguien ejecuta algún servicio notable y se han encontrado varias en manos de los hombres de Hhune, incluso algunos que entraron en la ciudad antes de que él apareciera. Lo cual sugiere un problema de más amplio alcance —admitió el archimago—. Como Hhune no es especialmente sutil, el influjo de agentes antes de su llegada nos induce a pensar que tenga un compañero más astuto en Aguas Profundas.

—Ninguna de nuestras fuentes ha sido capaz de averiguar la identidad de ese agente —añadió Piergeiron—, pero parece evidente que los Caballeros del Escudo están realizando muchas acciones en Aguas Profundas. Como sabrás, recientemente se perdieron tres barcos mercantes.

—Sí —repuso Caladorn con voz calma—. Conocía a la capitana de uno de ellos, la mejor marino con quien jamás haya trabado amistad. Me dejó sumamente perplejo que hubiese caído en una emboscada pirata.

—El barco zarpó en Puerta de Baldur y tengo varios agentes Arpistas allí investigando los sucesos. Parece que el capitán del puerto es agente de los Caballeros del Escudo y ha estado pasado información sobre rutas comerciales y horarios a una fuente desconocida en Aguas Profundas. No es la primera vez que los Caballeros intentan boicotear el tráfico marítimo —concluyó Piergeiron con un suspiro—, pero ahora es el momento más inoportuno.

—¿Qué pretendéis hacer con Hhune? —insistió Caladorn.

—Francamente, Hhune es un pez pequeño. Lo vigilamos con la esperanza de que nos conduzca al agente de Aguas Profundas.

Caladorn no parecía muy alborozado con aquella conclusión, pero hizo una reverencia antes de salir para apresurarse a cumplir con sus obligaciones en la arena.

Una vez a solas, Piergeiron hizo un gesto para señalar el papel que tenía Khelben en la mano.

—Ya sean sutiles o no, las tácticas de Hhune ponen el dedo en la llaga, amigo mío. Estoy empezando a comprender tu inquietud por los cambios acontecidos en las baladas, porque están resultando muy efectivas y muchas de ellas parecen ir directamente en tu contra. ¿Serán responsables los Caballeros del Escudo del hechizo lanzado sobre los bardos?

—Si no lo son, al menos se están aprovechando —repuso Khelben con voz cautelosa—. Tengo un contacto que quizá posea información. La llamaré enseguida.

Musitó las palabras de un hechizo y, en un abrir y cerrar de ojos, el alto archimago había desaparecido y en su lugar había un joven de altura y constitución media. Tenía las facciones agradables pero quedaban medio ocultas tras un sombrero de ala ancha. El atuendo, un traje simple confeccionado en lino gris oscuro, podía quedar igual de apropiado en el mercado que en un salón de la zona Norte. En definitiva, no destacaba y podía pasar inadvertido en la mayoría de los rincones de la ciudad. Disfrazado de esa guisa, Khelben se despidió de Piergeron y se encaminó a la cercana plaza del Bufón. Había llegado el momento de que el archimago de Aguas Profundas hiciera una visita a cierta dama de la noche.

Imzeel Coopercan había oído demasiadas cosas aquellos últimos días para estar tranquilo. Y, sin embargo, el propietario semienano de La Poderosa Mantícora escuchaba con atención la conversación de los numerosos parroquianos que habían ido temprano a la taberna para cenar, captando fragmentos entre el rumor de la conversación, a medida que seguía sacando brillo interminablemente a la barra con un paño.

—Al ritmo que vas, atravesarás la madera antes del anochecer —se burló Ginalee, una mozalbeta alegre y rechoncha que había trabajado con Imzeel el tiempo suficiente para que le permitiera semejante familiaridad. La muchacha sentía mucho cariño por el dueño, a pesar de su personalidad adusta y su cuerpo rollizo como un tonel, y siempre intentaba distraerlo de las aflicciones que lo asaltaban. Apoyó los codos sobre la pulida madera del bar y, sujetándose la cabeza con las palmas de las manos, alzó la vista hacia él. La postura ofrecía a Imzeel la perspectiva de unos pechos que habrían hecho revivir a un moribundo, pero él se limitó a echar una ojeada a Ginalee y volver a concentrarse en la limpieza de la barra.

La ofendida camarera le arrebató el paño y lo colgó sobre el colmillo de una cabeza de mantícora rellena que había sobre el mostrador. El trofeo, producto de una

taxidermia muy poco creativa pero con grandes dosis de ilusión, había inspirado el contundente nombre de la taberna. Por un instante, Ginalee saboreó la idea de contarle a Imzeel que su establecimiento era conocido con el nombre de La Mantícora Sarnosa, pero decidió no hacerlo porque a él poco le importaba si el negocio continuaba viento en popa.

Y la verdad era que funcionaba. La Poderosa Mantícora estaba situada en el centro del distrito del Castillo, en la encrucijada de las concurridas calles de Selduth y de Plata. Aquellos que se ganaban la vida con el comercio y la diplomacia a menudo se detenían en la taberna para intercambiar noticias y hacer tratos frente a una opípara cena a base de cocido espeso y sabroso, queso oloroso y pan negro fresco, regado con abundante cerveza. Además, la parte trasera de la taberna desembocaba en la plaza del Bufón, un lugar donde siempre parecían ocurrir cosas interesantes y, por consiguiente, aquellos cuyos negocios se sucedían entre sombras también se abrían paso hasta la taberna por la puerta de atrás. El resultado era una estupenda mezcla de información e intrigas que para Imzeel resultaba tan satisfactoria como provechosa; el propietario acumulaba conocimientos con la avidez con que sus antepasados enanos habían excavado las rocas en busca de mithril.

Y sin embargo, algo en la conversación de aquel día inquietaba a Imzeel. Recuperó el paño de la cabeza de mantícora y siguió trazando interminables círculos sobre la madera mientras escuchaba. Se oían las típicas quejas sobre problemas con los embarcos y los ladrones, pero parecía que sucedían a mayor escala que de costumbre. Desaparecían barcos enteros y se esfumaba en un abrir y cerrar de ojos el contenido de almacenes repletos de mercancías, ante las mismas narices de la policía de la ciudad. Pero más inquietantes incluso eran los rumores que sugerían que los Señores de Aguas Profundas estaban desapareciendo y que señalaban como culpable al archimago residente de la ciudad de los Prodigios.

Todos daban por seguro que Khelben Arunsun formaba parte de los Señores secretos de Aguas Profundas, y había quien pensaba que el archimago acumulaba demasiado poder sin contar con semejante posición, pero la mayoría de los habitantes de la ciudad no tenía nada contra el poder del mago. De hecho, cerca de allí se alzaba la torre de Ahghairon, un monumento en recuerdo del mago que había fundado los Señores de Aguas Profundas varios siglos atrás. La ciudad había prosperado bajo el largo reinado de Ahghairon y ése parecía ser el consenso: que mientras Báculo Oscuro lo hiciese igual de bien, ¡que los dioses lo acompañaran! Los habitantes de Aguas Profundas no eran partidarios de poner la venda antes de que se hiciera la herida, pero a medida que aumentaban los conflictos en la ciudad, muchos temían que Khelben Arunsun estuviese dedicando demasiado tiempo a librarse de Señores rivales y poco a ocuparse de la ciudad y de sus preocupaciones.

Imzeel se dio cuenta con gran satisfacción de que su negocio no parecía afectado

por los problemas de la ciudad. Acababa de iniciarse el turno de cenas, y el camarero había empezado ya el tercer barril de cerveza. Los clientes disfrutaban incluso de música para amenizar el ágape, porque el Juglar Enmascarado había abandonado su lugar habitual en la plaza del Juglar para entrar en el local a cantar lastimeras melodías con el laúd. Por lo común, la aparición de la misteriosa mujer provocaba mucho revuelo e interés, pero esa noche parecían prioritarios otros asuntos. Pocos parecían prestar atención a sus canciones y a Imzeel no le sorprendió ver que al final dejaba a un lado el laúd en respuesta a una invitación musitada en susurros. Desapareció por la puerta de atrás con un joven cliente, sin duda para perderse más allá de la plaza del Bufón en la privacidad de los bosques que cubrían las laderas de las montañas de Aguas Profundas. «Los negocios siguen igual», repitió Imzeel en silencio, y el pensamiento le pareció reconfortante.

—Los brujos que pediste están aquí —anunció Ginalee mientras dejaba caer una bandeja de jarras vacías sobre el mostrador y señalaba en dirección a tres recién llegados—. ¿Les digo que pasen?

Imzeel asintió y la sensación de alivio le hizo esbozar algo parecido a una sonrisa. Era un hombre prudente en cuestión de negocios y, como muchos otros, había contratado los servicios de la Cofradía de Brujos para colocar barreras mágicas protectoras en su establecimiento.

La Vigilante Orden de Magos y Protectores era la cofradía más joven de Aguas Profundas, y se ocupaba de asuntos tan dispares como hacer de guía para hechiceros de visita o echar una mano en el cuerpo de bomberos. La cofradía también buscaba la manera de influir y —en la medida en que les era posible— controlar las actividades mágicas de hechiceros poderosos e independientes. Los extraños sucesos ocurridos últimamente en la ciudad sugerían que se estaba utilizando algún tipo de magia, y eso provocaba una demanda inaudita de los servicios de la cofradía. Por toda la ciudad se afanaban multitud de magos en la colocación de protecciones mágicas para detectar y desvanecer la magia. Imzeel se sintió seguro al verlos y sus clientes también musitaron palabras de aprobación al ver cómo se disponían los preparativos.

Mientras los magos ultimaban una sucesión de gestos complejos de un hechizo que iba a liberar la estancia de ilusiones mágicas, el Juglar Enmascarado entró de nuevo en la sala del brazo de su último cliente. Un intenso rayo de luz azul restalló alrededor de la pareja e hizo soltar un chillido a la mujer. La estancia se quedó en silencio y todos los ojos se desviaron hacia la luz mágica. Mientras los clientes observaban, los rasgos del joven se fundieron para cristalizarse de inmediato en una silueta nueva y familiar.

De pie junto a la misteriosa mujer enmascarada había un hombre alto y musculoso, vestido con sombría magnificencia. Tenía los rasgos marcados, la expresión adusta, y sus ojos, por lo general de un negro intenso, traducían un toque

de incertidumbre. El mechón de cabellos plateados que le cruzaba la barba confirmaba su identidad para todos aquellos que no habían sido capaces de identificarlo por su rostro.

El Juglar Enmascarado se apartó de él y se tapó con una mano los labios pintados. Reculó varios pasos antes de dar media vuelta y salir huyendo en dirección a la plaza del Bufón. Era imposible saber si la había sorprendido aquella súbita transformación o sólo deseaba que no la relacionasen con Khelben Arunsun en aquellas circunstancias tan adversas.

—Así es como pasa una noche de verano el archimago de Aguas Profundas —musitó Ginalee dirigiéndose a Imzeel—. Y la ciudad rindiéndole homenaje a Cyric, y todo eso.

—Chitón, chiquilla —susurró con rudeza el hombre, santiguándose para apartar de sí la mala suerte que provocaba la invocación del dios de la guerra.

Uno de los clientes rompió el tenso silencio. Un clérigo de Tymora, tal vez amparándose en la suerte legendaria que se suponía que proporcionaba su dios, se alzó de la mesa y se enfrentó al archimago.

—Quizá nadie en la ciudad pueda enfrentarse a vos ni a vuestra ambición —repuso el clérigo con voz calmada—, pero eso no significa que tengamos que beber con vos.

El hombre dio media vuelta y salió de la taberna. Una a una, fueron rechinando las sillas a medida que los demás clientes lo imitaron. Al poco rato, la sala estaba vacía, sólo quedaban Imzeel y sus empleados, contemplando al archimago con una mezcla de temor e incertidumbre.

Khelben Arunsun se acercó a la barra y el retumbar de sus zancadas provocó eco en la habitación desierta. Colocó una diminuta bolsa de cuero sobre la pulida madera.

—Lo siento, Imzeel —musitó con voz inexpresiva—. Acepta, por favor, esta bolsa. Espero que el dinero que hay en ella cubra tus pérdidas.

Un instante después, se había esfumado.

—¡Qué decepción! —exclamó Ginalee con fingida indignación. Le temblaba un poco la voz, pero el tono jocoso seguía intacto—. ¡Aparece y desaparece! Sin destellos de luces, sin nubes de humo ni colores, ni siquiera rastro de azufre. Tiene que haber brujos más interesantes en Thay, o eso he oído.

—Ginalee —intervino Imzeel con voz cansada—. ¿Por qué no te tomas el resto de la noche libre?

Danilo y sus compañeros elfos permanecieron en La Pícara Doncella durante la velada y buena parte de la noche. Cuando la oscuridad del cielo nocturno empezó a tornarse añil y se desvaneció el resto de estrellas, muchos de los clientes del comedor y de la taberna disfrutaban todavía del vigoroso vino de fama justificada, las diversiones exóticas y la compañía de aquellos que se alojaban en la taberna. El Arpista y sus acompañantes salieron a la oscuridad y el silencio de las calles de Sundabar mucho más ligeros de monedas pero repletos de información.

La anormal tormenta de verano había sacudido sólo una parte de Sundabar. El distrito comercial apenas había sufrido grandes daños causados por la violencia de la tormenta eléctrica y el granizo, y Danilo se dio cuenta, aunque no lo comentó, de que el colegio de bardos quedaba en mitad de la zona más afectada. Se ofrecían varias explicaciones, pero la mayoría de los clientes de la taberna consideraba que el extraño clima que sufrían en mitad de verano era muy mal presagio.

Además, los centinelas contaban que habían visto entrar en la ciudad aquella mañana a un bardo cargado con una pequeña arpa oscura y que llevaba las riendas de un *asperii* blanco como la nieve. Nadie podía dar detalles de su apariencia pero se decía que era una mujer menuda y envuelta en una capa ligera.

—Una hechicera de mucho poder sería capaz de dominar un *asperii* —murmuró Danilo mientras bajaban por la calle—, pero un animal de esas características no aceptaría a un jinete que albergara malas intenciones. ¡Es difícil creer que nuestro oponente tenga en mente beneficiar al Norland!

—Ya hemos averiguado todo lo que podíamos —intervino Wyn con impaciencia—. Regresemos de inmediato. Tengo que echar una ojeada al pergamino.

Danilo se detuvo y escrutó al juglar.

—¿Qué esperas encontrar?

—No estoy seguro. Sólo tengo la sensación de que se nos está pasando por alto algo importante —fue todo lo que el elfo pudo decir mientras miraba de soslayo a Elaith. Danilo captó la indirecta y dejó el asunto para más tarde.

El Arpista condujo a los elfos a un callejón cercano y una vez más invocó la magia de su anillo. Cuando la luz arremolinada se esfumó, vieron el ruinoso huerto donde se habían encontrado días antes.

Los signos del combate todavía eran visibles a la pálida luz que precedía al alba. Tres montículos de tierra removida marcaban el lugar donde habían sido enterrados los mercenarios que habían muerto y en el extremo más alejado del huerto se veían los restos de una hoguera que había reducido a huesos humeantes y cenizas los cadáveres de las arpías.

—¿Por qué nos has traído aquí? —gruñó Elaith al darse cuenta con desagrado de

dónde se encontraban—. ¡Se suponía que teníamos que encontrarnos con los demás en el río Ganstar!

—Los viajes mágicos sólo son fiables si se conoce el punto de destino. Podía haber intentado evocar el río, pero corríamos el riesgo de convertirnos en parte indeleble del paisaje. Imagínate un árbol que tenga los nudos de la madera con la forma de tus orejas, y te harás una idea.

El elfo soltó un bufido con gesto de exasperación y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Espera! —chilló a su espalda una voz teñida de histeria. El eremita elfo salió corriendo de un edificio abandonado, con sus andrajosas ropas flotando alrededor—. Yo también voy —añadió, observando con ojos suplicantes a Elaith—. Tú buscar la Alondra Matutina, y yo sé el baile del arpa.

Wyn Bosque Ceniciento escrutó con interés al elfo chiflado.

—¡La Alondra Matutina! ¿Qué tienes tú que ver con el Arpa de Ingrival?

El desastrado rostro del ermitaño pareció recobrar de repente toda su cordura y sus ojos color violeta tradujeron una vida entera de tristeza.

—Ya no tengo nada que ver con ella, pero lo fue todo para mí. Yo la tocaba.

Wyn se le aproximó. Soltó un juramento en voz baja y abrió los ojos de par en par mudo de sorpresa.

—Tú eres Ingrival, ¿no? —preguntó al ermitaño en tono de profundo respeto.

—Puede ser. No recuerdo mi nombre —fue la triste respuesta.

—¿Qué sucede, Wyn? —inquirió con suavidad Danilo.

—La Alondra Matutina es una antigua arpa elfa, un artefacto creado en los primeros tiempos de Myth Drannor —explicó el elfo en un aparte—. Se cree que es demasiado poderosa para que la toque nadie que no sea un rapsoda del hechizo muy experimentado. Durante siglos, estuvo a salvo en manos de Ingrival, un músico famoso, que se retiró y se mantuvo apartado de todo durante años. Se supuso que el arpa había desaparecido.

Wyn se volvió hacia Elaith, que escuchaba con rostro impasible.

—Eso es lo que buscas tú, ¿verdad? ¿La Alondra Matutina? —inquirió en tono acusador.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—El arpa es sagrada para nuestra Gente. No es un tesoro, ni una herramienta. ¡Es poder para conseguir cosas!

—Mis motivaciones no te incumben —le espetó Elaith.

—Pero tus acciones sí. —Temblando de indignación, Wyn se enfrentó al elfo de la luna—. Tú conocías, o al menos sospechabas, la identidad de ese elfo. No se exilió por elección propia, sino por infortunio. El hecho de que condenes a alguien, y más a un compañero elfo, a una vida de soledad y locura, ¡es una vileza! ¡Pero darle la

espalda así a un héroe de la Gente...!

El juglar se apartó de Elaith para dirigirse a Danilo.

—Debemos llevar con nosotros a Aguas Profundas a este elfo desafortunado. Los sacerdotes del templo del panteón se ocuparán de él y quizá puedan proporcionarle cierta curación. Son elfos sagrados, que se cuidan de los enfermos y los proscritos.

Por el rabillo del ojo, Danilo vio que Elaith reculaba ante las palabras de Wyn y por un instante el elfo canalla pareció profundamente afectado, pero enseguida su expresión de humor burlón se instaló en su atormentado rostro como si fuera una cortina. Danilo archivó en su mente aquella extraña reacción para meditar más tarde sobre ella, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento al plan de Wyn.

—Bienvenido seas entre nosotros, amigo elfo —saludó el Arpista al personaje que Wyn había llamado Ingrival—. El patriarca del templo elfo me debe un favor, pero estoy seguro de que el buen sacerdote te acogerá por tus propios méritos.

El rostro del ermitaño pareció iluminarse tras la costra de suciedad que lo cubría, pero acto seguido soltó un alarido de puro terror y se perdió tras unos matorrales.

Danilo fue el primero en vislumbrar cómo se aproximaba la sombra gigantesca, cuyo perfil alargaban los sesgados rayos matutinos. Se agazapó instintivamente y rodó por el suelo para darse la vuelta y alzar la vista al cielo. Una enorme criatura alada sobrevolaba en círculos el poblado abandonado y, aunque parecía una alondra inofensiva, aunque gigantesca, se percibía con claridad que era un ave de presa porque llevaba en las garras un ciervo con la misma facilidad con que un halcón transportaría un ratón de campo.

—¿Qué sucede ahora? —musitó Elaith mientras ponía a punto una flecha.

—No dispaes —ordenó Danilo mientras se descolgaba el laúd del hombro y afinaba las cuerdas—. Sea lo que sea, es demasiado grande para que puedas derribarlo con una flecha.

Empezó a interpretar el preámbulo de la canción que había embrujado con anterioridad al dragón, con la esperanza de que tuviera el mismo efecto sobre la criatura. Wyn cogió su lira y se unió al hechizo musical. Desde lo alto, les llegó la reverberación de la melodía cargada de magia, unida al eco de un gorjeo de ave. El extraño sonido le erizó a Danilo el pelo de la nuca y lo hizo estremecer de pies a cabeza, pero prosiguió.

Como atraída por la música, la enorme criatura se acercó al claro y aterrizó sobre el tejado hundido de una granja abandonada para dejar allí a su presa. El monstruoso pájaro cantor se posó luego en el jardín, a pocos pasos de los rapsodas.

De un tamaño aproximado al de un caballo, la bestia tenía la forma y las características plumas salpicadas de gris y blanco de una alondra calandrina, una alondra capaz de imitar el canto de otras aves, pero esa criatura tenía también las afiladas garras y el pico en gancho propio de un águila, y en el centro de la cabeza

lucía un único ojo de gran tamaño, que de tan reluciente y oscuro parecía hecho de obsidiana.

No hizo ademán alguno de ataque y se limitó a ladear la cabeza en gesto burlón mientras escuchaba el canto mágico. Una vez más se unió a él y empezó a hacer una imitación perfecta del agudo tono de tenor de Wyn. Mientras proseguía el extraño trío, Danilo se dio cuenta de que el pájaro parpadeaba cada vez con mayor frecuencia y que sus párpados se unían en el centro de su reluciente órbita negra. El parpadeo se hizo más lánguido a medida que la criatura se adormecía con su canto y, al final, el ojo permaneció cerrado mientras el canto del ave se convertía en un gorjeo regular y prolongado. Danilo comprendió aliviado que aquello debía de ser la versión avícola de un ronquido. Acabó la canción y se pasó los dedos temblorosos por el cabello.

—El poder del canto hechizador —comentó con énfasis mientras hacía un gesto de asentimiento hacia el monstruo adormecido—. Así puede utilizarse.

Wyn bajó el instrumento y suspiró, pero antes de que pudiera hablar, Elaith se acercó al enorme pájaro cantor y, tras desenfundar la espada, le cortó la cabeza a la criatura durmiente.

Una oleada de indignación cruzó por el rostro del juglar.

—¡Eso ha sido cruel e innecesario! La criatura no era peligrosa, y ningún elfo mata voluntariamente a un ave cantora.

—Soy elfo, el pájaro cantaba y está muerto —señaló Elaith con voz fría—. Quizá deberías revisar los hechos y reconsiderar tu conclusión. Ahora, si vosotros dos queréis quedaros en este osario, es problema vuestro, pero yo me voy a encontrarme con los demás en el arroyo. —Dicho esto, el elfo saltó ágilmente un muro de piedra medio derruido y echó a correr rumbo al sur.

Los ojos verdes de Wyn hervían de cólera y parecía incapaz de esbozar palabra.

—En este asunto, yo no sería demasiado duro con nuestro amigo hebras de plata —intervino Danilo—. He aprendido suficientes cosas sobre vuestras tradiciones elfas para saber lo que sentís respecto a la destrucción de árboles vivos y criaturas inofensivas, pero también tienes que admitir que ésta no era un ave corriente. Tal vez la reacción de Elaith haya sido exagerada, pero no carecía por completo de sentido.

—No es sólo eso. Elaith Craulnover viola las costumbres y las tradiciones elfas a cada paso que da. No cumple la ley y es amoral.

—¡Cierto! Pero ¿somos nosotros mejores?

—¡Pero él es elfo! —La protesta salió de labios de Wyn con mucha fuerza.

Danilo soltó un profundo suspiro.

—Dejaste Siempre Unidos cuando eras muy joven, ¿verdad? Y desde entonces has estado viajando exclusivamente entre humanos.

—Sí, así es.

—Los ojos de la juventud perciben sólo soles y sombras. Una cosa es correcta y

está bien, o simplemente no existe. —El Arpista sonrió con tristeza—. Yo también solía pensar así, por eso no te juzgo, pero como yo aprendo más rápido, sé que a veces uno debe hacer simplemente lo que es mejor bajo ciertas circunstancias. Si hay algo que los humanos poseemos y que nos hace diferentes a los elfos es ese conocimiento. Por supuesto, es también nuestra debilidad —añadió en tono irónico—. Haces bien en no confiar en el elfo plateado, pero quizá deberías comprender por qué es como es.

A continuación, Danilo le resumió la historia de la hoja de luna que tenía Elaith adormecida y el exilio de Siempre Unidos que se había impuesto a sí mismo.

—Qué objetivo persigue ahora, no lo sé, pero estoy convencido de una cosa: en el fondo de su corazón, Elaith Craulnober es tan profunda y completamente elfo como tú. Nadie que lo haya visto bailar la danza mágica que une las estrellas con el acero podría dudar de ello. Por desgracia, ser elfo y ser buena persona no son virtudes que vayan necesariamente unidas. Mucha gente tiende a olvidarlo y ésa es una de las razones que han dado tanto éxito a la carrera de Elaith.

—Lo comprendo. —Wyn estudió al Arpista con detenimiento—. Pareces conocer y comprender mucho sobre los elfos.

—Es mi deber. Durante dos años he estado viajando con una mujer semielfa nacida en Evereska y criada según las costumbres de los elfos. Se considera más elfa que humana, aunque en mi opinión, reúne en su cuerpo los mejores rasgos de ambas razas.

—Ya veo. —Wyn esbozó una fugaz sonrisa—. Debe de ser difícil amar a alguien tan diferente a uno mismo.

—Espera un momento. ¿He hablado yo de amor?

—Salta a la vista. Tu pérdida es reciente y profunda, y asoma a tus ojos cada vez que entonas una canción. Quizá eso contribuya también a tu sabiduría.

—Si fuera sabio, no estaría en un lugar como éste diciendo tonterías como un loco —replicó Danilo, cuya incomodidad por el cariz que estaba tomando la conversación era patente—. Regresemos con los demás. Ven con nosotros, amigo elfo —gritó, y al oírlo asomó enseguida el ermitaño de detrás de su escondite.

Los tres se pusieron a andar en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. En la cima de una colina, vieron a lo lejos el campamento, levantado en un calvero bordeado por el oeste por el río Ganstar y por el este por una espesa arboleda. Aparentemente, Elaith tenía prisa por emprender la marcha porque los caballos estaban ensillados y el equipo a punto. El fuego había sido apagado pero el aroma de madera quemada y pescado asado impregnaba el aire.

Wyn hizo una pausa en lo alto de la colina y puso una mano en el hombro del Arpista.

—Elaith Craulnober tenía razón en una cosa: va siendo hora de que reflexione

sobre lo que opino de elfos y humanos. Tú podrías manejar la Alondra Matutina con mas honor que el propio Elaith o el elfo que la tiene ahora en su poder, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a recuperar el artilugio. Si además deseas aprender el canto elfo, Danilo Thann, será un honor para mí enseñártelo.

Antes de que el sorprendido Arpista pudiese responder, el rostro de Wyn se tornó ceniciento mientras el elfo señalaba hacia el cielo.

—¡El *asperii*! ¡Ahí está!

Danilo entornó los ojos para observar el punto donde señalaba Wyn, pero su vista no era tan aguda como la del elfo y le pareció ver que el diminuto punto que se movía podía ser un pájaro.

—¿Estás seguro?

—Está seguro —intervino el ermitaño elfo, oteando el cielo—. Caballo que vuela sin alas. ¡Hasta la vista! —exclamó, antes de escabullirse entre unos árboles cercanos.

El rostro dorado de Wyn se ensombreció.

—El campamento de ahí delante está rodeado de árboles. Desde aquí podemos ver mucho más que los demás..., ¡si se produce un ataque, no podrán ver de dónde viene!

—Quizá la hechicera sólo vaya de paso de camino a Aguas Profundas.

Wyn sacudió la cabeza y se mesó los cabellos color ébano con un gesto de nerviosismo que era poco habitual en él.

—Mira, el *asperii* vuela en círculos.

Muy por encima del río Ganstar, Granate ordenó a su exhausto *asperii* que sobrevolara en círculos el campamento. Desde su atalaya en el cielo, los aventureros parecían hormigas que se movían sin cesar por el claro. Los ojos azules de la semielfa se entrecerraron mientras examinaba el campamento. Estaba rodeado de un bosque de espesa vegetación. Sonrió lentamente y, en silencio, ordenó a su montura que empezara a descender en espiral.

El bardo cogió el arpa Alondra Matutina entre sus manos y empezó a tocar la misma melodía que había sembrado la devastación en los viñedos de las Moonshaes y las granjas que circundaban Aguas Profundas. En respuesta a su canción, los árboles que rodeaban el campamento se marchitaron y murieron, como si el otoño hubiese llegado en un suspiro, y un centenar de árboles se viesan obligados a soltar sus hojas.

Acto seguido, Granate pulsó una única cuerda del arpa mientras señalaba con un dedo el campamento, y una ráfaga de aire se arremolinó sobre el calvero.

—Maldita sea —maldijo Danilo en voz baja mientras él y Wyn contemplaban el *asperii* que volaba en círculos—. Si conoces una canción elfa adecuada para la ocasión, ¡te sugiero que la cantes!

Wyn parecía dudar. Levantó la lira, pero la primera ráfaga de aire le arrancó el

instrumento mágico de las manos y lo hizo caer al suelo. Danilo se tiró de bruces y agarró al elfo por el tobillo, pero apenas tuvo tiempo de entrelazar con sus propias piernas el tallo de un abedul antes de que la tempestad empezara en toda su plenitud.

Lanzando alaridos como en plena agonía, el viento zarandeaba los árboles y aumentaba de intensidad y velocidad hasta que pareció a punto de aspirar al ligero elfo en su vórtice. Danilo cerró los ojos para protegérselos del torbellino de polvo y broza mientras sujetaba con todas sus fuerzas al juglar que flotaba por los aires.

—Mielikki es testigo de que espero que este elfo lleve calzado de calidad — musitó Danilo mientras sujetaba con ambas manos la bota de Wyn.

Volando muy por encima del viento, Granate observaba cómo el tornado gigantesco engullía el claro. Las diminutas figuras se apiñaron en el ojo de la tormenta mágica mientras la tormenta de aire a su alrededor devoraba hojas y ramas de árboles rotas. La hechicera esperó hasta que la acumulación de broza y ramas formó un muro compacto y luego, con un rápido ademán, alargó una mano extendida. De inmediato el viento cesó y la pila de desechos de vegetación cayó para enterrar al peligroso maestro de acertijos y a sus compañeros de aventuras.

Granate ordenó al *asperii* que se acercara un poco más e hizo un gesto de asentimiento al ver el tamaño de la pila. Nadie sería capaz de sobrevivir allí abajo más de unos minutos. Acto seguido, espoleó al caballo para que se alejara del claro y, mientras volaban, entonó una canción que convertía a los seres vivos en monstruos dominados por la música. Un grillo del tamaño de un perro salió del devastado bosque de alrededor para sumergirse en la enorme pila de desechos en busca de comida.

No satisfecha todavía, Granate voló rumbo al noroeste, hacia las colinas donde anidaban las arpías pues podía dar órdenes a los monstruos de música aparte de crearlos. Por si alguien conseguía salir a gatas de la pila, no le iría mal disponer de una partida de vengativas arpías vigilando el perímetro. Cuando Danilo Thann y sus compañeros elfos llegaran, se encontrarían con más de una sorpresa. Confortada con aquel pensamiento, la hechicera retomó el rumbo hacia Aguas Profundas.

El vendaval finalizó con la misma brusquedad con que se había iniciado y tanto Wyn como Danilo cayeron de bruces sobre la ladera de la montaña. El Arpista soltó un bufido y escupió polvo. Le dolían todas las articulaciones y los músculos por el forcejeo que había mantenido contra el viento huracanado, pero aun así se puso de pie, despacio y tambaleante, mientras flexionaba los dedos entumecidos. Palmeó el abedul que le había servido de ancla en señal de agradecimiento y luego ofreció una mano al elfo dorado, que lucía un aspecto tan maltrecho y polvoriento como el de

Dan.

—¡Por todos los mares y estrellas! —juró Wyn en voz baja mientras Dan lo estiraba para incorporarlo.

Danilo siguió la mirada del elfo.

—¡Por la montaña de Moander! —maldijo a su vez porque el montón de vegetación podrido y humeante que cubría el calvero parecía obra del antiguo dios de la corrupción.

El instante de estupor pasó con rapidez.

—Morgalla está ahí —musitó Wyn con voz sorda, y salió disparado detrás de Danilo, que se precipitaba ya ladera abajo, medio corriendo, medio deslizándose.

Cuando llegaron al campamento, empezaron a apartar frenéticamente las ramas que cubrían el montón, y luego comenzaron a escarbar entre las hojas podridas. La mano de Danilo rozó algo suave y alzó con gesto de triunfo el bufón de tela de Morgalla. Con ayuda de Wyn, hurgaron en la masa lodosa con ambas manos y al cabo de unos segundos dejaron al descubierto un par de botas pequeñas, con la puntera de acero. Agarraron por el talón y tiraron hasta que apareció Morgalla, amordazada y medio ahogada pero con la mano agarrotada alrededor de la madera de su lanza. Se apartó el lodo de la cara mientras indicaba con un gesto a Wyn que la dejara y siguiera escarbando. En cuanto pudo ponerse de pie, empezó a ayudarlos en la tarea.

Una risilla aguda distrajo momentáneamente a los que trabajaban. De pie junto a la pila estaba el ermitaño elfo de Taskerleigh, que observaba lo que estaban haciendo con una ancha sonrisa de mofa en su rostro demacrado, y las huesudas manos en jarras.

—No es manera —insistía el loco. Se abalanzó hacia adelante para quitarle de un tirón la lanza a la enana y, antes de que ella pudiese protestar, se subió en el cúmulo de desechos y empezó a hurgar con gesto experto entre la porquería.

—Usa la punta roma, estúpido espantapájaros hijo de orco —le gritó la enana.

—¡Uuppa! —El ermitaño soltó otra risotada mientras movía la lanza alrededor. Dio unos cuantos golpecitos más y luego asintió con gesto satisfecho—. Suave —anunció—. ¡Revuelto! Escarbad ahí.

Hizo falta el esfuerzo de los cuatro para extraer a Balindar del barro.

—Elaith está ahí, muy cerca —balbució el corpulento mercenario mientras se quitaba resto de vegetación podrida de la barba.

Morgalla soltó un sonoro bufido y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Fingimos no haber oído eso, bardo?

—¡No me tientes y escarba!

Encontraron al elfo de la luna, que empezó a proferir maldiciones en lenguaje elfo en cuanto pudo abrir la boca. Wyn se mordió los labios para no pensar en la cólera

que había sentido contra él antes y siguió escarbando junto al ermitaño. Recuperaron a Sarna, y luego a Vartain. Él maestro de acertijos fue desenterrado inconsciente de la pila. Mientras los demás seguían excavando, Danilo se inclinó sobre Vartain y apoyó un oído en la túnica inmunda del maestro hasta que oyó el débil latido de su corazón.

—Utiliza esto —sugirió Sarna mientras le tendía un frasco lleno de whisky barato a Danilo—. Lo hará ponerse de pie enseguida. Al menos siempre ha funcionado con él.

El Arpista abrió el tapón y olfateó el contenido.

—O lo cura o lo mata —musitó mientras vertía parte del líquido en la reseca boca de Vartain. Con una mano mantuvo la boca del maestro cerrada mientras con la otra hacía un masaje en la garganta del hombre hasta que finalmente tragó el líquido. Transcurridos unos segundos de tensa expectación, el maestro empezó a toser.

El alivio de Danilo duró poco porque de repente retumbó en el devastado calvero un sonido desgarrador que sacudió los árboles muertos y provocó una oleada de agonía hasta lo más profundo del cuerpo del Arpista. Incongruentemente, Dan pensó en aquel truco de salón consistente en hacer estallar una copa de cristal por efecto de una nota aguda de gran intensidad. El dolor atroz que sentía en los dientes y en lo más profundo de sus huesos le hacía pensar que ese sonido, con el tiempo, podía provocar resultados similares. Intentó sobreponerse al dolor y desenfundó la espada antes de darse la vuelta para enfrentarse a su último atacante.

Por el montículo de porquería asomó un enorme grillo negro del tamaño de un sabueso. El monstruo se estremeció, agitando con furia las antenas a uno y otro lado mientras giraba sus ojos poliédricos y opacos para observar a los sucios viajeros. Las patas traseras, melladas como una tabla de lavar, se alzaron y se frotaron unas contra otras como si fuera el roce de un arco sobre un violín, y de nuevo el mortífero sonido se extendió por el claro. Las oleadas de dolor intenso parecían reducir a ceniza la voluntad de Danilo: le temblaban las rodillas y perdió contacto con la empuñadura de su espada, mientras a su alrededor los demás caían impotentes al suelo. El grillo gigantesco se deslizó para acercarse a su presa.

Elaith fue el primero en ponerse de pie. El elfo desenfundó su espada y embistió al monstruo. La estocada consiguió segarle una antena, pero la criatura prosiguió su avance. Elaith volvió a embestir una y otra vez, pero la dura coraza del grillo evitaba que los aguijonazos le alcanzaran el cuerpo. El elfo soltó un grito para que los demás lo ayudaran; los luchadores se situaron en círculo y empezaron a atacar al grillo por todos los flancos. El insecto giraba y atacaba con movimientos convulsivos, pero parecía salir ileso de los repetidos ataques.

Morgalla salió a la carga, con la lanza en posición horizontal, mientras soltaba un grito dedicado al dios enano de la guerra. La punta de la lanza encontró un punto vulnerable entre la coraza blindada de la cabeza del grillo y el tórax, y se hundió en

profundidad. El grillo reculó y, con el impulso, levantó del suelo a la enana.

Morgalla se quedó agarrada a su arma y embistió con todas sus fuerzas hacia el monstruoso insecto, lo cual consiguió hundir todavía más la lanza. El grillo empezó a sacudirse y revolcarse, intentando apartar de sí aquel tormento enano, pero la mujer se mantuvo en posición y, aprovechando cada sacudida, seguía hurgando y girando la punta de la lanza en busca de algún punto vital. Danilo y los demás seguían dispuestos en círculo con las espadas desenfundadas, pero no se atrevían a embestir al grillo por miedo a dañar a Morgalla.

El monstruo cargó todo su peso en las cuatro patas delanteras e intentó usar su última defensa. Una vez más, se frotó las patas traseras y, una vez más también, el sonido desgarrador se extendió por el claro.

Morgalla se encogió, angustiada, e intentó taparse los oídos con las manos. Se dejó caer lo más lejos posible del grillo y rodó por el suelo varias veces intentando poner tanto espacio como fuera posible entre ella y aquel canto mortificante. El grillo se abalanzó tras ella y la agarró por la bota con la mandíbula en forma de tenaza. Luego, reculó hacia la pila de escombros arrastrando consigo a la enana. Morgalla se agarraba como podía a las ramas que cubrían el suelo e intentaba encontrar un punto de apoyo. Tanto Wyn como Danilo fueron a echar mano de forma instintiva a sus instrumentos, pero se encontraron con las manos vacías: el del elfo había sido arrastrado por el vendaval y dos cuerdas del laúd de Danilo se habían roto. Balindar se irguió y echó a correr detrás de la enana, gritando y atacando al monstruo, pero ni siquiera con su fuerza pudo detener la retirada del grillo.

De repente una imagen ya vivida parpadeó en la mente de Danilo mientras apartaba a un lado el laúd inútil y se ponía de pie: la imagen de Arilyn clavando en el cráneo de varios centímetros de espesor de un ogro su hoja de luna. Incluso aunque no poseyeran magia, las espadas forjadas por los elfos eran más fuertes que ningún otro acero. Sin pensar en las consecuencias, se volvió y tiró de la hoja de luna adormecida de Elaith antes de abalanzarse hacia delante y hundir la hoja en una de las mortíferas patas traseras del bicho. La hoja de luna elfa se incrustó en profundidad y segó el miembro por la articulación. El monstruo soltó a Morgalla y salió a toda prisa con el cuerpo ladeado como un barco que zozobraría.

Balindar puso a Morgalla de pie. La tozuda enana apartó de un empujón al hombre y echó a correr en persecución del grillo. Agarró la lanza y, después de arrancarla del cuerpo del monstruo, trazó un ágil movimiento y la hundió en el ojo. Luego, usando la lanza a modo de palanca, embistió hacia adelante y, bajo la fuerza de su asalto, la dura coraza acabó quebrándose con un fuerte crujido. Morgalla dio un brinco hacia atrás mientras se limpiaba una salpicadura de sangre del rostro para ver cómo el grillo se tambaleaba y, tras varias sacudidas, se quedaba por fin inmóvil en el suelo.

En cuanto hubo pasado el peligro inmediato, Danilo soltó la hoja de luna y se volvió hacia Elaith, con las manos alzadas a modo de disculpa, pero el elfo de la luna no se dio cuenta porque tenía el rostro contraído de rabia y se abalanzaba ya en silencio sobre el Arpista.

Danilo se precipitó al suelo y rodó hacia la izquierda, mientras oía cómo el siseo de una daga rozaba peligrosamente su oreja derecha. Se puso de pie de un brinco y desenfundó su propia espada. Elaith ya se había levantado, con una daga en una mano y un largo puñal de plata en la otra.

Wyn Bosque Ceniciento se interpuso entre los contrincantes. A pesar de que era casi un palmo más bajo que Dan o Elaith, el menudo elfo tenía una determinación en la mirada que ninguno de ellos podía pasar por alto. Los luchadores bajaron involuntariamente las armas.

—Dime de qué manera ha deshonrado este humano la espada elfa, lord Craulnober —preguntó, con los fríos ojos verdes fijos en el enojado elfo de la luna—. ¿Acaso no han sido forjadas las hojas de luna para llevar a cabo grandes gestas? El Arpista salvó una vida, quizá todas nuestras vidas. Si su empeño no hubiese valido la pena, una hoja de luna, aunque adormecida, lo habría atacado. No juzgues aquello que la hoja de luna no ha juzgado porque al hacerlo deshonras a la espada. —Las palabras no pronunciadas «más de lo que ya lo has hecho» quedaron en el aire.

Elaith enfundó sus armas y recogió la vieja hoja de luna. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y echó a andar rumbo al devastado bosque.

—Todavía tendrás que luchar con ése —comentó Morgalla. Arrancó su lanza del monstruo y se situó junto a Danilo—. Estoy en deuda contigo, bardo.

—Pues págame la deuda dejándome que luche con él cuando llegue el momento.

El tono de voz del Arpista era tranquilo e inusualmente severo, y la enana asintió. Con un profundo suspiro, Danilo se volvió a mirar la pila de escombros.

Estuvieron excavando hasta recuperar a todos los hombres. Orcoxidado no fue hallado a tiempo, y se encontraron varios mercenarios más, de cuyos nombres Danilo apenas se acordaba, con los cuerpos destrozados y medio devorados por el grillo gigante. Después de que los supervivientes enterraran a los muertos en tumbas profundas, Wyn salió en busca del ermitaño que había huido mientras los demás se daban un baño en las aguas frías y profundas del arroyo.

Tras darse un chapuzón superficial en el río, Vartain sacó el pergamino de su bolsa de cuero y prosiguió con su estudio. Danilo salió del arroyo, helado y chorreando agua. Desechó la túnica mojada que llevaba y empezó a sacar ropa seca de su bolsa mágica. Los demás se quedaron boquiabiertos al ver que extraía una blusa de hilo fino, una capa verde oscuro, pantalones, una muda, medias y hasta un par de botas. El Arpista alzó la vista y vio que tenía audiencia.

—Llevo mis pertenencias —comentó, mientras proseguía revolviéndolo todo—.

Aquí hay de todo. No os creeríais cuánto cabe aquí. Tengo algo que puede serte útil, Morgalla, al menos hasta que Wyn regrese con tu poni y tu bolsa de viaje. Por fortuna, teníais ya los caballos preparados y el equipaje a punto cuando os atacó la hechicera. Ajá..., aquí está.

Danilo sacó una blusa holgada de seda de color verde pálido.

—Yo no habría escogido este atuendo para ti, pero te servirá de momento. También hay un pañuelo, y un broche de oro con un racimo de joyas...

—Esos abalorios no van bien para el viaje —señaló Morgalla, pero cogió las ropas lujosas y se ocultó tras un puñado de rocas.

El Arpista se vistió con rapidez y fue dando a los demás aquellas piezas de ropa que consideraba que podían irles bien. Sarna parecía casi un caballero vestido con una camisa de lujo y polainas, con el cráneo cubierto de mechones de pelo envuelto con un pañuelo de rayas. Balindar se mofó despiadadamente de su amigo, y la sonrisa de autocomplacencia de Sarna proporcionó un curioso contraste a su rostro fustigado y cubierto de cicatrices. Sin embargo el maestro de acertijos hizo un gesto distraído cuando Danilo le ofreció una túnica de recambio.

—El siguiente colegio de bardos está en Aguas Profundas. No conozco ese lugar —comentó Vartain, alzando por fin la vista.

—La escuela se llama Ollamn. Ahora no funciona como colegio de bardos, pero como ya sabes, la mayoría de gente implicada en las artes de los trovadores se inscriben en la tienda de laúdes de Halambar. Es el dueño de la Cofradía de Músicos, y gracias a su experiencia proporciona a los bardos locales y los que van de visita un servicio que antaño proporcionaba el colegio. ¿Qué sucederá en Aguas Profundas?

—Según el acertijo, un señor caerá en el campo del triunfo un día que no será día.

Morgalla asomó por detrás de las rocas, envuelta en ropajes de seda verde. La blusa le cubría hasta las rodillas, y se había atado a la cintura el pañuelo adornado con el broche de oro y joyas. Con sus cabellos rojizos húmedos y sueltos alrededor de su rostro y los pies desnudos, parecía una versión corpulenta de una ninfa de los bosques.

—Estás estupenda, querida —alabó Danilo en tono solemne, y el círculo de mercenarios asintió con admiración.

—Tengo una pregunta —intervino Vartain, que no prestaba atención a lo que estaba sucediendo—. Aguas Profundas es una ciudad muy grande.

—¿Es eso una pregunta?

—¡Por supuesto, lord Thann! —le espetó el maestro de acertijos—. No soy un hombre que aprecie las jocosidades. Durante la Fiesta del Solsticio de Verano, todos los intérpretes del Norland se congregan en la ciudad. Suponiendo que no aparezca a lomos de su *asperii*, como casi todos los cantantes de Aguas Profundas tienen algún tipo de arpa, ¿cómo vamos a reconocerla?

—La Fiesta del Solsticio de Verano —repitió Danilo en tono distraído—. El señor cae en un campo de triunfo en un día que no es día... —El Arpista se dio un palmetazo en la frente con la mano—. El día del Escudo. ¡Eso es!

Vartain asintió y sus ojos relucieron a medida que seguía el razonamiento del Arpista.

—Tu deducción parece correcta. El día del Escudo no forma parte de ningún ciclo lunar, ni cuenta como día en los calendarios. Es un día que no es día.

—¿Me estoy perdiendo algo importante? —inquirió Morgalla.

—El día del Escudo es un día adicional que tiene lugar cada cuatro años, justo en mitad del verano. Después de los torneos de la Fiesta del Solsticio de Verano, se renuevan contratos, se anuncian esponsales y se juramentan alianzas. Hasta los Señores de Aguas Profundas son ratificados cada cuatro años —explicó Vartain.

—Quizá sí, quizá no —añadió Danilo—. Te habrás dado cuenta de que todas estas maldiciones tienen como último objetivo Aguas Profundas. Entre las cosechas devastadas y los ataques de monstruos a las caravanas de mercaderes, la Fiesta del Solsticio de Verano será un acontecimiento decepcionante. Una tormenta ese día provocaría miedo y supersticiones entre la gente y un bardo que es capaz de influir en las multitudes sería capaz de convencerlos de que los Señores de Aguas Profundas no tienen ya capacidad para gobernar. ¡Bien ejecutado, sería un golpe casi incruento!

—Pero ¿por qué implicar a Arpistas y dragones? ¿Qué relación tienen los Señores de Aguas Profundas con un puñado de bardos?

—Bastante —replicó Danilo con brevedad—. Los dos grupos trabajan juntos. El arte musical y la política son dos cosas intrínsecamente ligadas. ¡Debemos poner de inmediato rumbo a Aguas Profundas! ¿Dónde está Wyn?

—Aquí —respondió el juglar, que descendía en ese momento desde la cima de la ladera llevando por las riendas a tres caballos. El ermitaño elfo le seguía a pocos pasos—. Hemos recuperado sólo tres caballos, pero, a cambio, he encontrado mi lira.

En ese momento, Elaith llegó corriendo a espaldas de Wyn por la cima de la colina.

—¡Pues utilízala! —gritó mientras se acercaba a la carrera a los demás—. ¡Una manada de arpías procedentes del norte!

11

Wyn se protegió los ojos del sol mientras escudriñaba el cielo. Como Elaith acababa de decir, por el norte se distinguían varias siluetas oscuras. El juglar contempló con gesto impotente a Danilo.

—No existen arpías en Siempre Unidos. ¡No he aprendido ningún canto hechizador que pueda combatir las!

Danilo palmeó la espada que llevaba en el costado.

—No te preocupes. Llevo una espada cantora cuya música contrarresta el efecto de los cantos de las arpías. Será tan fácil como luchar contra cualquier otro monstruo volador. Dientes afilados, garras y todas esas cosas.

El alivio de los aventureros se palpaba en el aire, e incluso el rostro serio de Elaith se relajó en cierto modo. Al ver eso, una diablura empezó a tomar forma en la fértil mente de Danilo, quien se apresuró a desenfundar el arma mágica y tendérsela con gesto solemne al elfo.

—Si me matan o me desarman durante la batalla, la música de la espada cesaría de inmediato, y todos estaríamos perdidos. Entre nosotros eres tú el mejor espadachín, así que será mejor que seas tú el encargado de blandirla.

Las cejas de Elaith se alzaron en un gesto de escepticismo, pero aceptó la espada mágica.

—Muy considerado por tu parte —comentó, con una mezcla de tono interrogativo y sarcasmo.

Danilo se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez. —El delgado filo externo de las penetrantes ondas de sonido empezaba a alcanzarlos—. La espada empezará a cantar en cuanto des el primer sablazo, pero procura no soltarla una vez haya empezado porque es un poco quisquillosa y quizá no vuelva a hacerlo.

El elfo dio unos pasos a modo de ensayo para probar el equilibrio de la espada y activar la canción. De inmediato empezó a entonar una alegre voz de barítono:

*Érase una vez un rey que quería disfrutar
de una lanza más impresionante
para usar en el combate
y de ayuda en sus romances*

Elaith alargó el brazo al máximo y examinó la espada como si fuera una mascota mimada que acabase de mancharle sus mejores botas. Pero como no le quedaba otra opción que seguir manejando el arma, se abalanzó con saña sobre la primera arpía

que estuvo a su alcance. La embestida provocó un corte profundo en el brazo de la criatura y a punto estuvo de segar el miembro gris inmundo. Chillando de dolor y rabia, la arpía se apartó de un aletazo y dio una vuelta para iniciar un segundo ataque. Se lanzó sobre el elfo con la dentadura al descubierto y chillando. Elaith sacó un cuchillo de la manga del brazo que sostenía la espada y lo lanzó contra el monstruo. Dio a la arpía en la garganta, y de inmediato cesaron sus gritos. La criatura cayó de bruces contra su asesino, pero Elaith esquivó el cuerpo echándose a un lado y rodó por el suelo procurando no perder el contacto con la espada mágica.

*Oyó al caballero un hechicero
y le concedió su deseo.
Al principio, se sintió de gozo pleno
al ver concedido su sueño.*

La espada siguió otra vez con la tonada, advirtiendo a los luchadores en tono jovial que no se fiaran de los deseos pronunciados con ligereza. Las arpías también parecían tomarse el consejo al pie de la letra. Quizá recordasen su última batalla contra aquellos contrincantes, o al menos habían aprendido a desconfiar de aquellas presas que no se mantenían quietas pese a su poder, pero el caso es que se mantenían en círculo alrededor del claro, fuera del alcance de las centellantes espadas mientras cantaban su hermosa y mortífera canción. Pero por encima del embrujador canto de las arpías sonaba la alegre voz de barítono.

*El caballero fue a una fiesta invitado
con su nueva arma.
Pero comer le resultó difícil con la lanza
pues al bailar tropezaba.*

Morgalla chasqueó la lengua y luego frunció el entrecejo llena de frustración. La lucha no resultaba de su agrado porque sus contrincantes permanecían fuera de su alcance. Utilizando la lanza a modo de jabalina, la lanzó contra una arpía que volaba bajo. La punta se incrustó en el cuerpo de la criatura y la fuerza del impulso hizo que la lanza siguiera avanzando hasta hundirse en profundidad contra un árbol. Atravesada por la lanza, la arpía moribunda se retorció y chillaba, pero Morgalla se limitó a hacer un gesto de satisfacción y desenfundar el hacha para preparar un nuevo ataque.

—¡Disparemos contra ellas! —gritó Danilo, al ver lo que había hecho la enana. Apartó la espada y tensó el arco, pero la primera flecha falló el blanco. El Arpista esbozó una mueca y preparó otra mientras por el rabillo del ojo veía cómo Elaith

apretaba los labios en gesto de impotencia y frustración por no poder alcanzar con sus embestidas a los monstruos que se acercaban. Los mercenarios de Elaith lanzaron andanada tras andanada de flechas y, al final del estribillo, todas habían sido derribadas, algunas de ellas todavía con vida a pesar de las puntas de flecha que sobresalían de sus fétidos cuerpos.

Una de las arpías heridas se abalanzó sobre Sarna, pero el astuto mercenario agarró a la criatura por las patas, consciente de que una simple rozadura de sus garras podía dejarlo inmovilizado, y al mismo tiempo dio un puntapié al horripilante rostro. La criatura reculó, cubriéndose la nariz destrozada.

Un furioso Elaith se abalanzó sobre la arpía herida y hundió la espada mágica hasta la empuñadura en su garganta. La expresión del rostro del elfo sugería que pretendía acabar con el canto de la espada a base de sangre, pero la hoja seguía cantando, impertérrita.

*Al día siguiente, en el torneo,
ganó todas las justas
porque aquellos que se enfrentaban a su espantosa punta,
se caían, riendo, del asiento.*

El hacha de Morgalla resplandeció mientras combatía con una arpía armada con una porra. Dio un traspié y se quedó con una rodilla en tierra. La arpía levantó la porra de hueso y se echó hacia adelante para dar el golpe definitivo, pero en el último momento la experta enana se apartó a un lado y se puso rápidamente de pie para pillar a la arpía desequilibrada y poder hundirle el hacha en la nuca. Una sangre oscura salió a borbotones a través de la espesa mata de pelo enmarañado y la criatura cayó de bruces. En ese momento, Elaith destripó al único monstruo que quedaba. Con la muerte de la última arpía, el canto mortal de las arpías se desvaneció, pero la espada cantora siguió la mar de alegre:

*¡Ajá, por aquí!, ¡ajá, por allí!
Ahí va la lección:
tened cuidado con lo que pedís,
porque vuestros deseos reali...*

Elaith lanzó la espada al suelo y la canción finalizó bruscamente con una exclamación ahogada, como si el rapsoda mágico hubiese sido estrangulado por unas manos invisibles. El elfo de la luna se acercó a Danilo y, temblando de rabia mal contenida, puso un dedo sobre el pecho del Arpista.

—¡Estás loco! —tronó—. Nadie, nadie salvo tú tendría un arma tan ridícula.

Danilo se cruzó de brazos y se recostó contra un árbol.

—Oh, no lo sé. Pensé que lo estabas haciendo bastante bien.

Una daga de plata centelleó en la mano del elfo y, con un rápido movimiento, Elaith se echó hacia adelante y sostuvo la punta del arma contra la garganta del Arpista. Danilo apenas arqueó una ceja.

—De veras, mi querido Elaith, no me gustaría ver cómo cambias tus métodos a estas alturas. ¿No preferirías que me pusiera primero de espaldas?

—¿Puedo recordaros a los dos que tenemos cosas que hacer en Aguas Profundas? —interrumpió la voz indiferente de Vartain—. Nuestro contrincante se encuentra allí y va a atacar el día del Escudo. Nos quedan tres días.

El elfo contempló a Danilo con mal disimulado rencor, pero hizo un visible esfuerzo por apartar la daga.

—Hicimos un pacto como aventureros, y pienso atenerme a él, pero no prometo nada en cuanto recuperemos el arpa.

—Lo recordaré. —Danilo recogió la espada cantora y la devolvió a su funda—. Me voy a Aguas Profundas. Puedo llevar dos personas conmigo y volver después del crepúsculo a por dos más. Vartain, deberías venir el primero. Quizá si tú y Khelben Arunsun unís vuestros esfuerzos, podréis dar con la identidad de ese bardo enemigo.

El maestro de acertijos hizo una reverencia.

—Será un honor.

—Yo también voy —intervino Elaith—. Dispongo de fuentes de información en Aguas Profundas que el propio archimago envidiaría.

—Modestia aparte —comentó Danilo en tono jocoso mientras examinaba a los que se quedaban atrás. Estaban Wyn y Morgalla, el ermitaño elfo, Balindar, Sarna y Cory, un joven de tez oscura que era el espadachín a sueldo de menor edad de Elaith—. Antes de ir, procurad encontrar los demás caballos y luego poned rumbo a las granjas del templo del Campo Dorado. En cuanto encontréis el río, seguid su curso hasta llegar a un embalse profundo y tranquilo y montad el campamento. Os encontraré allí poco después de la puesta de sol.

Danilo hizo que Vartain y Elaith se acercaran a él y giró el anillo para invocar el hechizo de teletransporte. La visión se les llenó de una agitada luz blanca y al poco se convirtió en un sólido muro de granito negro.

El trío se encontró en un patio situado frente al cono alto y liso que constituía la torre de Báculo Oscuro, con un muro de casi siete metros de altura a su espalda. En la estructura no se veía ninguna puerta, ni portalones ni ventanas y los dos compañeros del Arpista se quedaron mirando el hogar del archimago con patente interés.

La pared sólida de la torre se agitó un breve instante y el archimago apareció por un hueco para saludar a los recién llegados. Danilo se encargó de las presentaciones y Khelben Arunsun dio una lección de auténtica diplomacia cuando se enteró de que el

elfo canalla Elaith Craulnober se había convertido en el compañero de su sobrino.

—Bienvenidos a la torre de Báculo Oscuro. Os ruego que os unáis a mi dama y a mí para disfrutar de la comida. Tenemos muchas cosas de que hablar, y podemos hacerlo mientras comemos.

Elaith respondió con una sonrisa misteriosa.

—Un placer que tendré que posponer. Si tiene la amabilidad de enseñarme por dónde se sale, tengo cosas que hacer. —Tras prometer que se encontraría con Danilo en una taberna al día siguiente a mediodía, Elaith se deslizó por la puerta invisible del muro.

—Es una larga historia —comenzó Danilo con voz seca mientras hacía un gesto en dirección al lugar por donde acababa de desaparecer el elfo.

—Esperaré. Pero ahora decidme, ¿qué habéis conseguido?

En compañía de un almuerzo a base de cocido de lentejas y queso ahumado, Danilo puso al corriente a su tío de los sucesos acontecidos aquellos últimos días. Vartain relató al archimago de forma escueta su encuentro con el dragón, y enseguida se puso a contar los detalles del pergamino hasta poder aventurar el perfil que según él debía de tener la hechicera.

—Nuestro enemigo es un bardo y un mago de considerable poder. Habla sespechiano medio, lo cual significa que o bien es especialista en dialectos remotos o es nativa del reino de Sespech, que desapareció hace casi trescientos años. También es una maestra del acertijo experimentada y el estilo del acertijo sugiere que tal vez sea, o lo haya sido hasta cierto punto, Arpista.

Khelben asintió con el gesto serio.

—El hecho de que haya alterado baladas me indica que tal vez estés en lo cierto en ese último aspecto. Decís que se la vio en Luna Plateada, ¿verdad? ¿Es elfa?

Danilo sacudió la cabeza.

—Nadie que la haya visto puede afirmar que sea cierto o no, pero por la edad que le calcula Vartain quizá sea lo más probable. Wyn también está de acuerdo en eso. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me ocurre una persona que pudiese encajar en ese perfil. Iriador Niebla Invernal era hija de un famoso juglar elfo y una humana baronesa de Sespech. Fue una hechicera notable y una bardo prometedor. Unió sus fuerzas con la banda de Finder Espolón de Wyvern y estuvo viajando con él durante una temporada. Según todos los indicios, murió durante una batalla en las guerras Estrella del Arpa.

—Una semielfa, ¿no? ¿Qué aspecto tiene?

—Iriador era una afamada belleza de brillante pelo rojizo y vivaces ojos azules. Era muy ágil, de poco más de metro sesenta de estatura y rasgos delicados. Si sigue todavía con vida, aunque se haya tomado pociones de longevidad, sin duda tendrá aspecto de anciana. Trescientos años son muchos para una semielfa.

—No es demasiado para empezar —comentó Danilo con tristeza mientras se levantaba de la mesa—. Tenemos que advertir a Kriios Halambar. Si podemos evitar que la hechicera entre en el lugar donde se alzaba el colegio de bardos de Ollamn, quizá ganemos un poco de tiempo. Al menos, podemos hacer que vigilen la tienda por si aparece alguien que encaje con esa descripción. Vartain, tú te encargarás de eso. Ven, salgamos.

El maestro de acertijos salió con él en silencio de la torre rumbo a la calle.

—¿Puedo preguntarte por qué me encomiendas esta misión? —preguntó.

—Tú ves cosas en las que los demás no nos fijamos —respondió Danilo sin pretender alabarlos.

—Últimamente, parece que me he perdido gran cantidad de detalles —musitó el maestro con voz taciturna.

Danilo lo observó sorprendido, pues semejante confesión no era propia de Vartain.

—La verdad es que tu precisión es inaudita y posees una mente privilegiada. Nunca había visto a nadie que poseyera un conocimiento tan amplio ni que prestara tanta atención a los pormenores. Me he dado cuenta de que cuando te pierdes un detalle, es sólo cuando estás demasiado enfrascado en analizar ciertos hechos o encajar las piezas entre sí. Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo definirías el humor?

Vartain pareció sorprendido por aquel aparente cambio de tema.

—Frivolidad, aquello que es alegre y divertido.

—Bien, es correcta porque es cierta, pero yo tengo otra definición: humor es mirar el cuadro en su conjunto y encontrar el detalle incongruente. Humor es otra palabra para definir el acto de mirar la vida desde un ángulo distinto y significa que no te tomas a ti mismo demasiado en serio. Además, añade una pizca de diversión a la vida.

—¿Diversión?

Danilo palmeó al maestro en el hombro.

—Diversión —repitió—. Cuando todo esto haya acabado, te sugiero que estudies esa palabra.

Vartain parecía poco convencido, pero hizo una inclinación de cabeza y se apresuró a poner rumbo hacia la tienda de laúdes de Halambar mientras el Arpista retrocedía lo andado al vestíbulo de la torre.

—Veamos el pergamino —exigió Khelben de inmediato.

Danilo rebuscó en su bolsa mágica y frunció las cejas con gesto de sorpresa.

—Es curioso —musitó mientras escudriñaba las pertenencias—. Estaba justo aquí arriba. —El Arpista empezó a sacar los objetos uno por uno, hasta que el montón en el suelo le llegó casi a la altura de las rodillas.

—¡Ya basta! —exclamó Khelben, exasperado—. Es evidente que el pergamino ha desaparecido.

Su sobrino hizo un gesto de asentimiento para admitir su derrota.

—Elaith Craulnobar ha vuelto a mofarse de mí. No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero me quitó el anillo del dedo sin que yo me diese cuenta.

—¿Por qué querrá el pergamino?

—Quiere mantenerlo alejado de ti por miedo a que encuentres a la hechicera antes que él. Por eso no vine aquí de inmediato con el pergamino —admitió Danilo—. Al parecer, nuestra hechicera posee un artefacto elfo, un arpa mágica muy poderosa conocida con el nombre de Alondra Matutina, y Elaith está ansioso por hacerse con ella.

El archimago recibió las noticias en silencio.

—Así que Elaith Craulnobar estará escudriñando la ciudad y preguntando a todos por esa arpa mágica.

—Lo más seguro. ¿Puedes seguirle la pista?

—Me ocuparé del elfo. Mientras, ¿por qué no vas a casa de Halambar y ves si Vartain nos consigue información útil?

El Arpista se apresuró a ir a la tienda del jefe de la cofradía. Kriios Halambar recibió a Danilo con cortesía pero pareció sorprendido cuando Dan le preguntó por Vartain.

—El maestro de acertijos no ha sido visto por aquí desde que fue contratado por Elaith Craulnobar hace muchos días. ¿Por qué?

—Me temo que acabáis de responder a mi pregunta —admitió el Arpista tristemente—. Vartain sigue trabajando para Elaith. —Proporcionó a Halambar una versión abreviada de toda la historia y le pidió que cerrara la tienda y estuviera alerta para que la hechicera no pudiese lanzar su hechizo desde la sede del colegio de Ollamn.

—Aquí acuden muchos bardos a firmar el registro, pero el colegio se alzaba donde ahora está la cofradía —lo corrigió Halambar mientras meditaba sobre esa posibilidad—. Sería algo sin precedentes cerrar la sede de la cofradía durante la Fiesta del Solsticio de Verano. Muchos bardos que vienen de visita se alojan allí.

—Pero ¿podría hacerse?

—Oh, sí, admito haber puesto protecciones mágicas alrededor del edificio porque, además de las precauciones habituales, los sucesos acaecidos en Aguas Profundas últimamente nos hacen actuar con más prudencia si cabe.

—Nuestro bardo domina a la perfección la magia —convino Danilo mientras rebuscaba en su bolsa el cofre del dragón. En él encontró menos piedras que las que recordaba haber dejado, pero eligió varias gemas de gran tamaño para dárselas a Halambar—. Aumentad la vigilancia en vuestra tienda y en la cofradía con tanta

magia y acero como podáis comprar con estas piedras. Y haced que vigilen en busca de cualquier persona que pueda encajar en la descripción que os he dado.

El cabecilla inclinó la cabeza.

—Todo se hará según decís. Acabad con la maldición que pesa sobre los bardos, lord Thann, y vuestro nombre será recordado entre todos nosotros.

Danilo tenía motivos para pensar que las cosas no sucederían así. En cuanto la ilusión mágica se hubiese disipado, volverían a mirarlo como un aficionado divertido e inepto, un típico noble holgazán de gran riqueza y poco seso. En aquel momento, Danilo lamentaba de veras el papel que había fingido durante años. Si no se hubiese comportado como un loco y hubiese seguido el consejo de Khelben de mostrarse como un mago prometedor, ahora habría podido compartir su visión de la importancia del canto elfo. Como aprendiz reconocido de Khelben, podría haber conseguido mucho, pero ¿quién iba a escuchar seriamente a Danilo Thann, un pisaverde? Sin saber qué otra cosa podía hacer, el Arpista devolvió cortésmente la respetuosa reverencia de Halambar.

A pesar de que el sol brillaba en aquella tarde de verano, en el sótano de la taberna conocida con el nombre de La Araña Ecurridiza era noche cerrada. Los muros de yeso habían sido moldeados para que se asemejaran a la piedra excavada del interior de los túneles, y relucientes pedazos de musgo y líquen proporcionaban una difusa luz verdosa a la estancia. Del techo colgaban arañas disecadas y otras verosímiles esculturas de bestias más atemorizadoras del mundo subterráneo decoraban el extraño local. En una esquina había un pulpo de madera en uno de cuyos tentáculos púrpuras un cliente achispado había colgado el sombrero. La taberna servía de punto de reunión para todos aquellos que recordaban con nostalgia sus hogares subterráneos, en su mayoría enanos, semiorcos y varios gnomos, aparte de algunos clérigos que disfrutaban de un respiro ocasional en su mundo de respetabilidad. Las camareras iban disfrazadas a la usanza de los elfos drow, con ceñidas polainas negras a conjunto con cortas cotas de malla, máscaras negras con orejas puntiagudas y vaporosas pelucas blancas. Eran todas hermosas humanas porque ninguna mujer elfa, convino Elaith Craulnober con desdén, se habría sometido a semejante indignidad. El elfo de la luna consideraba aquella taberna un lugar aberrante, pero una de las doncellas que allí servían era una antigua empleada suya y una fuente de información fiable.

Elaith se introdujo por la puerta de atrás y se deslizó con sigilo en uno de los reservados cubiertos de tapices de la taberna. Aunque todas las camareras iban disfrazadas igual, reconoció a Winnifer, una antigua ladrona y divertida compañera, por su andar sugerente y su diminuta boca roja. Agarró a la mujer por la cintura cuando la vio pasar y la arrastró al reservado.

Winnifer se dejó caer en su regazo y sus labios esbozaron una encantadora

sonrisa.

—¡Elaith! ¡Qué maravilloso volver a verte! —Se arrebujó contra él como si fuera un gato satisfecho y le acarició los brazos con unas manos delicadas cubiertas con guantes—. Cuando sentí que tiraban de mí, pensé que era otro de esos clérigos traviosos.

Él cogió la mano que le acariciaba ahora el pecho y le dio un apretón de advertencia.

—Necesito información, Winnifer.

La mujer hizo pucheros hasta que abrió la mano y vio que tenía una diminuta gema roja.

—Ayer me ofrecieron un trabajo —ronroneó, acariciándole el rostro—, y esta vez ¡no era un clérigo! Alguien está intentando que funcione una Cofradía de Ladrones.

No era la primera vez que Elaith oía aquel rumor, y la verdad es que le preocupaba, así como también la afluencia de extranjeros en la ciudad. No era una novedad que durante las fiestas y la temporada de mercado se reunieran en la ciudad ladrones importantes, pero el elevado número de ladrones en Aguas Profundas no podía explicarse sólo por la Fiesta del Solsticio de Verano. Pero más inquietante incluso era el suministro inagotable de asesinos, y el afán con que esos grupos buscaban adeptos. Por norma, los asesinos no se preocupaban por hacer amigos ni por influir en la gente, así que era más frecuente que intentaran reducir sus filas y no ampliarlas. Esa tendencia indicaba la intervención oculta de alguna organización poderosa.

—¿Quién hay detrás de todo esto?

Winnifer se encogió de hombros y hundió los dedos por dentro de la ceñida y oscura piel de sus botas altas hasta la rodilla para extraer una enorme moneda de oro y enseñársela al elfo.

—Quiero que me la devuelvas —le advirtió mientras le rodeaba el cuello con ambas manos para acariciarle la nuca. Elaith le apartó un mechón de pelo blanco y examinó la moneda.

—Te hará mucho bien —respondió Elaith—. Gástate esto en Aguas Profundas y lo más probable es que acabes colgada en los muros de la ciudad. Esta moneda lleva el símbolo de los Caballeros del Escudo.

Winnifer soltó un juramento y se irguió.

—Cómpramela, ¿vale? Puedes hacerla circular más fácilmente que yo.

—Gracias, pero no —respondió el elfo, mientras volvía a colocar la moneda en la bota de la mujer—. ¿No has visto más monedas como ésta por ahí?

—Yo no, pero ¿conoces a mi hermana Flowna? ¿La que baila en Las Tres Perlas? Dice que con monedas como ésta pagaron un concierto durante el cual muchos bardos que estaban de visita cantaron historias sobre Báculo Oscuro y esa bruja que

vive con él. Flowna dice que fue divertido.

—Ya veo.

—Mmm... Lo que no alcanzo a entender es qué esperan hacer esos Caballeros, ese grupo de espías, con un puñado de bardos y ladrones.

—Una alianza temporal, supongo. —Elaith apartó a la mujer de su regazo y se deslizó fuera del reservado, tras prometerle que regresaría pronto.

Winnifer esperó en el reservado durante varios minutos y, después de cerciorarse de que el elfo se había marchado, corrió hacia el vestidor, se quitó la máscara de drow y la peluca, y se envolvió en una capa holgada que le cubriera el disfraz, antes de salir de la taberna subterránea e introducirse en una tienda cercana.

Magda, una vieja que vendía juguetes de madera y diminutas estatuas, estaba sola en la tienda, pero se apresuró a conducir a la hermosa ladrona a una sala en la trastienda que no tenía más mobiliario que una mesa pequeña con una palangana redonda.

La vieja mujer puso un puñado de hierbas en el agua y pronunció las palabras de un hechizo. Winnifer dio un paso atrás cuando el agua empezó a burbujear y soltar humo. En cuestión de minutos, las hierbas se habían disuelto y el agua se había convertido en una superficie lisa y oscura, en cuyo reflejo se veía el rostro de la maga Laeral.

—Saludos, Magda. ¿Alguien ha localizado el elfo para nosotros?

—Tengo a Winnifer Dedos Ligeros conmigo —anunció la vieja mientras daba un paso atrás para dejarle sitio a la ladrona.

Winnifer se inclinó sobre el cuenco de espionaje.

—Le dije a Elaith todo lo que se suponía que tenía que decirle —informó—. Identificó la marca de los Caballeros en la moneda y por lo que dijo cree que los Caballeros y tu hechicera trabajan en alianza.

—Buen trabajo —la felicitó Laeral—. Elaith Craulnober conoce mejor que nadie el lado oscuro de Aguas Profundas. Si el elfo no puede encontrar al agente de los Caballeros, nadie podrá hacerlo.

—Ese pergamino que estáis buscando..., él no lo tiene —añadió Winnifer.

Laeral alzó las cejas plateadas.

—¿Estás segura?

La hermosa ladrona soltó un bufido en tono despectivo, y Laeral reconoció las buenas mañas de Winnifer con un ademán de asentimiento.

—De acuerdo. No lo tiene. Magda, ponte en contacto con toda la red y cambia las instrucciones. No hay que detener a Elaith Craulnober, sino observarlo y dejarlo ir a donde quiera. Tomad nota de todas las personas con las que entra en contacto. En cuanto al pergamino, empezad a buscar a un personaje llamado Vartain de Calimport.

12

En cuanto el sol se puso sobre Aguas Profundas, Danilo volvió a hacer girar su anillo de teletransporte mientras evocaba en su mente el lugar que había mencionado a Wyn y a los demás.

Encontró al grupo acampado junto al embalse, en una escena de paz y belleza que parecía incongruente. Las nubes relucientes que rodeaban la puesta de sol se reflejaban en las tranquilas aguas, y en la zona despejada que rodeaba el embalse aparecían y desaparecían luciérnagas. El ermitaño elfo estaba un poco apartado, tocando una canción sin melodía en la lira mágica de Wyn. Morgalla recibió a Danilo con su característico gesto de asentimiento, pero Wyn se acercó corriendo a él, presa de una excitación que Danilo nunca le había visto.

—¡Sé cómo debe deshacerse el hechizo!

—¿De veras?

—Bueno, casi —admitió el elfo—. Hice una copia del acertijo del pergamino. Vartain lo ha estado estudiando sólo como un rompecabezas, y pensé que el ojo de un músico experimentado podía encontrar algo que a él le hubiese pasado por alto.

—¿Y? —A Danilo le daba la impresión de que la excitación del elfo era contagiosa.

—La balada del pergamino es una balada de verdad y ha sido creada para ser cantada. Mira la métrica: cada estrofa es regular a pesar de la carencia de ritmo.

Una posibilidad empezaba a tomar cuerpo en la mente de Danilo, que se sentó en una roca cubierta de musgo.

—Tú que eres experto en historia de los Arpistas, ¿te dice algo el nombre de Iriador Niebla Invernal?

—Oh, sí. Fue una Arpista que viajó durante cierto tiempo con Finder Espolón de Wyvern. Su nombre, Iriador, deriva de la palabra elfa que significa «rubí», y se la llamaba así por su brillante pelo rojizo. Era una belleza deslumbrante, aparte de maga y bardo bien dotada.

—Según Khelben Arunsun, esa mujer era semielfa, y la hija de un famoso músico elfo. ¿Es posible que conociese el arte del canto elfo?

Wyn reculó mientras observaba consternado al Arpista.

—¿Estás diciendo que Iriador Niebla Invernal pueda ser nuestra esquiva hechicera? ¿Una semielfa?

—Sí, según mi estilo inigualable. Ahora, dime tú, ¿es posible que todo este alboroto sea el resultado de la magia del canto elfo?

—Me temo que sí —admitió el juglar—. Hace tiempo que lo sospecho, y mis recelos se confirmaron cuando supimos que nuestro enemigo posee la Alondra Matutina. Únicamente un rapsoda del hechizo muy poderoso sería capaz de utilizar el

arpa, así que supuse que la hechicera sería elfa.

—¿Qué puede hacer esa arpa?

—Permite que el músico cree nuevos cantos hechizadores, cosa que no es sencilla. Nuestro enemigo ha creado un hechizo complejo de muchas capas. Primero, tal como dijo Vartain, existe magia en la elaboración y la resolución de acertijos. También es capaz de extraer poder de un lugar mágico; las sedes de los antiguos colegios de bardos quedan inscritos en la magia colectiva de la música que durante décadas se ha tocado en ellos. En cada ubicación, gana otro poder para su objetivo final.

—¿Cuál es?

—Restablecer el honor del arte de los bardos.

—Extraño modo de llegar a él —comentó Danilo—. Su concepto del honor exige que antes se siembre gran destrucción. ¿Cómo pueden deshacerse esos hechizos?

—Cantando la balada completa. En todo el acertijo se encuentran pistas para hacerlo, y muchas de ellas están ocultas dentro de otras pistas.

Danilo reflexionó sobre lo que le acababa de decir Wyn Bosque Ceniciento, y luego asintió al pensar en algo que se le había ocurrido.

—La llave del hechizo —repitió con suavidad antes de alzar la vista a Wyn—. ¿Recuerdas el primer acertijo del pergamino?

El principio de la eternidad.

Y también de la edad y el espacio.

El inicio de todas las eras

y el final de siempre.

El Arpista pronunció el acertijo con rapidez, y luego sacudió la cabeza perplejo ante su propia estupidez.

—La clave del hechizo era la letra «E», ¿de acuerdo? Al responder al acertijo se abría el pergamino, pero también nos proporcionaba la clave musical en la que tenía que cantarse el hechizo, ya sabes, eso significa que debe cantarse en «mi».

—No me había fijado en ese acertijo doble en particular —confesó Wyn—, pero hay muchos otros.

—Por Milil —juró Danilo, invocando al dios de la música—. Este bardo nuestro tiene una mente retorcida. Tendremos que examinar cada frase y cada verso desde ópticas muy distintas para colocar juntas las piezas de este rompecabezas.

—Cierto, pero me temo que esto te coloca en peligro, amigo mío.

—Esta aventura no ha estado exenta de peligro —observó Danilo—, pero ¿por qué a mí en concreto?

—Probablemente conocerás la leyenda del Órgano Místico de Heward. Si se

puede encontrar ese artefacto, teóricamente uno puede invocar infinidad de hechizos tocando melodías con sus teclas.

—Si uno es capaz de sobrevivir a semejante esfuerzo —convino Danilo con sequedad—. También de acuerdo con la leyenda, aquellos cuya búsqueda sea infructuosa o cuyos músicos no estén por la labor acabarán muertos o locos.

El juglar elfo asintió con gravedad.

—Ese peligro existe al invocar cualquier tipo de hechizo poderoso, y éste no constituirá una excepción. Ese hechizo fue invocado uniendo el canto elfo con el poder de la Alondra Matutina, lo cual indica que la magia es doblemente poderosa y que sólo podrá deshacerse si se canta la balada entera y se interpreta la melodía con la Alondra Matutina.

—Cosa que sólo puede hacer un rapsoda del hechizo, es decir tú.

—Me temo que no —replicó Wyn Bosque Ceniciento—. Recuerda que no sé tocar el arpa. La tarea te corresponde, por lo tanto, a ti.

Danilo respiró hondo. No tenía otra alternativa que intentar solventar la situación, pero no era un rapsoda del hechizo como Wyn, ¡ni siquiera era un buen trovador! Sus ojos se desviaron hacia el ermitaño elfo, que había dejado a un lado el laúd y danzaba ahora siguiendo las notas de una música frenética que sólo él podía oír. El Arpista era consciente de que si le fallaba la voz o los dedos le temblaban sobre las cuerdas, su destino podía ser similar al del elfo chiflado. En cuanto reunió confianza suficiente para hablar, alzó los ojos hacia Wyn.

—Me prometiste darme lecciones de canto elfo —comentó en tono despreocupado—. Creo que es el momento ideal para empezar.

Silencioso como una sombra, Elaith Craulnober se abrió paso entre los desechos que obstaculizaban el callejón de los Dos Frascos. Aparte de él, el callejón estaba desierto; la sabiduría popular contaba que nadie que hubiese bebido menos de dos frascos de algo más fuerte que la cerveza se atrevería a adentrarse en el peligroso pasaje después de la puesta de sol.

El centro de la estrecha callejuela estaba cubierta por enormes tablones de madera que permitían el paso de todos aquellos locos, borrachos o intrépidos que caminaban por entre la basura y las aguas residuales que se tiraban al callejón desde las sórdidas tabernas que se alineaban a uno y otro lado.

Las botas del elfo no hacían ruido alguno al pisar los tablones, y por debajo de sus pies se escabullían y se enredaban a sus anchas ratas ansiosas por rebuscar entre los desechos antes de que la apertura diaria de la esclusa arrastrara la mayor parte de los desperdicios, y de ratas, hasta las rejas del alcantarillado que había a ambos lados de la callejuela. No había alumbrado de gas ni tampoco antorchas que disiparan las tinieblas de la calle y el elfo se abrió paso con rapidez hasta la entrada trasera de la

infame taberna El Marinero Sediento, sumida en la oscuridad. Los clientes de esta tétrica taberna eran amantes de las tinieblas y tendían a esfumarse con las primeras luces del alba como si fueran vampiros.

El Marinero Sediento era una taberna frecuentada por pendencieros y borrachines, y los tratos que se cerraban y la información que se intercambiaba en sus miserables estancias del piso superior eran a todas luces insignificantes, acuerdos entre personajes de baja escoria de Aguas Profundas. Sin embargo, para Elaith Craulnober, el propietario de la taberna era una fuente excelente de información turbia. El elfo plateado se había pasado el día recorriendo todas las tabernas y puntos de reunión que conocía, recopilando información a través de su extensa red de informadores. Había aprendido mucho, pero todavía tenía que encajar las piezas. Se apresuró a pasar por delante del último edificio del callejón, un almacén de aleros bajos en el que se apilaban barriles de whisky y cerveza.

El elfo estaba a pocos pasos de la entrada trasera cuando sonó un golpe sordo a su espalda, amortiguado por las planchas de madera que servían de pavimento al callejón, y por el rabillo del ojo alcanzó a ver el destello del acero.

Con gran agilidad y experiencia, giró en redondo y agarró a su atacante por la muñeca, que sostenía en alto. Acto seguido, rodó sobre sí y, aprovechando el impulso que llevaba su oponente, lo hizo caer también, aunque era más corpulento. Mientras se precipitaban sobre el pavimento, Elaith plantó ambos pies en el pecho del ladrón y, en el momento preciso, le dio una fuerte patada. El hombre salió disparado por encima de Elaith, giró en el aire y acabó aterrizando pesadamente de espaldas.

Antes de que acabara de soltar un «¡uff!» de sorpresa, el elfo estaba de nuevo de pie con un cuchillo en cada mano y, acto seguido, lanzó los dos puñales, que dejaron inmovilizado al ladrón al clavarse en la madera del suelo tras atravesar el basto lino de los puños de su camisa.

Elaith sacó de su bota un cuchillo más largo y se acercó despacio hasta quedarse de pie frente al hombre. Era la técnica favorita del elfo, porque había aprendido que los hombres estaban más dispuestos a compartir información si se les intimidaba.

—Para ser una emboscada, me ha parecido bastante torpe —comentó el elfo, apaciblemente.

El sudor empapaba el rostro del hombre atrapado, quien no intentó moverse ni gritar.

—¡Juro por la Madre de la Máscara, Elaith Craulnober, que no sabía que eras tú! Era un robo rutinario, no era nada personal.

El ladrón aficionado tenía una voz que le resultaba familiar, pero la memoria del elfo relacionaba el tono quejumbroso y apático con un hombre pesado y barbudo que llevaba el largo cabello castaño recogido en tres espesas trenzas. Sin embargo, el hombre que tenía delante llevaba el pelo corto e iba bien afeitado. Elaith se acercó

para escudriñarle el rostro.

—¿Eres tú, Kornith? Por todos los dioses, qué perilla más horrorosa. Yo, de ti, me dejaría crecer la barba de inmediato. ¿Qué te indujo a afeitarte?

—Las normas de la cofradía —musitó—. Destaca entre una multitud. —El ladrón echó una significativa mirada a uno de los cuchillos que lo mantenían inmóvil, pero su torturador elfo no le prestó atención.

—¿Reglas de la cofradía? —Elaith Craulnober entrecerró los ojos color ámbar. ¿Acaso hay reglas en ese negocio?—. ¿Desde cuándo existe una Orden Real de Hurtos en esta ciudad?

—Pronto llegará —aseguró el ladrón—. Y una Cofradía de Asesinos, también. Corre el rumor.

—¿Quién? —El elfo dio un paso adelante y acarició el filo de su cuchillo.

—No lo sé. —Kornith se lamió los labios presa del nerviosismo—. Te lo diría, si lo supiera. Corre ese rumor, eso es todo.

Lo que Winnifer Dedos Ligeros le había revelado sobre los Caballeros del Escudo empezaba a ganar credibilidad por momentos, y eso preocupaba a Elaith. A pesar de todas las intrigas que existían, Aguas Profundas no tenía una única red de crimen organizado, y favorecía a los intereses del criminal elfo que las cosas siguieran así.

Sin embargo, no iba a conseguir más información de Kornith, de eso estaba convencido. Elaith situó la punta de la bota por debajo de la empuñadura de uno de los puñales que mantenían inmovilizado al ladrón y, de un puntapié, lo soltó y lo agarró al vuelo. Kornith giró hacia un costado y desclavó la segunda hoja antes de ponerse de pie y recular, con una mezcla de alivio y aprehensión en el rostro.

—Pensé que era ya fiambre, Craulnober —comentó Kornith mientras seguía poniendo distancia entre él y el mortífero elfo plateado—. Nunca supuse que pudiera sentir piedad de un hombre, pero te lo agradezco y te debo un favor.

Elaith se quedó helado. La sinceridad que traducían las palabras del ladrón no hacía más que agitar la confusión que anidaba en su corazón. Kornith tenía motivos para sentir miedo de él, porque nadie que hubiese osado amenazar la vida de Elaith Craulnober vivía para contarlo. El elfo había invertido una fortuna en mantener su oscura reputación y sin embargo allí estaba, dispuesto a dejar escapar a un criminal. Además, un año antes no se habría contentado con clavar al hombre en el suelo por las mangas sino que no habría dudado en crucificarlo por las palmas de las manos. La cólera del elfo plateado se dirigió hacia su propio interior y se maldijo por haber tenido un lapsus tan inusual. En ese mismo instante, echó la mano atrás y, con un ágil y veloz movimiento, lanzó hacia adelante el cuchillo que sostenía.

La hoja se hundió profundamente justo por debajo de la caja torácica de Kornith.

El ladrón se desplomó contra la pared del almacén, sujetando la empuñadura con ambas manos. En la comisura de los labios se le formaron burbujas de sangre

mientras se deslizaba despacio hacia la calzada inmunda. Sus labios se torcieron en una expresión de desprecio por sí mismo mientras buscaba con una mirada cada vez más vidriosa los ojos del elfo.

—Tendría que haber corrido. Olvidé quién... quién eras —balbució.

Elaith se acercó a él y, con una malévol patada, hundió todavía más el cuchillo. El último aliento de Kornith se convirtió en un gorgoteo sanguinolento.

El elfo se quedó de pie sobre el hombre caído, contemplando en silencio su obra.

—Por un momento, también yo lo olvidé.

A petición de Morgalla, Balindar, Sarna y Cory arrastraron un tronco al círculo de luz que ofrecía una hoguera crepitante. El soborno del fornido capitán mercenario había mermado considerablemente el suministro de joyas de Danilo, y el Arpista había aprendido que resultaba más económico canalizar sus peticiones a través de Morgalla. Balindar se había aficionado tanto a la enana —y se sentía tan responsable por cumplir la orden de Elaith de mantenerla como rehén para asegurarse la cooperación de Danilo—, que éste estaba convencido de que el mercenario sería capaz de sumergirse en el lago y pescar peces con los dientes si Morgalla hubiese manifestado su deseo de comer pescado.

Por su parte, la enana no se quedaba atrás con los tres espadachines que habían sobrevivido, y les compensaba el favor relatándoles la historia del combate que habían librado contra una horda de orcos invasores. Una vez a solas, Danilo y Wyn estudiaron la copia de la balada a la luz oscilante de la hoguera.

—La estrofa final nos da más pistas sobre la ejecución de la canción —comentó el elfo—. Aquí, por ejemplo. Primero, el arpa; después, el cantante hace dos círculos. ¿Tiene eso sentido para ti?

—Creo que sí —respondió Danilo, pensativo—. Eso parece indicar que la balada debería cantarse como un canon, iniciando la melodía con el arpa, y debe repetirse una vez.

—¿Qué es un canon? —intervino Morgalla mientras acudía a sentarse junto a Wyn.

—Es un tipo de melodía sencilla en el que empieza primero un cantante, y en un punto concreto se une otro iniciando la melodía, y así sucesivamente. Veo que la música de los enanos no es muy propensa a hacer este tipo de composiciones.

—¿Y cómo sabe el cantante cuándo intervenir?

—Eso puedo contestarlo yo —interrumpió Danilo—. Eso viene determinado por la melodía, pero por regla general el canon empieza después del primer verso de la estrofa. Por ejemplo... —Danilo se aclaró la voz y empezó a cantar:

*Aquel que quiera mantener una taberna
debe tener tres cosas en reserva:
una alcoba con colchón de plumas,
una almohada y una... ei, tuna-tuna-tuna
tuna-tuna-tuna, tuna-tuna-tuna.*

El Arpista se detuvo.

—La segunda vez que lo cante, vosotros tenéis que uniros a mí después de que haya cantado el primer verso. Ahora, vamos, ¡todos juntos!

La enana lo miró con expresión severa.

—Te estás ganando un bofetón, bardo.

Wyn asintió, completamente de acuerdo.

—Esta discusión no conduce a nada porque no conocemos la melodía donde poner las palabras.

—Creo que el acertijo también nos proporciona eso —aseguró Danilo, mientras volvía a coger el pergamino con reticencia—. Mira la línea final de la balada. Dice que la canción debe cantarse a los hombres armados de Canaith.

—¿Quién es ése? —preguntó Morgalla.

—No es quién, sino qué. Si no me equivoco, se refiere a una antigua canción, *L'homme armé*, el hombre armado, que se atribuye a Finder Espolón de Wyvern. Fue sentenciado por sus compañeros Arpistas a siglos de aislamiento en otro plano existencial, y su música fue borrada de la tierra por poderosos hechizos. Nuestro contrincante bardo utiliza esa melodía en particular por precaución.

—Lo cual concuerda con todo lo que sospechamos —convino Wyn—. Iriador Niebla Invernal viajó con Finder Espolón de Wyvern y debía de conocer su exilio. De hecho, ¡es bastante probable que esa sentencia sirviera de inspiración a nuestra amiga para lanzar su propio hechizo contra los bardos! Pero ¿cómo conoces tú esa canción, Danilo?

—Durante mis viajes conocí a Olive Ruskettle, una bardo halfling y miembro de los Arpistas, aunque a ella no se lo puedes decir a la cara porque tiene sentimientos contrapuestos respecto a los Arpistas. Cuando Finder regresó a Faerun, se hicieron amigos, y ahora que se ha abolido la sentencia contra él, se dedica a cantar su música por dondequiera que vaya.

—¿Y la referencia a Canaith?

—El colegio de bardos, por supuesto. La tonada era popular y a menudo se cogía prestada para hacer otras melodías. Supongo que el hechizo se hizo con la versión que era más popular en Canaith.

—¿Estás seguro de que la halfling cantaba esa versión en particular? —preguntó Wyn.

—¡Eso sería estupendo! Estaré seguro en cuanto haya intentado lanzar el hechizo —respondió Danilo con una ceñuda sonrisa. Examinó las palabras de la balada, y, mientras leía, iba canturreando. Al final asintió, satisfecho—. La métrica concuerda con la melodía, eso lo sabemos. En apariencia, tengo que tocar la primera línea de la canción con el arpa y luego empezar a cantar en armonía con el instrumento.

—Mmmm... suena como intentar excavar un túnel por el este y otro por el oeste con la esperanza de encontrarse en el medio.

—Más o menos, querida enana. Si me dejas tu lira mutante, Wyn, supongo que tendré que empezar las prácticas —comentó Danilo sin entusiasmo mientras se alzaba para abandonar el campamento.

—Espera, bardo. Pasearé un rato contigo —intervino Morgalla mientras descendía de su posición elevada junto a Wyn.

Danilo se volvió para declinar la oferta pero algo en la expresión de su rostro lo hizo contenerse y le indicó con un gesto que se uniera a él. Salieron los dos del campamento y caminaron en silencio durante unos minutos. Un diminuto sendero atravesaba una zona boscosa de camino a la ruta principal, y en el cruce Morgalla se detuvo.

—Tengo que contarte una historia —empezó la enana, con los ojos bajos—. Provengo de las montañas Tierra Rápida, una zona muy al este de aquí. Desde la época de mi abuelo, las guerras con los orcos han reducido a cenizas a mi clan. Mi madre era Thendara Rapsoda de la Espada, una capitana de la guardia de la tierra y más fiera que nadie como guerrera. En cuanto tuve edad suficiente para ponerme de pie, me puso un bastón en la mano y me enseñó a utilizarlo. Como pertenezco al clan de Chistlesmith, aprendí el oficio propio del clan de convertir pedazos de madera en utensilios útiles, y ésa era la historia de mi vida: luchaba y esculpía madera, como mis semejantes esperaban que hiciera, pero en mi interior buscaba algo más. Tenía ansia de aventura, y me encantaba aprender nuevos relatos y canciones. A los enanos nos encantan ese tipo de cosas, pero con los conflictos que afrontamos a diario, no nos queda mucho tiempo para dedicarnos a ellas.

»Los tiempos eran duros, pero por la noche la gente se reunía en la sala principal del clan para cantar canciones y escuchar relatos. Se me conocía en toda Tierra Rápida por mis cantos y mis historias... y mis bailes.

La enana miró de reojo a Danilo para ver si se atrevía a sonreír. El Arpista asintió con semblante severo, y ella respiró hondo antes de continuar:

—Debes saber que la princesa Alusair, la hija del rey Azoun, se quedó en Tierra Rápida para combatir orcos y también para ocultarse. Era muy aficionada a narrar relatos, y después de la guerra con los Señores de los Caballos, me llevó hasta Cormyr para que viese con mis propios ojos las maravillas del reino de su padre. Mi aprendizaje como artesana estaba a punto de terminar, y mi cincuenta cumpleaños a

la vuelta de la esquina. Cuando eso suceda, tendré que elegir un compañero y establecer mi propio territorio así que se me acababa el tiempo para dedicarme a la música y a las aventuras. Pensé en ir a las ciudades de Cormyr y allí labrarme un nombre junto a un bardo que me enseñase todo aquello que no puedo aprender en Tierra Rápida.

»Qué engañada estaba —musitó Morgalla con una triste sonrisa—, y convencida de que enseguida se conocería en Cormyr mi nombre. Pero no salió como yo esperaba. La gente alta no se imagina que un enano pueda hacer otra cosa que blandir un martillo o un arma. Decidieron que yo era divertida, sin tomarse la molestia de escuchar o de ver.

La enana se encogió de hombros al pensar en aquello que todavía le provocaba punzadas de dolor.

—Los humanos no tienen paciencia. Los tipos altos no se sientan a escuchar un relato, pero sí que pueden contemplar un dibujo, así que me dio por dibujar y enseguida vi que podía esconder gran cantidad de palabras e ideas en un esbozo. Los esculpía en planchas de madera y hacía copias suficientes, y así los humanos se morían de risa. —Morgalla soltó una risotada ahogada y la música que tanto se había negado a sí misma resonó como un eco en su tímida carcajada.

—Me preguntaba por qué eras tan reacia a cantar —comentó Danilo—. Eres un músico bien dotado, Morgalla, y todo Cormyr se habría dado cuenta con el tiempo. Incluso con tu labor te has alzado por encima de tus detractores porque no le falta inspiración.

—Tal vez sí —admitió—, pero no se trata de eso. Perdí la fe en mí misma, olvidé quién era y qué debía hacer.

La enana se estiró para dar una palmada a Danilo en la espalda.

—Los que excavan la tierra tienen un refrán: si alguien ha caminado por un túnel y te dice dónde termina, ya habrás recorrido todo el tramo sin dar un solo paso, así que más vale que te ahorres el esfuerzo y la dificultad de recorrerlo entero.

—¡Uff! No pretendo ofenderte, querida, pero he oído refranes más sagaces.

Morgalla se encogió de hombros.

—Si te quedas con la idea... Tú eres un maldito bardo de categoría, y te harás un favor si conservas eso en la mente. —Se dio la vuelta y regresó a la comodidad que le ofrecía el fuego.

Danilo la vio marchar y deseó poder seguir de corazón el consejo de la enana. Aunque Morgalla lo tuviese en alta estima, el hecho de que hubiera aceptado una tarea que superaba con creces sus posibilidades era obvio, y las exigencias eran mayores que su habilidad para afrontarlas. Por desgracia, tenía tan poco tiempo como talento, así que suspiró profundamente y centró toda su atención en la tarea que tenía entre manos.

Encontró la lira junto al ermitaño elfo, que se había visto superado por su baile salvaje y yacía ahora dormido sobre la hierba alta que rodeaba el embalse. Danilo se quedó mirando al elfo chiflado durante largo rato, y al ver que caía una lágrima por su devastado rostro, se preguntó qué sueños atormentarían su mente.

El Arpista se inclinó a toda prisa y cogió la lira mutante. Pronunció una palabra, y cuando el objeto se hubo transformado en un arpa de madera coloreada, se adentró en la espesura en busca de un lugar tranquilo para ensayar y reflexionar. A poca distancia del campamento, encontró un claro a la sombra de un roble gigantesco y, tras sentarse en el suelo, empezó a tocar una tonada rítmica.

El crepúsculo se convirtió pronto en noche cerrada, pero Danilo no necesitaba más luz que la que le proporcionaba la luna llena y el cortejo parpadeante de las luciérnagas. Ya se había aprendido de memoria la letra del canto hechizador porque desde siempre había tenido el don de retener enseguida aquello que leía y oía, y sus tutores bardos se habían dedicado a cultivar esa habilidad. Enseguida se hizo también con la melodía y, tras hacer varios intentos, se unió en dueto al arpa. La voz de tenor le salía fuerte y nítida, y traducía mucha más seguridad de la que realmente tenía.

Danilo era incapaz de percibir si existía magia en la música antigua y los acertijos arcanos. Quizá Wyn estuviera en lo cierto y la magia del canto hechizador pertenecía únicamente a los elfos. La magia parecía fluir a partir y a través de ellos sin esfuerzo ni artificio. Una vez Khelben le explicó que los humanos utilizaban la aureola de magia que rodea a todas las cosas, mientras que los elfos formaban parte de esa aureola.

Danilo apartó de su mente esos pensamientos y volvió a ensimismarse en la música para poner en orden la intensa concentración que había aprendido en sus años de estudios mágicos.

Atraído por el sonido de la voz del joven, Wyn se adentró también en la espesura. A primera hora de aquella misma tarde había enseñado al Arpista varios de los principios del canto hechizador, pero le quedaba todavía una lección importante para impartir. Danilo había demostrado ser un buen alumno, y pocas dudas le quedaban a Wyn de que el Arpista sería capaz de dominar y lanzar el difícil hechizo.

En un principio, el elfo había dudado sobre la posibilidad de enseñar el canto hechizador a alguien que había sido educado para considerar la magia un arte laborioso y antiguo repleto de cánticos y runas, gestos elaborados y ridículos componentes de hechizos. Lo que él había olvidado era lo siguiente: la magia existía en la propia música, y en el corazón del músico. Eso era lo que Danilo tenía que comprender y recordar.

Y así fue como Wyn rebuscó en la bolsa que llevaba en el cinturón y extrajo un pedazo de papel doblado, el dibujo que Morgalla había hecho de Danilo unos días atrás en Aguas Profundas. El archimago se lo había confiado a Wyn al comprender

que su sobrino no estaba todavía preparado para ver el retrato de sí mismo a través de los ojos astutos de la enana.

Wyn se acercó al roble centenario, pero como Danilo estaba tan absorto en su tarea, tenía los ojos grises cerrados, concentrado, mientras tocaba y cantaba.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido, a pesar de las argumentaciones a favor que has hecho, no acabas de creerte que el canto hechizador pueda ser tuyo —murmuró Wyn, interrumpiéndolo.

El Arpista dio un brinco, pero luego se quedó en silencio, perplejo por aquella interrupción inesperada. Wyn le tendió el esbozo.

—Quizá puedas aceptar la visión de Morgalla.

Danilo bajó la vista para contemplar el papel. La enana solía confiar en una breve serie de rasgos, detalles exagerados que resaltaban aquello que quería puntualizar, pero en este caso la interpretación era precisa y realista. Tal como Morgalla lo dibujaba, iba vestido con su equipo desgastado y práctico de aventurero, pero algo en la inclinación de su cabeza daba la impresión de que fuera un caballero viajando de incógnito. En las comisuras de sus ojos asomaba un cierto rictus de humor, pero tenía los ojos serios, teñidos de tristeza. Estaba tocando el laúd, pero a su alrededor había una aureola de notas diminutas y estrellas que sugerían tanto la presencia de magia como de música. Lo más sorprendente de todo era el modo en que Morgalla había conseguido el retrato de un hombre que controlaba sus poderes, en paz con sus propias contradicciones. El título era escueto: «El bardo».

—La magia está en la música, y también en el corazón del bardo. La dama enana ha equivocado el instrumento —comentó Wyn Bosque Ceniciento mientras señalaba el arpa situada junto a Danilo—, pero creo que tiene razón en muchos detalles.

Como no decía nada, al cabo de un rato el elfo rompió el silencio.

—Se está haciendo tarde. Deberías intentar descansar un poco, porque tendremos que partir hacia Aguas Profundas al alba.

13

El día de la Fiesta del Solsticio de Verano, Khelben Arunsun se levantó antes que el sol y esperó la llegada de su sobrino caminando por el patio que separaba la torre de Báculo Oscuro y el muro circundante.

El día antes, Danilo había redactado el pergamino de memoria y dejado una copia en la torre. Khelben había estado estudiando el documento hasta bien entrada la noche, pero al final había sido Laeral quien había descubierto que se trataba de una variante del canto hechizador elfo. Era una de las pocas humanas que eran bien recibidas en Siempre Unidos y estaba familiarizada con los usos de los elfos. Khelben nunca había prestado mucha atención a la magia del canto hechizador, porque no tenía el don de la música en las manos, y mucho menos en la voz. Laeral tampoco era músico y ninguno de los dos hechiceros conocía a ningún rapsoda del hechizo.

La tarea de invocar el embrujo recaería necesariamente en Danilo, aunque Khelben no sabía si el muchacho estaba preparado para ello. Su propio conocimiento de la música era insuficiente para resolver los retos del acertijo, y no tenía modo de evaluar qué serían capaces de discernir Danilo y Wyn juntos.

—Buenos días, tío.

El archimago dio un brinco. Danilo estaba de pie a su espalda, con una socarrona sonrisa en los labios y un laúd bastante usado colgado del hombro. Le acompañaban Wyn Bosque Ceniciento y Morgalla. Khelben percibió de refilón que a la enana no le había sentado demasiado bien el viaje mágico porque tenía el rostro muy pálido y se apoyaba en el brazo del elfo mientras sujetaba con la otra mano su vara con tanta fuerza que los nudillos se le veían blancos.

—Lo habéis conseguido —comentó el archimago, ocultando el alivio que sentía con un ceño fruncido de severa recriminación.

—Como de costumbre, te ciñes a lo que es obvio —se mofó Danilo—. Bendito seas, tío, ¿qué es ese olor tan bueno que impregna el aire?

—Gachas de avena —respondió Khelben de pasada mientras se dirigía a la torre—. Bien, pasad todos.

—¿Con un recibimiento como éste? —Danilo olfateó el aire—. Me parece que no. Si hubiese sabido que me esperabas con gachas, hubiera dirigido el viaje al horno de Ackrieg.

—Podemos hablar del hechizo mientras coméis —ofreció Khelben, sin darse cuenta de la broma que le estaba gastando el joven.

Danilo ofreció su brazo a la enana.

—¿Qué dirías si te ofrezco un buen guiso de carne de venado con una jarra de cerveza para desayunar? Conozco una taberna cerca del campo de torneos donde saben lo que significa la hospitalidad y sirven un sabroso festín de buena mañana.

Los pasteles de frambuesa son su especialidad, pero también hacen unos de almendra realmente buenos.

—Si me ofreces tres jarras y no una, trato hecho.

—¡Trato hecho!

Morgalla soltó el brazo con que se sujetaba a Wyn y ella y Danilo se encaminaron al muro negro de granito. Con gran disimulo, el juglar elfo flexionó los dedos para recobrar el tacto de la mano.

El archimago se quedó mirando al Arpista que se alejaba.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. Te sorprende, ¿no? —Danilo habló sin volverse—. Wyn te puede contar todo lo que quieras sobre el canto hechizador, y por qué necesitamos el arpa Alondra Matutina. Como tenemos menos de dos días para encontrarla, me voy. Voy a seguirle el rastro como un sabueso, como se suele decir, pero después de almorzar. —Dicho esto, el Arpista indicó a la enana donde estaba la puerta invisible, y los dos desaparecieron en la ciudad.

—Y ahora ¿qué? —musitó Khelben, sacudiendo la cabeza.

—El pergamino dice que caerá un noble en el campo del triunfo. Sin duda el joven bardo pensará ir al campo de torneos de la ciudad para buscar pistas que le conduzcan hasta el arpa elfa —respondió Wyn.

El archimago se quedó contemplando los ojos calmados y verdosos del elfo.

—El joven bardo, ¿eh? Así que el dibujo de Morgalla se acercaba a la verdad, ¿no?

—Como todos, dio en el clavo.

Khelben asimiló las noticias en silencio.

—Ya veo —comentó al final—. Es un hecho.

—Sea cual sea el camino que le depare el futuro, vuestro sobrino os honra —añadió Wyn con voz pausada—. Le habéis enseñado bien. Tiene una memoria notable y una disciplina impresionante. Supongo que su dominio de la magia será igual de fuerte.

—Eso espero —concluyó el archimago con voz sombría—. Sea o no sea hechicero, por los Nueve Infiernos que hay un hechizo para invocar. Y ahora dime, ¿qué es eso del canto hechizador que el chico contaba?

El sol de primera hora proyectaba rayos oblicuos en los campos de cultivo del este de Aguas Profundas, y hacía brillar los desperdigados edificios encalados como si fueran nidos de palomas. Era el día antes del solsticio estival y los campos y los huertos tenían que haber estado cargados de frutos y enjoyados con los tonos más verdosos del año. Desde su atalaya en el *asperii*, por encima de los campos, Granate contemplaba una vegetación escasa. A pesar de su hechizo, crecían algunas cosechas

como un ejemplo de la tozuda resistencia necesaria para sobrevivir en el Norland. Un puñado de granjeros se encaminaba hacia Aguas Profundas con las carretas cargadas de productos para ponerlos a la venta.

Granate condujo a su caballo del viento hacia la puerta del río, la entrada occidental al distrito de los mercaderes de Aguas Profundas. Aterrizaron fuera de la vista de los visitantes de la ciudad y los centinelas de la muralla, pero luego se unieron al flujo de personas que se aproximaba a la entrada de la ciudad. Se sintió más segura en cuanto el *asperii* tocó tierra firme porque el caballo mágico se estaba volviendo cada vez más asustadizo y Granate temía que pronto se declarara en franca oposición, cosa que supondría la muerte del *asperii* porque la criatura estaba ligada a Granate de por vida. No deseaba pasar por el apuro de obtener y domar una nueva montura porque los *asperii* eran difíciles de conseguir. Apartó de su mente la inquietante duda de que ningún otro *asperii* la aceptaría como dueña.

El distrito de los mercaderes hervía de actividad cuando Granate se introdujo en sus calles. Un corpulento granjero introducía un puchero de peltre en un barril de leche espumosa para llenar los cántaros y jarras que una pequeña multitud le tendía, mientras un muchacho de mejillas brillantes cortaba rebanadas de una enorme rueda de queso. En las cercanías, un alfarero, cuya silueta desnuda hasta la cintura resplandecía ante el calor brillante, manchado ya de arcilla roja por el trabajo de aquella mañana, encendía un horno. Los vendedores exponían sus mercancías en las esquinas y los mercaderes preparaban sus productos a la espera de los comerciantes que llegaban a comprar productos para las tiendas situadas en el amplio mercado al aire libre de la ciudad. Aquellos que se dedicaban a vender sus propias mercancías cargaban carros para el mercado mientras las tabernas hacían negocio vendiendo cervezas y tortas de avena. A medida que Granate contemplaba una a una todas las escenas que tenían lugar, empezó a cuestionarse si lady Thione había cumplido su parte del trato, porque el comercio parecía ir viento en popa.

Sin embargo, si uno escudriñaba más a fondo se percibían los signos de la calamidad. Las mercancías expuestas tenían una calidad inferior a lo que estaban acostumbrados los exigentes habitantes de Aguas Profundas. Había escasez, en especial entre los mercaderes que vendían fruta o flores y sus productos eran caros. Las tabernas servían raciones pequeñas y los clientes que tomaban el desayuno iban en su mayoría vestidos con la ropa hecha en casa de los comerciantes locales. El bullicio de primera hora de la mañana empezó pronto a decaer y Granate se dio cuenta de que lo que ella había tomado por gran negocio era en realidad el estruendo propio de los negociantes locales que emprendían las rutinas habituales dictadas por una vida entera de costumbres industriales. Pronto se concentraron en sus negocios, y en sus rostros se veían grados distintos de resignación y expectación. Granate se cruzó con varios clientes de paso y compradores de mercancías, pero en general las

calles y las tiendas se veían bastante tranquilas.

Esta situación varió, sin embargo, cuando Granate dobló por la calle Rivon. Vio un puñado de gente reunida ante la Casa de la Canción, un amplio complejo que servía de sede al Consejo de Músicos, Instrumentistas y Coristas. Se le frunció ligeramente el ceño mientras se recogía un mechón de pelo castaño.

Granate urgió a su montura mágica para que se acercara. En mitad de camino había una posada y ató las riendas del *asperii* a la barandilla exterior para pasar a pie a través de la multitud que rodeaba la cofradía.

Resultó más dificultoso de lo que había calculado, porque lo que en un principio parecía una pequeña multitud era un pequeño ejército. Lo primero que vislumbró fueron los distintivos uniformes verdes y negros de la guardia de la ciudad, y estimó que habría casi un batallón entero. La guardia se veía aumentada por varias docenas de espadachines, e incluso un destacamento de hombres lagarto —poco usuales en la ciudad y muy apreciados como feroces mercenarios. Una de las criaturas, un lagarto de más de dos metros de altura armado con una maza de púas, se la quedó mirando con unos ojos indiferentes de color dorado mientras se relamía como si estuviera imaginando su sabor, y se volvió estremecida. Había varios hombres y mujeres vestidos con ropa de calle, que no llevaban más armas que palos y varas. ¡Hechiceros! El edificio de la cofradía estaba vigilado a conciencia. Alguien había empleado gran cantidad de magia y de músculos. Bueno, no tenía importancia. También ella disponía de recursos.

Con la cabeza bien alta, se abrió paso hacia la enorme puerta doble de la entrada. Un par de lanzas cruzadas le barraron el paso.

—La cofradía está cerrada.

—¿La víspera del solsticio de verano? Lo dudo. —Soltó un bufido y pasó junto a los dos guardias, pero de nuevo le bloquearon el paso, esta vez una mujer musculosa y rubicunda que llevaba la insignia de capitán de la guardia.

—Nadie debe pasar —dijo con firmeza—. Cumplimos órdenes.

—¡Oh! ¿Y de dónde vienen esas «órdenes»? —La cuna noble de Granate y su educación en la corte de Sespech proporcionaban a su voz y a su rostro un grado de desprecio altanero que no podía haber adquirido en otras circunstancias.

Aunque la capitana no se amilanaba con facilidad, sí que hizo una ligera reverencia antes de responder.

—Por orden del jefe de la cofradía, Kriios Halambar, y los Señores de Aguas Profundas.

La cólera asaltó a Granate como si fuera una marea negra. Soltó un juramento y, tras regresar junto a su *asperii*, montó en él y se encaminó hacia el oeste.

—Una bardo abandonada a su suerte que busca un lugar para estar —opinó la capitana de la guardia—. Quizás esté loca, pero parece inofensiva. —Los demás

centinelas pronunciaron un murmullo de asentimiento.

Desde su punto aventajado en la ventana de la posada al otro lado de la cofradía, Vartain no podía más que discrepar de esa afirmación. En muchos aspectos, la mujer no se asemejaba al modelo que él había imaginado, pero no le quedaba casi ninguna duda de que era la autora del pergamino.

El maestro palpó con los dedos el rollo que llevaba atado al cinto. Se lo había robado a Danilo justo antes de dejar al Arpista en el exterior de la torre de Báculo Oscuro. A Vartain no le gustaba recordar su innoble pasado, y era reacio a usar las habilidades que había aprendido de niño en las calles de Calimport, pero era el único modo que se le había ocurrido para asegurarse de que nadie encontrara a la hechicera antes que él.

Había ido madurando el plan en su mente durante cierto tiempo. Había fingido no saber dónde se asentaba el colegio de bardos en Aguas Profundas, y Danilo Thann en apariencia creía erróneamente que la tienda de laúdes de Halambar se encontraba en la ubicación original. No cabía duda de que a estas alturas el Arpista ya se habría dado cuenta de su error y estaría probablemente buscando a Vartain en los alrededores de la Cofradía de Música. Vartain había acudido directamente a esa posada al salir de la torre del archimago, y estaba convencido de que su presencia allí se mantendría en secreto. La discreción era un imperativo en esta posada, y el propietario no habría podido mantener mucho tiempo el negocio si empezaba a revelar los secretos de sus clientes.

Vartain tiró de la cortinilla de encaje que colgaba sobre la cama y pulsó el timbre para llamar al sirviente. En cuanto apareció el joven, Vartain pidió que se enviara de inmediato un carruaje privado y cerrado al callejón trasero. El asunto fue arreglado de inmediato, porque varias de las esmeraldas que lord Thann había echado en falta se habían invertido en asegurar que todos los deseos de Vartain se vieran satisfechos.

El maestro de acertijos se abrió paso hasta la parte trasera de la posada. Subió al carruaje y dio instrucciones al conductor de que lo llevara a la tienda de laúdes de Halambar. También le sugirió una ruta que, si no era la más directa, sí que le aseguraba que llegaría a su destino en el menor tiempo posible, siempre que se cumpliesen las condiciones que había previsto. El conductor escuchó las detalladas instrucciones de Vartain y luego, ante la perplejidad del maestro de acertijos, se echó a reír.

Vartain se recostó en el lujoso asiento acolchado del carruaje y por alguna extraña razón se acordó de la definición de humor que le había dado Thann: mirar una situación desde una perspectiva nueva y diferente. ¿Acaso no era eso lo que él hacía? ¿No era acaso su arte considerar todas las posibilidades y combinar los hechos observados para compaginar un conjunto lógico? Y sin embargo, Vartain a menudo se sentía confuso cuando oía reír a los demás, y no lo regocijaba en absoluto el hecho de

relatar historias divertidas con la frivolidad como único objetivo. No, en apariencia las relataba bien. «El material es bueno, pero la ejecución provocaría asco en un corral», le había dicho una vez un bufón que acababa de conocer. Este tipo de pensamientos confundían como una paradoja al maestro de acertijos.

Tal como Vartain había previsto, el carruaje llegó a la tienda de música en poco tiempo. Pero aun así, era demasiado tarde. Vartain alcanzó a vislumbrar el vaivén de un rabo blanco cuando el caballo de la bardo dobló una esquina al trote. Tampoco eso lo preocupaba mucho porque estaba seguro de que podría recoger muchos datos de la inscripción del bardo, así que bajó del carruaje y entró en la tienda.

Hizo una ligera reverencia al altivo jefe de cofradía y luego se acercó de inmediato a la mesa donde estaba abierto el registro. Sin prestar atención al taburete que había allí colocado para atender a los clientes, abrió el libro y siguió con el dedo el último registro. Rezaba simplemente:

Granate, una bardo.

Llegó a Aguas Profundas el último día del mes de Flamerale

Ese día era hoy, anotó mentalmente Vartain.

El maestro de acertijos se dejó caer en el taburete, mirando sin ver la exposición de instrumentos mágicos únicos. Las sospechas de Khelben Arunsun sobre el nombre de la hechicera y su identidad se habían demostrado casi ciertas. El nombre Iriador derivaba de la palabra elfa que designa el «rubí» y parecía apropiado que la orgullosa mujer adoptara el nombre de otra piedra fina.

Sacó el pergamino del cinto y lo desplegó para mirar todas las posibilidades y unir todas las piezas para que fueran comprensibles. Mientras leía, los detalles del plan de la hechicera se le hicieron evidentes. Supo con exactitud dónde iba a atacar Granate, quién iba a ser el próximo objetivo del poder que le otorgaba el arpa y hasta qué armas iba a emplear.

Vartain se rascó la barbilla, preocupado por el dilema que se le presentaba. Según todos los indicios, tenía que apresurarse a ir a aquel lugar e informar a las personas que lo habían contratado, Elaith Craulnober y Danilo Thann, de todo lo que había averiguado. El hecho de que los dos persiguieran objetivos diferentes no era problema de Vartain. Algo mucho más básico y fuerte provocaba titubeo en el maestro de acertijos.

En una ocasión durante aquella búsqueda había fracasado. Al fallar el acertijo del dragón, por una vez en su vida no había estado a la altura de las expectativas. Tal como Danilo Thann había percibido intuitivamente, Vartain ansiaba tener la ocasión de vérselas con la persona que había diseñado el hechizo del acertijo. No sólo le permitiría eso exonerarle de su fracaso sino que además sería un reto que difícilmente

podría volver a repetir en vida. ¿Podía permitirse dejar a un lado una oportunidad así? Confiar en quienes lo habían contratado sería hacer precisamente eso: Danilo Thann estaba resuelto a superar a la hechicera con magia; Elaith Craulnober seguramente intentaría matarla para conseguir el valioso artefacto que precisaba para comprar la herencia de su hijo. No, Vartain tenía que aprovechar aquella oportunidad.

Pero en aquel momento la duda, una emoción que apenas conocía el maestro, le rondó la mente. En muchos sentidos, él y Granate eran personas similares; ella también era un maestro de acertijos, una experta en costumbres populares y lenguaje, una viajera y una narradora de cuentos. Pero también era maga, y poseía un artefacto de gran poder. Además, ella había vivido más de seis veces la duración de su vida y aunque en el período que a él le había tocado vivir había aprendido mucho y alcanzado numerosas metas, no podía estar seguro de que fuera suficiente. Si mantenía en secreto la identidad de la hechicera y se enfrentaba a Granate en el campo del combate intelectual, ¿quién sabe si su actuación ante ella sería mejor que la que había tenido con el astuto Grimnoshtadrano?

Un pensamiento asaltó de repente a Vartain, una idea tan inesperada y divertida que le hizo parpadear lleno de perplejidad. ¿Ganaría a Granate del mismo modo que el dragón lo había derrotado a él! Si él y Granate eran tan parecidos como sospechaba, ella también se vería atrapada por un exceso de orgullo intelectual unido a una falta de sentido del humor.

Chasqueó la lengua y, al hacerlo, emitió un sonido herrumbroso y quebrado que hizo que los demás clientes de la tienda lo miraran. Luego, por primera vez en su vida adulta, Vartain se echó a reír a carcajada limpia.

«¡Por todos los jeroglíficos de Deneir, vale la pena!», pensó Vartain mientras reía y se sujetaba los costados ante la insólita punzada de dolor que sentía en las temblorosas costillas.

Granate llegó a caballo a la villa del distrito del Mar de lady Thione y lanzó las riendas a un sirviente para entrar sin anunciarse en el salón donde departía la noble mujer con varios mercaderes.

Lucía alzó la vista ante la interrupción con un centelleo de cólera en sus ojos oscuros, pero al ver a Granate su rostro se tornó una máscara tranquila, impertérrita. Se levantó para saludar con toda cortesía a la hechicera, antes de conducirla fuera de la estancia y cerrar con cuidado la pesada puerta de roble a su espalda.

—Líbrate de ellos —exigió Granate—. Tenemos mucho de que hablar.

Tendió un puñado de papeles a la noble mujer. Lucía echó una ojeada a la primera página y esbozó una mueca. Acto seguido, miró por encima todos los papeles. Eran idénticos.

—Esto ha sido obra de lord Hhunne, que ha actuado por iniciativa propia, te lo

aseguro.

—Bueno. —La hechicera asintió—. No me gustaría que siguiendo esta pista aparecierais vos. Además, me alegro de que lo hiciera. Esta caricatura del archimago es otro tipo de arte propio de los bardos, es una nueva forma de relatar una historia, y me complace que sea un arma utilizada en contra de Khelben Arunsun. Lo más probable es que Hhune sea descubierto, pero es una pieza prescindible. Ahora, debemos concentrarnos en otras cosas.

»El día del Solsticio de Verano va a ser un desastre —prosiguió Granate—. Habéis cumplido con vuestra parte del trato con la interrupción del comercio. Otros agentes pertenecientes a los Caballeros del Escudo se han asegurado de que los torneos tradicionales sean un desastre, pero por encima de todo se desencadenará una violenta tormenta, probablemente de granizo, el día del Solsticio de Verano, y estos bárbaros del norte lo tomarán como un mal presagio.

—Sin embargo, el tiempo ha sido bueno toda la semana —intervino Lucía con un tono dubitativo.

—¡Mejor que mejor! Las culpas de un cambio brusco propio de la magia recaerán en el archimago, y cuando empiece la Asamblea del Escudo, la gente estará dispuesta a escuchar vuestra sugerencia.

—¿Mi sugerencia? —repitió Lucía.

—Oh, sí. La Asamblea del Escudo empieza al atardecer con un acontecimiento abierto a todos los habitantes de Aguas Profundas en el que se reafirman por aclamación popular los Señores de Aguas Profundas. Cuando empiece el espectáculo, vos os descubriréis como uno de los Señores, argumentaréis que las penurias de la ciudad se deben a la ambición de Khelben Arunsun y le exigiréis que dimita del Consejo de Señores.

Lucía palideció.

—Tenéis buenas conexiones con las cofradías, sois popular entre la nobleza y los comerciantes os adoran. El único sector mayoritario de Aguas Profundas que no tenéis en el bolsillo es el colectivo de clérigos. —Granate se detuvo para esbozar una sonrisa forzada—. Por fortuna para nosotros, Aguas Profundas no es una ciudad muy devota.

Lucía Thione se quedó mirando a la hechicera con los ojos abiertos como platos. Se lamió los labios con nerviosismo e intentó hablar, pero las palabras no acudían a su boca.

La semielfa percibió su inquietud con creciente recelo.

—¿Hay algún problema?

—¡Sí! De hecho, supongo que os dais cuenta de que lord Piergeiron negará que yo sea uno de los Señores de Aguas Profundas, porque es una práctica habitual cuando se desenmascara a uno de los Señores, al igual que los Caballeros del Escudo

desautorizan a cualquiera de sus miembros cuando les pillan.

Granate no parecía convencida.

—Me pregunto... —empezó a decir mientras escudriñaba con sus ojos color zafiro el pálido rostro de la mujer noble. De repente, esbozó una sonrisa—. Sabéis, siempre he sentido curiosidad por las propiedades mágicas de los cascos que vosotros los Señores de Aguas Profundas lleváis en público. ¿Puedo examinar el vuestro?

El corazón de Lucía latía desbocado, pero intentó no reflejar el pánico en el rostro.

—No lo guardo en mi villa del distrito del Mar. Está a salvo en un lugar seguro, pero estaré encantada de enseñároslo más tarde.

—Por supuesto —convino Granate mientras apartaba a Lucía para empezar a subir la escalera—. Me quedaré aquí hasta que pase la Asamblea del Escudo. Por favor, decid a vuestros sirvientes que me atiendan —pidió volviendo la cabeza.

La noble se recostó en la pared. Sus peores pesadillas se estaban convirtiendo en realidad. Las exigencias de Granate la habían colocado en una situación imposible. No podía declarar públicamente que era un Señor de Aguas Profundas porque el hecho de fingir ser uno de los Señores se castigaba con la muerte, pero si rehusaba estaba segura de que Granate se encargaría de que los Caballeros de la Espada se dieran cuenta de que Lucía los había decepcionado. Lo mejor que podía hacer era esperar un tiempo para que apareciese una solución. Hasta ese momento Lucía siempre había conseguido desenredar los nudos gordianos que su vida de intrigas le presentaba, pero esta vez parecía imposible que pudiera salir airosa.

—¿Lady Thione, se encuentra mal?

La pregunta la hizo regresar bruscamente al presente. Reconoció la voz encantadora y profunda de Bergand, un noble mercader de la lejana isla de Nimbral. A Lucía se le acababa de presentar una solución posible. Nimbral estaba situada al sudoeste de las selvas de Chulk, lejos del alcance de los Caballeros del Escudo. La tierra era fértil, y el comercio, floreciente y variado. El propio Bergand tenía vastas propiedades y un boyante negocio, y no era inmune a sus encantos.

Lucía se volvió hacia su cliente y le dedicó su sonrisa más embrujadora.

—Si hubiese sabido que tu amigo llegaría tan tarde, me habría bebido otra jarra de cerveza —comentó Morgalla.

Danilo sonrió, sin tomar en serio las palabras de la enana. Habían estado esperando a Caladorn en el campo del Triunfo durante más de una hora, y Danilo se había dado cuenta de que Morgalla contemplaba los entrenamientos matutinos con mirada interesada y crítica. Como en el fondo era una guerrera, se lo estaba pasando bien apreciando los estilos y las habilidades que se exhibían en los campos de entrenamiento.

El Arpista también había aprovechado el tiempo. Se había dado cuenta de la poca concurrencia, del aspecto abatido de los contrincantes y del gran número de clérigos que se dedicaba a curar heridas. Los caballos alojados en los establos de la arena, que se suponía que eran las mejores monturas de todas las Tierras del Norte, parecían deslustrados y aletargados. Muchos de ellos habían sufrido heridas y, con ayuda de una moneda de plata, uno de los mozos confesó que varios caballos habían recibido heridas de tanta consideración que habían sido sacrificados.

Danilo también se había enterado de que luchadores de renombre que se esperaba que acudieran al certamen habían sufrido heridas o se habían topado con problemas de uno u otro tipo. La mayoría de los participantes que se entrenaban aquella mañana eran jóvenes y estaban de visita, ansiosos por la fama que una victoria en los juegos del Solsticio de Verano podía aportarles y dispuestos a asumir los riesgos que a todas luces ello entrañaba.

—Si éstos son los mejores guerreros que tenéis en Aguas Profundas, no me explicó cómo antes la ciudad no ha sido invadida por trolls —comentó Morgalla mientras señalaba con el bufón de trapo de su lanza hacia dos hombres jóvenes que se estaban batiendo también con lanzas. Incluso a los ojos de Danilo, parecía que el enfrentamiento era torpe y poco entusiasta.

—Jarun se dislocó el hombro ayer —explicó una voz profunda a su espalda—. Le está dando mucha ventaja a su contrincante.

—Nos haría a todos un favor si dejara la lanza y se dedicara a la tapicería —replicó Morgalla, sin molestarse siquiera en mirar atrás.

Danilo se volvió al escuchar la carcajada sincera y familiar que el comentario de la enana provocó. Detrás de ellos estaba Caladorn, vestido para practicar en el campo con polainas y una camisa de lino desabrochada hasta casi la cintura. Los rizos rojizos de sus cabellos y de su pecho musculoso relucían a la brillante luz del mediodía.

—¡Bendita Sune! —exclamó Danilo, al ver, incrédulo, que Caladorn iba a medio vestir—. Dime, ¿qué tipo de juegos estás preparando y dónde puedo apuntarme?

Caladorn volvió a soltar una carcajada mientras daba unas palmadas a la espada que llevaba colgada del cinto.

—Es trabajo duro, Dan, blandir casi tres kilos de acero a pleno sol del mediodía.

Al ver que Danilo respondía con un ligero encogimiento de hombros, el espadachín chasqueó la lengua y le palmeó el hombro.

—¡No me vas a engañar, muchacho! Si no recuerdo mal, tuviste el mismo profesor de esgrima que tu hermano Randor, y él tiene buena mano con la espada. ¿Quieres probar un combate? Sería todo un desafío.

—Si por un momento me consideras un desafío, veo que las cosas deben estar fatal —respondió Danilo.

El rostro de Caladorn se ensombreció y alzó la mano con el gesto típico de un espadachín que acaba de encajar un golpe.

—Algún día te lo contaré todo mientras nos tomamos varios tanques de cerveza.

—¿Y por qué no ahora?

—Me gustaría, pero no puedo ir a palacio con esta ropa ni puedo permitirme perder más tiempo de los entrenamientos. Los juegos son mañana y quedan todavía muchas cosas por hacer. Tengo que poner a punto a todos estos chicos y chicas —se excusó Caladorn echando una ojeada de resignación al campo.

El tono de firmeza de Caladorn, por no mencionar la evidencia de los espadachines que tenía, daba pocas esperanzas a Danilo de hacerle cambiar de opinión. Estaba a punto de marcharse cuando Caladorn volvió a intervenir.

—El mozo de los establos me ha dicho que habéis estado esperándome más de una hora. Lo siento, Dan, pero pasé por casa de Khelben de camino al campo y me tuvo conversando un buen rato. Ya sabes lo prolijo que puede resultar el archimago cuando se pone a hablar.

—Demasiado bien lo sé —respondió Danilo con una sonrisa triste. De hecho, el comentario de Caladorn le parecía un tanto extraño porque tío Khelben no era muy aficionado a las cháticas sociales e intrascendentes. El Arpista intentó sacarle más información—. No me digas, Caladorn, que has intentado que el archimago te dé una poción amorosa para disolver en el vino de lady Thione.

El espadachín se encogió de hombros ante la pulla de Danilo.

—Lo sabía —cacareó Danilo—. Me preguntaba cómo un espécimen tan lamentable como tú podía mantener el interés de la encantadora dama.

Una expresión melancólica cruzó por el rostro de Caladorn.

—A decir verdad, poco podría hacer para ganarme el corazón de la dama, aparte de eso —comentó, con voz súbitamente seria—. Le he pedido la mano a Lucía, pero dice que no está lista para casarse. Cuando llegue el momento, estoy resuelto a merecer ese honor.

Hablaba con sencillez, pero con una dignidad y un porte anticuados que

recordaron a Danilo a los caballeros de antaño. El amor y la reverencia que había visto reflejado en los ojos de Caladorn cuando hablaba de su dama hicieron que Danilo se sintiera un poco avergonzado de su chanza anterior. Tras prometer a Caladorn que se verían en otra ocasión, él y Morgalla salieron del campo del Triunfo.

—¿Y ahora? —preguntó la enana.

—Nos encontraremos con los demás en La Lanza Partida, una taberna cercana —respondió Danilo mientras se introducía en una calle lateral—. ¡Esperemos que ellos hayan tenido más suerte que nosotros!

Mientras su inquieta huésped echaba una cabezada a mediodía, Lucía Thione salió a hurtadillas de su mansión y se dirigió corriendo a casa de Caladorn en el distrito del Castillo, pero para su desesperación, encontró todos los armarios cerrados. Su joven amante no estaba en casa y su sirviente, aunque no tenía las llaves, le informó de que Caladorn había salido temprano porque tenía asuntos que tratar con el archimago.

Aunque según las normas de sociedad aquella era una hora demasiado temprana, la noble dama acudió de inmediato a la Torre de Báculo Oscuro, en cuya puerta la recibió lady Arunsun y la invitó a entrar cortésmente. Lucía se sintió incómoda ante la presencia de la hermosa maga, pues la dama tenía a menudo la sensación de que aquellos ojos plateados y mordaces veían a través de ella, pero aun así entró en la torre con Laeral y aceptó el vaso de néctar de manzana helada. Tras el intercambio usual de intrascendencias sociales, Lucía preguntó por el archimago.

—Me temo que no está —respondió Laeral, y sus hombros desnudos, ¡a aquella hora del día!, se alzaron en un grácil gesto de disculpa.

A pesar de la cortesía con que la maga respondía, Lucía tenía la certeza de que a Laeral aquella situación la complacía. La noble mujer alzó la barbilla con gesto de determinación.

—¿Seríais tan amable de decirme dónde puedo encontrarlo? ¿A él o a Caladorn?

Los plateados ojos parpadearon y se formaron brevemente dos hoyuelos en las mejillas de la maga.

—Lamento que semejante amabilidad está más allá de mis posibilidades —murmuró—. Khelben salió a primera hora sin mencionar adónde se dirigía.

Antes de que la frustrada dama pudiese responder, un joven elfo dorado se introdujo en el vestíbulo, con una lira plateada en las manos. Se detuvo al ver a lady Thione y se inclinó en una profunda reverencia. La voluble Laeral sonrió y guiñó un ojo al recién llegado.

—Lady Thione, os presento a Wyn Bosque Ceniciento. Es juglar, y huésped nuestro en la torre. Wyn, lady Thione pertenece a la vieja familia real de Tethyr. Quizá puedas honrarla con una canción de su tierra natal...

El elfo aceptó y, de inmediato se sentó y empezó a tocar una conocida melodía con la lira de plata. Tenía una voz fuerte y dulce, y su habilidad era notable, pero Lucía Thione tenía dificultades para apreciar la bienintencionada actuación del elfo. Por un lado, últimamente estaba harta de tratar con bardos; pero por otro, lo que más le exasperaba era el destello de hilaridad que reflejaban los ojos plateados de Laeral. La maga había captado de inmediato la ansiedad de la dama por salir, y deliberadamente entretenía a su huésped de un modo que la noble mujer no podía rehusar sin demostrar una falta absoluta de buenos modales. Enojada porque jugasen con ella de aquel modo, Lucía Thione resistió presa de la cólera la canción del elfo. A pesar del poder de que disfrutaba Laeral, de su belleza, encanto y posición social como dama de Khelben Arunsun, la maga seguía siendo en cierto modo una delincuente. Y con ese truco, pensó Lucía con un deje de malicia, Laeral acababa de demostrar lo bruja que era.

En cuanto la última cuerda plateada dejó de sonar, Lucía Thione se puso de pie.

—Gracias por vuestra encantadora actuación, maestro Bosque Ceniciente —agradeció, utilizando su tono más cortés para ocultar lo nerviosa que se sentía en realidad—. Por favor, aceptad este pequeño tributo a vuestra habilidad. —Rebuscó en su bolsa de monedas y seleccionó una de las diminutas sacas que en ella había para tendérsela al elfo, que se puso de pie y la aceptó con una leve reverencia.

La noble mujer se despidió de la maga con tanta frialdad como le permitían los buenos modales. Aunque Laeral no parecía darse cuenta de que había demostrado su calaña, al menos tuvo la decencia de escoltar a lady Thione hasta la calle sin más burla.

Lucía se acomodó en el carruaje, muy alterada por los acontecimientos de la mañana. Bergand no iba a partir con destino a Nimbral hasta después de la Fiesta del Solsticio de Verano, y no podía engañar a Granate. No podía tampoco esperar para obtener un casco de Señor de Aguas profundas, y el único que Lucía tenía esperanza de obtener era el de Caladorn. A menos que lo consiguiera con rapidez, corría el riesgo de quedar al descubierto ante Granate y los Caballeros del Escudo. Tenía que conseguir aquel casco de inmediato, y a cualquier precio.

Con un profundo suspiro, decidió el camino que debía seguir, y tras dar unos golpecitos en el cristal del carruaje, dio instrucciones al cochero para que la condujera a casa del boticario Diloontier. La tienda de lujo, situada en el corazón del distrito del Castillo, suplía las necesidades de damas de gran riqueza y dandis en cuanto a bálsamos de hierbas y mágicos perfumes y pociones se refería, y poseía una reputación excelente y una clientela que incluía buena parte de aquellos nombres que aparecían en los primeros puestos de las listas de sociedad. Diloontier poseía también un sorprendente surtido de venenos y pociones especiales que vendía en secreto a aquellos que tuviesen las credenciales suficientes o sumas importantes de dinero. Por

desgracia para Caladorn, Lucía poseía las dos cosas.

Cuando Danilo y Morgalla llegaron a La Lanza Partida, Wyn Bosque Ceniciento los estaba esperando, y su presencia parecía extraña en medio de los atletas y guerreros que frecuentaban la taberna. El elfo les hizo un ademán para que se le unieran.

—Khelben Arunsun no puede venir. Me ha pedido que le disculpe. ¿Tenéis noticias?

—Menos de las que quisiera —respondió Danilo mientras se sentaba en una silla junto a la enorme mesa circular. El Arpista pidió vino y lo estuvo saboreando con expresión ausente mientras Wyn le contaba los últimos acontecimientos de Aguas Profundas. El rumor de que estaban desapareciendo Señores de Aguas Profundas preocupaba en gran medida al Arpista, no sólo por la ciudad, sino porque su tío y mentor se encontraba en ese grupo. Aunque Khelben nunca había admitido esas desapariciones, Danilo no tenía duda de que los rumores, al menos en cuanto a ese tema, eran ciertos. Las noticias de Wyn también prestaban una luz siniestra a la profecía del pergamino del hechizo: lo más probable era que el noble que cayese en el campo del Triunfo fuese uno de los Señores de Aguas Profundas.

—¿Les tomo nota? —La camarera, una antigua campeona de torneos y esgrima, formuló la pregunta con una inflexión que sugería que o pedían de inmediato o se iban de la taberna o desenfundaban las armas.

—Otra ronda —sugirió Danilo—. Un poco de pan y queso, un cuenco de verduras amargas con hierbas estivales y tres raciones de pastel de anguila. Tenéis que probarlo; es una especialidad de la casa —informó, dirigiéndose a Morgalla y a Wyn.

—Que sean cuatro —corrigió Elaith Craulnober, que se acababa de aproximar a la mesa con tanto sigilo que los sorprendió a todos.

—¡Tú! —Danilo se puso de pie de un brinco—. ¡No creí que te atrevieras a venir! Tienes más temple que un ogro borracho.

El elfo de la luna dio un paso para atrás, sorprendido por la vehemencia del Arpista.

—¿Me he perdido algo? Quedamos que nos encontraríamos aquí a mediodía.

—Eso fue antes de que robaras el pergamino.

—Espera un minuto —exigió Elaith mientras daba un paso hacia el enojado Arpista—. ¿Ha desaparecido el pergamino?

—¿Qué? ¿Hay acaso eco en este local?

Elaith soltó un prolongado siseo de exasperación y se hundió en una silla.

—¡Vartain! —exclamó en tono de disgusto.

—¿Vartain? —repitieron al unísono y en el mismo tono de incredulidad Morgalla

y Wyn.

—Ya me habéis oído. Es mejor ladrón que maestro de acertijos, aunque no le gusta hacer mucha propaganda de eso. Por cierto, lord Thann, fue él quien te hurtó el anillo mágico.

—Es muy bueno, entonces —musitó Danilo mientras volvía a sentarse.

La camarera regresó con la comida.

—¿Quiere beber algo? —preguntó al elfo de la luna.

—Una botella grande de su mejor vino de fuego dorado.

Danilo alzó las cejas. El vino de fuego era una bebida fuerte y cara.

—¿Es para celebrarlo o para ahogar las penas?

—Lo que prefieras —respondió el villano, recostándose en la silla—. El vino de fuego es para mí.

—¡Ah! —asintió el Arpista.

—¿Quién paga? —preguntó la camarera con brusquedad.

Antes de que Danilo pudiese sacar su bolsa, Wyn alargó la mano para poner una gran moneda de oro en la mano de la impaciente mujer.

—Esto cubre de sobra el coste de la comida y el vino.

Los ojos de Elaith se entrecerraron y estiró el brazo para coger la moneda de manos del elfo dorado.

—¿Dónde has conseguido eso? —preguntó, tras examinarla un instante.

—Me la dieron tras una actuación improvisada —respondió Wyn, sorprendido y a la defensiva—. Mucha gente se gana la vida con la música y no me avergüenza aceptar un pago a cambio. Gané el oro de forma honrada.

—Ese dinero sólo se consigue como ladrón o asesino —replicó Elaith.

—Miren, no me importa cómo consigan el dinero. Sólo quiero que me paguen —exigió la camarera.

Danilo tendió a la mujer varias piezas de plata y le hizo ademán de que se alejara. Las palabras del elfo, junto con el tamaño de la moneda, le recordaban la moneda que Arilyn le había dado en Tethyr.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a Elaith—. En serio —añadió antes de que el elfo lo acusara de preguntar una cosa obvia.

Elaith sostuvo en alto la moneda y trazó con el dedo el contorno circular de runas que había grabado en el borde.

—¿Ves esas marcas? ¿Y ese escudo en mitad de la moneda? Es el símbolo de los Caballeros del Escudo, una sociedad secreta que actúa sobre todo en tierras del Sur...

—Sé quiénes son —lo interrumpió Danilo.

—Pues también sabrás que son enemigos acérrimos de los Señores de Aguas Profundas. Este tipo de monedas se utiliza para varios propósitos: como pago, como tributo por un trabajo bien hecho, como advertencia a un mercader o noble que no

quiera cooperar o como un medio para exigir responsabilidad por cierto tipo de actos violentos. Algunas monedas llevan incluso el nombre del agente.

—¿Cómo sabes tanto?

—Los agentes de los Caballeros aparecen por Aguas Profundas de vez en cuando, y he tenido que quitar de en medio a aquellos que se han mostrado demasiado activos —admitió Elaith despreocupadamente—. Aunque los Señores de Aguas Profundas me inspiran poca simpatía, el sistema actual funciona bien para mis intereses, y me conviene ayudar a conservarlo.

—Qué detalle por tu parte —musitó Morgalla.

—¿Tienes motivos para creer que los Caballeros del Escudo estén amenazando a Aguas Profundas o a sus Señores? —inquirió Danilo.

Elaith hizo un gesto de asentimiento.

—Me he pasado la noche oyendo rumores de que se están organizando dos nuevas Cofradías de Ladrones y Asesinos. —Como el Arpista lo observaba con expresión escéptica, Elaith se apresuró a añadir—: El soplo me lo ha dado uno de mis mejores informadores: un agente bien situado en la Sociedad Kraken, una sociedad que no está implicada pero que no lo desaprueba.

—Debe de ser estupendo tener amigos en los bajos fondos —musitó Danilo con gesto ausente. Le pidió la moneda de Wyn al elfo y la examinó. En el centro del escudo distintivo de los Caballeros había una runa que le resultaba familiar—. ¡Conozco este símbolo! —exclamó—. Es la marca de un tal lord Hhune de Tethyr. Pertenece a la Cofradía Marítima y conseguí molestarle repetidas veces durante mi estancia en aquellas tierras.

—Eso me lo creo —intervino Elaith, observando al Arpista con gesto alegre—. Te interesará saber que lord Hhune se encuentra en Aguas Profundas y, según dicen, está organizando a los ladrones y los asesinos de la ciudad, aunque tal vez le quede tiempo libre para ocuparse de ti. Es un tipo tozudo, ¿lo sabías?

—Veo que te ha cundido el día —respondió Danilo también en tono jocoso, antes de volverse hacia el elfo dorado—. ¿Quién te dio esta moneda, Wyn?

—Una dama de Tethyr que vino a última hora de la mañana en busca del archimago, pero no me acuerdo de su nombre. —El juglar esbozó una sonrisa a modo de disculpa—. Estaba contemplando la sonrisa de lady Laeral y no presté atención.

—No se lo diré a mi tío. ¿Cómo era esa visitante?

Wyn meditó unos instantes.

—Era pequeña y delgada, de piel aceitunada y enormes ojos oscuros. Tenía la nariz pequeña y ligeramente aguileña, el cabello reluciente, de color castaño, adornado con bucles y tirabuzones. Encontré que llevaba un escote un poco exagerado, pero al fin y al cabo esto es Aguas Profundas.

—¡Por compasión! No me imagino lo que dirías si hubieses prestado atención.

Recuérdame que te pregunte sobre las propiedades especiales de tu visión elfa un poco más tarde. ¿Llevaba ropa de color violeta?

—Creo que sí. Si te sirve de ayuda te diré que estaba buscando al archimago y a alguien más. Creo que su nombre era...

—¿Caladorn?

—Sí, eso es. Lady Laeral le comentó que él y Khelben tenían una cita esta mañana. ¿Es importante?

El Arpista asintió mientras encajaba todas las piezas, y luego hundió la cabeza entre las manos. Tenía que avisar a Caladorn, pero debido a la conversación que había mantenido con él poco antes, la situación se le antojaba sumamente delicada. Antes de enfrentarse al enamorado joven, tenía que confirmar sus sospechas.

—¿Qué sucede? —preguntó Morgalla mientras empujaba con el codo a Danilo.

—Puedes comerte mi trozo de pastel —comentó Danilo observando con ojos cansados a su amiga enana—. Debo regresar a la torre de Báculo Oscuro.

—Mal lugar para acudir a la hora de comer, a menos que quieras cocinar tú —observó la enana.

—Sí, eso es lo que yo creo, pero no me queda otro remedio. Después de comer, Morgalla, ¿por qué no vas a la plaza de la Virgen para ver qué más puedes averiguar sobre esas cofradías? Busca a Blazidon Un Solo Ojo y di que estás buscando trabajo. Él sabe quién necesita emplear a alguien y, además, su guardaespaldas es un enano. ¿Crees que podrá sucumbir a tus encantos?

—No he conocido nunca a un solo enano que se haya resistido —replicó Morgalla con un guiño de sus ojos castaños—. Me reuniré contigo en tu casa al atardecer.

—Y el resto, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Wyn.

—Seguid buscando el arpa Alondra Matutina, por supuesto. Tampoco nos iría mal mantener un ojo sobre Vartain.

—Yo encontraré a ese aguilucho traidor —se ofreció Elaith.

Danilo contempló al elfo de la luna. Si Elaith encontraba primero a la hechicera, sin duda el elfo se fugaría con el arpa, y no tendrían ocasión de revocar el hechizo.

—¿Por qué no vas con nuestro compañero, Wyn, para mantener las cosas por el buen camino?

Elaith alzó las cejas plateadas e hizo un gesto de aprobación al Arpista.

—Muy bien, joven. Todavía no eres un caso perdido.

—Vivo para conseguir tu aprobación —respondió Dan mientras se levantaba de la silla—. Ahora, si me disculpáis, debo atender un asunto de lo más desagradable.

—Un momento. —El elfo de la luna hizo una pausa y alzó los ojos al cielo como si no creyera lo que estaba a punto de hacer—. He reconocido a lady Thione en la descripción del juglar y quizá te interesaría saber que uno de sus sirvientes pagó para

que se realizara una actuación satírica en el club Las Tres Perlas. El pago se hizo con una moneda marcada de Hhune.

Danilo se quedó mirando al elfo durante un instante, y luego le dio las gracias con un ademán, antes de salir de la taberna y encaminarse con rapidez a la torre de Báculo Oscuro. Encontró a Khelben y a Laeral en plena comida, degustando más cocido de lentejas al cual el archimago parecía ser tan aficionado.

—Caladorn me dijo que se había encontrado contigo esta mañana —dijo sin más preámbulo—. ¿Es eso cierto?

Khelben dejó la cuchara en el plato y fijó sus astutos ojos negros en su sobrino.

—¿Por qué lo preguntas?

Danilo respiró hondo e intentó responder en tono diplomático.

—Necesito saber si Caladorn es uno de los Señores de Aguas Profundas.

—Las identidades de los Señores son secretas y lo sabes.

—¡No hay tiempo que perder! ¿A quién crees que se refiere el pergamino cuando habla de un Señor que caerá en el campo del Triunfo?

—Ya he considerado eso y fue por ese motivo que me encontré con el joven Caladorn esta mañana. Está al mando del torneo y es de cuna noble. Le aconsejé que se apartara de los juegos y, al ver que no me hacía caso, le advertí que tomase todas las precauciones posibles.

Danilo apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante para mirar a su tío a los ojos.

—¿Qué dirías si te cuento que el amor de Caladorn, Lucía Thione, es agente de los Caballeros del Escudo?

El archimago abrió los ojos de par en par y profirió un juramento, una reacción que no era propia de él.

—¡Bien! —Danilo se irguió—. No pensé que reaccionases así, pero me sirve de todos modos. ¿Puedo considerarlo como una confirmación?

Al ver que Khelben titubeaba, intervino Laeral.

—Lucía Thione vino hace un rato en busca de Caladorn. Parecía nerviosa, casi turbada. Estoy de acuerdo con Danilo. Alguien tiene que advertir a Caladorn de inmediato. Si hubieses visto el rostro de esa mujer, comprenderías que los peligros que acechan al joven no se limitan a la arena. Ve, Dan.

El archimago accedió con un gesto.

—A menos que quieras decírselo tú personalmente... —preguntó Danilo con voz esperanzada.

—¡Vete!

Tras conseguir que Khelben le garantizara que la guardia de la ciudad arrestaría a lady Thione y a lord Hhune, Danilo se fue. Desanduvo el camino hasta el campo de entrenamientos mientras lo perseguía en el recuerdo la mirada enamorada que había

visto en los ojos de Caladorn.

Caladorn estaba en pleno trabajo cuando Danilo llegó al campo del Triunfo. Cuando el joven noble vio a Dan, enfundó la espada e indicó a su oponente con un gesto que se fuera, antes de caminar hacia la entrada y saludar al joven con entusiasmo.

—Has venido a batirte en duelo como prometiste, ¿verdad?

—Bueno, no exactamente.

—¡No aceptaré una negativa! Ya tienes espada. Quítate la capa y vamos a intercambiar unos golpes.

—Caladorn, tengo que hablar contigo. Es de la máxima importancia.

—Podemos hablar mientras practicamos la esgrima.

Con un suspiro, Danilo hizo lo que le pedía, aunque habría preferido no dar malas noticias a un hombre armado. Sin embargo, tenía poco tiempo para perder, y Caladorn no cedía. El Arpista desenfundó la espada e imitó el saludo de su amigo, antes de detener el primer revés. Reculó e hizo una finta hacia la izquierda. Caladorn paró el golpe con facilidad y volvió a atacar.

—Los Caballeros del Escudo están activos en Aguas Profundas —empezó Danilo mientras esquivaba un envite.

Caladorn chasqueó la lengua y ensayó un complicado avance con el pie derecho. Luego retrocedió antes de que el Arpista pudiese retirarse.

—¿Y cómo está enterado de esas cosas un bardo? Oh, sí, sé que estás adquiriendo fama con rapidez. Seguro que estás planeando escribir una nueva balada sobre esos infames espías, ¿no?

—Inmediatamente no. —Danilo paró el golpe, atacó a su vez y luego reculó—. No sé cómo decirte esto, así que lo mejor es que no me ande por las ramas. Lady Thione es uno de sus agentes.

El rostro de Caladorn se ensombreció y, durante un instante, bajó la espada.

—Tienes razón, muchacho, es difícil decirme una cosa así.

El Arpista alzó la espada justo a tiempo para contrarrestar una acometida.

—Pagó a uno de mis socios con una moneda que llevaba la marca de los Caballeros.

—¿Y eso? Seguro que se la pasaron.

—¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo? —Caladorn guardó la espada en su funda y se cruzó de brazos.

—Te diré una cosa —musitó Danilo mientras enfundaba también su arma—. Lord Hhune, un jefe de cofradía de Tethyr y agente de los Caballeros, está ahora en Aguas Profundas y pretende fundar gremios de asesinos y ladrones.

—¿Y qué? ¡Eso nada tiene que ver con Lucía! Ella es mercader, y ha tenido relaciones comerciales con Hhune en alguna ocasión. Lo más probable es que le haya pasado la moneda en alguna transacción comercial en el pasado. ¡Probablemente ella no sabía que la llevaba!

—Por tu bien, espero que tengas razón. Es interesante saber, sin embargo, que uno de los sirvientes de Lucía Thione pagó para que hiciesen una actuación en el teatro Las Tres Perlas utilizando monedas de Hhune marcadas.

El rostro de Caladorn se quedó inmóvil.

—Lo siento, amigo mío, pero ¿seguro que no albergas ninguna duda?

El luchador sacudió la cabeza, perplejo.

—¿Por qué estás haciendo esto, Dan? ¿Qué puedes saber tú de esos asuntos?

—Soy un Arpista, Caladorn. Es mi obligación saber lo que está ocurriendo.

El joven noble prorrumpió en carcajadas.

—¡Todavía no me acabo de creer que seas bardo! No abuses de mi credulidad.

—En cualquier caso, todo lo que te he dicho es cierto.

—No voy a seguir escuchando difamaciones contra Lucía. —Caladorn miró con ojos furiosos al joven, haciendo un esfuerzo por controlarse. Al final, se dio la vuelta y se alejó dejando a Danilo a solas en mitad de la arena.

—Bien —concluyó el Arpista en tono animoso—. Las cosas han ido mejor de lo que pensaba. Podía haber sido peor.

Sus pensamientos se vieron acompañados del fragor de un trueno. Un puñado de nubes color púrpura empezaba a apiñarse sobre el campo del Triunfo, y un relámpago cruzó el lívido cielo.

—Será mejor que no diga cosas así —musitó Danilo para sus adentros mientras echaba a correr para evitar las primeras gotas de lluvia.

Después de que Danilo abandonara la torre de Báculo Oscuro, Khelben Arunsun echó a andar por el pasadizo subterráneo que conducía al palacio de Piergeiron. En virtud de su cargo, el noble dirigía las fuerzas combinadas de la guardia y la vigilancia, y sus órdenes serían necesarias para arrestar a personas importantes como Hhune y lady Thione.

La presencia de Hhune en Aguas Profundas había sido detectada, y la verdad es que lo vigilaban estrechamente. Como jefe de cofradía, Hhune era una fuerza poderosa en Tethyr, por eso su conexión con los Caballeros del Escudo resultaba inquietante para muchos porque combinaba dos poderes hostiles a Aguas Profundas y a sus Señores. Sin embargo, también era un mercader rico, y éstos siempre eran bien recibidos en Aguas Profundas. Si se le negaba la entrada, Piergeiron ponía en riesgo el comercio entre Aguas Profundas y Tethyr. Era un asunto delicado, y decidiese lo que decidiera el Primer Señor, no sería del todo adecuado.

La entrada de Khelben en el palacio quedaba oculta en una pequeña antesala. El archimago caminó a grandes zancadas por los pasillos en dirección a la sala del consejo, percibiendo en su persona en todo momento los cautelosos ojos de la guardia de Piergeiron. Incluso allí notó cansinamente que no podía escapar al atajo de recelos que las canciones de los bardos habían cernido sobre él.

—Haré lo que pueda —prometió Piergeiron en cuanto Khelben le puso al corriente de la historia—, pero cuesta creer que Lucía Thione esté conectada con los Caballeros del Escudo. Necesitaremos más pruebas de su culpabilidad antes de emprender acciones contra alguien tan poderoso y popular. Una sentencia rápida de manos de los Señores de Aguas Profundas podría provocar resentimiento y revuelo. Nuestra decisión de censurar a los bardos fue muy impopular y tuvo consecuencias desastrosas.

—Al menos haz que la vigilen —insistió el archimago.

Piergeiron esbozó una mueca y señaló la ventana arqueada de la sala de audiencias.

—Eso será difícil de momento. Dudo que ella, ni ninguna otra persona, vaya a ninguna parte hasta que cese la tormenta.

Khelben echó un vistazo hacia la ventana detrás de la que restallaban relámpagos azules en contraste con cargadas nubes de color púrpura.

—Tiempo de brujería —musitó, y el eco de un trueno pareció subrayar sus palabras.

—En ese caso, ¿puedes contrarrestarlo? —preguntó ansioso el Primer Señor.

—No sin cierta arpa elfa.

—¿De veras? No sabía que supieras tocar.

—No sé —respondió el archimago con una ceñuda sonrisa—, pero empiezo a pensar que debería haber aprendido.

A media tarde, el cielo se veía negro como noche cerrada. La lluvia repicaba sobre el mercado exterior y había obligado a mercaderes y tenderos, actores callejeros y hasta delincuentes a huir en busca de cobijo. Las tabernas, las salas de fiesta y las tiendas estaban a rebosar porque los habitantes de la ciudad y los visitantes buscaban un lugar donde escapar de la violenta granizada. La lluvia caía sin cesar, y pasó la hora del crepúsculo, que por lo general era el inicio oficial del Solsticio de Verano. En todas las tabernas y salas de la ciudad, los bardos y los actores recitaban a sus cautivas audiencias historias de las desgracias que habían acaecido en el pasado tras noches del Solsticio de Verano en que había habido tormenta.

Danilo estaba a solas en la calle mientras se apresuraba bajo la lluvia para llegar a la taberna La Piedra Elfa, un lugar muy apropiado para un bardo semielfo. Al fin y al cabo, quizá pudiese obtener información sobre el arpa Alondra Matutina. Entró en la

concurrida estancia —por una vez la taberna había abierto sus puertas a miembros de todas las razas—, y dio la capa empapada a un sirviente elfo.

Danilo se abrió paso entre la muchedumbre hasta la chimenea. Estaba empapado hasta los huesos, cansado y cada vez menos seguro de tener éxito. Todos sus esfuerzos para encontrar a Vartain habían sido en vano. Danilo y sus amigos habían escudriñado todos los lugares y habían preguntado por toda la ciudad, pero era como si el maestro de acertijos hubiese pasado a otra dimensión. Al final, Danilo había dejado a un exhausto Wyn en su propia casa de la ciudad para que descansara y Morgalla había decidido al final hacerle compañía por miedo a no ser bien recibida en una taberna elfa. Con un profundo suspiro, Dan alargó las manos con las palmas abiertas hacia el calor del fuego, con la esperanza de recuperar parte del tacto que sus embotados dedos habían perdido.

—Bienvenido, joven bardo —saludó una voz seca y anciana a la altura de su codo. Bajó la vista y se encontró con el rostro enjuto y patricio del sacerdote elfo Evindal Duirsar—. Me levantaré para saludarle, pero temo que alguien me quite la silla —comentó el elfo con humor mientras contemplaba la muchedumbre. La taberna estaba repleta de gente de pie y pocos de los clientes hoscos y empapados que había habrían respetado la edad o posición del patriarca. Ante una invitación del elfo, Danilo cogió uno de los leños que había para la chimenea e improvisó una silla ante la pequeña mesa.

—Tu fama se ha multiplicado desde la última vez que nos vimos —comentó el patriarca.

—No tanto como las dificultades —musitó Danilo mientras recordaba otra de sus responsabilidades: el resto de los mercenarios de Elaith llegaría a Aguas Profundas en unos días y con ellos vendría el eremita elfo chiflado de Taskerleigh. Dan preguntó a Evindal si el templo aceptaría al elfo como pupilo y el patriarca escuchó la historia con interés.

—Sin lugar a dudas, esa alma desafortunada será bien recibida en el templo, pero ahora cuéntame más cosas sobre tu reciente viaje.

Danilo desgranó a aquel elfo sabio y compasivo el relato de una búsqueda que se había torcido desde el principio, desde el encuentro con el dragón a su colaboración con Elaith o las crecientes críticas contra su tío el archimago. Le contó a Evindal su esfuerzo por aprender el arte del canto elfo y acabó hablándole del pergamino hechizado y del complot contra la ciudad. Al final, habló del arpa Alondra Matutina, de sus poderes y sus retos.

—He prometido dar el arpa a Elaith Craulnober cuando todo acabe —concluyó Danilo.

—Teniendo en cuenta todo lo que se dice de él, es lógico que pienses que utilizará el poder de ese artefacto para fines maléficos —afirmó el patriarca en tono pensativo

y, tras un momento de silencio, se levantó de la mesa—. Nada más puedes hacer aquí y encontrarás varias de las respuestas que buscas en el templo. Vamos allí de inmediato.

A pesar de su sorpresa, la educación del Arpista le hizo ponerse también de pie.

—¿Se permite la entrada a los humanos?

—En determinadas circunstancias, sí. Eres amigo de nuestra gente y te esfuerzas por recuperar un artilugio elfo que está en manos de alguien que lo utiliza con deshonor. Debemos ayudarte en tu empeño. Además, nos has confiado un pupilo elfo para que lo cuidemos, así que me parece justo que conozcas a otro pupilo del templo para que sepas cómo honramos la confianza que has depositado en nosotros.

El patriarca se abrió paso hacia la puerta principal.

—La lluvia sigue empapando las calles —observó Danilo.

—Sí —convino el elfo, pero acto seguido echó a andar bajo la lluvia.

El Arpista se apresuró a seguirlo. Al cabo de un rato llegaron a una majestuosa escalinata de mármol blanco que conducía a un complejo de líneas curvas que se veía rodeado de plantas en flor. Subieron la escalera y se introdujeron en un corredor donde un sirviente elfo les sujetó las capas. Evindal condujo a Danilo por un pasillo con puertas a ambos lados. Llamó con los nudillos a una de ellas y luego abrió una rendija para asomarse al interior.

—Entra en silencio —le indicó el elfo, mientras desaparecía por la puerta.

Danilo lo siguió presa de la curiosidad. La estancia se veía suavemente iluminada por varias bolas resplandecientes de luz blanca que flotaban en el aire, y estaba amueblada con cómodas butacas, una mesa baja y un diminuto taburete, además de una cama de reducidas dimensiones. No se habían escatimado lujos en la habitación, porque la tapicería de las butacas era delicada y costosa, y por todos lados se veían juguetes maravillosos. En una cesta de terciopelo situada cerca de la cama había un gato amarillo enroscado y en una esquina se veía a una mujer elfa vestida de blanco que sonrió a Danilo mientras señalaba hacia la cama.

El Arpista dio un paso adelante y observó el interior. Allí, dormida, había una niña elfa, quizá la niña más hermosa que había visto nunca. Una mata de ensortijados rizos plateados le enmarcaba el rostro y tenía un diminuto pulgar dorado metido en la boca. Los extremos de sus diminutas orejas elfas se veían todavía tiernos y apenas se curvaban. Tenía las facciones diminutas y delicadas y la tez se veía a la vez sonrosada y dorada a la suave luz de la estancia.

—¿Quién es? —susurró Danilo.

—Te presento a lady Azariah Craulnober —respondió Evindal con voz suave.

Danilo alzó la vista, sorprendido.

—¿La hija de Elaith?

—Eso es. La última primavera, su compañera elfa le dio una hija. Fue un

embarazo inesperado y lleno de dificultades desde el principio. La madre murió al dar a luz, dejando a nuestro mutuo amigo una heredera. A medida que pasaba el tiempo, pareció importante para él que su hija recibiese lo que por derecho de nacimiento le pertenecía y acudió a mí para preguntarme qué debía hacer para devolver la magia a su hoja de luna. Le ordené que recuperara un artefacto y lo devolviese al templo. Ahora lleva la espada según las leyes y las tradiciones elfas, pero no te aburriré con los detalles.

—Ya veo —repuso Danilo con lentitud. Recordó la expresión herida de Elaith cuando Wyn Bosque Ceniciento había mencionado que en el templo elfo sólo vivían los enfermos y los proscritos. Aunque era difícil imaginarse a aquella hermosa niña como una proscrita social, por causa de los actos de Elaith no tenía ni honor ni herencia. De repente, las acciones del elfo le parecieron al Arpista llenas de sentido y se preguntó si el propósito verdadero de la búsqueda sería también tan claro para Elaith.

—Supongo que piensa que el artefacto le servirá como pago, como se paga a los brujos o a los clérigos para que realicen algún hechizo poderoso —comentó Danilo.

La sonrisa de Evindal era triste.

—Lo conoces bien. Encontrar un artefacto es tarea difícil, y una búsqueda de esas características cambia sin duda a todo aquel que la emprende. Yo confiaba en que al encontrar el arpa elfa, Elaith Craulnober llegara a recordar quién era, pero por todo lo que me has contado, parece que no es así.

Salieron en silencio de la habitación.

—Deberías descansar amigo mío —le dijo el patriarca—. Poco más podrás hacer esta noche. Si te apetece, puedes quedarte en el templo esta noche.

El elfo sonrió de repente.

—De improvisto se me ha ocurrido pensar que hace mucho tiempo que el templo no se ve agraciado por la presencia de un rapsoda del hechizo.

—La vida está cuajada de este tipo de ironías —murmuró Danilo.

La risa sofocada de Evindal resonó por los silenciosos pasillos.

Aquella misma noche, más tarde, un gélido viento del este condujo la tormenta hacia el mar y los habitantes de Aguas Profundas pudieron aventurarse fuera de sus escondrijos. La calma que sucedió a la tormenta parecía irreal, y a los ojos de Caladorn la ciudad parecía tan desmoralizada como sus propios luchadores.

Mientras regresaba a casa esquivando charcos y bancos de niebla, los pensamientos de Caladorn se dirigieron hacia sus compañeros marinos y en cómo iban a comportarse sus barcos con la tormenta que se acercaba. Casi envidiaba su suerte por tener que enfrentarse a un peligro tan palpable como la cólera de Umberlee, porque al menos la diosa del mar y de las tempestades era una fuerza que

podía comprenderse y apaciguarse. En cambio, las amenazas a su adorada ciudad de Aguas Profundas, y a su propia paz espiritual, eran mucho más complejas.

Para su sorpresa, se encontró que Lucía lo esperaba en la puerta de su casa. Lo recibió con un cálido abrazo y un vaso de su vino favorito.

—¿Dónde está Antony? —preguntó Caladorn mientras miraba por encima de su negra cabeza en dirección a la cocina. El piso inferior de su hogar se veía inusualmente frío y poco acogedor, y no era eso lo que habría esperado él de su competente mayordomo. Caladorn estaba cansado y hambriento, y disgustado con la vida; en definitiva, no estaba de humor para soportar una incompetencia doméstica.

—Oh, le di la noche libre —respondió la noble mujer despreocupadamente—. Esta noche me ocuparé personalmente de tus necesidades. —Después de darle otro beso, se fue a la cocina a vigilar cómo andaba la cena.

Mientras, Caladorn observó cómo se alejaba. No cesaba de dar vueltas en su cabeza a las acusaciones de Danilo Thann. No quería creer eso de Lucía, de hecho, ¡no se lo creía!, pero no podía descartar la idea. De repente, se le ocurrió que no se olía a comida, cuando, por lo general, en el piso inferior flotaban siempre fragancias de carne asada, verdura hervida y pan fresco.

Caladorn miró el vaso de vino que tenía en la mano y, tras un momento de indecisión, lo vertió en una maceta.

Tras esperar un rato apropiado en la fría oscuridad de la cocina, Lucía regresó a la sala y se encontró con Caladorn tumbado de bruces en el suelo. Recogió con rapidez el vaso y vio que lo había apurado del todo. Antony había muerto con la mitad de dosis, y la postura atormentada y retorcida en que yacía su joven amante sugería que había sufrido el mismo efecto corrosivo del ácido con tanto dolor como su mayordomo. Era una lástima, pero nada podía hacer. De todas las pociones de Diloontier, aquella era la más rápida y Lucía iba justa de tiempo.

Con movimientos rápidos y expertos, palpó el cuerpo de Caladorn en busca de las llaves y, cuando encontró la pequeña arandela de donde colgaban un puñado, se volvió y subió las escaleras de dos en dos. Regresó al cabo de un momento, con una caja larga en las manos y una capa oscura y con capucha que le mantenía a cubierto el rostro y su forma. Con ese atuendo, Lucía Thione salió de casa de su amante por última vez sin ni siquiera mirar atrás.

Tan obsesionada estaba con su propósito, que ni siquiera vio cómo se marchitaba de pronto la planta que había junto al cuerpo de su amante.

El silencio se cernió sobre el salón durante largo rato. En cuanto se hubo cerciorado de que Lucía se había ido, Caladorn se puso de pie. El dolor que sentía en su corazón y el vacío que le arrasaba el alma eran mucho más agudos que cualquier herida que hubiese recibido nunca.

¿Qué debía hacer ahora? Su corazón y sus esperanzas no eran lo único que había

quedado maltrecho con la traición de Lucía. ¿Debía tratarla como una astuta trucha y dejarle suficiente cuerda para que maniobrara y descubrir así sus malvadas intenciones? ¿O debía llevarla de inmediato ante la justicia? Como espía, sin duda sería juzgada y ejecutada de inmediato. Caladorn dudaba, sin embargo, de que tuviera fuerza suficiente para conducir a su dama a la muerte a pesar de lo que había intentado hacerle, o las razones que la habían conducido a intentarlo.

Con un desgarrador suspiro, Caladorn dio media vuelta y subió la escalera hasta el tercer piso. Si tenía que descubrir el plan de Lucía, debía averiguar qué objeto consideraba ella digno de valer el precio de su vida.

Sin soltar un solo instante la caja que contenía el casco mágico, Lucía Thione corría por las calles tranquilas. Había dejado una de las monedas de Hhune junto al cuerpo de Caladorn, con la esperanza de que la culpa del asesinato recayese en el mercader de Tethyr, pero aun así era importante que nadie la viese por las calles aquella noche. Se abrió paso con rapidez hasta una casa bien vigilada que poseía en las cercanías. Sirvientes armados montaban guardia junto a cada entrada y varios sabuesos de gran fiereza patrullaban los muros que bordeaban la finca.

Pasó junto a uno de los silenciosos centinelas y llegó con rapidez hasta sus aposentos privados. Colocó la caja sobre la cama y se quitó la capa.

—Buenas noches, lady Thione.

La noble dama soltó un grito y giró en redondo, sujetándose la garganta con una mano. Un elfo de la luna alto y esbelto, vestido de negro riguroso, se levantó con movimiento grácil de una silla. Reconoció a Elaith Craulnober, y el terror que sentía se multiplicó por cuatro. Retrocedió en busca del timbre con el que poder llamar a sus sirvientes armados.

—No molestéis a vuestros sirvientes por mí a estas horas —comentó el elfo con una sonrisa de cortesía—. Les di la noche libre.

El eco de las palabras que tan recientemente había dicho ella a Caladorn aterrorizó a Lucía y cruzó su mente la imagen del cuerpo de Antony.

—Están muertos —concluyó con voz apagada.

—Bastante —convino Elaith en tono alegre. Volvió a sentarse y a jugar con su daga de pedrería—. Sentaos, por favor. Tenemos que discutir un problema común.

Lucía se apoyó en el borde de su cama.

—¿Cómo habéis atravesado las protecciones mágicas que rodean esta casa? —preguntó.

—Coleccionar juguetes mágicos es una de mis aficiones —respondió el elfo—, y me he convertido en un experto en identificarlos e inutilizarlos. Ahora, concentrémonos en el problema. Vos y yo tenemos aliados que han dejado de sernos útiles. Yo me ocuparé del vuestro, si vos sois tan amable de hacer que vuestros

agentes se ocupen de mi compañero.

—No tengo por qué hacer eso. Los Señores de Aguas Profundas se ocuparán de Hhune.

—No lo dudo, pero yo estaba hablando del otro, de la bardo que lleva el arpa mágica.

La noble se lo quedó mirando.

—¿Cómo sabéis eso?

—No es importante. Decidme sólo donde está, o quién es. En cualquier caso, os aseguro que no os causará más problemas en el futuro.

La mente de Lucía giraba como un torbellino mientras consideraba la posibilidad. El elfo había sido capaz de acabar con hombres armados y magia de gran poder. Quizá fuera un contrincante digno de la hechicera. Eso, sin embargo, le planteaba otra cuestión.

—Si sois capaz de hacer eso, ¿por qué no os ocupáis vos mismo de ese compañero no deseado?

La sonrisa del elfo tenía un deje de burla por sí mismo.

—Digamos tan sólo que es un tema de honor. Bueno, ¿cerramos el trato?

—Granate es una mujer semielfa de edad media. Se aloja en mi mansión del distrito del Mar. Matadla y os garantizo que os concederé todo aquello que mi poder me permita —repuso con dureza.

—Veo que nos vamos a llevar bien —concluyó Elaith—. Ahora debéis saber una cosa más. Khelben Arunsun será informado en breve de que sois una agente de los Caballeros del Escudo. No todo está perdido —añadió el elfo mientras alzaba una mano al oír la exclamación de la dama—. Tengo una red de casas seguras en la ciudad. Me encantará ofreceros alojamiento y ayudaros a salir sana y salva de la ciudad. Os garantizo que una escolta armada se ocupará de llevaros a un destino apropiado.

El elfo esbozó una plácida sonrisa.

—Por supuesto, haré todo eso después de que hayáis ordenado a vuestros agentes que libren al mundo de un tal Danilo Thann.

Durante toda la noche, el muro que rodeaba la torre de Báculo Oscuro se vio asaltado por todo tipo de gente infeliz. Magos de la Vigilante Orden montaban guardia, dispuestos a contrarrestar con hechizos y varitas mágicas otro ataque climático provocado por hechiceros. Un círculo de bardos hacía turnos para cantar las baladas que habían cambiado el respeto que muchos habitantes de Aguas Profundas sentían por Khelben Arunsun por miedo y desconfianza.

La audiencia de los bardos, asustada por la extraña tormenta del Solsticio de Verano y las desapariciones comprobadas de varios Señores de Aguas Profundas, temía que los conflictos de la ciudad fueran ejemplos de un futuro que se suponía preñado de anarquía. Se acusaba a Khelben Arunsun de acontecimientos tan variados como el ataque a la cortesana Larissa Neathal y la muerte de un jefe de caravana en Puerta de Baldur a manos de delincuentes comunes. Varias patrullas de vigilantes montaban guardia en la torre por miedo a que la multitud embravecida emprendiera actos violentos.

En el interior de la torre, Khelben paseaba arriba y abajo por sus aposentos privados.

—Deberías intentar dormir un poco, amor mío —le aconsejó Laeral, dejando a un lado el libro que en vano intentaba leer—. Hace muchos días que no duermes.

—¿Quién puede dormir con todo este jaleo ahí fuera? —replicó mientras señalaba con un ademán la ventana. Al igual que todas las puertas y ventanas de la torre y del muro de alrededor, ésta era sólo visible desde el interior, y cambiaba de ubicación constantemente para permitir que los hechiceros contemplasen desde todos los ángulos la multitud que se apiñaba en el exterior.

»Mientras Piergeiron sopesa asuntos de diplomacia y comercio, Lucía Thione se ha esfumado —se quejó Khelben—. Envié agentes Arpistas para comprobar todas las propiedades que posee en la ciudad, pero nadie ha conseguido encontrar su rastro. Han pasado ya horas, y siguen sin aparecer dos de los agentes.

En una esquina de la habitación, una enorme bola de cristal empezó a brillar con luz intermitente. Khelben se acercó al cristal de espionaje y pasó una mano por encima. El rostro de una conocida comerciante se hizo visible.

—¿Sí? —preguntó el archimago.

—Saludos, Báculo Oscuro. Hemos encontrado a Ariadne y Rix. —La voz de la mujer se oía desgarrada por lágrimas no disimuladas—. Estaban fuera de los muros de la propiedad de Lucía Thione, en el distrito del Mar. Ambos murieron estrangulados y los cuerpos fueron dejados allí, a modo de advertencia. —Se detuvo y se aclaró la garganta varias veces antes de proseguir—. Les habían cerrado los ojos y sobre cada párpado les habían colocado una enorme moneda de oro.

—¿La marca de Hhune? —preguntó Khelben en voz baja.

El rostro de la comerciante se desvaneció en el cristal, pero el archimago no se movió ni pronunció palabra. A medida que pasaban los minutos, Laeral estudiaba a su amante con creciente inquietud. Siempre se sentía muy afectado con la muerte de Arpistas que actuasen siguiendo sus órdenes, pero esta vez se temía que las anchas espaldas de Khelben no pudiesen soportar tanto peso. Se veía superado por todo y se sentía cansado y frustrado por no poder controlar la situación.

Con un súbito y brusco ademán, Khelben dio un manotazo a la bola de cristal, que salió volando por la estancia y fue a estrellarse contra la pared. El archimago se puso una capa y cogió la larga vara de madera negra por la cual se le conocía y se le tenía respeto. Antes de que Laeral pudiese reaccionar a aquel inusual estallido de cólera, el archimago había desaparecido.

Khelben Arunsun se materializó en la sala de baile donde recientemente había celebrado su fiesta Lucía Thione. La estancia se veía muy diferente a aquella hora intempestiva, casi parecía austera sin su multitud de invitados. La única luz que la iluminaba procedía de los rayos de luna que se colaban desde el jardín y que provocaban sombras plateadas sobre el pálido mármol del suelo. El aire nocturno se veía perfumado por el aroma de las vides en flor que había emparradas en los alféizares de las ventanas y los arcos de las puertas, y en el silencio resonaba todavía el eco de alegres risas y música divertida. El archimago se quedó allí un rato, intentando reordenar sus pensamientos y decidir cómo seguir el impulso que lo había llevado hasta aquel lugar.

Como si fuera el fantasma de una melodía olvidada, una retahíla de música de arpa plateada emergió de las sombras en el extremo opuesto de la sala de baile. El archimago siguió el sonido; el eco de sus zancadas servía de sombrío contrapunto a la rítmica canción.

La música parecía proceder de todos los lugares y de ningún sitio en particular y, mientras Khelben giraba por la sala en busca de su origen, se sintió como si caminase en sueños o como si intentara atrapar una sombra.

Al final, llegó a una enorme puerta arqueada que desembocaba en el jardín, y allí descubrió a una mujer de baja estatura, vestida con un atuendo del color del zafiro. Llevaba el cabello ceniciento recogido tras unas orejas ligeramente puntiagudas, y tocaba una diminuta arpa de madera negra.

—Han pasado muchos años, Iriador —musitó Khelben Arunsun.

La semielfa siguió tocando.

—Mucho ha cambiado desde entonces, Khelben, y no para bien. —Alzó la vista hacia él y sonrió—. Atácame —sugirió— o inténtalo. Si lo haces, no te podrás mover, ni podrás hablar, aunque a estas alturas poco de lo que pudieses decir serviría de nada.

La magia, con la fuerza del poder que durante cientos de años había manejado, se concentró en el interior del archimago en respuesta a su tácita orden. Khelben alzó las manos para dar forma al hechizo con los dedos, pero su cuerpo mortal demostró ser menos obediente que su magia. Con perplejidad y creciente cólera, se dio cuenta de que la antigua Arpista tenía razón.

El aire que rodeaba al poderoso archimago parecía haberse convertido en piedra sólida, porque no podía moverse ni expresar ninguna palabra. La magia que había invocado circulaba por su cuerpo como si fuera un relámpago atrapado.

Sólo en una ocasión había conocido Khelben un dolor semejante, un dolor que circulaba sin cesar por los conductos de poder de su mente y de su cuerpo y que le quemaba como si tuviera las venas repletas de metal fundido. Con cada pulsación de angustia, la estancia se disolvía en una luz blanca e incluso su tenaz voluntad empezaba a perder el control sobre la conciencia.

Iriador Niebla Invernal vio el espectáculo y un destello de triunfo brilló en sus ojos azules. Se levantó con el arpa en las manos y caminó hacia el hombre, prisionero por causa de la magia que ella había invocado y torturado por su propio poder.

—No reconociste el hechizo que entrañaba mi canción, Khelben Arunsun, de lo contrario habrías salido huyendo. Siempre has menospreciado el arte de los bardos, y en tu ignorancia no preparaste defensa alguna contra el poder del canto hechizador.

Se acercó un paso más.

—Abandonaste a los bardos, Khelben Arunsun, y si a estas alturas todavía no has comprendido tu error, pronto lo harás. Te lo demostraré, no destruyéndote por completo sino apartándote del poder mediante la misma fuerza que has despreciado.

La mujer se acercó a la ventana y, en respuesta a su orden tácita, un caballo blanco llegó al galope desde el jardín. Montó con rapidez en el *asperii* y caballo y jinete desaparecieron a través de la puerta arqueada para perderse en la noche.

Un retazo de melodía se quedó flotando en la habitación. Khelben cayó al suelo, liberado en parte del poderoso embrujo de la canción. Eso le permitió liberar los restos de su propio hechizo, y la magia explotó a su alrededor como si fuera la pesadilla de un alquimista. La energía mágica no canalizada salía a borbotones de su cuerpo y, tras atravesar la sala de baile enviaba luces multicolores al jardín.

Desde el tejado de una mansión cercana, Elaith Craulnober contemplaba el espectáculo de luces con creciente rabia y frustración. Echó una ojeada a la calle de los Murmullos. Ya empezaban a llegar miembros de la patrulla de vigilancia. Profirió un juramento ahogado y echó a correr a través del tejado para dar un salto en la oscuridad y aterrizar sin hacer ruido en el edificio contiguo.

Con una gracilidad y un equilibrio que serían la envidia de cualquier acróbata, corrió por encima de un cercado de madera y saltó sobre el tejado triangular que remataba la casa de la sibarita mansión de la familia Urmsbrusk. Siguió a la carrera

por encima del tejado y, luego, reuniendo todo su impulso, se lanzó al vuelo. El elfo se encumbró por encima de la calle del Diamante, se agazapó en el último momento y cayó rodando sobre el tejado de un edificio bajo que había a medio camino. En cuestión de pocos minutos, había llegado al recinto cerrado de la mansión de lady Lucía Thione.

Elaith descendió por el muro y corrió por el jardín. Un vigilante armado le salió al encuentro, pero el elfo le lanzó un cuchillo a la garganta sin perder siquiera el paso. Siguió las relucientes volutas rizadas de humo hasta llegar a la sala de baile. Allí se encontró la sala repleta de humo y tuvo que entrecerrar los ojos, pero alcanzó a ver que la habitación estaba vacía, salvo su presencia y la del hombre que había tumbado allí.

¡Demasiado tarde! La hechicera Granate había desaparecido, y con ella su única esperanza de restablecer el derecho de nacimiento de su hija.

El elfo se sacó un puñal de la manga con la intención de desahogar la frustración clavándolo en el cadáver, pero en el último momento reconoció al hombre caído y el cuchillo acabó rebotando inofensivo sobre el suelo de mármol ahumado.

Elaith se arrodilló junto a Khelben Arunsun y puso al hechicero de espaldas. El hombre seguía con vida, pero el corazón le latía débilmente. Mientras el elfo meditaba qué hacer, los ojos oscuros del archimago se abrieron y se fijaron en él. Aunque no habló ni se movió siquiera, pareció darse cuenta levemente de lo que lo rodeaba.

—Un hechizo de seducción —musitó el elfo. Giró sobre sus talones y se pasó las manos por los cabellos. Quien mejor podía atender en la ciudad al hechicero era la maga Laeral. Debía llevar a Khelben Arunsun de inmediato a la torre de Báculo Oscuro, pero si se retrasaba quizá no podría recuperar el arpa que había estado buscando desde hacía tanto tiempo.

El elfo de la luna tomó una decisión. Rebuscó en la bolsa que llevaba atada al cinto y extrajo un sencillo anillo de plata. Vartain no era el único ladrón experimentado de la partida Música y Caos, y Elaith había vuelto a robarle el anillo mágico a su compañero Arpista cuando se habían encontrado en la taberna La Lanza Partida. Se deslizó con rapidez el aro en el dedo y lo giró tal como había visto hacerlo a Danilo.

Cuando la patrulla de vigilancia irrumpió en la sala, lo único que vieron fue la difusa silueta de un elfo esbelto y el archimago de Aguas Profundas.

En las horas que preceden al alba, los clérigos de Mystra se reunieron en la torre de Báculo Oscuro para conseguir mediante oraciones el favor de la diosa de la magia. Gracias a sus cuidados y la ayuda de la diosa, el maltrecho cuerpo de Khelben Arunsun experimentó cierta mejoría. No obstante, nada podía afectar al hechizo de seducción que lo tenía preso y, tras varias horas en vela, una cansada y acongojada

Laeral bajó hasta el recibidor. Después de traerle a Khelben, Elaith Craulnober había desaparecido de inmediato pero hacía poco que había regresado y le había enviado un mensaje de que deseaba verla en cuanto las circunstancias se lo permitieran.

El elfo se puso de pie cuando Laeral se introdujo en la habitación.

—¿Cómo está el archimago?

—Sobrevivirá —respondió la hermosa hechicera.

Elaith hizo un gesto de asentimiento con una expresión profunda de alivio en el rostro, y luego tendió a Laeral una caja grande y cuadrada.

—Considerad esto como un regalo, un deseo de que lord Arunsun se recupere pronto.

Laeral miró confusa en el interior, donde reposaba uno de los cascos mágicos que llevaban los Señores de Aguas Profundas.

—Recuperé el casco de lady Thione y pensé que tal vez querríais devolverlo a su verdadero dueño.

—Así lo haremos —confirmó la maga, antes de quedarse mirando fijamente a Elaith—. Perdonadme, pero...

—¿No parece propio de mi persona? —acabó el propio elfo la frase con una sonrisa burlona en los labios—. En absoluto, mi querida señora. Para los intereses de mis negocios, lo mejor que puedo hacer es conservar el *statu quo* que hay ahora en Aguas Profundas.

—¿Y lady Thione?

—Está escondida bajo mi protección. Mis hombres la ayudarán a escapar de Aguas Profundas. —Volvió a sonreír—. Por supuesto, no me he preocupado de mencionarle a ella el destino. He arreglado todo para que la escolten de regreso a Tethyr para que se enfrente a los suyos.

Un fogonazo de plata centelleó en los ojos de Laeral e hizo un gesto de asentimiento al ver que la traición del elfo servía para hacer un poco de justicia.

—En otras circunstancias, Elaith Craulnober, creo que habríamos podido ser buenos amigos.

Por encima de la bóveda del Bosque Elevado, el cielo se teñía con los primeros tonos plateados que precedían al alba. Todavía era noche cerrada en las Cavernas Interminables, pero el dragón verde Grimnoshtadrano percibía la llegada del nuevo día. Se apoyó sobre las ancas y flexionó las alas a modo de ensayo. Por fin había desaparecido el entumecimiento causado por la explosión y el humo, y se veía capaz de volver a volar. Nunca podría olvidar la indignidad que había padecido por tener que regresar a rastras hasta su caverna tras despertarse en el calvero, y el dragón verde estaba resuelto a que alguien pagase por los insultos y humillaciones que había tenido que soportar.

Grimnosh inhaló profundamente y exhaló una prolongada ráfaga de aire en la caverna. Un hedor satisfactorio se desparramó por la cámara a medida que el venenoso gas de cloro fluía por su mandíbula erizada de colmillos. Durante días había sido incapaz de utilizar la poderosa arma de su aliento, pero ahora había regresado y estaba a punto de soltarla sobre aquel bardo traidor. El dragón echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido de satisfacción.

Grimnosh se abrió camino a gatas por el laberinto de cavernas y pasadizos que conducían a la entrada de su guarida, y emergió en el calvero del bosque donde había empezado aquella desafortunada aventura, exactamente medio año antes, el día más corto del invierno. Parecía adecuado que todo terminase hoy, el día del solsticio de verano. Sus enormes alas verdes batieron el aire y el dragón se alzó con seguridad hacia el cielo.

Con tozuda determinación, el dragón puso rumbo a Aguas Profundas. El vuelo de los dragones era más veloz de lo que las criaturas de menor tamaño podían imaginarse, y sus poderosas alas, con ayuda de la magia, le permitirían llegar a la ciudad antes de que aquel día, el más largo del año, llegara a su fin.

La mañana del solsticio de verano amaneció radiante y nítida en Aguas Profundas, y empezaron los juegos tal como estaba previsto. Para los centenares de personas que se habían reunido para ver el encuentro, parecía como si la mano de Beshaba, diosa de la mala suerte, hubiese caído sobre el campo del Triunfo.

El césped se había convertido en una marisma debido a la lluvia de la noche anterior, y en poco rato el campo se tornó un amasijo de barro resbaladizo. Muchos luchadores y monturas cayeron al suelo y varios de los accidentes parecían serios.

Los concursos de magia, uno de los espectáculos favoritos de la muchedumbre, fueron un fracaso mayor incluso que los juegos. Muchos de los magos más poderosos de la ciudad se habían reunido en la torre de Báculo Oscuro para contrarrestar el hechizo de seducción que mantenía preso al archimago y los rumores de lo que le había sucedido a Khelben Arunsun corrían de boca en boca por la ciudad. Se creía que había caído víctima de su propio hechizo fracasado y la noticia provocaba más temor que compasión entre quienes la escuchaban.

Cuando Danilo se enteró del accidente de su tío, fue directamente a la torre de Báculo Oscuro, pero no pudo acercarse por la multitud que se apiñaba alrededor, y cuando intentó teletransportarse hasta allí, descubrió que le habían vuelto a robar el anillo mágico.

—Dan.

La musical voz de Laeral irrumpió en el torrente de recriminaciones que se estaba haciendo a sí mismo y, al volverse, se encontró frente a la maga, cuyo atractivo rostro acusaba la inquietud y la falta de sueño. Lo cogió del brazo y lo apartó del gentío.

—Khelben está preso de un hechizo de seducción. Creo que forma parte del hechizo de canción elfa de la Alondra Matutina. Tienes que encontrar esa arpa, Dan.

El Arpista se quedó sorprendido al captar una nota de súplica en la voz de la poderosa hechicera. Para ocultar su propio desasosiego, le tomó la mano e hizo una ligera reverencia.

—Nunca puedo negarle nada a una mujer hermosa. También tengo una imaginación y entradas para dos personas en la próxima fiesta de la Casa de Placer y Salud de la Madre Tathlorn. Recuérdalo la próxima vez que tengas que pedirme algo.

En el rostro de la mujer se formaron por un instante un par de hoyuelos.

—¡Alabada sea Mystra! ¡Cómo me recuerdas a tu tío! Era muy parecido a ti de joven.

Danilo retrocedió y le soltó la mano.

—Encontraré esa arpa maldita —respondió Danilo en tono ofendido—, no hacía falta que me insultaras. —Se apartó y se vio recompensado por la carcajada de la hechicera a sus espaldas.

Danilo se encontró con Wyn y Morgalla en la puerta del campo del Triunfo y se repartieron los tres la tarea de escudriñar las gradas en busca de alguien que encajara en la descripción de la bardo enemiga.

Mientras buscaban, Danilo no dejaba de mirar el campo. Era mediodía y todavía no había señales de Caladorn. Danilo estaba sorprendido y más que preocupado. Quizá su amigo se había tomado en serio la advertencia y se había enfrentado a lady Thione. El Arpista fue interrogando a todos los luchadores y los mozos de cuadra, pero nadie parecía saber adónde había ido el espadachín. ¡Primero había desaparecido Vartain, y ahora Caladorn!

La tarde estaba a punto de empezar cuando Danilo vio por fin de refilón a Vartain, a varias gradas de distancia y muy cerca del estrado que servía para hacer los anuncios y entregar los premios.

—¿Qué pretenderá ese condenado maestro de acertijos? —murmuró en voz alta.

—No tengo idea, pero te aseguro que sufrirá para conseguirlo —anunció una voz familiar detrás de él.

Danilo se volvió y se topó de frente con Elaith Craulnober.

—Veo que no has encontrado el arpa, que te ha ido tan mal como a mí.

El elfo fingió hacer una mueca.

—¡Qué idea! Recordaré esas palabras y las utilizaré cuando tenga necesidad de expresar el más completo y miserable fracaso.

—No hay necesidad de que me hables con ese tono. Guarda tu veneno para nuestra misteriosa bardo.

—Te aseguro que me sobra.

El Arpista se encogió de hombros.

—Aunque me gustaría seguir de cháchara contigo, tengo que conseguir ese pergamino de Vartain.

Antes de que Danilo pudiese moverse, la mano de Elaith se cerró sobre su brazo como un torno, y el elfo hizo un gesto de asentimiento hacia el estrado.

—El tiempo para hacer eso ha terminado. Deberías quedarte a los festejos.

Lord Piergeiron caminó hacia el centro de la plataforma y alzó los brazos para reclamar la atención. Dos magos caminaron también hacia adelante con las manos alzadas para invocar los hechizos que amplificarían las palabras del Primer Señor para que se oyeran desde todos los rincones de la arena.

La multitud se quedó en silencio, porque nadie en Aguas Profundas era capaz de reclamar su atención como lo hacía Piergeiron. El Primer Señor no era dado a la oratoria, pero tenía una forma simple y concisa de hablar que conectaba muy bien con la gente.

—Declaro que los juegos han finalizado y que las festividades del Solsticio de Verano están a punto de concluir. Empezaremos la Asamblea del Escudo con la tradicional confirmación de los Señores de Aguas Profundas.

—Sinceramente lo dudo —murmuró Elaith mientras observaba atentamente las nubes.

Danilo siguió la dirección de la mirada del elfo.

—No me lo digas, es un *asperii*.

—Eso me temo. Con lady Thione fuera de juego, la hechicera no dudará en intentar deponer a Khelben con sus propias manos.

—La hechicera tiene el poder de influir en las multitudes a través de la canción —musitó Danilo al recordar el hechizo del acertijo—. Bajemos. —Empezó a abrirse paso a codazos a través de la muchedumbre.

Elaith Craulnober se dispuso a seguirlo, aunque parecía dubitativo.

—¿Qué propones que hagamos?

—No lo sé, pero ya pensaré en algo.

El *asperii* descendió en picado sobre la arena y su aparición no sólo provocó exclamaciones en la multitud sino que desvió toda la atención de Piergeiron. Los nobles corceles del viento eran animales raros y se creía que eran bendiciones de los dioses. Nadie habría pensado en atacar al caballo o a su jinete, como tampoco habrían disparado contra un unicornio que apareciese de repente en mitad de la multitud. En el estrado, los dignatarios de la ciudad se echaron hacia atrás para permitir que el caballo mágico aterrizase.

El corcel blanco se posó suavemente en el estrado. El jinete desmontó y cogió el arpa que llevaba atada en las cinchas.

—Con su permiso, lord Piergeiron —manifestó con voz clara que fue trasmitida a todos los rincones del estadio—, según las leyes y la tradición, hasta la puesta de sol

el día de hoy debe dedicarse a los torneos, los festejos y los cánticos. La Asamblea del Escudo no empieza hasta ese momento, y todos los contratos y acuerdos que se ultimen antes de ese momento no están amparados por la fuerza de la ley.

—Eso es cierto, dama bardo —respondió Piergeiron mientras hacía una reverencia a la mujer semielfa—. Esperamos vuestra canción.

—¡No la dejéis cantar! —exclamó Danilo mientras apartaba a un lado a una pareja de semiorcos de aspecto fiero. Una de las bestias enseñó los colmillos en un amago de gruñido, pero se calmó cuando vio al elfo de cabellos plateados que caminaba al lado del humano.

—¡Yo desafiaré al bardo! —exigió una rimbombante voz de tenor.

El sol del atardecer se reflejaba en la calva del maestro de acertijos mientras se abría paso precipitadamente hacia la plataforma. Vartian habló a los guardias y éstos le permitieron acercarse.

—Yo desafío a la maga y maestra de acertijos Iriador Niebla Invernal de Sespech, conocida comúnmente como Granate la bardo, a un acertijo.

—¡Carroñero hijo de orco! —murmuró Elaith mientras avanzaba detrás de Danilo—. Por los Nueve Infiernos, ¿qué está haciendo?

—No te quejes. Está impidiendo que cante —replicó Danilo.

Mientras los dos se abrían paso hacia el estrado, Vartain anunció las condiciones del juego: él pronunciaría un acertijo y si Granate fracasaba en resolverlo, dejaría en prenda su arpa. Tras un instante de vacilación, la bardo accedió.

Morgalla se abrió también camino hasta situarse junto a Danilo, con Wyn pisándole los talones.

—¿Qué va a hacer ese chiflado? —preguntó mientras seguían forcejeando para alcanzar el estrado.

—Ganar tiempo. Nosotros cuatro tendremos que coger el arpa si Vartain fracasa o si la bardo no cumple con los términos del desafío.

—¿Qué cuatro? —preguntó Morgalla—. Esa serpiente plateada amiga tuya se ha largado antes de que te alcanzáramos.

Danilo escudriñó la multitud, pero no había señal de Elaith. En ese momento, Vartain se aclaró la garganta y pronunció la adivinanza:

El reino del rey Khalzol desapareció hace tiempo.

Cuatro pasos te llevarán hasta su entierro:

El primero antecede a lo que se nombra,

en el segundo no existen sombras,

el tercero es eterno.

Decidme dónde está el sueño.

—Y ahora, decidme, ¿por qué los súbditos del rey Khalzol lo enterraron en un ataúd de cobre?

—¡Es un imbécil por intentarlo de nuevo con ése! —exclamó Morgalla.

—Espera un momento —la interrumpió Danilo, pues había visto la expresión pensativa en el rostro de la hechicera. Estaba haciendo precisamente lo que Vartain había hecho: estaba concediendo al complejo acertijo toda la consideración que requería una adivinanza tradicional. Y dio la misma respuesta inteligente e incorrecta que Vartain había dado al dragón.

Vartain esbozó una ancha sonrisa y su rostro adquirió una semejanza total con un águila ratonera.

—La respuesta a la pregunta «¿por qué enterraron al rey Khalzol en un ataúd de cobre?» es mucho más simple de lo que vos creéis y lamento decir que nada tiene que ver con el lugar donde está su tumba. Lo enterraron «porque estaba muerto».

Granate levantó el arpa y, tras pulsar una única nota, apuntó con la mano hacia el cielo. Al instante, las nubes empezaron a apiñarse y un rumor familiar resonó sobre la arena. La gente que había junto a las salidas salió huyendo de inmediato en busca de algún lugar donde poder cobijarse.

De repente, una silueta enorme y verdosa irrumpió a través de las repletas nubes color púrpura y, con un rugido, un dragón verde adulto se precipitó sobre la ciudad. Un estruendo infernal resonó en la arena, la multitud empezó a chillar, empujándose y avanzando a trompicones hacia las salidas.

En la confusión que tuvo lugar a continuación, Danilo alcanzó a ver al elfo plateado que iba en cabeza de una banda de luchadores de aspecto fiero. Los mercenarios avanzaban hacia la plataforma donde estaba la bardo. La guardia personal de Piergeiron se dispuso a proteger al Primer Señor. En cuestión de segundos, una sucia lucha callejera se desató en los alrededores de la plataforma, y la hechicera y el arpa quedaron fuera de la vista.

—Esto sí que es un buen combate —anunció la enana con entusiasmo. Desató la lanza y fue a sumarse a la pelea. Dan y Wyn intercambiaron miradas de desesperación y acto seguido desenfundaron las espadas para cubrir a la enana por la espalda mientras ella se abría paso hacia el centro de la batalla. Morgalla consiguió avanzar a trompicones, mientras iba profiriendo variados insultos en lengua enana y blandía la punta roma de su lanza para aporrear a la multitud embravecida.

Antes de que alcanzaran la plataforma, la hechicera montó en su corcel y salió disparada hacia el cielo. Con un rugido de rabia, el dragón salió tras ella. El *asperii* esquivó hacia un lado como si fuera un colibrí blanco gigante, y apenas alcanzó a evitar la embestida del dragón. El caballo siguió subiendo en línea recta, lejos del alcance del dragón pero adentrándose de pleno en la masa de nubes de la tormenta.

El zigzag de un relámpago pasó cerca del corcel alado y el animal cayó presa del

pánico, con la semielfa agarrada a su cuello. El granizo empezó a repicar sobre el asustado caballo y su relincho de terror y protesta se mezcló con los gritos de la gente y los aleteos regulares y pesados de las alas del dragón.

El *asperii* corcoveó en mitad del cielo y la hechicera salió proyectada junto con el arpa hacia la multitud. Mientras caía en picado hacia una muerte segura, Granate intentó en vano retener el instrumento mágico, que se le escapaba de las manos.

Con la precisión de un murciélago que agarra un insecto volador en el aire, Grimnosh hizo un picado y apresó a la hechicera con las garras. Las carcajadas del dragón retumbaron como truenos sobre la ciudad mientras salía volando en dirección este con su presa. El arpa cayó al suelo y se perdió entre la multitud agolpada junto al estrado.

Granate se había ido, pero su hechizo seguía en pie. El granizo rebotaba en la plataforma y caía a manos llenas sobre los pocos que todavía permanecían en la arena.

—¡Tengo que coger el arpa! —Danilo seguía empujando hacia el estrado. Ahora era más sencillo porque la multitud se dispersaba con rapidez. Los clérigos y los curanderos se ocupaban de aquellos que habían quedado aplastados tras la primera acometida para escapar. La mayoría de los rufianes de Elaith habían sido apresados y los miembros de la guardia se ocupaban de sacar a rastras a aquellos que todavía sentían deseos de luchar. Vartain permaneció cerca de la plataforma, con los brazos cruzados sobre la tripa en gesto triunfante y una sonrisa en su rostro de bronce.

Morgalla acabó de abrirse camino y apuntó con la lanza hacia la garganta de Vartain.

—¿Dónde está el arpa, ladrón de pacotilla halfling crecidito? —pidió.

—Esta vez no ha sido Vartain —intervino Danilo—. Elaith tiene el arpa.

El sol se ponía ya mientras Danilo corría en dirección al templo elfo, con Wyn y Morgalla pisándole los talones. Nubes enormes de color gris y añil seguían recorriendo el cielo y descargaban lluvia y granizo sobre varias zonas de la ciudad. El horizonte, por el oeste, se veía veteado de agujas de vivaces colores púrpura y carmesí y el sol se ocultaba por encima del mar de Espadas como si fuera un único ojo rojo incandescente.

Los tres amigos doblaron la esquina del patio del templo en el preciso instante en que Elaith empezaba a subir los escalones de la ancha escalinata de mármol blanco del edificio principal. Iba solo, con el arpa Alondra Matutina bien sujeta bajo el brazo. Danilo desenfundó la espada y soltó un grito dirigido al elfo plateado. Elaith giró en redondo y fijó unos ojos cargados de malevolencia sobre el Arpista.

—No me pongas trabas, loco. Tengo mucho en juego.

—En eso estoy de acuerdo contigo —replicó Danilo con un tono de voz igualmente frío—. Los Caballeros del Escudo han afianzado un pie en la ciudad, el archimago está fuera de combate reducido con un hechizo de seducción, monstruos que dominan la música se alimentan de granjeros y viajeros, y los bardos se han convertido en instrumentos inconscientes del demonio.

—Eso es problema tuyo y de los tuyos, Arpista. Nada tiene que ver conmigo.

Danilo dio un paso adelante.

—¿De veras? ¿Y te complace criar a lady Azariah en el tipo de mundo que acabo de describirte?

El rostro del elfo palideció de rabia.

—Nunca pronuncies ese nombre —le ordenó—. Nadie en Aguas Profundas debe saber de ella porque tengo muchos enemigos que pagarían una fortuna por acceder a esa información. Muchos de mis socios, por poner un ejemplo, no dudarían en raptarla para obtener un rescate o hacerle daño para vengarse de mí.

Elaith bajó el arpa y desenfundó su propia espada antes de empezar a descender con amenazadora lentitud los escalones.

—Ahora tengo el arpa. Según los términos de nuestro acuerdo, la búsqueda ha terminado y ya no somos compañeros.

—No, no es cierto —replicó Danilo mientras se colocaba en posición de batalla y alzaba la espada en actitud defensiva—. Me diste tu palabra de que podríamos levantar el hechizo antes de que te llevaras el arpa. ¿Acaso no vale nada tu palabra?

—Azariah es lo único que importa.

El Arpista alzó la espada justo a tiempo de parar la primera acometida veloz como el rayo de Elaith.

—Así que ella será nuestro pequeño secreto, ¿es eso lo que quieres decir?

—Es un modo de hablar. —La sonrisa del elfo era sombría y arremetió con una sucesión de golpes que pusieron a prueba toda la habilidad de Danilo con la espada. Al Arpista no le cabía duda de que Elaith podía matarlo a voluntad, pero el elfo no se contentaba con una sola embestida rápida. El combate entre ellos había tardado demasiado en llegar.

»¿Por qué no acude en tu ayuda tu fiel perro guardián enano? —se burló el elfo, mientras señalaba con un ademán de cabeza a la seria y vigilante guerrera.

—Esto es entre tú y yo. Morgalla comprende mi concepción del honor.

Elaith esbozó una desagradable sonrisa.

—Si te hacía ilusión herirme, lamento decirte que has fracasado, Arpista. —Sacó un largo puñal y avanzó hacia él, manteniendo los ataques con la suficiente lentitud para que Danilo pudiese defenderse de ambas hojas. Era evidente que el elfo estaba jugueteando con su presa.

—Honor —repitió Danilo con saña—. Piensa en la naturaleza de tu búsqueda. ¿Acaso puedes ganar el honor de tu hija a través del deshonor?

El elfo reculó para contemplar al Arpista con patente cólera. Enfundó sus armas y sacó la daga mágica de la funda que llevaba atada en la muñeca. Con gran lentitud, se dispuso a lanzar un disparo asesino.

Wyn pasó un brazo por los hombros de Morgalla para confortarla y durante largo rato los cuatro se quedaron helados presa de una tensa indecisión.

Elaith soltó el cuchillo hacia Danilo y la hoja fue a incrustarse a los pies del Arpista, justo en mitad de la hendidura que quedaba entre dos piezas de mármol. El cuchillo mágico se estremeció el tiempo en que tardó en latir cinco veces el corazón, y luego desapareció.

—Coge la maldita arpa y deshaz el hechizo, si puedes. —El elfo caminó hacia un extremo del patio del templo y se cruzó de brazos.

Morgalla soltó un suspiro de alivio para exhalar el aliento que había estado conteniendo y los labios de Wyn empezaron a moverse a medida que pronunciaba oraciones de agradecimiento a sus dioses elfos.

El Arpista enfundó la espada y subió despacio la escalera para recoger el arpa antigua. Se sentó en un escalón y pulsó las cuerdas a modo de tentativa. Inhaló aire con rapidez mientras apartaba la mano, sorprendido por la descarga de poder que había corrido por las silenciosas cuerdas al tocarlas.

—¡Vamos! —le urgió Elaith.

El recuerdo del rostro severo de Khelben ocupó los pensamientos de Danilo y el joven bardo se apresuró a envolver el arpa con las manos. Fuera lo que fuese lo que le aconteciese al invocar aquel hechizo, Dan estaba resuelto a hacer todo lo que pudiera en favor de su tío y mentor.

Danilo se apoyó el arpa Alondra Matutina en el hombro y ensayó con rapidez las

cuerdas para comprobar sus tonos y para asegurarse de que todas estaban afinadas. Una nota mal tocada, o mal afinada, podía echar a perder el poderoso encantamiento y, si eso sucedía, el patriarca Evindal Duirsar se encontraría con otro bardo majareta alojado en el templo.

—Puedes hacerlo —murmuró Morgalla con suavidad.

Hizo un gesto de asentimiento para dar confianza a su amiga enana y alzó las manos hacia las cuerdas. Acto seguido, la rítmica melodía de baile resonó en el patio. La interpretó una vez entera hasta el final, y luego empezó a cantar el hechizo del acertijo al compás de la melodía del arpa. Una vez más, Danilo sintió que el poder fluía a través de él gracias a la música, como le había ocurrido en el Bosque Elevado.

Por el rabillo del ojo, el Arpista vio un destello plateado en el callejón. Seis hombres vestidos con los atuendos negros protectores de la luz habituales de los asesinos del sur irrumpieron en el recinto del templo. Cada uno de ellos llevaba una larga cimitarra curva.

—Sigue cantando. Nos ocuparemos de ellos —le garantizó Morgalla mientras apartaba su lanza y sacaba el hacha. Wyn también desenfundó su larga espada y ambos se situaron al pie de la escalera para asegurarse de que ninguno de ellos subiera.

Los amigos de Danilo lucharon con ahínco, pero los otros les superaban en número y además eran expertos luchadores. Morgalla peleaba con una soltura total que era a la vez inexorable y despreocupada, pero incluso la feroz enana no podía equipararse con los asesinos. En un rincón del recinto, Elaith permanecía con los brazos cruzados, contemplando la batalla con aparente regocijo.

—¡Podrías ayudarnos, canalla orejudo pariente de orcos! —le gritó Morgalla—. ¡Seguís siendo compañeros hasta que se deshaga el hechizo!

Sus palabras pusieron el dedo en la llaga, y un matiz de indecisión se dibujó en el semblante del elfo. Su pecho se hinchó y se contrajo con un suspiro de resignación, y acto seguido desenfundó el cuchillo mágico. Un leve gesto de muñeca y el asesino que peleaba con Wyn cayó de bruces al suelo, sujetándose el pecho. El elfo de la luna intervino entonces en el fragor de la batalla y por todos lados se vio cómo refulgían con destellos plateados y rojizos los filos de sus armas.

Danilo siguió cantando y el hechizo fluyó a través de su cuerpo, forzando a que su mente y su habilidad siguiera el equilibrio del poder del canto elfo. Cuando las últimas notas del hechizo resonaron en el patio, sintió que la brujería se disolvía de pronto, se contraía y absorbía con ella la magia como si fuera un torbellino.

Se derrumbó, jadeando por causa de una fuerza que sólo él era capaz de sentir.

Los resultados visibles del hechizo fueron igualmente espectaculares. Las nubes sobrenaturales se disiparon y los cielos adquirieron los tonos plateados propios de una tarde plácida de verano. El granizo y la lluvia cesaron de inmediato, pero lo más

sorprendente de todo fue que el arpa Alondra Matutina desapareció de sus manos. Danilo se puso de pie, mirándoselas, incrédulo.

Morgalla despachó al último asesino y luego se abalanzó sobre Danilo para envolverle la cintura en un abrazo que era capaz de romperle los huesos.

—¡Sabía que podías hacerlo, bardo! —chilló, y en su rostro enrojecido se pintó una ancha sonrisa.

Danilo le devolvió el abrazo mientras miraba a Wyn por encima de su cabeza.

—¡La misma arpa formaba parte del hechizo! ¿Sabías que el instrumento se esfumaría?

—Tenía una idea de que podía ocurrir. El éxito que has conseguido hace que merezca la pena el sacrificio —repuso Wyn con calma.

—Dudo que el elfo opine lo mismo —comentó Morgalla mientras se separaba de Danilo y señalaba a Elaith.

Tras proferir un juramento, Danilo echó a correr a través del recinto. Elaith permanecía de pie sobre los cuerpos de los cuatro asesinos que había tumbado, con el rostro torcido en una mueca y sujetándose con una mano el hombro. Con un rápido movimiento, el elfo se extrajo un diminuto cuchillo del antebrazo. El Arpista llegó hasta Elaith justo a tiempo de sujetarlo para que no se derrumbase.

Dan llamó a gritos a Wyn y, juntos, alzaron al elfo y empezaron a subirlo escalera arriba, en dirección al templo. Morgalla cogió el cuchillo y lo olfateó.

—Algún tipo de veneno. Será mejor que lo llevemos para que los sacerdotes puedan averiguar qué es. —Echó a andar tras los hombres en dirección al templo.

—Lord Thann —musitó el elfo con voz débil.

—No hables —le aconsejó Wyn—. Permanece lo más quieto posible para no acelerar el efecto de la poción.

—Es importante. Escúchame, Arpista. En mi bolsa hay una llave que te dará acceso a mi casa de la calle Selduth. Ocupate de vender la propiedad y de que los fondos para criar a Azariah se traspasen al templo. —Elaith se detuvo para esbozar una sonrisa—. Resolver ese acertijo te habrá servido de práctica para desenmarañar mis negocios.

Un espasmo de dolor cruzó por el rostro del elfo, y gotas de sudor se apiñaron en el labio superior. Sus ojos color ámbar buscaron los de Danilo y la fiereza de la mirada recordó al Arpista la expresión de un halcón moribundo. Sin embargo, el elfo no sucumbiría al veneno hasta que hubiese vaciado la mente.

—¡Júramelo! ¡Júrame que te ocuparás de que mi hija reciba su herencia!

—No hay necesidad de ello —repuso Danilo con calma. Hizo un gesto de asentimiento al ver el suave resplandor azul que emanaba del costado izquierdo de Elaith. La piedra mágica que llevaba incrustada la empuñadura de la hoja de luna brillaba con fuego propio—. Tú mismo has conseguido eso.

Elaith alargó una mano y palpó la hoja de luna con veneración. Una expresión de paz profunda se dibujó en su rostro y al final sus ojos se cerraron ante la oscuridad que lo reclamaba.

—En la muerte, ha recuperado su honor —intervino Wyn, que contemplaba la espada elfa mágica con ojos maravillados.

—Se ha ganado una segunda oportunidad —le corrigió el Arpista, al ver que el elfo todavía respiraba—. Cómo querrá utilizarla, es algo que nos queda por ver.

Después de la puesta de sol más espectacular que se recordaba, las gentes de Aguas Profundas se aventuraron a salir para acudir al mercado donde iba a celebrarse el Encuentro Crepuscular que marcaba el inicio oficial de la Asamblea del Escudo.

Todos los puestos ambulantes del mercado al aire libre habían desaparecido para dejar sitio a los miles de personas que se agolpaban en la amplia zona. En el centro del mercado se erigía una plataforma elevada que se veía rodeada de un suave resplandor de luz que servía a la vez como iluminación y para amplificar las voces de aquellos que iban a hablar. Había trece tronos en la plataforma, cada uno de ellos para un Señor de Aguas Profundas.

Éste era un asunto del cual se especulaba mucho entre las gentes, porque el destino de los Señores no parecía en ningún modo seguro. Sin embargo, la mayoría de las conversaciones giraba en torno a lo sucedido en el campo del Triunfo. Los ataques de dragones no eran muy habituales.

La gente recuperaba el equilibrio con bastante rapidez porque los habitantes de Aguas Profundas lo habían visto ya todo y eran tan irrefrenables y adaptables como cualquier otra persona en Faerun. Por todos lados se discutía la identidad de aquella extraña bardo, sobre si era ella o Khelben Arunsun la responsable de aquel clima de locura, o incluso sobre si debían confirmar el liderazgo de los Señores de Aguas Profundas o buscar otras soluciones a sus problemas.

Los vendedores ambulantes se movían entre la multitud, ofreciendo refrescos y, teniendo en cuenta todo lo sucedido, hierbas, infusiones y pociones para templar los nervios y mitigar el dolor de heridas de poca consideración. Los visitantes y ciudadanos más adinerados estaban sentados en sillas altas separadas por cortinas que bordeaban el mercado y los sirvientes atendían sus necesidades y transmitían mensajes y saludos entre los miembros de varias familias nobles y adineradas. Los de menos alcurnia se apiñaban en el centro del mercado y al cabo de poco rato la zona entera semejava un tapiz viviente muy entretejido.

Desde su escondite en una tienda de armas cercana, Lucía Thione podía oír el rumor de la multitud que pasaba a tropel de camino a la Asamblea. Elaith Craulnober se había ocupado de arreglar todo el asunto de su viaje, y le había ordenado que esperara allí a que viniese a buscarla una escolta armada. Lucía odiaba tener que

abandonar Aguas Profundas, porque había vivido en la ciudad la mayor parte de su vida y gozaba de una buena posición. Además, aunque muchas de sus riquezas estaban ocultas en muchos lugares y tenía propiedades sustanciosas fuera de Aguas Profundas, no podría reclamar nada y tendría que empezar de nuevo.

A medida que el crepúsculo se convertía en noche, alguien llamó con los nudillos a la puerta, según el elaborado código que el elfo plateado había determinado.

Lucía hizo un gesto de asentimiento a su guardia y el hombre abrió la puerta. Un individuo alto, de cabellos rojizos, se agachó para entrar y no golpearse en el bajo dintel. Se introdujo en la habitación y se la quedó mirando con una sonrisa triste pero calmada. Lucía tragó saliva y se apartó enseguida de él.

—Vuestra sorpresa es comprensible, mi lady, teniendo en cuenta las circunstancias de nuestro encuentro anterior —saludó Caladorn—. Veo que vais a dejar la ciudad y creo que ya conocéis a vuestro compañero de viaje.

Un hombre de cabellos oscuros con una expresión de extrema satisfacción en su rostro cubierto por una barba también negra se introdujo en la estancia. El corazón de la noble mujer latió desbocado cuando sus ojos reconocieron a lord Hhune.

Lucía se abalanzó en brazos del joven.

—¡Caladorn, tú me amas! No puedes hacerme esto. Si me escucharas, sabrías...

El joven interrumpió su desesperada súplica con una simple sacudida de la cabeza, luego la cogió por los hombros y la apartó suavemente de él.

—Ya no. Incumplo la ley al dejarte partir. Conoces tan bien como yo la multa por fingir ser un Señor de Aguas Profundas. —Caladorn le cogió la mano e hizo una profunda reverencia—. Adiós, Lucía.

El joven se volvió hacia Hhune, que estudiaba a lady Thione con una expresión indescifrable en sus ojos negros.

—Los Caballeros del Escudo no son bien recibidos ni siquiera tolerados en esta ciudad —informó Caladorn—. He recibido instrucciones para deciros que no debéis regresar jamás a Aguas Profundas. La Asamblea del Escudo es un período de tregua, pero haréis bien en estar lejos de las puertas de la ciudad cuando este día de paz haya acabado. Llevaos a vuestros ladrones y asesinos y la ciudad se dispondrá a honrar los acuerdos de comercio que hayan firmado con vuestra Cofradía Marítima.

—Sois muy generoso, lord Caladorn —respondió Hhune con un tono inescrutable—. Acepto vuestra oferta y cumpliré los términos. Y, como me solicitó el elfo, me ocuparé de que mi conciudadana abandone a salvo la ciudad.

El joven hizo una reverencia y se volvió para desaparecer enseguida escalera abajo, rumbo a la multitud que se dirigía al mercado. Con él se esfumó la última esperanza de Lucía, que no estaba segura de que el joven comprendiese la sentencia que su compasión le había impuesto. No se hacía ilusiones sobre su destino en manos de Hhune, y se quedó mirando el rostro del tethyriano.

—Bien, vámonos —ordenó él, imperturbable—. Tenemos un largo camino por delante.

Lucía siguió con expresión sonámbula al jefe de cofradía escalera abajo hasta el carruaje que los esperaba en la calle. El humor de lord Hhune, que no reflejaba ni un triunfo manifiesto ni aquella cólera violenta que ella hubiese esperado, sino una diversión cínica y perversa, la aterrorizaba.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó en voz baja.

—Pensé que sería entretenido traer de regreso un miembro de la odiada familia real a Tethyr —se mofó Hhune, que la contemplaba con los ojos brillantes—. Es apropiado, ¿verdad? Al fin y al cabo, se te va a pagar con tu misma moneda.

Con aquellas palabras, el tethyriano dio unos golpecitos al cristal que comunicaba con la parte de delante del carruaje y los caballos partieron al trote rumbo al sur.

En cuanto los sacerdotes elfos tomaron a Elaith bajo su cuidado, Danilo y sus amigos se apresuraron a regresar al mercado. El Arpista se sentía aliviado porque su tarea había sido completada, pero no podría quedarse tranquilo hasta que comprobara cómo se había contrarrestado el hechizo del canto elfo. Si Khelben no se había recuperado ahora que se había despejado el encantamiento, la victoria del Arpista sería incompleta y vana.

Quedaba poco sitio libre cuando llegó el trío. Danilo sintió que le ponían una mano en el hombro y, al volverse, vio el rostro serio y atractivo de su amigo Caladorn. Se sintió inundado por una sensación de alivio.

—¡Alabada sea Mystra, estás bien! No te imaginas lo contento que estoy de haberme equivocado, Caladorn.

—No estabas equivocado —musitó el joven con voz suave—. Yo sí lo estaba, y quiero hacer las paces contigo. —Danilo aceptó la mano que le tendían y la estrechó brevemente—. Lady Laeral me ha contado todo lo sucedido y tu contribución —concluyó Caladorn con una fugaz sonrisa—. ¡Al final, Dan, has encontrado una historia de bardo que está a la altura de tu talento!

Antes de que Dan pudiese preguntarle nada de Khelben, Caladorn se perdió entre la muchedumbre. Con un profundo suspiro, Danilo centró su atención en la plataforma. Al poco rato, lord Piergeiron, acompañado de quince personas con las túnicas y máscaras propias de los Señores, entraron y se sentaron en la plataforma elevada. Una serie de murmullos se alzaron entre la multitud, pero se silenciaron de inmediato cuando Piergeiron se levantó para dirigirse a la asamblea.

—Buenas gentes de Aguas Profundas. Ha sido un día largo y complicado, y han sucedido muchas cosas estas últimas semanas. Antes de que se establezcan las alianzas de la Asamblea del Escudo, debemos evitar hacernos demasiadas preguntas sobre extraños acontecimientos. Uno de los Señores de Aguas Profundas me ha

relatado un cuento maravilloso y, como yo no soy orador, creo que sólo un bardo puede hacer justicia en toda esta historia.

El Primer Señor hizo una pausa y sonrió.

—Llamo al estrado a Danilo Thann.

La súbita demanda hizo que el corazón de Dan diese un brinco. Sin lugar a dudas eso significaba que Khelben se había recuperado ya del sueño mágico, ¡porque sólo él conocía todo lo sucedido! Luego se acordó de lo que Caladorn sabía sobre los acontecimientos más recientes y se quedó con la duda de si no se habría equivocado.

Junto a él, Morgalla pateaba el suelo y gritaba mientras intentaba captar la atención de la audiencia hacia el bardo que tenía al lado. La gente que tenían alrededor prorrumpió en exclamaciones y aplausos entusiastas mientras abrían paso para que Dan llegase al estrado.

El calor y aclamaciones dejaron extrañamente frío al Arpista, porque sólo podían indicar que el hechizo del canto elfo no se había desvanecido por completo. ¿Cómo era posible que su reputación no se hubiera desvanecido con el hechizo?

Con Morgalla empujándolo con firmeza por detrás, Danilo llegó al centro de la plaza del mercado. Al ver que no llevaba instrumento, una hermosa elfa de cabellos dorados le colocó un arpa en las manos antes de insinuarle con una seductora sonrisa que podía devolvérsela cuando quisiera.

Mientras contemplaba el instrumento, la inspiración fustigó a Danilo y supo cómo podía averiguar el destino de Khelben. Tras darle las gracias a la mujer elfa, ascendió a la plataforma.

El Arpista empezó a tocar una de sus melodías favoritas y, al compás de la música, improvisó un relato bastante preciso de la aventura. Danilo se mantuvo fiel a los hechos, pero a sabiendas embelleció la historia, sin omitir un giro un tanto cómico y un par de sugerencias picantes.

Por el rabillo del ojo, Danilo vio que uno de los Señores alzaba una mano hasta apoyarla en la frente, sobre el casco, con un gesto de exasperación que el Arpista conocía bien. Sintió que el gozo le inundaba el corazón y el poder del canto elfo resonó libre por su voz.

Las gentes de Aguas Profundas escucharon la balada con profunda atención, atraídos de tal modo por la música y la historia que muchos de ellos comentarían luego que el efecto había sido casi de pura magia.

Epílogo

Varios días después de la Asamblea del Escudo, Danilo fue a visitar a Khelben a la torre de Báculo Oscuro. Aunque todavía se sentía débil tras su encuentro con Granate, el archimago insistió en ocuparse de sus obligaciones y envió a buscar a su sobrino.

—¿Cómo está? —susurró a Laeral cuando apareció por el estudio de Khelben.

—Empieza a estar malhumorado —respondió la maga con un profundo suspiro—. Dicen que es una buena señal, pero yo digo que se nota que no son ellos los que tienen que convivir con él.

Khelben indicó con un gesto a su sobrino que entrara en la habitación y le sirvió una taza de aquel brebaje de hierbas que insistía en tomarse, mientras conversaba sobre la calidad del té y los chismes locales.

Aparentemente, las cosas en Aguas Profundas iban mejorando. Las cosechas recién plantadas prosperaban, los ataques de monstruos en el sur habían cesado de forma drástica y la caza empezaba a regresar a los bosques, a la vez que los disturbios en la bahía y en las localidades pesqueras habían concluido.

—Y lo que es más importante, las baladas han recuperado su forma original. Se ha restablecido nuestro pasado y nuestras tradiciones —comentó Khelben con profunda satisfacción.

—Veo que lady Thione ha desaparecido. ¿Cómo se ha tomado Caladorn todo esto? —preguntó Danilo.

—Ha vuelto a embarcarse.

—El cambio le hará bien —intervino Laeral, que acababa de entrar en la estancia—. Aunque a tu tío le cuesta recordarlo, existe un amplio mundo más allá de las murallas de Aguas Profundas.

—Hhune también se ha marchado —gruñó Khelben, sin hacer caso de la pulla de su dama—, aunque no lo habríamos dejado marchar de haber sabido que era el responsable de lo que le sucedió a Larissa.

—¿La cortesana?

—Entre otras cosas. Larissa es una buena amiga, además, de uno de los Señores de Aguas Profundas. Durante tu ausencia, fue brutalmente atacada y ha estado al borde de la muerte durante muchos días. Precisamente ayer se pudo levantar y fue capaz de decirnos quién le había hecho aquello. Los clérigos de Sune están rezando para que se recupere del todo y, con el tiempo, recobrará su salud y su belleza.

Laeral asintió.

—Fui a verla anoche y noté una profunda mejoría. Con decirte que les ha pedido a los clérigos que le reduzcan un poco la nariz...

—Muy propio de Larissa —corroboró el archimago—. Texter también ha

regresado a la ciudad. Por lo visto estuvo cabalgando durante días, pero lo más curioso es que no tiene ni idea de dónde ha estado.

—Es raro eso en Texter —comentó Laeral.

—Sin embargo, confiesa que tiene la extraña sensación de que durante su ausencia se lo ha pasado bien.

—He ahí lo extraño —comentó la hermosa maga en tono alegre mientras se volvía hacia Danilo—. Texter es, de los Señores de Aguas Profundas, el menos mujeriego.

—Todos estos chismorreos son fascinantes —repuso el Arpista en tono confuso—, pero ¿no se suponía que esos nombres son un profundo secreto?

—Mirt también ha regresado —prosiguió Khelben como si no hubiese oído a su sobrino—, y con él su hija Asper. Por cierto, deberías conocer a Asper. Es nuestros ojos y nuestros oídos en Puerta de Baldur.

—Espera un momento..., ¿trabaja para los Arpistas?

—Yo no he dicho eso. —El archimago se quedó en silencio—. Ahora que has cumplido tu misión, Dan, hemos de discutir el próximo paso en tu carrera.

Danilo asintió y se inclinó hacia adelante.

—Sobre eso quería hablarte. He estado con Halambar para discutir la posibilidad de reconstruir el colegio de bardos de Aguas Profundas; un buen número de bardos de prestigio han expresado su interés en el proyecto. Como puedes imaginar, muchos de ellos se sienten responsables de su última participación en los disturbios de la ciudad y desean recompensar a Aguas Profundas, aparte de a ti, tío.

—Ya veo. ¿Y cuál va a ser tu papel en todo este asunto?

—En lo sucesivo, poca cosa. Ayudaré a fundar el colegio, pues mis actuaciones parecen estar de moda estos días, pero con permiso de los Arpistas me gustaría dedicar parte de mi tiempo a estudiar el canto elfo. Quizá cuando haya aprendido ese arte, lo enseñaré a los demás.

—Lo hiciste muy bien el otro día —le confesó Khelben y, a pesar del tono brusco de sus palabras, su rostro reflejaba orgullo.

Danilo observó con intensidad al archimago.

—Has trabajado conmigo durante muchos años, tío, y esperabas de mí que me convirtiera en brujo. Dime la verdad, ¿te decepciona que no haya elegido seguir tus pasos?

El archimago se encogió de hombros.

—¿Qué más da un brujo más menos?

—¿De veras? —insistió Danilo.

—Muy bien, entonces: creo que sólo podrías seguir mis pasos más de cerca si caminaras con mis propias botas... mientras las llevo puestas. Y, en conjunto, es una idea que no me agrada.

—No estoy seguro de haberte entendido —titubeó Danilo, confuso por el inhabitual tono irónico de su tío.

Khelben rebuscó por debajo del escritorio y sacó una caja grande y cuadrada.

—Con esto lo entenderás —respondió, mientras se la tendía a su sobrino.

Danilo levantó la tapa y extrajo el casco negro y velado que identificaba a los Señores de Aguas Profundas. Se lo quedó mirando en silencio.

—Vamos, pruébatelo.

El Arpista sacudió la cabeza.

—No lo quiero —musitó.

—¿Y quién lo quiere? —respondió Khelben.

—Bueno, ¡no soy la persona apropiada para esta tarea! ¿Qué voy a saber yo de cómo se dirige una ciudad?

El rostro del archimago se tornó serio.

—Más de lo que piensas. ¿Confías en Elaith Craulnober?

—Por supuesto que no —replicó Danilo, sorprendido por el súbito cambio de tema.

—Y sin embargo habéis trabajado juntos y con eficacia. La habilidad para formar alianzas entre individuos y grupos dispares es una cualidad rara e importante.

—¿Y eso? Todos los propietarios de las salas de fiesta en Aguas Profundas saben hacerlo. ¡Sería mejor que buscaras al Señor que te falta en la Casa de las Sedas Púrpuras!

—No te proponemos sólo por eso. Hay más... —añadió Khelben en un tono de voz que indicaba que se disponía a impartir una lección.

El Arpista soltó un suspiro.

—Siempre parece haber más.

—Hay un viejo refrán que dice: «Dejadme escribir los cantos de un reino, y no me importará quién haga sus leyes». Recientemente hemos comprobado cuánta verdad encierran esas palabras. El arte de los bardos y el gobierno no pueden ir por derroteros distintos, porque sin los bardos olvidamos nuestro pasado y perdemos la perspectiva necesaria para evaluar nuestros actos. Incluso el humor negro del arte de Morgalla nos aporta un modo nuevo e importante de juzgar cómo se perciben nuestras decisiones.

—Y por el contrario, si no fuera por los disturbios y las intrigas de señores y de reinos, y las gestas heroicas que surgen en ellos, nosotros los bardos nos quedaríamos sin trabajo —admitió Danilo.

—Salvo para las canciones de amor —intervino Laeral, parpadeando con sus pestañas de plata como si hiciera una parodia del arte del coqueteo.

Danilo sonrió a la maliciosa maga.

—Hasta para éstas.

—Está también el tema del Equilibrio —añadió Khelben con voz pausada—. Aunque los métodos que utilizaba no eran correctos, Iriador, o Granate, si lo preferís, no estaba del todo equivocada. Debido a nuestra inquietud por las comodidades y la seguridad de Faerun, los Arpistas no hemos atendido y mimado las artes de los bardos como debiéramos.

—¿Y no crees que convertir a un bardo en político sigue esa misma tendencia?

—En absoluto. Seguirás siendo un bardo, pero como Señor de Aguas Profundas tendrás también poder para garantizar que el proyecto del colegio de bardos se convierta en una realidad.

El Arpista se quedó meditando durante largo rato mientras contemplaba el casco negro que tenía en las manos.

—Ahora que por fin he elegido un camino —musitó con lentitud—, había esperado dedicarme en exclusiva al arte de los bardos. El canto elfo es muy exigente y tengo mucho que aprender.

—¿Y? ¿Qué te lo impide? Todos los demás Señores tienen profesiones que abarcan desde la de posadero a cortesana.

—Ahora que lo mencionas, este nuevo cargo podría proporcionarme material interesante para nuevas baladas —musitó el Arpista.

Khelben soltó un bufido.

—¡Sólo procura que tus actos sean más rectos que los que describiste en la balada de la Asamblea del Escudo!

—Hecho. —Danilo se puso de pie—. Ahora que hemos decidido mi futuro, tengo que atender un asunto de gran frivolidad.

Tras una parada rápida en su casa, se dispuso a ir al templo elfo cargado de regalos para una joven dama elfa. Pronto se reconocería oficialmente a lady Azariah como heredera de la hoja de luna de Elaith, y aunque Danilo no podría asistir a la ceremonia, reservada sólo para elfos, deseaba dar su enhorabuena porque la niña elfa le había robado el corazón desde el primer momento.

Danilo hizo un gesto a los centinelas del templo y se abrió paso por el largo corredor hasta los aposentos de Azariah.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó una voz familiar a su espalda.

El Arpista se dio la vuelta y contempló por encima de una pila de regalos el semblante de Elaith Craulnober. Dan no lo había vuelto a ver desde el día de la batalla, porque el elfo había tardado en recuperarse del veneno. Notó que el rostro anguloso de Elaith se veía todavía más enjuto y que tenía una piel tan pálida que casi se asemejaba al tono plateado de sus cabellos. El luchador iba vestido con el sencillo hábito blanco de los templos elfos, aunque a Danilo no le cabía duda de que llevaría escondidas armas entre los pliegues. No obstante, la hoja de luna no se hallaba atada a su cinto.

—No vengo a visitarte a ti, eso te lo aseguro. —Danilo echó una ojeada al caballo de madera pintada y repujada que llevaba en las manos—. Esta imitación de Pegaso es un homenaje al patriarca Duirsar —concluyó con voz solemne.

La expresión del elfo se suavizó.

—La enfermera de Azariah me ha dicho que la has visitado con frecuencia durante mi convalecencia. Espero que nuestra asociación no la afecte permanentemente —repuso con su habitual acritud.

—Veo que te vas recuperando. —Dan reanudó su rumbo hacia la habitación de la niña, pero al ver que Elaith le seguía los pasos, el Arpista miró de reojo al elfo—. ¿Afectará tu recuperación si te digo que gracias a tu ayuda contra los asesinos de lady Thione probablemente me salvaste la vida?

—Seguro que me alargará unos días la convalecencia —replicó el elfo.

—En ese caso, me alegro de haberlo mencionado. Si tu recuperación necesita un estímulo, quizá deberías considerar unirme a Vartain. Dicen que casi se ha instalado en la Casa de Placer y Salud de la Madre Tathlorn. Después de descubrir la diversión, parece resuelto a compensar tantos años de privaciones. En cuanto llegues allí, probablemente tendrá que aprovecharse de los servicios curativos de la Madre Tahtlorn al menos tanto como tú.

Elaith esbozó una mueca.

—Pasaré, aunque ir de juerga en compañía de Vartain no sea una perspectiva muy halagüeña. ¿Y los demás? ¿Qué está haciendo el rapsoda del hechizo? Había pensado que cantara durante la ceremonia para Azariah.

—Wyn planea viajar hacia el este para acompañar a Morgalla de regreso a su tierra —explicó Danilo con un suspiro—. La echaré de menos. Ha sido mi huésped desde la Asamblea del Escudo y, como ahora ha olvidado su aversión a los cantos y las danzas, mi casa se ha convertido en un salón enano. El coste de aguamiel me ha dejado tambaleante, pero he conocido a casi todos los enanos que hay en Aguas Profundas. Sí, definitivamente la voy a echar de menos —repitió—. Por un tiempo, pensé que se uniría a los Arpistas.

—Tiene la típica tenacidad de la raza —admitió Elaith—. Además, ser entrometido no es algo que les venga de forma natural a los pequeños excavadores.

—Al parecer, los enanos carecen de cierta curiosidad imprescindible —admitió en tono jocosos Danilo—, pero, como no es ése el caso de los humanos, me limitaré a preguntarte directamente por qué no llevas tu hoja de luna, después de todos los apuros que has pasado para recuperarla de su estado.

Elaith se mantuvo en silencio un instante.

—Según la ley elfa, todos tienen derecho a declinar el honor de llevar una hoja de luna. Ese honor recaerá en Azariah, cuando tenga la edad.

—Lamento oír eso. Francamente, eres único aún sin esa espada.

Los ojos ambarinos del elfo relucieron con un destello de aquel humor cínico que solía dirigir contra los demás.

—Me reconforta que me comprendan.

Poco podía añadir Danilo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—En cuanto mi salud lo permita, llevaré a Azariah a Siempre Unidos. Allí se preparará para cumplir las exigencias de la espada mágica.

—¿La criarán allí? —preguntó el Arpista, sin comprender cómo los elfos legales de Siempre Unidos iban a permitir que un delincuente instalara su hogar entre ellos.

—Sí, se convertirá en pupila de la corte real, pero yo voy a pasar tanto tiempo en la isla como permitan mis asuntos.

Los ojos de Elaith se encendieron por la nostalgia cuando musitó aquellas palabras. Danilo se sentía contento por la recuperación del elfo, pero en privado se preguntaba si alguien del reino insular podría ser advertido del elemento criminal que iba a vivir entre ellos.

—¿Y tú? Ahora que ha pasado todo este lío, imagino que volverás a tu vida de noble joven y ocioso —apuntó Elaith con tono sarcástico.

Danilo sonrió y puso la pila de regalos sobre el regazo del elfo.

—Más o menos.

Silbando la melodía de una de sus canciones obscenas, el Arpista se encaminó hacia la torre de Báculo Oscuro. Antes de que Morgalla se fuera al este, debía dejar arreglado que él tuviese sus propios túneles secretos para conectar su casa con los puntos de encuentro favoritos de los Señores de Aguas Profundas. Por suerte, tenía excelentes contactos entre los enanos.